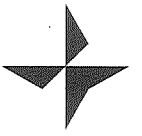
NOSOTROS, LOS MASONES

AMANDO HURTADO

NOSOTROS, LOS MASONES



EDAF

MUNDO MÁGICO Y HETERODOXO

MADRID - MÉXICO - BUENOS AIRES - SAN JUAN - SANTIAGO

2005

© 2005. Íker Jiménez
© 2005. De esta edición, Editorial EDAF, S.A.

Diseño de cubierta: Ricardo Sánchez

Editorial EDAF, S.A.
Jorge Juan, 30. 28001 Madrid
http://www.edaf.net
edaf@edaf.net

Edaf y Morales, S. A.
Oriente, 180, nº 279. Colonia Moctezuma, 2da. Sec.
C. P. 15530. México, D. F.
http://www.edaf-y-morales.com.mx
edafmorales@edaf.net

Edaf del Plata, S. A.
Chile, 2222
1227 - Buenos Aires, Argentina
edafdelplata@edaf.net

Edaf Antillas, Inc
Av. J. T. Piñero, 1594 - Caparra Terrace (00921-1413)
San Juan, Puerto Rico
edafantillas@edaf.net

Edaf Chile, S.A.
Huérfanos, 1178 -Of. 506
Santiago - Chile
edafchile@edaf.net

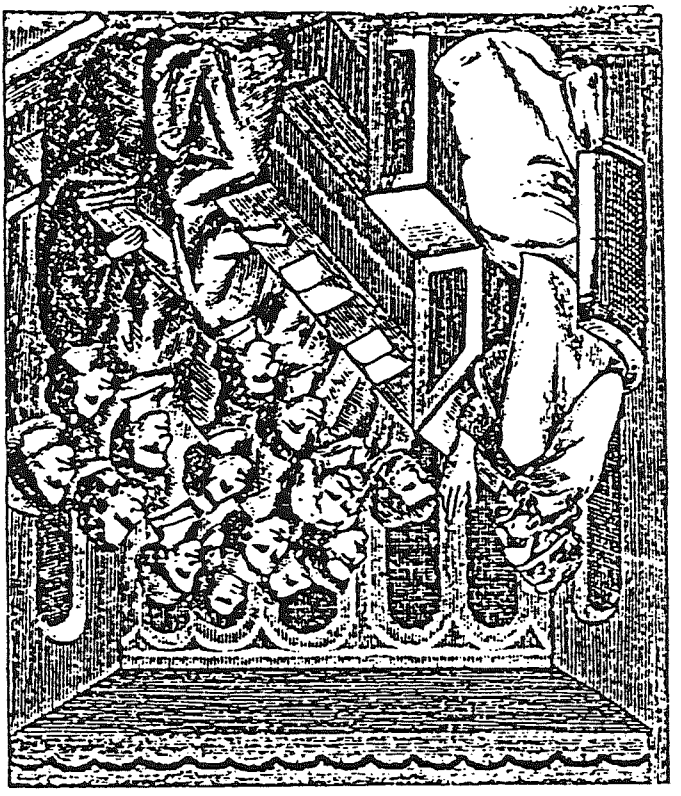
Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (CEDRO) vela por el respeto de los citados derechos.

6.ª edición, julio 2006

Depósito legal: M-32.976-2006
ISBN: 84-414-1635-4

PRINTED IN SPAIN IMPRESO EN ESPAÑA
Cofas, S.A. Pol. Ind. Prado de Regordoño - Móstoles (Madrid)

A mi M. Q. Hermano José:
«Aprendiz», pero Compañero y Maestro



En primer lugar, observarán y guardarán las buenas ordenanzas establecidas anteriormente por sus predecesores de feliz memoria, concernientes a los privilegios de su oficio. Y en especial, serán sinceros los unos con los otros y vivirán juntos en la caridad, al haberse convertido, por juramento, en hermanos y compañeros de oficio.

Punto primero de los
Estatutos de William Schaw,
Edimburgo, 1598

Índice

Hermana Terrible: Triple Secreto P209
Cámara de Reflexion P133
Pasos Perdidos P274

	Págs.
PREFACIO	13
NOSOTROS, LOS MASONES	21
LAS PALABRAS «MASÓN» Y «FRANCMASÓN»	31
DE LOS CONSTRUCTORES SAGRADOS A LOS MASONES OPERATIVOS	33
DE LA MASONERÍA DE OFICIO A LA MASONERÍA SIMBÓLICA	45
LA EXPANSIÓN EUROPEA EN EL SIGLO XVIII	53
CARÁCTER DE LA INICIACIÓN MASÓNICA	69
EL PARADIGMA MASÓNICO	79
TRADICIÓN INICIÁTICA	89
EL MÉTODO SIMBÓLICO	95
LA LOGIA	117
LOS GRADOS MASÓNICOS BÁSICOS	131
LOS GRADOS SUPERIORES Y LOS SISTEMAS RITUALES	151
ROSA-CRUZ Y MASONERÍA	175

Págs.

LAS OBEDIENCIAS MASÓNICAS 179

EL TRABAJO MASÓNICO EN LAS LOGIAS SIMBÓLICAS 223

APÉNDICES:

EL DERECHO MASÓNICO 237

ALGUNOS FRANCMASONES CÉLEBRES 255

BREVE GLOSARIO DE TÉRMINOS MASÓNICOS MÁS USUALES EN EL R. E. A. A. 263

LOS OFICIALES DE LA LOGIA O TALLER (COLEGIO DE OFICIALES DEL R. E. A. A.) 283

Prefacio

ESTE ha de ser un libro divulgatorio, preferentemente destinado a lectores no masones. La idea es que quienes aborden el tema por primera vez encuentren en sus páginas suficientes datos para poder formarse una idea correcta de lo que representa la Francmasonería y de cuáles pueden ser sus metas en nuestra sociedad. Me parece muy importante que este aspecto final de la Masonería pueda ser entendido como postulado y como axioma de la preocupación y de la ocupación masónicas: la Francmasonería o Masonería Simbólica, tiene como fin conseguir una sociedad humana más armónica más justa y más fraternal, a partir de una mejora personal de los individuos que la componen. Este es el postulado. El axioma es, para cada masón, que tal fin constituye una necesidad alcanzable.

Por otra parte, quienes son ajenos a la cultura masónica suelen incurrir en el error de cuadricular simplistamente su definición de la Masonería como *asociación secreta de personas que profesan principios de fraternidad mutua, usan emblemas y signos especiales, y se agrupan en entidades llamadas logias*, como lo hace el Diccionario de nuestra Real Academia de la Lengua Española en su última edición (de 2001). Iremos viendo qué es lo que hay de válido en ella, pero subrayamos ya que los masones solamente se han asociado secretamente en tiempos y lugares en que eso les era indispensable para poder conservar su intimidad, su libertad o su vida. La Masonería hace un uso simbólico y filosófico de la palabra secreto, recogiendo la tradición de los masones constructores medievales, que

protegían celosamente, mediante prestación de juramento, los secretos profesionales del oficio. Los que el método masónico llama «secretos del grado», en los diferentes sistemas graduales existentes, son determinados *signos*, *palabras* y *toques* que simbolizan un «saber hacer» (lo que los profesionales de nuestro tiempo llaman *know how*) que ha de adquirir el masón, aprendiendo a interpretarlos para convertirlos en valores-guía personales o patrones de conducta que se compromete a esforzarse por tener presentes a lo largo de su vida. Ni más, ni menos.

Este y otros términos usados en el desarrollo gradual del método masónico de formación, así como los utensilios y herramientas de los antiguos masones constructores, pasaron a expresar *valores* simbólicos iniciáticos para la Masonería del espíritu o Masonería simbólica.

No creo que en estos comienzos del siglo XXI queden muchos que piensen razonablemente que exponer a personas no iniciadas en Masonería nuestro esquema de pensamiento y los fundamentos de nuestro método de trabajo constituya violación de secreto alguno. Personas muy cualificadas de nuestra Fraternidad lo han hecho, siempre guiadas por idéntico criterio: la filosofía masónica, que se centra en la *esencialidad humana*, está contenida en una Tradición iniciática cuyo beneficiario ha de ser el Hombre. Los conservadores y transmisores de esa tradición solo pueden ser hombres que evidencien una sincera inquietud por el Conocimiento que lleva hacia lo que nos trasciende, hacia lo que hay tras las meras apariencias físicas y mentales en este mundo en el que vivimos, como requisito previo a toda labor en favor del desarrollo social positivo al que los masones se sienten llamados. Esta condición selectiva, semejante, por otra parte, a la de cualquier profesión u oficio cualificado, ha sido interpretada de formas diversas, incluso por los mismos masones, y ha dado pie a todo tipo de fantasías respecto a los métodos y fines de la Orden Francmasónica.

Como toda institución multisecular, la Masonería ha conocido diversas fases en su desarrollo, tratando de adaptar su metodología elaboradora de pensamiento a las vicisitudes de la evolución social humana, subrayando siempre la perennidad de los valores esencia-

les. En el Siglo de las Luces, la sociedad europea culminó el movimiento posrenacentista que hacía de la libre expansión de la cultura y de la libertad, intelectual y moral, metas imperativas. Durante el siglo XIX y buena parte del XX no podía permanecer inmóvil en la trayectoria hacia la progresiva aceptación de los principios democráticos de tolerancia, igualdad y solidaridad y a su introducción en las legislaciones estatales. El positivismo científico de ese segundo periodo contagió a una parte de los masones, que, impelidos por la dinámica de una construcción social más justa y pacífica, llegaron a ver, en las metas puntuales reclamadas por la sociedad, la única plasmación posible de los anhelos masónicos. Su labor fue meritoria, ciertamente, logrando transferir o adherir su propio entusiasmo al de sectores sociales de los que emergieron multitud de valedores señeros y de organismos colectivos no oficiales, asumiendo ideales semejantes a los que la Masonería ha propugnado siempre *como estructuras útiles para la ascesis de la Humanidad hacia la Belleza, la Fuerza y la Sabiduría universales.*

Sin embargo, hace ya varias décadas que llegó la hora de revisar la auténtica naturaleza del compromiso que obliga a los masones. Afortunadamente, somos muchos los que nos hemos dado cuenta del espejismo ante el que se corre el riesgo de sucumbir cuando se olvida o pospone la *esencialidad* como única referencia válida para la Orden. Esencial es cuanto lleva al Hombre hacia su identificación con el Ser, con lo Absoluto. Cada masón es libre de interpretar esto, pero nadie puede pretender vaciar nuestra Institución de aquello que da sentido a su Tradición y a su metodología ritualizada, cuya meta es el Orden universal en el que el Ser se manifiesta. Sin inquietud metafísica es difícil entender y vivir la Masonería. Y esa auténtica naturaleza del masonismo esencial, como vía de evolución personal capaz de producir la unión armónica del corazón, el pensamiento y la acción, poniéndolos al servicio de la construcción humana, sin dogmatismo y en fraternidad, es la que está aflorando hoy en la conciencia de decenas de miles de hombres y mujeres en todo el mundo. Estoy convencido de que nos hallamos en el alba de una tercera etapa.

Numerosos autores, no masones, con buena o con mala intención, según los casos, y con mayor o menor fortuna, han es-

crito abundantemente sobre Masonería para el gran público. Tanto en España como en Iberoamérica, por lo que respecta a lo publicado en nuestra lengua, ha sido el siglo XX notoriamente rico en literatura divulgatoria y seudodivulgatoria que, por otra parte, tiene precedentes en todas las lenguas desde el momento de la aparición de la neo-Masonería como institución, en el siglo XVIII. Destruidas o consumidas las dictaduras de diverso signo que atenazaron a algunos países europeos en el siglo XX, todas ellas hostiles al humanismo y al humanitarismo que caracteriza a la Masonería universal, y operada una importante y positiva inflexión en el talante de la Iglesia católica respecto a quienes mantienen otras visiones del mundo, el tema es retomado periódicamente, no obstante, como recurso sensacionalista capaz de atraer a buen número de lectores.

Ni que decir tiene que el empeño que ponen algunos en presentar a la Orden Masónica como «secta» solo manifiesta una aviesa intencionalidad, ya que existen sencillos y claros criterios para despreciar semejante calificación, aplicada a una institución apolítica, adogmática y arreligiosa, con vocación filosófica y humanitaria universal, cuyas normas constitucionales están al alcance de quienes deseen conocerlas y en las que se descarta, sin excepción, toda discriminación por motivos religiosos, políticos, raciales, socioeconómicos, etc. Por otra parte, los pocos casos de conductas personales de masones que puedan constituir motivo de escándalo suelen ser subrayados, destacando discriminatoriamente la conexión personal del incriminado con la Orden (aunque a menudo se trate de ex miembros de la misma). Es muy fácil comprobar que cualquiera de los grupos activos conectados con las religiones positivas (que, en su origen, fueron siempre consideradas «sectas»), con los partidos políticos, etc., ofrecen hoy, y han ofrecido a través de la Historia, un número de ejemplos escandalosos desorbitadamente superior al que se ha intentado atribuir a la Orden durante sus trescientos años de existencia. Pobre argumento es este para desvirtuar una realidad muy distinta, repleta de comportamientos ejemplares y de generosas aportaciones a la sociedad.

Nuestra Tradición nos enseña que:

Quien desee practicar el arte de la construcción debe conocer y respetar las leyes que rigen el equilibrio y la armonía, fuera de las cuales nada duradero se puede edificar. La *arquitectura*, hija de las matemáticas, de la cosmogonía y también de la metafísica, se basa especialmente en los estudios sobre la naturaleza de los elementos, la gravedad, la física, la mecánica, la química y la coordinación de todo un grupo de artes. Por ello, obliga a la búsqueda constante de los principios de la Creación, suscita el amor por la belleza e impulsa a la meditación y a la disciplina del espíritu.

Nadie puede sorprenderse de que los masones se hayan sentido siempre, y de manera natural, *discípulos* del Gran Arquitecto del Universo, Principio ordenador de la energía vital de los mundos. También pueden deducirse fácilmente los motivos por los que, en épocas en que la transmisión del saber era esencialmente verbal, los constructores usaron de un sabio rigor al seleccionar a sus hombres, de una prudente lentitud en la formación de sus discípulos, de una severidad indispensable en la comprobación de su perfeccionamiento en la práctica efectiva del oficio y del arte que ejercían. Estas son otras tantas razones por las que los grupos de constructores añadieron constantemente a sus preocupaciones técnicas la práctica de un esoterismo fructífero y la formulación de reglas disciplinarias y rituales para sostener su solidaria fraternidad.

En un mundo que se presenta ante el constructor como un Templo concebido y construido por obra del Gran Arquitecto del Universo, el Trabajo es la fuente inagotable de expansión de los valores más nobles del hombre y su vía de realización personal, participando en el orden universal. Esta filosofía colocaba a los antiguos francmasones en oposición con el mundo medieval, basado en la división de la sociedad en castas, que no veía en el trabajo sino una ocupación innoble y degradante, un castigo del cielo, como consecuencia de la caída del hombre en el pecado, y en el que la posesión de una cultura particular era considerada posible germen de herejía y tentación del demonio.

El secreto de la Fraternidad, por el que ha podido sobrevivir activa y sana, creciendo en los momentos críticos de la Historia, es,

sin duda alguna, haber considerado el mandil de cuero de sus adeptos, símbolo del trabajo emancipador, como una distinción más antigua y más honrosa que ninguna de las inventadas por el hombre. Tan alta doctrina, fruto de la vivencia personal de cada francmasón, no podía verse afectada por los desgarramientos religiosos, que se producían a nivel teológico y que siempre le fueron extraños. La Cofradía de los constructores era una gran familia de trabajadores, juzgados dignos de participar en las obras exclusivamente en función de sus capacidades y méritos reconocidos. Cualquier otra consideración, como los particularismos locales, el sectarismo religioso o los prejuicios raciales, no tuvieron nunca cabida en su seno.

En 1717, los fundadores de la Gran Logia de Londres, primera institución histórica de la Masonería del pensamiento, consideraron fundamental *unir lo disperso*, que es uno de los principios herméticos que inspiran nuestro método iniciático. Lo inmediato, entonces, era poner fin a las guerras que venían asolando Europa a causa de discrepancias religiosas y políticas. Tanto la religión como la política se entrelazaban en un tejido de intereses que enfrentaban a los hombres. La Masonería debería ser Centro de Unión de quienes, de otra manera, no llegarían a conocerse y tolerarse para trabajar unidos en bien de la sociedad humana.

Pero la Masonería es un método perenne por los valores arquetípicos que enmarca y promueve. Por ello, los masones nos proponemos practicar dicho método a través del tiempo, para afrontar las problemáticas que en la sociedad se vayan planteando sucesivamente. Concebir el ideal masónico como únicamente válido en un momento y en un lugar determinados eliminaría su universalidad. Ello supondría el anquilosamiento esclerótico que se llama normalmente «vejez» y que precede a la muerte.

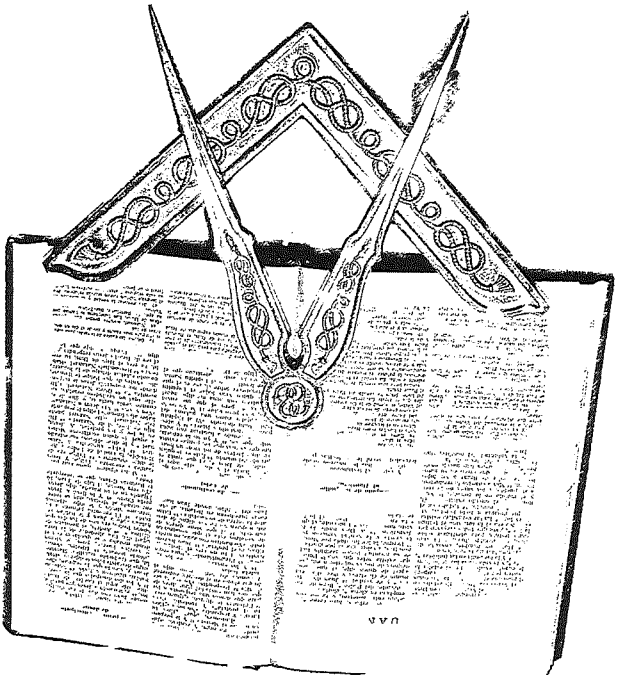
Nuestro tiempo es resultado de una evolución a la que muchos masones han contribuido partiendo de su Iniciación, precisamente para «rectificar» el patrimonio de conocimientos que la sociedad va acumulando y para que cada uno pueda analizar y trabajar su «piedra bruta» en los nuevos ambientes sociales que vayan surgiendo. Nosotros no estamos llamados a hacer política, religión o finanzas, sino a observar lo que la sociedad hace, proponiendo nuestro mé-

todo para que los nuevos hitos de lo humano no impidan la larga marcha hacia el Adán Kadmón, hacia el Hombre Ideal.

En la exposición sintetizada de materia tan compleja, intentada por un masón, resulta casi imposible prescindir de vivencias propias, a través de las cuales se ha ido sedimentando en su corazón cuanto sabe y siente de Masonería, ya que esta es, esencialmente, un modo de contemplar y sentir el mundo. Los masones llamamos Arte Real al proceso de realización personal en que consiste la iniciación masónica. Tal proceso personal es «único» en la intimidad de cada hombre y, por ello mismo, intransferible como experiencia. Esa es la verdadera naturaleza del secreto masónico. Todo lo demás es circunstancial y corresponde a la discreción necesaria a toda escuela o grupo, al difundir enseñanzas cuya asimilación necesita de un proceso de estudio y trabajo que no todo el mundo está dispuesto a emprender, a menudo por ser muy difícil prescindir de determinados esquemas mentales fuertemente arraigados. «Lo secreto» es, en su dimensión filosófica, algo velado, a lo que no se puede acceder fácilmente y que el Arte Real desvela *gradualmente* a los que buscan la Verdad. Por otra parte, saber administrar lo discernido en condiciones especiales, antes de comunicarlo a quienes lo merezcan, y aprender a hacer del silencio una auténtica cámara íntima de reflexión, forma parte de la formación personal indispensable del iniciado.

Pido, pues, a mi amigo lector y a mi amiga lectora que me disculpen si en algún momento, y en relación con determinados aspectos del tema, he de echar mano de mis sentimientos personales para tratar de *explicar* lo que de otro modo no podría hacer. Cuando hablo de sentimientos hablo de convicciones que, tras ser analizadas y sopesadas racionalmente, pasan a formar parte del tejido anímico, de la sensibilidad de cada hombre. En ello consiste la iniciación masónica, como tendremos ocasión de ir ampliando en las páginas sucesivas.

AMANDO HURTADO



NOSOTROS, LOS MASONES

HACE solo unas semanas, en una emisión televisiva, se me preguntó si los masones nos consideramos ángeles o demonios (!). Otros identifican abiertamente nuestro trabajo como una forma de culto «luciferino». Tambien hay quienes dicen que no hacemos sino parodiar las enseñanzas cristianas... La ultraderecha política ha preferido ver en nosotros simples agentes de un «contubernio judeo-masónico-comunista», haciendo gala de ignorancia supina respecto a cuanto implica cada uno de los elementos de tan pintoresca tripleta. Un diplomático de la última dictadura, autor tambien de un libro dedicado a «desentrañar» las incógnitas de la Masonería, me aseguró hace poco que, en realidad, no sabía a ciencia cierta qué es nuestra Orden porque nosotros no lo publicamos. Le pregunté cómo es posible escribir libros sobre algo que se admite desconocer, y cómo es posible asegurar que no explicamos lo que es la Masonería cuando están al alcance de cualquier investigador serio gran cantidad de libros y revistas, publicados directamente por autores masones, en los países en los que él desempeñó sus misiones diplomáticas y en las bibliotecas importantes.

La cantinela recurrente que suele esgrimirse es que la Masonería es una «sociedad secreta» (¡algún autor novel sobre el tema llega a afirmar que se trata de «la más influyente de la historia»!). En España, Francia, Alemania, Italia y en cualquier Estado de Derecho, existen sendos Registros de Asociaciones a los que tienen acceso los ciudadanos y en los que pueden comprobarse los datos de interés público requeridos legalmente. Afirmar que la Masonería, que es un

movimiento mundial, filosófico y fraternal, está integrado por centenares de asociaciones secretas (en todas partes, cada Obediencia masónica o federación de Logias está debidamente registrada) constituye una muy aviesa tergiversación. Si lo que se pretende es que cada masón tenga que darse a conocer como tal en cualquier circunstancia, se entra de lleno en lo demencial. Un protestante, un católico o un miembro de cualquier partido o asociación, ¿vendrá obligado a lo mismo? Si lo que no agrada a los curiosos es que el conocimiento de las deliberaciones puntuales en Logia esté reservado a sus miembros, plantéese lo mismo respecto al contenido de los cónclaves de cualquier tipo de asociación o entidad existentes e, incluso, de cualquier centro de enseñanza privada.

Últimamente parece haberse despertado en España un inusitado interés por redescribir la Masonería (que no por «descubrirla»). Aquí y allá vienen surgiendo programas de radio y de televisión, libros y libelos, concebidos o redactados por quienes, carentes de propia cultura masónica, creen poder ganar dinero y prestigio simulándola a partir de datos deshilvanados que rehilvanan a su gusto para ofrecérselos al gran público con el afán de confirmar la realidad y vigencia de las viejas (añejas) tesis antimasónicas «de toda la vida», reiteradas rutinariamente. Suele ser conocida la habitual visceralidad ideológica o política de quienes así actúan en nuestro país, desapareciendo con ello, para el lector o espectador avisado, la presunción de objetividad deseable en quienes acometen ciertos temas, y sobre todo este, pretendiendo hacerlo con autoridad «científica». Sensacionalismo frívolo, oportunismo y confusión de conceptos (deliberado o no), subrayan el carácter mendaz de los librillos y reportajes que, desde los tiempos de Leo Taxil, con escasísimas excepciones, se publican en nuestro país y en algunos otros, tal vez en busca de una nueva «Rosa de Oro» tan fútil y efímera como lo fue la que aquel impostor obtuvo como premio oficial a su esfuerzo difamatorio en las postrimerías del siglo XIX. Sin embargo, ningún adversario debe ser minusvalorado, y de ello ofrece pruebas amargas la historia de la Institución masónica. ¿Cuándo van a ser reconocidos como mártires de la libertad de pensamiento

los millares de masones asesinados en España, Francia, Italia, Alemania, etc., durante el conflictivo siglo XX, en plena virulencia de la irracionalidad que algunos pretenden prolongar así?

¿Quiénes somos y qué pensamos nosotros, los masones? Trataré ahora de responder una vez más a esta pregunta, sucinta y verazmente, a pesar de su complejidad, ya que se dan entre nosotros, como en cualquier otro colectivo, perfiles y matices diversos, como advertirá quien se adentre en la lectura del presente libro.

En primer lugar, nuestro denominador común es la inquietud por el conocimiento en libertad, sin partir de convicciones a las que no hayamos llegado mediante reflexión personal: un masón no es dogmático, sino que es más bien axiomático en su manera de proceder, por cuanto su razonamiento parte de lo que es evidente para todos, buscando acceder a lo no tan evidente. Su proceso es mayéutico, socrático. Además, se propone reconocer su misma libertad a todos los hombres honrados, sin distinción de razas, sexos, religiones o convicciones políticas que respeten la ética fundamental de los derechos humanos: persigue la tolerancia activa o constructiva, que es virtud vivida, y no la simple tolerancia constitucional o legal. En suma, goza con el diálogo libre y basado en la sinceridad, viendo en cada hombre o mujer un hermano o hermana en humanidad. Ama la fraternidad y se apoya en ella para conocerse mejor a sí mismo y a los demás, buscando personalmente la realización práctica de la Verdad, de la Justicia y de los grandes arquetipos del pensamiento humano en general.

Lo que antecede describe el perfil masónico genérico que resulta del análisis objetivo de los principios que inspiran a la Masonería como Orden iniciática universal. Refleja al masón realmente *iniciado* y *no* a quienes consideran que la iniciación consiste en haber sido recibido o admitido como miembro de la Fraternidad u Orden masónica por haber ingresado en una Logia o Taller de trabajo, sin más. El avance hacia la transformación personal es un lento proceso gradual que comienza por la búsqueda del conocimiento y control de uno mismo en fraternidad y tiene como meta alcanzar la auténtica sabiduría humana. Eso es lo que entendemos como vía iniciática,

y la Masonería entendió siempre que sus iniciados (cuando su madurez iniciática se lo permita) deben constituir un fermento que contribuya a conseguir la Paz universal y la mejora de la Humanidad. Como en toda escuela de aprendizaje, no todos lo entienden todo, ni lo entienden idénticamente, ni lo ponen en práctica por igual. Ha habido, ciertamente, circunstancias y periodos históricos en los que determindas personas y determinadas logias, influidas por las tedencias filosóficas transitoriamente dominantes (sobre todo la del positivismo, durante el siglo XIX y parte del XX, o por situaciones sociales que requerían, sin duda, una atención inmediata, centraron sus energías en la obtención de un orden social más justo aquí y ahora, minimizando la importancia del progreso iniciático personal como premisa prioritaria para alcanzar el bien de la Humanidad (que no es lo mismo que el bien transitorio de un grupo social, aunque esto sea también importante). Hay que reconocer que, gracias a la dedicación entusista de algunos de esos Hermanos, positivistas o no, a mejorar su entorno social inmediato, se consiguieron resultados importantes en ese sentido, abriendo camino a la aparición de estructuras más democráticas en muchos países y también a las que hoy llamamos organizaciones no gubernamentales de interés humanitario, como la Cruz Roja, la Sociedad de Naciones que precedió a la ONU, UNICEF, FAO, Tribunal de Estrasburgo, etcétera, o la promulgación de leyes para la obligatoriedad de la enseñanza (en España la del Hermano Claudio Moyano, en Francia la de Jules Ferry, etc.), la libertad de cultos y otras muchas. Sin embargo, toda esa actividad de orden social es solo atribuible personalmente a quienes se sienten llamados a ejecutarla y forjan cauces para ello. Ni la Iglesia, ni la Masonería universal son instituciones creadas *expresamente* para esa clase de acción directa, y por la misma experiencia han pasado y pasarán todas las instituciones históricas importantes, cualquiera que sea su carácter. Resulta chocante que protestantes y católicos, españoles o no, que escriben libros sobre nuestra Orden se olviden habitualmente de sus propias intervenciones en la sociedad, de los partidos políticos que han inspirado para la lucha por el poder, de sus mártires, de sus «herejes» y de las continuas

maquinaciones políticas y financieras en las que históricamente se han visto y se ven involucrados los miembros o «fieles» de sus respectivas instituciones, desde los tiempo de las condenas a la hoguera hasta los tremendos conflictos bélicos de nuestro tiempo.

Por ello, la Institución masónica, la Orden creada por hombres conocedores de una tradición iniciática para construir pensamiento que ayude a mejorar a las personas y lleve a la humanidad hacia un mundo más armónico y fraternal, se da a sí misma estatutos y reglamentos en los que se plasma la disciplina común para todos, basada en los principios expuestos. Sería absurdo pensar que todo masón es un dechado de virtudes, incapaz de errar o flaquear. Respecto a esto último, sus Hermanos han de ser siempre tolerantes. Pero no lo son cuando los yerros exceden los límites que exige el bien de la sociedad humana en general o de la Orden como institución honrada en particular. Quienes los transgreden probadamente son siempre sancionados en función de la gravedad de los hechos, siendo expulsados en los casos más serios. A diferencia de lo que ocurre en otras instituciones, las sentencias judiciales condenatorias de conductas moralmente indignas, emitidas por los tribunales estatales, conllevan siempre la expulsión de la Orden.

Es cierto que los masones hemos solido evitar la publicación sistemática de nuestros rituales. Ello ha obedecido a dos consideraciones: de una parte, un concepto estricto de lo que debemos considerar como discreción, por entender que el conocimiento de los rituales no puede ser libresco, sino vivencial por excelencia, ya que constituyen, en su conjunto, un método para acceder a la iniciación personal. Lo que llamamos «rito» no es otra cosa que la plasmación del método de acceso al conocimiento que practicamos en comunidad a través de símbolos; difundirlo indiscriminadamente a quienes no tengan propósito de iniciarse no conduce sino a su desvirtuación a través de interpretaciones peregrinas. De nada sirve tratar de explicar o definir intelectualmente qué es el amor a quien no haya sentido amor o no sea consciente aún de si verdaderamente lo ha sentido. De otra parte, nuestro humanismo carece de dogmas, pero utiliza filosóficamente térmi-

nos que, quienes postulan creencias dogmáticas, vienen apropiándose en todas partes: aún hay quienes atribuyen la exclusiva de la «religiosidad» y de la «espiritualidad» humanas a las religiones predicadas. Ello ha hecho que muchos masones, en países o medios sociales fuertemente dogmatizados en tal sentido, hayan rehuido con frecuencia aparecer como postuladores de «otra religión». La Masonería no es una religión, no lo pretende ni es incompatible con ninguna. Por el contrario, considera que la capacidad de simbolizar que poseemos los humanos es la vía que conduce al «despertar» de la mente, a su apertura hacia lo trascendente o sagrado.

En general, hemos escrito abundantemente huyendo de cuanto pudiera parecer proselitismo, prodigándonos mucho más en defensa de cuantos valores consideramos fundamentales para la convivencia social armónica, procurando a menudo utilizar términos aceptados en niveles culturales diversos, según las circunstancias: es más inmediato y aparentemente menos «sagrado», más asequible a todos, el término solidaridad que el más profundo y espiritual de fraternidad. Sin embargo, la verdadera solidaridad humana es solamente la fachada exterior de la fraternidad y lo que nuestra filosofía sustenta como gran corolario es el Amor fraternal, que no se restringe al ámbito de nuestros «Hermanos masones», sino a toda la humanidad.

Nuestro método de análisis se apoya en la terna hombre-templo-universo, considerando al Hombre como manifestación del Ser universal, con una historia evolutiva que solo conocemos en parte. Cada ser humano es, a su vez, una versión concreta de ese Hombre universal ideal; un templo igualmente en construcción, capaz de «orientarse» dentro de nuestro universo, si utiliza al máximo sus potencialidades, ya que cada uno de nosotros es un microcosmo construido con los mismos elementos que el macrocosmo. En nuestro templo personal vamos descubriendo los utensilios de trabajo necesarios para avanzar en esa construcción que será prefiguración del gran templo de una Humanidad mejorada, en el que puedan reinar la paz y la armonía. Los masones llamamos virtudes a las potencias o capacidades virtuales que residen

en cada ser humano, desarrolladas conscientemente, haciéndolo avanzar hacia su propio perfeccionamiento, y las simbolizamos como utensilios de la construcción física: regla, plomada, escuadra, compás, en correspondencia con números, medidas y formas. De igual manera que los antiguos masones o edificadores físicos consideraban que la Geometría era la síntesis de todas las ciencias, estructuradora de todas las artes, y que la arquitectura era su expresión compendiada, la Francmasonería o Masonería libre se centra en el desarrollo de una Geometría espiritual, cuyos múltiples símbolos apuntan hacia la misma síntesis.

Solo a través de las virtudes, concebidas como utensilios morales, seremos capaces de ver el mundo con nuevos ojos y comprender que cuanto existe es, en primer lugar, apariencia. En todas las apariencias de cuanto se nos presenta como «realidad» subyace un hilo conductor que relaciona las cosas entre sí, apuntando hacia una fuente común. Cuanto existe es manifestación simbólica de un Todo que es el Ser universal: lo que «es» por sí mismo, inaccesible al Hombre en su plenitud, por cuanto nuestra misma naturaleza humana, como manifestación parcial de ese Todo, limita nuestra capacidad de percepción a lo manifiesto que nos es análogo, quedando fuera de nuestro alcance lo no manifiesto. Por ello, hemos de aprender a relacionar las cosas en el plano racional, estableciendo secuencias de analogías que nos permitan llegar a estimular nuestra intuición. El entrenamiento asiduo de la mente en esa forma de trabajo adentra y conciencia a los hombres en el plano psíquico, desde el que será posible acceder al plano espiritual, trascendiendo así el estrecho límite de lo aparente. Y esa es la meta del trabajo constructor de pensamiento que hay que llevar a cabo en las logias para completarlo fuera de ellas personalmente, ejemplarmente, contribuyendo con ello al progreso humano. Tal es la única «consigna» común a todos los masones, «dictada» y matizada por la conciencia de cada uno de nosotros, puesto que la Masonería, escuela iniciática, carece de cúpulas jerárquicas capaces de dictar actuaciones concertadas puntuales o coyunturales, dadas las características de su estructura a nivel mundial. Los masones

solo suelen responder al unísono, por convicción, respecto a cuanto afecta a la dignidad humana, a los derechos humanos.

Con esta sumarísima exposición preliminar solo pretendo poner de manifiesto que los masones somos ciertamente buscadores de lo que nos trasciende, de lo que apunta hacia el Ser Supremo universal, buceando en nosotros mismos en primer lugar para estudiar el mundo, porque sentimos que cada hombre y cuanto lo rodea contiene y refleja la Revelación del Ser. Nos preocupan el fondo y la forma de lo humano. Nos interesa aprender de la Gran Obra universal, de su profunda estructura, porque formamos parte de ella y cada hombre es su imagen reducida, su «maqueta arquitectónica». La Masonería contempla la Naturaleza como manifestación o expresión del orden universal. Las pautas y normas que lo rigen, su estudio y su conocimiento interiorizado como sentimiento consciente, constituyen la meta masónica inmediata. No nos oponemos a ninguna expresión religiosa del proceso universal, porque como simbolistas tendemos a opinar que la Verdad es para el hombre un espejo roto, cada una de cuyas fracciones sigue reflejando parcelas de luz. Pensamos que se deben trascender las concreciones que la religiosidad humana ha ido produciendo a lo largo del tiempo. Creemos que es posible construir en común una humanidad mejor en la Tierra, reuniendo lo disperso, y aceptamos para ello todas las enseñanzas nobles que estimulen la tolerancia, con el ánimo de caminar hacia la Sabiduría, que es el compendio de las auténticas virtudes humanas.

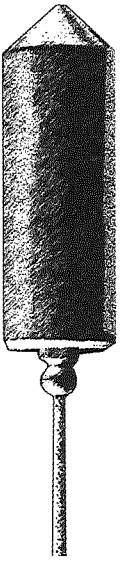
Pensamos tambien que existen otros planos de la realidad universal a los que el acceso está individualmente condicionado. El desarrollo ulterior de esa fase personal queda fuera de nuestros debates en la medida en que la Masonería Simbólica, como institución, solamente utiliza símbolos o sistemas que han de ser desarrollados personalmente. El Gran Arquitecto del Universo es el gran símbolo verbal que para unos denomina masónicamente al Dios personal de las religiones y, para otros, designa la Inteligencia o Fuerza generadora, ordenadora y todavía indefinible o innombrable del cosmos, cuya esencia trasciende nuestra capacidad

y no podemos definir con otro nombre más descriptivo. Son dos vertientes siempre presentes y compatibles dentro de la Orden, puesto que, en definitiva, la Masonería centra su atención en la Obra universal, quedando fuera de nuestros templos las teologías, precisamente por respetar todas las opiniones.

Para nosotros, los masones, lo que se suele designar como objetivamente «cierto» o «real» es solo una apariencia o un aspecto de lo contemplado. La percepción dependerá de nuestra postura, de nuestro momento, de nuestros sentidos...y tambien del momento y lugar en que lo contemplado se halle. Dice Mircea Eliade que, en cambio, «lo sagrado es lo real por excelencia... El deseo del hombre religioso de vivir en lo sagrado equivale, de hecho, a su afán de situarse en la realidad objetiva, de no dejarse paralizar por la realidad sin fin de las experiencias puramente subjetivas, de vivir en un mundo real y eficiente y no en una ilusión... Esta es la razón que ha conducido a eleborar técnicas de orientación, las cuales, propiamente hablando, son técnicas de construcción del espacio sagrado».

Para la Masonería, el espacio sagrado por excelencia, el primer templo, está dentro del hombre mismo. Su primer análisis ha de orientarse hacia su propio interior, donde se halla la piedra oculta que ha de conocer y labrar para contribuir luego a la construcción de una sociedad humana fraterna, en la que el Amor, que es el nombre místico que damos a la fuerza que impele a la unión organizada de todos los elementos del cosmos, determine nuestras relaciones y nuestra evolución. Esa realidad virtual, esa utopía, es el nuevo espacio sagrado querido por la Orden.

AMANDO HURTADO



LAS PALABRAS «MASÓN» Y «FRANCMASÓN»

La palabra *masón* es de origen fráncico (la lengua germánica de los francos, antes de latinizarse y convertirse en franceses). Procede del germánico ***mattjon***, que deriva en ***metze***, en antiguo alemán, y en *makyon* en lengua franca, para transformarse en ***mascun*** o ***machun***, en francés antiguo. Significaba «cortador» o «tallador». ***Steinmetzer*** era, en alemán, el cantero o labrador de piedras.

La palabra más próxima, en bajo latín medieval, sería ***massa***, pero con el significado de «amasijo», «masa» o «mazo». El Diccionario de la Real Academia Española recoge el término ***mazonero*** y la palabra ***mazonar***, aplicadas, respectivamente, al que hace la masa o mortero para unir las piedras de una construcción y a la acción que realiza. Así es que, en español, el que mazona podría recibir el nombre de *mazón* o *mazonero*. Con ello se estaría aludiendo a alguien que trabaja en la construcción, pero no a un tallador de piedras. El equivalente español del término germánico *metzer* y del fráncico *mascun*, aunque sin relación etimológica con ellos, sería ***cantero***, palabra probablemente céltica que aparece en castellano hacia el siglo XIII, según Corominas. Las canteras de las que se extrae la piedra se llamaban, en latín, ***latomiae*** o *lautumiae*, y de ahí que «Latomia» sea otra forma de denominar a la Masonería entre nosotros.

El prefijo *franc*, añadido al término «masón», parece consolidarse en Inglaterra, en el siglo XIV, para subrayar la situación social de los masones dedicados a un tipo de construcción cualificada. En relación con el origen de esta designación existen, al menos, dos criterios: el de los historiadores que defienden la aparición de

la palabra «free-mason» (masón libre o franquiciado), relacionándola con el trabajo de la «free-stone» (piedra libre o caliza, de fácil cincelación), por oposición al «roughmason» que realizaba trabajos más elementales (con piedra dura), y el de quienes consideran, sin duda apoyándose en datos históricos muy consistentes, que la «franquicia» a la que aludía la palabra «francmasón» o «masón franco» era la gozada por aquellos artesanos de la piedra que no se hallaban sujetos estrictamente a las reglamentaciones municipales o reales obligatorias para los practicantes de oficios en la Edad Media. En Escocia, quienes pasaban a ostentar el rango de «maestro» en las guildas en que se agrupaban los obreros de cada oficio eran «liberados» o hechos libres de ciertas obligaciones municipales. En Francia, el *Libro de los Oficios*, que escribió Esteban Boileau en 1286, recopilaba y detallaba las normas estatutarias por las que se regían las diversas cofradías parisinas.

El término ***masón*** se introdujo en la lengua española, durante el siglo XVIII, para designar específicamente a los miembros de la Orden Francmasónica, y carece en este idioma de cualquier otro significado. Por ello, resulta innecesario, en nuestra lengua, utilizar el prefijo «franc» (franco, libre) para aludir a los Hermanos masones, a diferencia de lo que ocurre en francés o en inglés, en que *maçon* y *mason*, sin prefijo, designan a los albañiles[1], recibiendo el nombre de *franc-maçon* y *freemason* solo los iniciados como constructores simbólicos, o masones pertenecientes a la Orden Masónica moderna.

Lo expuesto pone de relieve la estrecha vinculación de los masones antiguos con la talla de piedras y con la subsiguiente construcción realizada con ellas. Veamos a continuación, a grandes rasgos, algunos de los hitos del proceso histórico que conecta la Masonería de oficio (u operativa) con la Masonería constructora de pensamiento, dando origen a la que hoy conocemos como Orden Masónica. Ello nos permitirá proponer, en su momento, una correcta definición de lo que es esta institución.

---

[1] La palabra *albañil* es de origen árabe, procedente del término *ballasa* (de *balis* = tragar) y designaba, entre los musulmanes españoles del medievo, a los poceros y constructores de alcantarillado, extendiéndose posteriormente a los constructores de otras edificaciones.

DE LOS CONSTRUCTORES SAGRADOS A LOS MASONES OPERATIVOS

Los seres humanos somos gestados y «vivimos» la primera parte de nuestra existencia dentro de un recinto: el claustro materno. En él recibimos cuanto necesitamos para existir, y parece ser que, casi siempre, es traumatizante abandonarlo. Ante las inclemencias de la intemperie y las agresiones externas, los hombres buscamos normalmente un «claustro» en el que refugiarnos, ya sea aprovechando cavidades naturales o creando esas cavidades y recintos con elementos diversos; es decir, construyéndolos.

El de la construcción es, pues, un arte casi tan antiguo como nuestra especie. El sentimiento religioso, que es previo e independiente en su origen respecto a cualquier religión positiva, también lo es. La religiosidad humana es el sentimiento de vinculación con la naturaleza y con el universo que el Hombre lleva en sí mismo como ser consciente de su propia existencia. De ahí que la construcción haya estado siempre vinculada con lo que es «sagrado» para el hombre a lo largo de su historia. Lo sagrado (del latín *sacrum* = *dedicado*, *separado*) es aquello que se dedica a algo específico, lo consagrado a un fin determinado, como expresión tangible de la ligazón o relación entre el hombre y algo que este considera que lo trasciende.

La arqueología pone de relieve, en cualquier parte del planeta habitada desde épocas remotas, la existencia de edificaciones que no podemos sino considerar *sagradas* (en el sentido expuesto), ya se trate de menhires, dólmenes, zigurats o pirámides. La finalidad a

que se dedicaban no era ni suntuaria ni exclusiva o claramente utilitaria, sino la de servir a la comunidad expresando aspiraciones sociales relacionadas con alguna dimensión humana que trascendía lo utilitario cotidiano. Tenemos testimonio de rituales de consagración de determinadas construcciones en todas las civilizaciones, y se siguen consagrando en nuestros días no solo edificios dedicados a cultos religiosos, sino edificaciones civiles, siguiéndose para ello rituales más o menos estereotipados que tienen su origen en épocas muy remotas.

Un edificio es siempre una obra simbolizadora, al mismo tiempo que funcional, ya que se dedica o consagra siempre a un fin, teniendo en cuenta valores psicológicos y necesidades materiales de quienes van a habitarlo o utilizarlo. Por ello, los constructores de edificios *sagrados* ocuparon un puesto muy importante en las sociedades a las que pertenecían. La finalidad de toda edificación es acotar un espacio destinado a algo. La palabra latina *templum* significa eso precisamente: espacio acotado o delimitado. Especialmente sagrados, por la dedicación que se les daba, eran los templos religiosos.

La construcción de un templo presuponía y presupone una serie de conocimientos y convicciones que los constructores plasman de diversas maneras en lo que construyen. En la Antigüedad, los verdaderos templos no se construían nunca en cualquier parte, sino en lugares específicos en los que algún acontecimiento especialmente interesante ocurría o había ocurrido. Por ejemplo: una teofanía o manifestación de lo que los hombres de cada época han venido considerando «trascendente», o bien una manifestación de carácter natural que, por su particularidad, se adoptaba como símbolo de esa trascendencia. En todo caso, quienes concebían y desarrollaban tales construcciones debían poseer convicciones y conocimientos. Las convicciones y las «creencias» inspiraban la imagen previa, el diseño espiritual de lo que se deseaba construir, haciendo a menudo necesario el análisis del suelo, del subsuelo, de las condiciones climáticas, de fenómenos geográficos y meteorológicos, del movimiento de la Tierra en relación con el Sol, con la Luna, etc. Todo ello realizado mediante un «saber hacer» cua-

lificado, que trasciende el mero aspecto técnico del oficio de la construcción.

En China, Mesopotamia, India, México, Perú, como en Egipto, en Fenicia, en Grecia o Roma, se desarrollaron civilizaciones en cuyo origen lo trascendente, lo que se calificaba como «divino», ocupó un lugar preeminente. Todas ellas contaron con constructores de templos excepcionales. En el Mediterráneo, fue Egipto el más brillante exponente del nivel alcanzado por la arquitectura sagrada, y de él partieron conocimientos que, aprovechados por los inteligentes maestros fenicios, dieron lugar a construcciones como el templo de Salomón. Los constructores desempeñaron, simbólicamente, la función de vinculadores de lo terrestre con lo celeste.

En Roma, las cofradías profesionales alcanzaron cotas muy importantes de influencia social. Los llamados Collegia Fabrorum o Colegios de Oficios ostentaron, en muchos momentos, una fuerza social comparable a la de los modernos sindicatos. Eran asociaciones profesionales de artesanos cuya existencia se remontaba al siglo VIII a. de C. Los *tignarii*, carpinteros constructores de casas, que acompañaban a las legiones militares en sus expediciones y asentamientos, contaban, como los restantes colegios, con deidades tutelares propias y con signos y toques mediante los que se reconocían entre sí, aludiendo con ellos a sus secretos profesionales. Los rituales del culto que rendían a las divinidades tutelares específicas de cada oficio contenían elementos alusivos a las profesiones y acumulaban una vieja herencia o tradición que procedía de antecesores profesionales de otras latitudes (Grecia, Egipto, Mesopotamia, etc.). Por razones políticas, los emperadores romanos asumieron el título de *Sumo Pontífice* (o intérprete de la jurisprudencia sagrada de los Collegia) y se aseguraron con ello la presidencia de los gremios. A partir del siglo VI d. de C., tras la destrucción del Imperio romano occidental, los obispos cristianos de la vieja ciudad imperial asumieron también ese título, subrayando su dimensión simbólica.

Los maestros constructores imperiales se habían extendido por diversas regiones del Imperio y sobrevivieron a las invasiones bárbaras en algunos puntos concretos. Los lombardos respetaron

a los maestros constructores de la región italiana de Como, al norte de Italia, que conservaban el acervo de conocimientos sobre geometría euclidiana, aritmética, geología (fuerzas telúricas), astronomía y demás ciencias conectadas con la arquitectura que de forma tradicional, no escrita, sino transmitida de maestros a discípulos, habían heredado y desarrollado a lo largo de siglos. Lo mismo sucedió en el sur de Francia y en España, regiones en las que se asentaron los visigodos, que respetaron también a los profesionales, favoreciendo así la conservación de las técnicas de construcción *romanas*.

Muchos de aquellos constructores se refugiaron en los lugares más respetados por los belicosos invasores: los conventos cristianos, que, en aquellos siglos (VI y VII), eran los de la Orden de San Benito. Allí conservaron los maestros lo que luego se llamó el estilo románico o viejo estilo godo, que después se diferenció del nuevo estilo godo, llamado *gótico* y salido igualmente de los conventos benedictinos, según señala Paul Naudon[1]. Los maestros acompañaron a menudo a los frailes benedictinos que predicaban y se asentaban en los territorios que hoy son Austria, Alemania, Dinamarca, Bélgica, Inglaterra e Irlanda. Ello suponía la realización de largos viajes, superando innumerables obstáculos y, también, interesantes contactos con las tradiciones de los pueblos paganos de las regiones evangelizadas. Los constructores especializados en la edificación de los nuevos templos convivían con los benedictinos e intercambiaban con estos sus conocimientos. Ellos fueron los que recibieron, en los pueblos germánicos, el nombre de *metzen* y *machun* que se transformaría en Francia, definitivamente, en *maçon* o *mason*, como se ha indicado anteriormente.

La construcción de templos exigió siempre conocimientos que elevaban el oficio a un nivel científico (algunos de aquellos masones eran verdaderos arquitectos y geómetras de su época),

---

[1] Naudon indica que el historiador Friedegodo mecionaba el arte gótico, ya a mediados del siglo X, en el sentido apuntado. El estilo hoy llamado gótico se diferencia del *románico*, fundamentalmente, en la solución aportada para el sostenimiento de las bóvedas (P. Naudon, *La Franc-Maçonnerie*).

teniendo en cuenta que la ciencia tenía como fin la búsqueda de la Verdad y que *la Verdad se encuentra representada en la naturaleza*, siendo esta, a su vez, manifestación de un orden universal. De este modo, los constructores sagrados abrían su mente a lo trascendente, emprendiendo el camino hacia lo que se halla más allá de lo físicamente concreto, es decir, hacia lo matafísico.

Así pues, durante aquellos primeros siglos posteriores a la caída del Imperio romano, los masones dependieron, para mantener su profesión, de las autoridades eclesiásticas que los patrocinaban. A partir del siglo XI los masones —que llamamos constructores operativos para distinguirlos de los modernos masones simbólicos o filosóficos— comenzaron a organizarse en grupos o cofradías administrativa y económicamente independientes de los conventos, aceptando los trabajos en condiciones pactadas y adaptando su actividad a normas reglamentadas. Las cofradías de constructores surgieron como nuevas formas organizativas laicas, pero conservando su tradición sagrada, al calor de la evolución social de la Alta Edad Media. Las libertades o franquicias logradas por los municipios frente a los señores feudales, y el mayor desarrollo del comercio, favorecieron las migraciones de artesanos hacia las ciudades y fueron así los municipios (y luego, los reyes) los que señalaron a los oficios sus condiciones de trabajo de forma estatutaria. Guildas gremiales de constructores, y de otros oficios, fueron apareciendo de este modo también en los países de Europa central y nórdica, a lo largo de los siglos XI y XII. Es importante anotar que, aunque los oficios se organizaron a partir de entonces, para alcanzar metas profesionales y de ayuda mutua, subsistieron las cofradías originales, o se formaron otras nuevas, a fin de conservar el espíritu sagrado de los oficios tradicionales, siempre representado simbólicamente por un vestigio o símbolo de lo «divino», en forma de *santo patrono* o *santa patrona.*

No es difícil comprender que los masones constructores de oficio fueran motivo de preocupación para los reyes y grandes señores medievales, ya desde tiempos de Carlomagno, en los siglos VIII/IX y a lo largo de los siglos posteriores. La aparición de los gremios de constructores durante la Edad Media es un tema

socio-histórico apasionante que no es posible abordar aquí, pero que estuvo muy relacionado con la importancia progresiva adquirida por la construcción de edificios civiles y de defensa de las ciudades. Los «oficios», en general, surgen en las villas y ciudades como forma libre de trabajo, frente al trabajo servil de los campesinos sometidos a los señores feudales. Apuntaban al nacimiento de una burguesía que no cesaría de desarrollarse en adelante. De esa importancia de los «oficios», y de las inquietudes que la relativa liberalización que conllevaban producían a las autoridades antiguas, daba fe el *Libro de los oficios*, de Boileau, antes mencionado. En esta obra se describían también las formas ritualizadas de ingreso en las cofradías que agrupaban a los profesionales de diferentes oficios medievales.

A partir del siglo XII, y sobre todo durante el XIII, la nueva Orden del Templo, cada vez más pujante y poderosa, patrocinó importantes obras de construcción. Fortalezas, albergues e iglesias constituían el objeto de un específico sector laboral para el que los caballeros templarios necesitaron a los talleres o logias de masones que, tanto en el Imperio alemán como en Francia, se hallaban ya organizados como nadie para llevar a cabo aquellos trabajos. El buen entendimiento entre los patrocinadores templarios y los realizadores *francmasones* (masones libres) fue cada vez mayor. Algunos maestros masones acompañaron a los templarios a Oriente durante aquel periodo y, tanto unos como otros, adquirieron en Palestina, Siria y Egipto interesantes conocimientos que se habían conservado en las regiones dominadas por el islam, procedentes de las antiguas culturas orientales. Los templarios mantuvieron estrechas relaciones, no solo bélicas, con sus equivalentes musulmanes, también caballeros defensores de aquellos territorios, y recibieron de ellos datos culturales desconocidos o perdidos para la cultura europea de aquel tiempo. Ello contribuyó más tarde, de manera importante, al desarrollo de la «leyenda templaria».

La Orden del Templo había acumulado un enorme poder, constituyendo un auténtico Estado dentro de los Estados europeos y por encima de ellos, en muchos casos. Recaudaban más tributos que los mismos reyes y organizaban «provincias» tem-

plarias a las que dotaban de organismos semejantes o superiores en eficacia a los de las monarquías feudales de su tiempo. Los masones de Francia pagaban sus tributos a la Orden y no a la corona, dada la protección que recibían del Templo y su estrecha colaboración. Por ello, cuando a principios del siglo XIV, la muy decaída y rica Orden del Templo fue perseguida en Francia por el rey Felipe IV el Hermoso y fue disuelta por el papa Clemente V —tras la muerte en la hoguera de su último Gran Maestre, Jacques de Molai, y la dispersión por toda Europa de sus caballeros—, empezó a forjarse una leyenda, que se fue engrosando y decantando a través de los siglos posteriores y que culminó en el XVIII, que atribuiría a la Orden del Templo el origen de la francmasonería especulativa o simbólica. Algo que es históricamente falso, aunque algunos grados superiores de la Masonería del Rito Escocés y del Rito de York recojan la gesta *caballeresca* templaria como motivo de meditación iniciática. Veremos, más adelante, en qué consisten esencialmente los grados masónicos y qué otras leyendas y mitos recogen con el mismo fin.

Hemos aludido antes a la práctica de ceremonias rituales, mediante las cuales se recibía en las cofradías gremiales a los nuevos miembros que entraban a formar parte de ellas como profesionales de alguno de los oficios. Se perseguía con ello seleccionar los reclutamientos mediante el control del número de profesionales existente en cada ciudad o villa y, al mismo tiempo, se intentaba asegurar la capacidad profesional normalizada de los candidatos para prestigiar el ejercicio de la profesión correspondiente.

En cada oficio existía una jerarquización de deberes y obligaciones, representada por distintos niveles profesionales: en todos los oficios había aprendices y oficiales o compañeros. Al frente de ellos, en cada taller concreto, había un «maestro», que solía ser un oficial de mayor edad y experiencia que contaba, también, con mayor solvencia económica y comercial para hacerse cargo del patronazgo y de la dirección. Los obreros más cualificados de los talleres formaban cofradías o fraternidades laborales, de carácter local o regional, ya que, a diferencia de otros oficios, el de los constructores exigía frecuentes desplazamientos o *viajes* en busca de trabajo.

Cuando el candidato al ejercicio «normalizado» de un oficio deseaba ingresar en un taller, las normas establecían que tenía que prestar juramento de lealtad hacia sus cofrades o compañeros profesionales, y de honradez en el desempeño de su labor. Si esta implicaba la aplicación de conocimientos técnicos especiales, que los miembros del taller en cuestión solieran practicar en sus trabajos, el candidato debía jurar que mantendría el «secreto» profesional correspodiente, a fin de no dañar los intereses de quienes lo acogían. Con frecuencia, el candidato era sometido a alguna «prueba» que evidenciara su valor, su capacidad profesional u otras cualidades físicas y morales, según muy antiguas tradiciones nunca extinguidas, sino simplemente «revestidas» para respetar, al menos en lo formal, las creencias religiosas católicas socialmente imperantes. En esto consistía, a grandes rasgos, lo que suele llamarse la «iniciación» en los diversos oficios. Naturalmente, los aprendices debían, a continuación, pasar un tiempo (variable, según las épocas y circunstancias, entre siete años y más) aprendiendo de los oficiales la práctica del oficio en cuestión, antes de pasar a ser uno de ellos mediante nuevo juramento y previa aceptación de quienes iban a ser sus compañeros.

Las cofradías de constructores no eran excepción a este *modus operandi* formal, puesto que, como hemos visto, sus raíces históricas llegaban muy lejos en el tiempo. En las cofradías de constructores o masones no ingresaban todos los obreros del oficio. El aspirante pasaba primeramente por un periodo de aprendizaje controlado, dependiendo durante esa etapa del «maestro» o jefe del taller para el que trabajaba. Transcurrido un tiempo, el aprendiz era propuesto a la cofradía y, en su caso, «registrado» como tal en las listas de la misma. A partir de aquel momento, el aprendiz pasaba otro periodo de aprendizaje antes de «entrar» o ser admitido como compañero de pleno derecho. Durante ese tiempo, era lo que los anglosajones llamaban un «entered apprentice». Los historiadores masonólogos han venido analizando este tema de manera especial durante el último tercio del siglo XX, a partir de nuevas documentaciones, poniendo de relieve diferencias interesantes entre la organización del oficio en Escocia, Irlanda e Inglaterra, respectivamente. Los Estatutos lla-

mados de Schaw (1598-99) señalan la existencia de maestros masones profesionales en Escocia, cuando en Inglaterra no existía esa categoría o grado laboral, que mucho después sirvió de base histórica para el desarrollo del grado iniciático de Maestro en la Masonería simbólica o especulativa del siglo XVIII. Los ingleses contaban solamente con aprendices *ingresados* y compañeros (*fellows*) del oficio.

En Alemania y Francia, donde los masones constructores de catedrales dejaron las más monumentales huellas, el desarrollo de sus cofradías merecería un análisis específico. La historia del Compañerazgo en Francia, donde perdura aún, a través de una larga y accidentada trayectoria, ha constituido y sigue constituyendo objeto de numerosos estudios, como uno de los posibles antecedentes de la Francmasonería filosófica o simbólica [2].

La construcción, mucho más que otros oficios, requería la participación en las obras de personas expertas en disciplinas cuyo conocimiento no era impartido de manera general y no estaba al alcance de todos, en sociedades en las que el desarrollo cultural se ceñía a pautas sociales y dogmáticas demasiado estrictas. Los masones conservaban su propia tradición cultural y la transmitían oralmente, mediante la iniciación y a lo largo del periodo de aprendizaje. Sin embargo, no todos los constructores pretendían ni alcanzaban una iniciación superior en el Arte de la construcción. La mayor parte de ellos eran solo lo que hoy llamaríamos obreros del oficio. El «arte» va más allá de la mera técnica rutinaria, destinada a conseguir un fin inmediato, y no todos los que realizaban esa labor poseían idéntica capacidad o circunstancias favorables para desarrollarlo. Por eso, solo determinados miembros de las co-

---

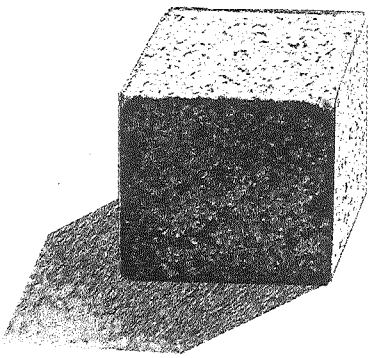
[2] Ver, de Frederick Tristan, *Le Livre d'Or du Compagnonnage*, Ed. Godefroy, 1990. Los actuales Compagnons du *Tour de France* son auténticos supervivientes de la Masonería operativa del medievo y de las agrupaciones de menestrales de otros oficios que basaban sus rituales de iniciación también en leyendas y símbolos extraídos de la Biblia, dando un valor esencialmente formativo-iniciático a la relación entre el *obrador* y la materia sobre la que este obraba, cuyas características, a las que había de ajustarse y conocer en profundidad, le «enseñaban» y guiaban en su trabajo. Cuando la Francmasonería especulativa o simbólica llegó a Francia, procedente de Gran Bretaña, los «compañeros del Deber» permanecieron impermeables a los postulados universalistas y deístas que esta proponía, prosiguiendo una existencia paralela hasta su reorganización, en el siglo XIX.

fradías de masones abordaban el aprendizaje de conocimientos que, estando implícitos en la base del oficio, eran, a su vez, fuente del posible despliegue de posibilidades que este encerraba.

Ha llegado hasta nosotros buen número de manuscritos estatutarios de los antiguos masones medievales, como los de Bolonia (Italia), del siglo XIII, y los de Ratisbona (Alemania), del siglo XV. Los deberes reglamentados de los cofrades masones medievales ingleses fueron recogidos en diversos manuscritos, de los que los más antiguos conservados se remontan a los siglos XIV y XV. Se trata de las *Ordenanzas de York* y los manuscritos llamados *Regius* y *Cooke*. A través de ellos y de otros posteriores, englobados bajo el nombre de «Old Charges» (Antiguos Deberes), sabemos que la Geometría era considerada por los masones como ciencia madre de todas las demás ciencias, puesto que todo, en el universo, tiene *medidas* que pueden traducirse en formas, y viceversa.

El conocimiento de la Geometría comportaba el de otras disciplinas, ya que estas, en definitiva, no pueden abordarse sin considerar la medida o intensidad, en el espacio y en el tiempo, de vibraciones sonoras o luminosas. Los antiguos manuscritos mencionados definen la Francmasonería como «el conocimiento de la naturaleza y la comprehensión de las fuerzas que hay en ella». El arte masónico o «arte real», término utilizado ya por el neoplatónico Máximo de Tiro, se identificaba con la geometría, una de las ciencias del *quadrivium* pitagórico. La constancia de la Geometría (y de la expresión de la medida, que es el Número) en todos los niveles de la naturaleza manifiestaba, para los masones iniciados, la presencia constante del Gran Arquitecto del Universo en todo lo existente. El concepto del «Gran Arquitecto del Universo» plasmaba, en parte, la idea del «Dios-Constructor» o «Dios-Creador» del medio social y cultural cristiano en el que se dearrollaban las cofradías medievales de constructores. La Unidad, primera manifestación del Ser, desdoblándose y expresándose a través de la pluralidad, la Trinidad, resumiendo el gran principio dual del universo en su conjugación ternaria, y otros tantos conceptos pitagóricos, se hallaban en la intrepretación geométrica del mundo heredada por los masones medievales.

La rica y vieja tradición de los constructores sagrados había pervivido en culturas diferentes, manteniéndose al margen de las definiciones teológicas y teogónicas imperantes en cada una de ellas, pero facilitando siempre una ósmosis que permitía *traducir* sus valores como valores «geométricos». Veremos que los fundadores de la *neomasonería* o Masonería simbólica, en el sigo XVIII, aludirán a ello indicando que los nuevos masones ya no tendrían que observar la religión de los lugares en que se hallasen sus talleres, como habían hecho hasta entonces, sino la religión natural que conduce al desarrollo de la Virtud personal, en armonía con lo universal.



DE LA MASONERÍA DE OFICICIO A LA MASONERÍA SIMBÓLICA

Como hemos visto, los constructores medievales, a los que nos hemos estado refiriendo, amalgamaban y daban forma, en sus cofradías, a aspiraciones profesionales, sociales y culturales, como había ocurrido desde la Antigüedad en los *collegia* romanos, en los que tenían su antecedente histórico.

Conviene subrayar que, como los masones, los practicantes de otros oficios se organizaban prescribiendo reglas de conducta laborales y personales, a fin de merecer el respeto social y evitar el intrusismo profesional, pero también para estimular en sus *oficiales* el espíritu de superación a través de la emulación y de la autovaloración. El conocimiento de la tradición del oficio no solo ennoblecía a quienes lo practicaban por vincularlos con gloriosos, e incluso legendarios o divinos antecesores-maestros, sino que les facilitaba la comprensión de los «secretos profesionales», algunos de los cuales contenían las claves del bien-hacer que podían garantizar el éxito laboral. Tal era el fin de la *iniciación*.

Los aspirantes a ingresar en las cofradías solían ser también sometidos a pruebas que atestiguaran la firmeza de voluntad del candidato y la posesión de cualidades específicas. Retengamos que, en todos los casos, el esquema era muy semejante: ejercer un oficio correctamente exigía una especial concienciación que había de generar determinados principios éticos y prácticas morales concretas que encauzaban también la vida civil y familiar de quienes las observaban, de forma que resultaba prestigiada la profesión misma. Igualmente, se buscaba la solidaridad y la ayuda mutua entre los

practicantes cualificados de los oficios. Los cofrades identificaban todas estas aspiraciones con los símbolos éticos imperantes en el medio social en el que operaban y solían adoptar un patrono que, en definitiva, representaba el nexo con lo divino, con lo trascendente. Podía ser Jano, Marte, etc., entre los romanos, o bien, más tarde, cualquier santo del santoral cristiano a quien se pudiera atribuir, de alguna manera, una relación con la actividad desarrollada.

Por otra parte, la arquitectura y el oficio de la construcción, fundidos en uno hasta momentos históricos relativamente recientes, revestían una especial importancia en la vida de la sociedad, y quienes ostentaban el poder en ella necesitaban su concurso, tanto para conservarlo, como para desarrollarlo o expandirlo. Los reyes y los grandes señores feudales y religiosos precisaban de constructores experimentados y fiables para fines que trascendían las meras necesidades primarias. La construcción de templos, puentes, fortalezas y edificios suntuarios precisaba de especialistas avezados y no solo de sencillos «albañiles». Por ello, los masones, diseñadores de edificios y talladores de la piedra, así como los carpinteros y los forjadores de metales, habían gozado siempre de la especial consideración de los poderosos. La Edad Media europea no había de ser excepción.

También hemos visto que en la tradición de los constructores se habían conservado conocimientos que no eran comunes en la sociedad medieval. Algunos espíritus inquietos, a menudo del entorno de quienes patrocinaban las obras realizadas por los masones medievales, se habían aproximado a las logias [1] de estos, interesados por su quehacer y su forma de interpretar la Geometría, participando en sus reuniones de trazado e interviniendo en las discusiones como invitados, ya que no eran del oficio. Fueron los predecesores medievales de los que, sobre todo a partir del siglo XVII, serían recibidos en las logias operativas escocesas como «masones aceptados».

El paso de la Masonería gremial, o de oficio, a la Francmasonería especulativa o simbólica se fue gestando ya abiertamente desde

[1] La Logia era el lugar en que se reunían los obreros de la construcción. Su taller de preparación y discusión del trabajo a realizar diariamente.

el siglo XVI hasta principios del XVIII, a partir de algunas logias escocesas. Como pone de relieve David Stevenson[2], es ilusorio seguir manteniendo que la Masonería especulativa nació en Inglaterra, repentinamente, con el acuerdo de las cuatro logias londinenses que se unieron para formar, en 1717, la Gran Logia de Londres. Lo que parece evidente para este importante masonólogo es que en logias «operativas» escocesas del siglo XVII hallaron acogida *caballeros* estudiosos, así como profesionales de otros oficios, interesados en el método ritual de los constructores y que, ya desde esa época, se puede hablar de Masonería especulativa o simbólica, puesto que aquellos *no masones de oficio* debatían temas no limitados a la reglamentación y práctica de la construcción física, sino a los principios geométricos y de orden estético y moral en que esta se basa, simbolizados en la utilización de los utensilios de trabajo.

Por otra parte, las logias masónicas escocesas del siglo XVII se preocupaban tanto de la reglamentación del oficio como de las prácticas rituales de iniciación, aunque solo se consignara en las actas de las reuniones lo concerniente al primer aspecto y no se hayan encontrado, hasta después de 1630, más que alusiones esporádicas a los «secretos» ritualizados, como era el de la *Palabra del Masón*, como medio de identificación, según señala también Stevenson.

Gran parte de las logias operativas escocesas de constructores continuaron vinculadas a la construcción de edificios hasta principios del siglo XVIII y contaron con *masones aceptados* desde principios del siglo anterior, lo que no ocurrió en las logias netamente inglesas. Los antecedentes inmediatos de las logias especulativas o simbólicas inglesas hay que buscarlos en las logias «a la escocesa» que fueron surgiendo en territorio inglés durante el siglo XVII, algunas de las cuales incluso parecían no tener una ubicación permanente, sino que se reunían, periódicamente, donde sus miembros acordaban. Tal pudo ser el caso de la famosa Logia pionera de Warrington, a la que perteneció Elías Ashmole, primer «caballero» conocido que fuera recibido masón en una Logia inglesa,

---

[2] *The origins of Freemasonry, Scotland's century, 1570-1710*, Cambridge University Press, 1988.

junto con el coronel Mainwaring, explicándose así el hecho de que se carezca de datos sobre la Logia de aquel famoso alquimista y miembro de la Royal Society británica desde 1646 hasta 1682, esta vez asistiendo Ashmole a la iniciación de varios caballeros, en Londres, según menciona en su diario íntimo.

Sin embargo, la Masonería institucionalizada moderna, basada en el simbolismo de los antiguos masones, arranca de la Gran Logia de Londres. Como ya se ha indicado, cuatro logias londinenses [3] decidieron unirse, el 24 de junio de 1717, festividad de San Juan Bautista, para formar una macroestructura administrativa con fines específicos: Habría de ser la primera formación que, conservando las formas externas y los símbolos de la logias de los masones constructores tradicionales, no tendría como meta la construcción de edificios, sino la de reunir a los hombres de cualesquiera ideologías, razas, religiones o nacionalidades para cimentar y lograr una sociedad humana armónicamente edificada, a fin de que la paz y la tolerancia sustituyeran, algún día, a la disensión y la guerra.

Fue creada con independencia de la profesión u oficio de sus miembros [4] y, como indica el artículo primero de la Constitución de 1723, con el propósito de servir de centro de unión a quienes, de

---

[3] Las cuatro logias llevaban los nombres de las hosterías londinenses en las que sus respectivos miembros solían reunirse: la de «El Ganso y la Parrilla», la de «La Corona», la de «El Manzano» y la de «La Copa y las Uvas». Era costumbre, en aquel tiempo, que los miembros de las más heterogéneas asociaciones alquilasen periódicamente y por unas horas salas en las que poder reunirse.

[4] James Anderson (1679-1739) era pastor anglicano, nacido en Escocia, de padre masón. Fue el redactor del *Libro de las Constituciones de los Francmasones*, en el que recogió una selección de las normas estatutarias y deberes tradicionales de los masones constructores, precediéndolo del relato histórico-simbólico del origen de la Masonería operativa, a petición de la Gran Logia de Londres. El proyecto fue aprobado en 1722 y se publicó en 1723. Para una exposición más detallada, véase mi anterior libro *Por qué soy masón*, editado por Edaf.

Jean Théophile Désaguliers (1683-1744) era investigador científico, miembro de la Royal Society británica, amigo de Isaac Newton y pastor presbiteriano, de familia hugonote emigrada a Inglaterra tras la revocación del Edicto de Nantes por Luis XIV que desencadenó una nueva persecución. Jugó un papel decisivo en la redacción de las Constituciones y en la creación de la Gran Logia de Londres, de la que fue su tercer Gran Maestre.

otra forma, no se habrían conocido, ya que en ella figuraban profesionales, como los maestros carpinteros Lamball y Coordwell, junto a teólogos y presbíteros como Anderson y Désaguliers o militares como el capitán Eliott. Eligieron como Gran Maestre al caballero Anthony Sayer, en espera de poder ofrecer el cargo, más adelante, a algún personaje ilustre que favoreciese el desarrollo de la institución. Esto ocurrió en 1721, en que fue elegido Gran Maestre el duque de Montagu. En 1722 lo fue el duque de Wharton. En 1730 el número de logias inscritas en la Gran Logia ascendía ya a 30 y en 1738 la Obediencia pasó a titularse Gran Logia de Inglaterra.

No todos los masones ingleses apoyaron la iniciativa especulativa de Londres. La decaída Logia de York, que, según una vieja tradición, databa del siglo X, así como otras logias operativas, permanecieron independientes. Una de ellas, en Londres, era la Logia de San Pablo [5] (que había sido creada por los masones constructores de la nueva catedral), y es interesante anotar que, ya en 1702, esta Logia, presidida por el arquitecto sir Christopher Wrenn, edictaba que:

> Los privilegios de la Masonería no serán ya reservados, en lo sucesivo, tan solo a los obreros constructores, como se hace ahora, sino que se extenderán a personas de toda condición que deseen participar.

La Logia de York reaccionó agrupando a varias de aquellas logias, editando sus propias Constituciones en 1722 (las de Roberts) y adoptando el nombre de «Gran Logia de toda Inglaterra» en 1725. Continuó ejerciendo sus funciones (hasta 1779), sin actitud especialmente hostil hacia la Gran Logia de Londres, aunque manifestando siempre su discrepancia.

Desde 1739 a 1753, miembros de algunas logias conservadoras, influidos por las formas rituales practicadas entre los masones irlandeses, protagonizaron un movimiento que culminó en la formación de una nueva Obediencia, integrada por nueve logias de reciente creación: la «Gran Logia de los Masones Libres y Aceptados, según las

---

[5] James Anderson había sido capellán de la Logia de San Pablo y también fueron miembros de ella varios de los fundadores de la Gran Logia de Londres.

Antiguas Instituciones». Esta nueva formación pasó a ser conocida, pronto, como la «Gran Logia de los Antiguos» y había de tener una importancia decisiva en la evolución de la Masonería anglosajona. Sin embargo, y en contra de lo que pudiera pensarse, la Gran Logia de York (autotitulada «de toda Inglaterra», como hemos visto) poco o nada tuvo que ver con el origen de este nuevo movimiento.

El artículo primero de las Obligaciones contenidas en las «Constituciones» fundacionales de 1723, redactadas por James Anderson y sus colaboradores, señalaba expresamente que:

> Un masón está obligado, por el compromiso contraído, a obedecer la Ley moral. Y, si entiende correctamente el Arte, jamás será un ateo estúpido ni un libertino irreligioso. Pero, si bien antiguamente los masones venían obligados, en todos los países, a seguir la religión del respectivo país o nación, fuese cual fuese, se considera hoy más expeditivo *que se obliguen solo respecto a la religión sobre la que todos los hombres están de acuerdo*, dejando para cada uno sus (propias) opiniones personales. Esa religión consiste en ser hombres de bien y leales, hombres de honor y probidad, cualesquiera sean las denominaciones o confesiones que puedan distinguirlos. Con ello, la Masonería se convertirá en el Centro de unión y medio conciliador que permita anudar una sincera amistad entre quienes de otro modo habrían permanecido separados perpetuamente.

Del texto se desprende que los masones han de practicar una moral acendrada, *pero* no necesariamente determinada por una dogmática religiosa, sino la propia de los hombres de bien, leales y probos, de acuerdo con el criterio general de la sociedad en la que se hallen, sin que sus posibles creencias confesionales desempeñen ningún papel en su relación con los demás miembros de la Institución.

Esta interpretación de la primera de las Obligaciones *marcadas* por los fundadores de la Francmasonería del pensamiento o Masonería Simbólica es congruente con el móvil que los condujo a crear la Orden: tratar de poner fin a las endémicas discordias que venían asolando la sociedad a causa de las virulentas discrepancias religiosas y de los enfrentamientos políticos a que las mismas daban lugar (y aún, lamentablemente, siguen dando en muchos lugares del mun-

do). Era natural que el mejor parámetro moral utilizable fuera el dominante en aquella sociedad de cultura tradicionalmente cristiana, sobre el que los ingleses de todas las «denominaciones» o «confesiones» podían estar de acuerdo: la bondad, la lealtad y el honor o dignidad humanas eran y son cualidades *naturales* de las personas de bien, en todas partes. De ahí la alusión a los «libertinos irreligiosos» y a los «ateos estúpidos», con objeto de contraponer el modelo de conducta que la nueva Masonería pretendía fomentar y el que solían observar quienes alardeaban de ser «libres» por comportarse «libertinamente», es decir, sin respetar principios éticos constructivos que, en aquella época, la conciencia cultural colectiva identificaba con las mejores proposiciones morales cristianas.

La Masonería se proponía crear un modelo social abierto y no dogmático, basado en cualidades humanas reconocidas como positivas, alcanzadas a través de la religión personal o de otro tipo de convicciones, ya que solo de esa forma podría ser «centro de la unión» humana y humanista. La Tradición metodológica simbolista que transmite la Orden es invariable, pero su aplicación a lo largo de la historia debe considerar los símbolos arraigados en cada sociedad concreta, a fin de poder desarrollarlos filosóficamente e incluso reconvertirlos e integrarlos, enriqueciendo con ello su acervo simbólico.

En 1725 y 1736 fueron creadas las Grandes Logias de Irlanda y de Escocia, respectivamente. Ambas siguieron el ejemplo agrupador de la Gran Logia de Londres, pero con matices propios de sus respectivas tradiciones locales.

Los fundadores de la Gran Logia «de los Antiguos», en 1753, mayoritariamente irlandeses procedentes de la Gran Logia de Irlanda, según expone el historiador Henry Sadler[6], propugnaron una Masonería teísta y confesional, basándose en que los antiguos masones gremiales habían sido cristianos practicantes

---

[6] Henry Sadler, en *Masonic facts and Fiction*, 1887, subrayaba que la mayor parte de los masones que constituyeron la nueva Obediencia, llamada de los «antiguos», no habían pertenecido a la andersoniana Gran Logia de Inglaterra, sino que eran miembros de la Gran Logia de Irlanda que no habían sido acogidos favorablemente entre los «modernos» a su llegada a Londres. (D. Ligou, *Diccionaire de la Franc-Maçonnerie.*)

(lo que ya había tenido en cuenta Anderson en el texto anteriormente comentado) y que la Masonería *moderna* había descristianizado los rituales. Por ello, redactaron sus propias normas (contenidas en el *Ahiman Rezon*[7], de Lawrence Dermott) y establecieron, para sus masones, la obligación de practicar una religión positiva, basada en la tradición «revelada» a través de un libro sagrado, que, como cristianos, habría de ser la Biblia.

Las dos Grandes Logias inglesas entraron en franca competencia, tratando de captar adeptos entre las personas ilustres e influyentes, hasta que el advenimiento de la Revolución Francesa y las guerras napoleónicas impulsaron a ambas instituciones a solidarizarse con la política de la Corona británica, entablando un diálogo que culminó con la unión de los *modernos* y los *antiguos*, en 1813, formando la Gran Logia Unida de Inglaterra.

Para muchos, la disolución de la primera Gran Logia de Inglaterra en el seno de la Gran Logia Unida representó una mutación de la Masonería simbólica original, mediante la imposición del dogmatismo derivado de las religiones, en cuanto a la definición de un Dios personal, de un conocimiento humano fundado en la revelación y de una ética cristiana determinante, ya que en la síntesis perduró la postura confesionalista de los antiguos, que aún caracteriza a la Masonería anglosajona, recogida en su nueva Constitución de 1815, en contra del espíritu que inspiró la creación de la auténtica primera Gran Logia Madre de 1717. Veremos, más adelante, las consecuencias que esto tuvo.

---

[7] «Ahim-manah-ratzon», palabras tomadas del hebreo bíblico: «Hermanos-que eligen-la ley».

LA EXPANSIÓN EUROPEA EN EL SIGLO XVIII

Hemos visto cómo la Masonería de oficio, la de los talladores de piedra y constructores de catedrales, subsistió en Escocia con más vigor que en el continente europeo, a pesar de haber sido en este donde surgió y donde dejó sus más bellas realizaciones arquitectónicas: entre otras muchas obras, las catedrales de Estrasburgo, Chartres, París, Reims, Colonia, Ratisbona, Burgos, Santiago, etc. Hemos visto asimismo cómo en Escocia se reorganizó el oficio con los estatutos de Schaw, al finalizar el siglo XVI, y cómo comenzaron a aparecer algunas logias «a la escocesa» en territorio inglés, dando entrada en ellas a hombres de extracción diferente, no pertenecientes al oficio, considerados «masones aceptados» o asimilados. Por último, hemos comentado cómo fue en Londres donde los «aceptados» vertebraron varias logias, dando vida a la primera institución neomasónica, con la finalidad de aglutinar a hombres de bien, de diversas posiciones y tendencias políticas y religiosas, que pudieran constituir un fermento positivo para estimular el entendimiento y la paz social, basándose en la potenciación y puesta en práctica de valores universales comunes a toda la especie humana, con independencia de razas, religiones o nacionalidades. Valores que se hallaban contenidos en la Geometría espiritualizada de los constructores y simbólicamente representados por los diversos utensilios de trabajo y las leyendas tradicionales del oficio, a cuyo conocimiento gradual accedían los antiguos masones mediante una iniciación selectiva personal y la comunicación sucesiva de los «secretos» profesionales.

Tan noble aspiración no constituía, en sí misma, una novedad. Había tenido anteriormente ilustres valedores, en todas las culturas y en todos los tiempos, sin que sea nuestro propósito detallar aquí esta referencia. Es importante subrayar que el Renacimiento europeo aceleró, en la cultura de los siglos XV y XVI, un verdadero proceso revolucionario en el que tiene sus raíces socioculturales evidentes la neo-Masonería o Masonería simbólica.

Los descubrimientos geográficos y científicos, el resurgimiento del pensamiento de los clásicos de la Antigüedad griega y romana, mediante la difusión, que la utilización de la imprenta permitió, de textos que habían permanecido desconocidos o ignorados, muchos de ellos recuperados en Europa occidental gracias a las aportaciones procedentes de las bibliotecas del derrumbado Imperio bizantino, facilitaron el desarrollo de un nuevo sentido crítico, unido a un también nuevo talante investigador. Los estudios medievales del Trivium y del Quadrivium vieron desplegarse cada una de sus respectivas disciplinas para abarcar las nuevas propuestas culturales. Se potenciaron los estudios de Astronomía, de Matemáticas y de Física. Los nuevos filósofos encontraron también nuevas vías para la Lógica, y en casi todas las lenguas del continente surgieron y se consolidaron las gramáticas de las lenguas vernáculas, destronando definitivamente al latín como lengua exclusiva de la cultura.

Es necesario tener en cuenta aquel desarrollo renacentista, revelador de antiguas tradiciones y expresiones culturales que el medievo tan solo había encubierto o deformado, para comprender el nuevo sentido que la espiritualidad fue tomando. Lo espiritual no iba a ser ya exclusivamente cuanto proponían las religiones, sino todo aquello capaz de suscitar en el hombre sentimientos de elevación hacia los valores arquetípicos de Belleza, Justicia, Amor, Sabiduría, etc. Pero no es menos cierto que, paralelamente, el Renacimiento facilitó una cierta deformación del sentido crítico, potenciando el avance del pragmatismo científico, a partir de una valoración excesiva del conocimiento experimental. Tal vez pueda considerarse a Galileo Galilei como el pionero más representativo de esa tendencia, que culminó en el racionalismo del siglo XVIII y, sobre todo, en el positivismo del XIX.

Durante la segunda parte del siglo XVII, como consecuencia de las luchas religiosas que ensangrentaron Inglaterra y Escocia, en función de intereses políticos y dinásticos, fueron llegando a Francia refugiados políticos bien acogidos durante la monarquía de Luis XIV. La revolución inglesa del siglo XVII, que llevó a la decapitación del rey Carlos I y a la instauración de la República de Cronwell, con el fortalecimiento de la burguesía británica y la instauración de un parlamentarismo preliberal, fue precedente anunciador de lo que durante el siglo siguiente iba a ocurrir en Francia.

A finales del siglo XVII recibió asilo en Francia el destronado Jacobo II Estuardo, rey católico de una Inglaterra y de una Escocia que hacía tiempo que venían tratando de descartar allí a perpetuidad la tradicional vinculación de las monarquías europeas con el poder central de la Iglesia católica, ostentado por los papas romanos. Ya anteriormente habían buscado y obtenido asilo otros personajes británicos, huidos tras la muerte de Carlos I. Pero con Jacobo II las cosas iban a tener otra trascendencia, puesto que junto a él llegaron al continente numerosos caballeros masones-aceptados escoceses, irlandeses e ingleses, *militares y civiles*, que en gran parte permanecerían en Francia. Fueron aquellos quienes formaron las primeras logias «a la escocesa» en territorio continental europeo.

Cuando, más tarde, James Anderson, Jean Téophile Désaguliers y sus compañeros crearon la Gran Logia de Londres, los emigrados jacobitas británicos, a quienes habían empezado a unirse franceses, habían creado ya algunas logias, sobre todo de militares «aceptados». Las diferencias políticas y religiosas no deberían obstaculizar las relaciones humanas entre estos y los masones de la nueva Gran Logia inglesa. No obstante, es preciso subrayar el alto grado de politización que entrañaba una situación de enfrentamiento civil tan candente.

El proceso de creación de las primeras logias franco-escocesas constituye un interesante tema histórico que merece tratamiento separado. Baste señalar aquí que existieron logias desde 1726 (la primera fue la de Santo Tomás, en París). Algunos investigadores

masones consideran que la primera Gran Logia de Francia fue creada en 1728, presidida por el duque de Wharton, que había sido también Gran Maestre de la Gran Logia de Inglaterra en 1722 y que dejó Francia para trasladarse a España unos años después. Otros señalan 1732 como fecha de creación. Tras un periodo sobre el que existe poca información precisa, la Gran Logia de Francia eligió como Gran Maestre y sucesor de Wharton, en 1735, al escocés James Hector Mac Lean, barón de Duart, sucedido en 1736 por Charles Radcliffe (lord Derwentwater), sobrino de Jacobo II, a quien acompañó al exilio siendo un niño.

En 1738 la Gran Logia de Francia eligió su primer Gran Maestre francés, en la persona del duque de Antin. Aquella Gran Logia aglutinó logias que habían sido creadas por los inmigrados escoceses y logias que habían recibido su patente de la Gran Logia de Inglaterra. A ella se refería ya la segunda edición del *Libro de las Constituciones* inglesas como Obediencia independiente, reconocida como tal por la Gran Logia de Inglaterra.

Pero fue durante el largo gran maestrazgo (1743-1771) de Luis de Borbón-Condé, conde de Clermont, elegido Gran Maestre de la Gran Logia de Francia a la muerte del duque de Antin, cuando la Francmasonería gala se expandió y consolidó por todo el territorio nacional y también por las Antillas francesas. Los principales núcleos masónicos se ubicaron entonces en París, Burdeos, Lyon, Marsella y Toulouse. A partir de mediados de aquel siglo se configuran allí los rituales o sistemas de trabajo *ampliatorios* de los tradicionalmente practicados en los tres grados esenciales de la Masonería simbólica, conocidos desde entonces como «altos grados» o «grados superiores», basados en el desarrollo de las enseñanzas implícitas en el grado escocés de Maestro o tercer grado simbólico. Este y otros factores relativos a la administración de las logias, que había opuesto a los talleres parisinos y a los de las provincias del Estado, produjeron importantes trastornos en la Masonería gala durante los últimos años de gran maestrazgo del conde de Clermont, hasta llegar a una casi total paralización entre 1767 y 1771.

En 1771 fue elegido Gran Maestre el duque de Chartres, que aceptó el cargo en 1772 y convocó una asamblea general, que,

reunida en diciembre de 1772, acordó la disolución de la Gran Logia de Francia, a fin de reorganizarla estatutariamente. El Soberano Consejo [1], que administraba los grados superiores, se unió a la comisión de estudio creada con tal fin.

Los nuevos estatutos fueron aprobados, adoptándose para la Obediencia el nombre de «Soberana y Muy Respetable Gran Logia Nacional de Francia», en marzo de 1773.

El 22 de octubre del mismo año, una Asamblea General de aquella Gran Logia, a la que se habían unido, tras muchas vacilaciones, los reticentes delegados de las logias de París, aprobó también que los venerables maestros o presidentes de las logias habrían de ser elegidos mediante votación, contra la costumbre, practicada en París, de considerar vitalicio el cargo [2]. Con el voto mayoritario de los delegados de provincias, la Asamblea adoptó el nuevo nombre de «Gran Oriente de Francia» para la Obediencia, confirmando e instalando como Gran Maestre al duque de Chartres. Los maestros parisinos conservaron el nombre de «Gran Logia de Francia» (o «Gran Logia de Francia, de Clermont», subrayando con ello su deseo de mantener la línea obediencial existente durante el gran maestrazgo del conde de Clermont), aun acatando la presidencia del duque de Chartres. Ambas formaciones terminaron reunificándose en 1799, tras el oscuro periodo de semiinactividad sufrido durante los años de la Revolución.

En todo caso, la Revolución Francesa de 1789 señaló el final de lo que Daniel Ligou llama la Masonería del Antiguo Régimen. Y ello no se debió a que la institución fuera perseguida por las autoridades revolucionarias, en ningún momento, sino a la dispersión producida por la emigración, el encarcelamiento o la muerte

---

[1] «Soberano Consejo de Emperadores de Oriente y Occidente.» Este nombre, aparentemente pomposo, tiene sentido dentro del contexto simbolista en que deben estudiarse todos los títulos de los grados masónicos, lo que constituye tema aparte.

[2] En la Masonería operativa medieval, el «maestro» del Taller o Logia de masones era, a menudo, gerente o «dueño» de este en sentido empresarial, recibiendo los encargos o pedidos de trabajo que realizaban él y sus compañeros. Conviene distinguir el aspecto patrimonial del profesional, en cada caso. Parece lógico, no obstante, que los masones simbólicos pudieran elegir al presidente o Venerable Maestro del Taller.

en la guillotina de numerosos masones destacados, ya fuera a causa de sus adscripciones políticas personales o de su condición social, en los casos en que eran, además, aristócratas. A ello habría que añadir que los masones para los que la dimensión iniciática de la Orden tiene valor secundario, primando en sus sentimientos el aspecto convivial o de club fraternal que a menudo se le ha dado, suelen encontrar, y sin duda también fue así en aquellos borrascosos momentos, otros temas o actividades más atractivas.

Será Napoleón Bonaparte [3] quien verá en la Masonería francesa, restaurada y reunificada a partir de 1799, un importante posible medio de consolidación y difusión de los principales postulados político-sociales revolucionarios, asumidos e interpretados por él mismo como Primer Cónsul de la República y, luego, como Emperador.

Por ello, procuró que su hermano José, iniciado en Marsella en 1793, fuese elegido Gran Maestre del Gran Oriente de Francia en 1804. José Bonaparte fue también, en periodos diferentes de su vida, Gran Maestre del Gran Oriente de Nápoles y del primer Gran Oriente de España (1809). De igual forma, animó a sus otros hermanos y a sus principales generales y mariscales a ingresar en la Orden, que gozó siempre de su personal protección.

* * *

Por lo que respecta a los territorios que hoy componen Alemania, los antiguos *Steinmetzer*, cuya actividad y organización tanta importancia tuvieron en el contexto de la Masonería de los constructores medievales, habían desaparecido completamente. La Masonería simbólica fue introducida allí por los ingleses. Recordemos que era alemana la nueva dinastía instalada en el trono británico, tras la muerte de la reina Ana Estuardo, y que ello facilitaría una

[3] El padre de Napoleón, Carlos Bonaparte, había sido masón, según quedó reflejado en el acta de iniciación de su hijo Jerónimo Bonaparte, en 1801. El mismo Napoleón parece haber sido iniciado durante su campaña de Egipto, según indica Jean Palou en su *Historia de la Francmasonería*.

relación fluida entre miembros de las cortes de Londres y Hannover durante todo el Siglo de las Luces. En 1737 se fundó, con patente emitida por la Gran Logia de Inglaterra, la primera Logia simbólica alemana: la «Muy Venerable Sociedad de los Masones Libres y Aceptados de la Ciudad de Hamburgo».

En 1738 fue iniciado en Brunswick, y a escondidas de su real padre, el que poco después habría de ser Federico el Grande, rey de Prusia, masón ferviente, protector de la Masonería, músico y militar ilustre. Su primer trabajo masónico (o «plancha») lo presentó en la Logia que él mismo presidía, en Charlottenburg. En 1740 fundó, en Berlín, la «Logia de los Tres Globos», que había de ser generadora de otras logias, pasando a titularse «Gran Logia Madre Real de los Tres Globos» y eligiendo como primer Gran Maestre al mismo rey Federico, que nombró como adjunto, y administrador de hecho, al duque de Holstein-Beck. Federico el Grande dejó una importante huella en la Orden, como tendremos ocasión de ver.

En 1768 se creó la «Gran Logia Real de York», patrocinada por los Hannover reinantes en Inglaterra. La «Gran Logia Nacional de los Francmasones de Alemania» fue fundada en Berlín (1770) por Zinnendorf, que había sido Gran Maestre de la Gran Logia de los Tres Globos. Esta tercera Gran Logia adoptó el sistema o método ritualizado de trabajo sueco, compuesto por Eckleff, y fue reconocida también por la Gran Logia de Inglaterra. Durante todo el siglo XIX pertenecerán a esta Obediencia los numerosos miembros masones de la dinastía prusiana de Hohenzollern.

Además de estas tres Grandes Logias, fueron creadas, con patente inglesa, otras dos con carácter de grandes logias provinciales, dependientes de Londres: la Provincial de Hamburgo y la Provincial de Fráncfort del Meno. En el seno de la primera creó Friedrich Ludwig Schroeder su sistema ritual, limitado a los tres grados tradicionales, y en el de la de Fráncfort surgió el llamado Rito Ecléctico, en 1783.

A este cuadro obediencial tan variopinto hay que añadir el de la pluralidad de ritos surgidos en lo que hoy es Alemania a lo largo del siglo XVIII, aunque conservando casi unánimemente los tres grados básicos de la Masonería simbólica escocesa. De entre todos ellos, el sis-

tema o método ritual de la «Estricta Observancia Templaria» contó con general aceptación en las logias alemanas. Creado por el barón Von Hund, puede ser considerado el sistema más importante de origen alemán que ha existido, siendo practicado a mediados de aquel siglo por la mayor parte de las logias de los territorios germanos y dando origen, más tarde, al actual Rito Escocés Rectificado. A la misma época corresponden el ya mencionado sistema de Schroeder y otros métodos de trabajo masónico, algunos en franco contraste con los perfiles de los practicados por la Masonería inglesa clásica.

Todo ello pone de relieve, por una parte, el minifundismo que caracterizó la aparición de la Masonería simbólica alemana y, por otra, la apertura masónica de la Gran Logia de Inglaterra a lo largo del siglo XVIII, manteniendo relaciones oficiales múltiples y admitiendo una libertad metodológica plurirritualista con talante y criterios que no van a ser totalmente compartidos por la nueva Gran Logia Unida de Inglaterra, que surgirá en 1813.

* * *

En el heterogéneo Imperio austriaco de los Habsburgo, integrado por numerosos territorios de diversas nacionalidades, como patrimonio dinástico, fue a iniciativa del muy masón arzobispo de Breslau como se formó la primera Logia de Viena, encargando de ello al conde Hoditsch: la «Logia de los Tres Cañones» inició sus trabajos en diciembre de 1742.

La bula de excomunión de los masones, dictada por el papa Clemente XII en 1738, no fue sancionada por la emperatriz María Teresa, a pesar de su acendrado catolicismo. Su marido, el duque Francisco de Lorena, era masón. Pero, sobre todo, la emperatriz desconfiaba más del tradicional intervencionismo papal en los asuntos de Estado que del supuesto peligro que pudiera constituir la Masonería y deseaba mostrar con ello su independencia. A pesar de la inexistencia de libertad de reunión en el Imperio, los masones no encontraron graves inconvenientes durante su reinado, ni durante el de su hijo, el emperador José II. Por el contrario, colaboraron asi-

duamente en la realización del programa de reformas que estos monarcas emprendieron para revitalizar las instituciones estatales.

En 1784 se creó la Gran Logia de Austria, con las 61 logias existentes en el Imperio austriaco. Sin embargo, los sucesores de José II, emperadores Leopoldo II y Francisco I, temieron que a través de la Masonería pudieran llegar a Austria las inquietudes revolucionarias francesas y la Orden cayó en desgracia, siendo las logias sometidas a estricta vigilancia desde 1797. La persecución abierta llegó en 1801, prohibiéndose a los funcionarios imperiales la pertenencia a logias masónicas.

* * *

Los países latinos de la Europa meridional se hallaban, en el Siglo de las Luces, bajo un todavía fortísimo dominio de la Iglesia. Si las bulas de excomunión dirigidas contra los nuevos masones simbólicos por los papas Clemente XII y Benedicto XIV (*In Eminenti* y *Providas Romanorum*, respectivamente) no tuvieron efecto alguno, ni en Europa central ni en Francia, fue porque en esta y en el Imperio austriaco las bulas papales, en general, se hallaban sometidas a la sanción real previa para poder tener efectividad en sus territorios. La tradicional disputa de poderes entre la Iglesia y el llamado poder temporal, causante de tantos enfrentamientos bélicos y filosóficos a lo largo de la Edad Media, había encontrado cierto equilibrio a partir del Renacimiento, en buena parte debido a la aparición del protestantismo, motivador de una nueva clasificación de los estados europeos.

En los países en los que triunfó la Reforma perdieron los papas su tradicional poder, y en los demás se vio este más condicionado, al depender la defensa armada de la fe católica, en cada uno de ellos, de la autoridad civil respectiva. Ni en la católica Francia, ni en el católico Imperio austriaco, del que dependían entonces territorios que hoy forman parte de Alemania, Holanda, Chequia, Polonia o Hungría, *sancionaron* sus monarcas aquellas primeras bulas papales, mostrando con ello su independencia

del poder eclesiástico. El desarrollo de la Masonería no encontró allí ese importante obstáculo, como no lo había encontrado en la protestante Gran Bretaña. Ni siquiera los sacerdotes católicos desdeñaron formar parte de la nueva Fraternidad, como hemos visto ya respecto a Austria.

Italia y España representaban, en el siglo XVIII, firmes bastiones del catolicismo tradicional. Importantes circunstancias sociopolíticas y culturales hicieron que el movimiento masónico en Italia fuese, ya desde la primera mitad del siglo XVIII, incomparablemente más fuerte y trascendente que en los otros dos países meridionales.

Italia se hallaba dividida en diversos Estados independientes, regidos monárquicamente. Los Estados Pontificios, gobernados por los papas, ocupaban toda Italia central. El sentimiento de unificación italiana, que se fortalecería decisivamente con la Revolución Francesa y triunfaría definitivamente en el siglo XIX, era ya un fermento activo entre los intelectuales italianos del XVIII, siempre interesados por cuanto ocurriera fuera de sus estrechas fronteras. No es de extrañar que el contenido de la propuesta masónica, adogmática, propugnadora de la iniciación personal como vía hacia la verdadera libertad espiritual y estimuladora de la fraternidad como forma ideal de la convivencia social, fuera atractiva y encajase de manera específica en el mosaico italiano de aquel tiempo.

Desde 1730 empezó a desarrollarse la Masonería italiana, en Florencia, y bajo la mirada benévola de sus gobernantes, pero también estrechamente vigilada por la policía y por los representantes papales. Parece ser que la primera Logia, creada por masones ingleses, surgió allí en 1733, seguida de otras en Pisa y Livorno. El duque Francisco I de Lorena, marido de la emperatriz María Teresa de Austria, que había sido iniciado como masón en La Haya, ocupó el trono de Toscana en 1739. Un año antes había sido publicada la bula papal *In Eminenti*, a la que ya nos hemos referido, por lo que la posición política del duque era delicada cuando la Inquisición, por orden papal, encarceló y torturó al poeta e intelectual Tomaso Crudeli, que murió pocos años después, como consecuen-

cia de los daños físicos causados por la tortura, siendo el primer mártir de la Masonería italiana y precursor de los que caerían en las fuertes persecuciones de 1816.

En el reino de Nápoles, regido por el que luego sería Carlos III[4] de España, se crearon logias a partir de 1751. Las logias de Catania, Mesina y Gaeta formaron, en 1764, una Gran Logia Nacional que contó con la protección de la reina Carolina, esposa del nuevo rey, Fernando IV, hermano de Carlos III. En 1774 se fundó la Gran Logia de Nápoles, que adoptó el método ritual escocés. Desde 1738 se atestigua la existencia de numerosas logias en Cerdeña, Saboya y Piamonte, y en 1745 se fundó el Gran Consejo de Lombardía, con sede en Turín. Incluso parece haber existido una Logia en Roma.

La difusión de la Masonería en Italia dependió de las circunstancias políticas en sus diversos pequeños Estados, bajo el común denominador de la vigilancia papal, ejercida tenazmente por los jesuitas.

La primera Logia española fue creada en Madrid, en 1728, por un grupo de ingleses residentes en la corte española, bajo el patrocinio del duque de Wharton[5], quien, como hemos comentado

---

[4] Carlos VII de Nápoles (III de España): 1716-1788. Hijo de Felipe V de España y de la italiana Isabel de Farnesio. Ocupó el trono de Nápoles de 1734 a 1759, heredando el trono español a la muerte de su hermanastro, Fernado VI. Anteriormente había sido Gran Duque de Toscana y de Piacenza. Nunca fue masón, en contra de lo que, sin fundamento, se ha rumoreado en España. Fue un rey dinámico e ilustrado.

[5] Felipe Wharton era un personaje que podría muy bien haber protagonizado uno de esos exuberantes filmes de aventuras dieciochescas producidos durante los últimos años. Nació en 1698, hijo de uno de los próceres ingleses más influyentes de aquel tiempo. Sus padrinos habían sido el rey Guillermo III y la reina Ana Estuardo. Jorge I lo hizo duque (era marqués de Wharton) cuando contaba 20 años. A los 21 ingresó en la Cámara de los Lores inglesa, haciendo en ella gala de la mejor oratoria. Fue iniciado masón en Londres a los 21 años. A los 24 fue elegido, irregularmente, Gran Maestre de la Gran Logia de Londres, siendo aquella la única asamblea a la que asistió como tal. Más tarde se puso al servicio del pretendiente Jacobo III Estuardo, se trasladó a España y entró al servicio del rey Felipe V, cayendo herido en el asedio español a Gibraltar, en 1727. Fue declarado traidor por los ingleses y sus bienes fueron confiscados. Se había hecho católico para poder contraer matrimonio con la irlandesa María Teresa O'Neil, dama de la reina de España. Murió solo y pobre, a la edad de 33 años, en el Monasterio de Poblet, donde fue enterrado. Franco hizo trasladar su sepultura fuera del recinto de la iglesia en 1952.

ya, había sido el sexto Gran Maestre de la Gran Logia de Inglaterra y fue elegido, en aquel mismo año 1728, Gran Maestre de la Gran Logia de Francia.

España era, entonces, un país trágicamente marcado por su larga historia inquisitorial. Aunque la Inquisición había reducido la actividad ardiente que la caracterizó en los siglos anteriores, su presencia y sus métodos habían conformado la sociedad española, diferenciándola notablemente del resto de Europa e impermeabilizándola, mediante la drástica censura de cualquier clase de escritos, respecto a inquietudes intelectuales y políticas que ya habían aflorado en otros países. Las bulas papales de excomunión sí tenían efecto en España, y aunque la de 1738 pasara prácticamente inadvertida, la promulgada por Benedicto XIV, en 1751, fue acatada sin demora por Fernando VI y seguida de la acción inquisitorial correspondiente. El fraile José Torrubia hizo un verdadero alarde de fervor inquisitorial (y de imaginación) al denunciar, en 1752, la existencia de cerca de noventa logias en España. También se afirma que, desde Gibraltar, se organizó en Andalucía una Gran Logia Provincial dependiente de Londres. El problema era que los inquisidores no sabían bien qué era aquello de la Masonería y cómo detectar sin error a los implicados, a través de sus habituales interrogatorios. Ello hizo que sus detenciones fueran escasas y anecdóticas, entre los también muy escasos masones existentes por entonces en el país. Aunque la primera «Logia de los Tres Lises» (asimismo llamada «La Matritense») siguiera figurando en el registro de la Gran Logia de Londres hasta 1767, seguramente se disolvió, de hecho, muchos años antes.

Señalaba Nicolás Díaz y Pérez, en su *Ensayo histórico-crítico de la Orden de los Francmasones en España* (1894), la existencia de logias, integradas mayoritariamente por residentes extranjeros, en Cádiz («Hércules», 1739, y «Gades», 1748), y también en Barcelona («Naturaleza», 1740). Sin embargo, a medida que avanzó el siglo, los ilustrados españoles entraron en conocimiento del movimiento masónico, tan de moda en el resto de Europa, y durante el último tercio del XVIII se crearon, seguramente entre

otras, las logias «Nueva Hispalense» (Sevilla, 1771), «Vigilante» (Granada, 1772), «Discreción» (Granada, 1772), «Libertad» (Madrid, 1794), «España» (Madrid, 1795), «Extremadura» (Badajoz, 1796) e «Hijos del Tormes» (Salamanca, 1797). La ausencia de documentación hace más que difícil adentrarse con precisión en aquel periodo.

A aquellas logias pertenecieron, probablemente, los masones españoles más conocidos de entonces: en primer lugar, el conde de Aranda, ministro de Carlos III y embajador de España en París. Aunque determinados estudiosos indiquen carencia de documentación «fehaciente» en este sentido, respecto al conde de Aranda, han dado «fe» de ello numerosos masones españoles durante el siglo siguiente, y no solo por los motivos propagandísticos que se les atribuyen, puesto que se trataba de personas documentadas y cercanas en el tiempo a los hechos. Los años de permanencia en París de don Pedro Abarca de Bolea, conde de Aranda, fueron para él ricos en contactos y en actividades no suficientemente documentadas o documentables. Lo que sí parece muy improbable es que Aranda creara o presidiera de facto un «Gran Oriente de España», en sus circunstancias y en 1780.

Igualmente fueron masones el conde de Peñaflorida, el marqués de Naxos, los de Villa-Alegre y de Valdelirios, el de Villafranca, el conde de Montijo, el duque de Alba y el de Medinasidonia... A ellos hay que añadir los nombres de ilustrados como el fabulista Iriarte, el general San Miguel, Jovellanos, Ventura Rodríguez, Olavide, Mendizábal, Martínez de Robledo, Martínez Marina, Rafel del Riego y otros muchos que identificaron los ideales de la Ilustración con los de la Masonería.

La incipiente Masonería española del siglo XVIII se verá consolidada y expandida en el XIX. En 1809 se creó la primera Gran Logia Nacional (o Gran Oriente Nacional), bajo auspicios franceses y con las características politizantes de las sociedades secretas y «de pensamiento» que dominaron el asociacionismo ideológico de ese siglo en los países latinos, en los que el significado espiritual profundo de la Iniciación masónica pasó a un segundo plano, cuando no a una oscura sima.

La Masonería portuguesa del XVIII siguió pautas semejantes a la española, dada la similitud de circunstancias sociopolíticas dominantes en ambos Estados, si bien la vinculación secular de Portugal con Inglaterra favorecería allí los intercambios. En 1738 existían dos logias en Portugal: una formada por súbditos británicos protestantes y otra integrada por católicos irlandeses. Con esta terminó pronto la Inquisición, y con la otra lo hizo en 1743, torturando duramente al Venerable Maestro Juan Coustos y condenándolo a cuatro años de galeras, de los que no se hubiera librado sin la afortunada intervención del embajador británico.

Fue durante el ministerio del marqués de Pombal cuando la Masonería portuguesa del siglo XVIII comenzó a florecer. Don Sebastián de Mello, marqués de Pombal, había sido embajador de su país en Londres y fue iniciado en 1744, en una Logia londinense, según el historiador Lennhoff. Tras su desaparición, y bajo el reinado de la reina María, se desencadenó una intensa persecución contra los masones, endurecida aún más a raíz de los acontecimientos revolucionarios franceses. En torno a 1800 existían cinco logias en Lisboa, mayoritariamente integradas por súbditos ingleses y franceses. Será en 1804 cuando se cree la primera Gran Logia de Portugal.

* * *

En el norte de Europa, la primera Logia sueca fue fundada en 1735 por el general Axel Ericson Wrede Sparre, gobernador de Estocolmo, que había sido iniciado en París en 1731. Pero fue Karl Friedrich von Scheffer quien, en 1737, recibió del Gran Maestre de la Gran Logia de Francia (Derwentwater) autorización para crear una Obediencia masónica en Suecia, tan pronto hubiera número suficiente de logias para ello. Sin embargo, en 1738, e inesperadamente, el rey Federico I prohibió la Masonería en su país, paralizándose el proyecto.

En 1752 creó Knud Carlsson Posse la *Logia de San Juan Auxiliar*, autorizado ahora por otro Gran Maestre de la Gran Logia

de Francia: el conde de Clermont. Posse, Sparre y Scheffer aunaron sus esfuerzos, procediendo a la creación de cierto número de nuevas logias y fundando el Orfelinato Nacional sueco, aún existente.

En la Masonería sueca iba a ejercer una influencia determinante el médico Karl Friedrich Eckleff, que creó un Capítulo de grados superiores en 1759 y configuró el sistema o Rito Sueco, cuya peculiaridad dentro del contexto de la Masonería universal comentaremos más adelante. En 1760 se unieron en torno a Eckleff todas las logias suecas, eligiéndolo Gran Maestre. Pero en 1762 el rey Adolfo Federico tomó bajo su protección personal a la Masonería nacional, adoptando el título de «Gran Maestro de la Masonería Sueca», situación que persiste hasta nuestros días, ostentando los monarcas de ese país el título de «Vicario de Salomón», creado luego por el muy especializado rey Carlos XIII, con la aquiescencia de la Iglesia luterana sueca.

Los ingleses trataron de crear en Suecia logias dependientes de la Gran Logia de Inglaterra, surgiendo una tirantez que resolvieron con el reconocimiento de la Gran Logia de Suecia, cuya estructura y concepto eran bien diferentes de los postulados por Londres. Asimismo, durante algún tiempo, trató el futuro rey Carlos XIII, cuando aún era príncipe heredero, de unificar la Masonería sueca y la alemana de la Orden de la Estricta Observancia Templaria, sin que sus gestiones llevaran a término el empeño. En este sentido, el único rastro perdurable de los esfuerzos de aquel príncipe fue la creación por él, una vez ascendido al trono sueco, en 1790, de la Orden de la Cruz Roja, basada en el grado de *Caballero de la Cruz Roja* (procedente de la Estricta Observancia), que ostentan los reyes suecos desde su nacimiento. En Dinamarca fue mayor la influencia de la Estricta Observancia, no adoptándose allí el Rito Sueco hasta 1855.

La modalidad masónica sueca se extendió a toda Escandinavia, dadas las estrechas relaciones políticas que siempre han existido entre aquellos países, incluyendo la unificación de sus coronas en diversos momentos históricos.



CARÁCTER DE LA INICIACIÓN MASÓNICA

Lo expuesto hasta aquí es un rápido bosquejo histórico que permite concretar algunas conclusiones importantes, de las que habremos de partir para tratar de exponer la metodología simbolista que caracteriza a la iniciación masónica:

- Los constructores de edificios, desde épocas remotas, se especializaron en un «arte», práctica que exigía la observación de la naturaleza y de sus normas, a fin de poder llevar a buen término el trabajo emprendido. Arte y artesanía son actividades humanas de transformación; es decir, creadoras de nuevas formas, a partir de un primer *estado* de la materia que es su *materia prima*. La medida, el peso y el número son conceptos fundamentales que rigen la actividad constructora.

- Los edificadores especializados, también desde épocas remotas, fueron conscientes del valor universal de esos principios en los que se apoyaba su trabajo. El quehacer personal había de subordinarse a leyes o normas imperativas de la naturaleza que constituían pautas cuyo conocimiento hacía posible la construcción. Construir era crear nuevas formas a partir de lo que la naturaleza mostraba, y el respeto de las leyes naturales era un *deber*. Los masones medievales, herederos de los antiguos constructores colegiados romanos, formaron cofradías para trabajar independientemente,

abandonando los auspicios eclesiásticos a los que se habían acogido durante las invasiones bárbaras. Para ellos, lo *sagrado* era lo discernido como imperativo universal. Por analogía, el universo era una *arquitectura* en la que se hallaban contenidas todas las pautas posibles. La misteriosa Causa creadora de la gigantesca arquitectura universal había de ser también *sagrada*, y el nombre que le dieron los construtores sagrados medievales fue *Gran Arquitecto del Universo*. En el seno de la cultura cristiana imperante se identificaba esa Causa con el Dios bíblico.

- La construcción era una labor colectiva de hombres dispuestos a cumplir con su *deber* como profesionales. El trabajo requería una convivencia y esta condicionaba la actuación personal en el ejercicio de la profesión, exigiendo la práctica habitual de determinadas capacidades humanas de comportamiento que, en términos éticos, solemos llamar *virtudes*: aceptación de los demás operarios u «obradores» como colaboradores y participantes en una misma «obra» (*solidaridad*), asunción como propios de determinados problemas del trabajo del «otro», puesto que el trabajo de cada uno se vinculaba con el de los demás (*igualdad*), prolongación de la amable relación de los compañeros en la sociedad profana, practicando la ayuda material mutua y observando comportamientos dignos (*fraternidad*), etc. Todo ello requería un pacto o compromiso, por el que cada miembro del grupo aceptaba unas reglas de actuación. Los masones medievales juraban respetar los reglamentos que recogían sus deberes.

- La recepción de un nuevo miembro en una cofradía de los talleres de constructores medievales (*masones operativos*) se realizaba solemnemente, poniendo en práctica, para ello, un ritual de ingreso en el que se sometía al candidato a pruebas personales que permitían juzgar su capacidad. Superadas estas, se le comunicaban determinadas palabras,

gestos y toques de reconocimiento profesional, habiendo de prestar juramento de silencio respecto a la divulgación de los secretos laborales, y de lealtad y fidelidad a los demás miembros del taller o «Logia» en que ingresaba. Cada palabra y cada gesto *representaba* una parcela de conocimiento específico de la profesión que el masón recibido en la fraternidad debía interiorizar y poder reconocer espontáneamente. Los llamados «Old Charges» o «Antiguos Deberes» de los masones operativos medievales se leían también *ceremonialmente*. Su misma estructura, que contiene una invocación, una oración, una narración legendaria y unos reglamentos, permite esta conclusión.

- A una cofradía de estas características no pertenecían todos los obreros de la construcción encuadrados en la guilda, gremio o «compañía» del oficio, sino solamente aquellos que reunían cualidades profesionales y éticas adecuadas por vocación, talante y probada capacidad de trabajo. Ingresar en la cofradía significaba *iniciar* una nueva etapa profesional, durante la cual el iniciado iría descubriendo dimensiones de su trabajo con las que podría irse identificando gradualmente, en beneficio de su capacidad laboral, que, al mismo tiempo, repercutirían en su manera de vivir y de entender la vida. Las cofradías transmitían conocimientos profesionales de cierta complejidad (como podría ser, entre otros, el *trazado* o arte de trazar planos con arreglo a principios geométricos y matemáticos), recibidos a través de una tradición.

Estos antecedentes son fundamentales para comprender en qué se basa la Masonería simbólica, que fue institucionalizada en el siglo XVIII y que cuenta en nuestros días con miles de talleres de pensamiento o «logias», repartidos por los cinco continentes.

* * *

¿Siguen siendo *constructores* los masones? ¿En qué consiste hoy la iniciación masónica?

La identidad simbólica Hombre-Templo-Universo constituye el soporte de reflexiones y extrapolaciones, a partir de las cuales el obrero se *hace* «trabajando la piedra» o fabricando algo.

La dualidad sujeto-objeto se resuelve en *la unidad que los contiene a ambos*, y esta forma de pensamiento permite al que piensa su trabajo (o a quien piensa a través de su trabajo) desarrollar una fuerza psíquica considerable y conocer la paz profunda que constituye la serenidad del sabio. Los conocimientos técnicos vienen a ser, desde tal punto de vista, la refracción, en el plano de lo concreto, de conocimientos metafísicos. La habilidad técnica fundamenta y justifica la relación entre los *derechos* y los *deberes*, que son concreciones de valores morales universales. Así es la Iniciación artesanal o Iniciación operativa.

En charlas de instrucción con los Aprendices se suele recordar, por su sencillez, una pequeña ilustración introductoria respecto al carácter de la iniciación masónica simbólica:

El hecho de *comer* un trozo de pan puede tener dos lecturas. Racionalmente, de acuerdo con lo que es más evidente, realizamos una ingesta de hidratos de carbono para digerir la sustancia contenida en el pan y transformarla en energía. Una segunda lectura, *para la que se tiene que activar otro bagaje de datos*, consistiría en interpretar ese hecho elemental como una «comunión» con la Madre Tierra, cuya energía permite que germine la espiga de trigo, sumándose en ese proceso las energías del agua, del aire portador de elementos fertilizantes y del fuego o calor solar.

Esta «visión» del fenómeno físico de la simple ingesta de pan, mediante la cual «vivimos» nuestra vinculación con la Tierra en el plano mental, representa un salto que llamamos *espiritual*, porque, aunque sea también nuestro intelecto lo que nos permite establecer las relaciones de causa y efecto existentes en el proceso,

es nuestra «imaginación» (capacidad de formar imágenes o representaciones simbólicas) la que, por haberse desarrollado y enriquecido primeramente a través del ejercicio en el establecimiento racional de analogías, prepara nuestra psique para el desarrollo de lo que llamamos la *Intuición*, permitiéndonos sobrepasar el campo de lo estrictamente «racional» para la captación de realidades que pertenecen a otro plano.

El verdadero Iniciado será aquel que aprenda a vivir «adecuadamente» en el plano sustantivo de lo racional, poseyendo la capacidad de situarse también adecuadamente en el plano espiritual. Es decir, quien llegue a desarrollar su capacidad moral, mediante la potenciación del conjunto de lo que llamamos convencionalmente «virtudes» humanas, de tal forma que permanezca constantemente consciente de la polivalencia e inestabilidad de las formas materiales que percibe. A ello puede conducir lo que llamamos simbolismo o «método simbólico de aprendizaje.»

El masón simbólico también se propone construir. Construir primeramente su propio *templo interior*, usando como materiales sus conceptos de las cosas, buscando aproximarse cuanto pueda a lo *verdadero*, es decir, a aquello que, en cada caso, presente una correspondencia más evidente con valores humanos de aplicación universal. Existen «pequeñas verdades» y «grandes verdades», puesto que existe una correspondencia entre lo pequeño (lo puntual) y lo grande (lo universal). El masón trata de calibrar el grado de posible analogía que se da entre las ideas, las palabras y las cosas, sin confundirlas, buscando la Verdad a través de «sus» verdades esenciales.

Ese proceso ha de partir de una «limpieza» previa, de un análisis introspectivo individual que permita conocer cómo está estructurada nuestra propia intimidad, sometiendo a análisis crítico (y, eventualmente, desechando) los elementos adquiridos o adheridos a nuestra conciencia artificialmente (a través de la cultura

ambiental, por ejemplo) que no hayan sido aceptados deliberadamente (es decir, expresa y libremente), como resultado de una reflexión personal comprobatoria de su correspondencia con valores universales superiores. En este sentido, la iniciación presupone siempre una «muerte» y una «resurrección».

La Masonería simbólica se centra en un objetivo: el perfeccionamiento del hombre a través de un proceso de búsqueda de la *verdad* que él mismo contiene. Y lo hace proponiendo un método: la vía iniciática. Seguir la vía iniciática aporta al iniciando una elevación espiritual que resulta de una confrontación dialéctica entre lo virtual y lo real, lo ancestral y lo actual, lo perecedero y lo permanente.

El método iniciático masónico, como otras formas de iniciación, se basa en los principios de *separación* o *distinción* (entre lo profano y lo sagrado), de *filiación* o *transmisión* de conocimiento *tradicional* y de *sustitución analógica*:

- Separar o distinguir el tiempo y el espacio profano del *sagrado* significa situar al hombre en relación con lo cósmico, con lo universal, tanto en el plano interno como en el externo, ya que todo hombre es un microcosmo dentro del macrocosmo.

- La filiación, como señala Jean Jacques Guillet, es el enlace de la vía o método iniciático con un conocimiento permanente en la humanidad (que René Guénon llamó *primordial*), a través de las diversas civilizaciones, plasmado, primero oralmente y luego por escrito, en mitos, leyendas y *símbolos* que envuelven la realidad para su transmisión con fines didácticos. Esta preocupación por afirmar una línea directa de vinculación con los orígenes o *fuente* del conocimiento impartido es constante en todas las vías iniciáticas y, en todas, esa constante se llama Tradición (del latín *tradere* = *traer*).

- La sustitución analógica consiste en «vivificar» el mito o el símbolo. El iniciando ha de ir descubriendo gradualmente,

apoyándose primero en analogías, las resonancias internas o *vivencias* cognitivas que en él produce el símbolo.

La razón es el medio privilegiado de formación del conocimiento de lo fenomenológico. Pero un uso rígido y dogmático de la razón encierra al sujeto en el positivismo, cosificando al hombre. La razón debe conocer sus límites, y la consecuencia última de su uso es el reconocimiento de que existe una infinidad de cosas que la sobrepasan, quedando fuera de su campo específico. Decía Pascal que lo poco que tenemos del «ser» nos esconde o limita la visión del infinito. La matemática nos indica la *norma* de la verdad, pero no nos permite remontarnos al principio absoluto de todas las cosas, que es la Fuente de la Verdad absoluta. La razón no queda excluida en el proceso iniciático, pero es superada por la intuición (en su dimensión suprarracional), que la trasciende. El iniciado tiende hacia un nivel metafísico, en el que Conocimiento y Verdad son una misma cosa: el Uno, el Absoluto. *La busca de la Verdad se identifica en él con el avance por la vía del Conocimiento metafísico.*

El conocimiento que llamamos *racional* establece relaciones de analogía deductiva e inductiva: si todo hombre es mortal, Pedro también lo es. En cambio, el conocimiento *vivencial* es resultado de una experiencia primordial: conozco cómo siente un amante, porque amo. En el segundo ejemplo, el factor vivencial deja la deducción analógica en un segundo plano. El sujeto tiene acceso a un conocimiento directo, interiorizado. Esta interiorización del conocimiento es la que persigue la iniciación y, por eso, el método iniciático utiliza símbolos y mitos en lugar de simples razonamientos. La metodología llamada científica no basta para la captación total de la realidad humana. Es posible razonar cuanto se quiera sobre el amor, pero estaremos *razonando*; es decir, tratando de *exoterizar* algo que en sí mismo es una vivencia universal del hombre, dando a su relación con los demás hombres una dimensión *esotérica*. Lo mismo cabe decir respecto a otras capacidades humanas, cuya práctica asidua y *orientada* desarrolla una sensibilización gra-

dualmente creciente en el sujeto, haciendo del conocimiento una vivencia, y viceversa. Esas capacidades humanas, comunes por naturaleza a todos los hombres, contienen o reflejan valores universales.

Decía nuestro llorado Enrique Tort-Nouguès que, «sin duda, se pueden explicar los hechos físicos, químicos y biológicos, estableciendo entre ellos relaciones de sucesión y de similitud, pero los fenómenos humanos no se dejan reducir a eso tan fácilmente. La explicación debe dejar paso a la *comprensión*, que se define como la "captación inmediata", la intuición de un significado», añadiendo que «junto al saber propiamente intelectual, habría, completándolo sin contradecirlo, un *saber afectivo*, irreductible a saber científico y, sin embargo, legítimo» [1].

La conciencia humana, el reconocimiento de nuestro yo individual, no es una certidumbre científica, abordable y analizable usando las matemáticas, decía Voltaire, pero sí es una certidumbre íntima esencial.

Y Raymond Ruyer subraya que el paso decisivo hacia la humanización se da cuando la señal-estímulo se convierte en *símbolo*; es decir, cuando ya no se comprende como anuncio o aviso de la proximidad de un objeto o de un acontecimiento, sino que puede ser utilizada para concebir el objeto o el acontecimiento mismo, en su ausencia. Esa capacidad evocadora del símbolo, ese poder *re-presentativo* de lo que Platón llamaba «reminiscencias» o conocimientos profundos inscritos en el hombre, permite una sistematización:

La Masonería practica el método simbólico de acceso al Conocimiento a través de una variedad de sistemas o rituales.

Hemos dicho que el hombre tiene acceso a un conocimiento directo, que extrae de su propia naturaleza humana a través de su contacto con el mundo, y que el método simbolista masónico persigue la interiorización del conocimiento a fin de que este se homologue o identifique, en cada individuo, con esa naturaleza

[1] Henri Tort-Nouguès, *Lecture des Tableaux de Loge*, Guy Trédaniel, edit.

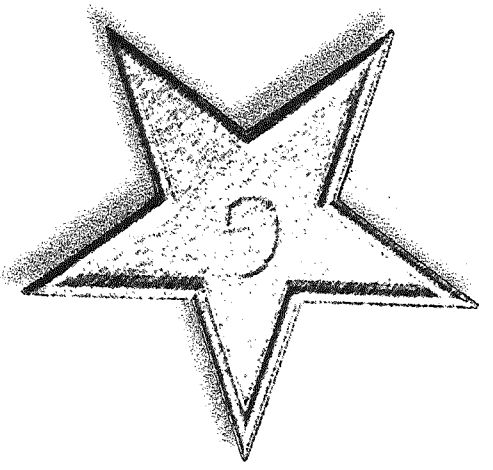
humana. Si todo hombre es un microcosmo organizado con arreglo a pautas que se hallan igualmente en el macrocosmo, en el universo —y no podría ser de otra forma— el conocimiento de la propia estructura interior de cada uno de nosotros es fundamental para poder ir conociendo otras estructuraciones. Tal es el sentido del «conócete a ti mismo y conocerás el mundo y a los dioses» propuesto por nuestros antepasados délficos.

¿Pero qué entendemos en Masonería por conocimiento «de sí mismo»?

Para «conocer» es indispensable observar, medir y comparar. El hombre tiene un cuerpo organizado con arreglo a leyes físicas universales. La estructura física de cada hombre es la misma (desplegándose en hombre-mujer), con variantes circunstanciales que pueden condicionar su contacto con el mundo y su percepción del mismo. La conciencia personal de cada individuo humano es constante, por cuanto se refiere al autorreconocimiento como hombre y a los componentes fijos que la hacen ser conciencia humana en cada sujeto, pero puede estar fuertemente matizada, en cada uno, por factores genéticos, medioambientales y culturales. Es preciso aprender a diferenciar todo lo posible esos componentes.

Hemos dicho que la iniciación entraña una muerte y una resurrección. Lo que percibimos del mundo, sin educar la mirada con la que lo contemplamos, nos avoca a un relativismo intelectual. Para poder acceder al yo íntimo (la «Piedra Bruta» del masón), cada uno de nosotros ha de limpiarse de las adherencias que lo envuelven y sumergirse en un nuevo *paradigma* cultural, acorde con lo esencial de nuestra naturaleza humana. Hemos de poder resucitar, así transformados, a una realidad que aprenderemos a *ver* de nuevo. La autotransformación que el masón desea alcanzar no le viene dada por una ceremonia ritual de iniciación. Lo que recibe en ella es la introducción a un método de busca. Si lo aplica, estará avanzando por tal camino, pero si solamente lo escucha, no llegará a ninguna parte, aunque se llame a sí mismo «iniciado». El camino iniciático por el que se opta no es un fin, sino un medio.

Debemos, pues, abordar un nuevo tema: el del paradigma cultural masónico.



EL PARADIGMA MASÓNICO

Hay otros mundos, pero están en este. Se había expresado así mi admirado Éluard. Y antes que él, muchos otros. La Masonería está centrada en la vida terrestre, en el Hombre que nace, vive y muere aquí, en el planeta Tierra. Y no porque los masones hayan de ser ateos o agnósticos, o porque no consideren ninguna forma de supervivencia del hombre tras su muerte, etc., sino porque el método de trabajo masónico se corresponde con la estructura física y mental del hombre, tal como lo conocemos, y con el desarrollo de las condiciones de convivencia con otros hombres, tal como la psicología, la historia y la sociología nos van mostrando. La iniciación persigue mejorar al hombre por dentro para que también mejore su actuación en la sociedad humana y esta pueda evolucionar hacia su destino armónicamente, soslayando factores negativos que se oponen a ello.

La Masonería pretende tan solo activar en los hombres aquellos resortes personales que los abren al mundo espiritual. A partir de ahí, el masón se construye a sí mismo. Nadie le impone teología ni dogmática alguna, quedando en plena libertad para decidirse en ese sentido o para renunciar a ello. En el paradigma masónico del universo, es la *Obra* en sí lo que interesa; es decir: el universo que contiene la Ley de la que derivan las leyes que parecen regirlo en sus diversos niveles. El hombre se halla en uno de esos niveles, siendo consecuencia y reflejo de la Obra. La Causa, el Principio Generador, se manifiesta o revela en la Obra y es el referente último, inaccesible e indefinible, de cuanto existe. La Masonería, res-

petuosa con las diversas interpretaciones dadas a todo esto a través de la Historia, utiliza símbolos y mitos que evocan (o provocan), en cada uno de nosotros, un *despertar* interior que se puede intentar definir personalmente utilizando palabras representativas diversas (símbolos, en definitiva). Por ello, el referente constante de la Masonería simbólica tradicional ha sido el Gran Arquitecto del Universo, como símbolo, común a todos, de ese Principio que unos masones identifican con el Dios bíblico, otros con el Demiurgo platónico, con el Verbo gnóstico-crístico, con Brahma, etc. O bien se abstienen, simplemente, de entrar en el debate definitorio.

La espiritualidad masónica es la actitud de búsqueda de lo que «trasciende» las apariencias, tratando de ir más allá de ellas, recorriendo el laberinto de nuestro mundo interior (microcosmo), conscientes de que el macrocosmo al que pertenecemos y que «está arriba», es como «lo que está abajo». A través de esa consciencia de la vinculación universal de todas las cosas, el masón busca su camino hacia lo *esencial.*

La Antropología incluye todos esos aspectos de la problemática del ser humano, inserto en un universo interactivo al que corresponde su estructura (genética, psíquica y espiritual), que se despliega en acciones y pensamientos.

De igual forma que el Hombre, tal como lo conocemos en nuestro tiempo, es el resultado de una trayectoria evolutiva que partió de la animalidad, también cada hombre se ve enfrentado, desde su nacimiento hasta su muerte, con la realización personal de ese camino evolutivo hacia una mayor humanización. Por ello, la filosofía masónica es una *filosofía antropológica*, que tiene siempre en cuenta la relación entre el microcosmo humano y el macrocosmo universal, y no simplemente una filosofía *académica*, como ya indicaba en otro lugar.

Decía Enrique Tort-Nouguès que «lo *sagrado* aparece como una categoría del pensamiento humano. Tanto cuando siente temor como cuando siente respeto por algo, el sentimiento de lo sagrado condiciona la vida del hombre. De la misma forma que la naturaleza parece obedecer un Orden, una Ley, la vida social y privada de los hombres obedece ciertas reglas, ciertos valores de

carácter universal. Ese sentimiento de lo sagrado se expresa socialmente mediante ritos y en los ritos. Los ritos son la traducción de lo sagrado en la vida del hombre. El rito es un acto mágico en el sentido de intentar orientar una fuerza oculta o desconocida hacia la consecución de un fin, mediante gestos, palabras y actitudes adaptadas a cada circunstancia. El rito se manifiesta colectivamente mediante cánticos, danzas o ceremonias complejas que constituyen una liturgia y tiene como fin hacernos penetrar más allá del mundo empírico. O, como decía Maurice Cazeneuve: «Conduce al hombre a insertarse en un orden distinto, al mismo tiempo que a vincularse con la misma fuente capaz de producir otros vínculos y otro orden». Por eso no existe ninguna sociedad humana sin ritos. Quienes quieren hacer tabla rasa del pasado creen que hay que eliminar los ritos de la sociedad en la que viven. Pero lo curioso es que ellos mismos crean otros ritos» (*Lecture des Tableaux de Loge*, Ed. Trédaniel).

Nuestra humanidad es el resultado de un proceso de decantación que tiene como meta la autoconcienciación individualizada de los miembros de la especie. Durante los distintos periodos de la macrohistoria humana, nuestra especie ha ido configurándose, como si tratara de acercarse más a un arquetipo remoto, viniendo a ser una ingente cadena de individualizaciones que tiene como meta la aparición del *Hombre Pleno* (la realización del *Adán Kadmón* iniciático). Cada hombre tiene a su cargo la parte de esa tarea que le corresponde como ser humano y, no concienciándose de ello, permanece atado a la animalidad de una etapa anterior. El empleo de nuestra inteligencia al servicio de los instintos primitivos animales y no al de la búsqueda de lo trascendente, nos encadena a una animalidad en muchos aspectos inferior a la de nuestros hermanos los animales. Por ello, la Iniciación comienza por un *aprendizaje* (primer grado de todos los sistemas o ritos simbólicos masónicos) que tiene como fin el «dominio de nuestras pasiones», como premisa del acceso al conocimiento y realización del *Deber* de perfeccionamiento.

Lo que el Hombre «debe» hacer se encuadra dentro de lo que consideramos el orden «moral», cuyo estudio no puede ser

abordado fuera del contexto de la Antropología general. Mientras las religiones positivas vienen afirmando ser ostentadoras del secreto de lo que al Hombre le cabe «esperar», tal vez convenga recordar, una vez más, que lo que el Hombre «puede» llegar a ser corresponde al campo especulativo metafísico.

Con frecuencia, en Masonería, usamos el término «moral» para referirnos al mundo espiritual. Decimos que nuestra meta es el perfeccionamiento moral del hombre para la construcción del Gran Templo humano. Identificar el orden moral con el espiritual es consecuencia de entender lo moral como corolario y actualización personal de una ética directamente vinculada con los grandes arquetipos universales, despojados de determinadas connotaciones culturales que, a menudo, los empañan y adulteran. Ello representa un primer paso indispensable en el acceso humano al mundo de la *espiritualidad.*

Por otra parte, si lo que *debo hacer* constituye el objeto de la Moral, bien podemos afirmar que el Deber se erige en el centro de la espiritualidad masónica. Nuestro perfeccionamiento como hombres implica el desarrollo de lo que llamamos *virtudes* humanas, que no son sino utensilios indispensables para construir nuestra propia personalidad, representados por otros tantos instrumentos de trabajo en el simbolismo masónico (mazo, cincel, escuadra, plomada, etc.), recogiendo así la herencia instrumental de los masones constructores de templos, pero para construirnos a nosotros mismos.

Mas esas virtudes, reminiscencias de los grandes arquetipos universales que se amalgaman más o menos desordenadamente en la sutil trama del alma humana, no llegan a estabilizarse en cada uno de nosotros como tales sino cuando logramos vencer nuestras bajas pasiones. Las pasiones personales representan otros tantos desequilibrios entorpecedores de nuestro avance hacia el Conocimiento espiritual.

Por ello, los dos primeros grados masónicos nos enseñan a utilizar mazo, cincel, regla, plomada y escuadra aplicados al trabajo sobre nosotros mismos en fraternidad, antes de acceder al uso del compás, es decir, a la consciencia personal de que nuestro movi-

miento individual se efectúa dentro de un universo interactivo en el que *Eros*, el Amor, en sus diversas manifestaciones, es la sutil sustancia aglutinante o argamasa de la construcción universal, desde el mundo subatómico a las galaxias. De esa forma, el conocimiento de la complejidad de los procesos genéticos y psicológicos humanos nos lleva, a partir del análisis de nosotros mismos, a reconocer y aceptar la existencia de una pluralidad de «personificaciones» humanas, tan reales como la nuestra e igualmente merecedoras de libre desarrollo. La ética masónica, así resumida, vivida y traducida libremente en sus actos puntuales por cada uno de nosotros, convierte tales actos en acciones morales. Esa Ética y esa Moral constituyen la clave específica de acceso a la dimensión espiritual o *trascendente* del universo que propone la Francmasonería.

En nuestra marcha iniciática, los masones buscamos el conocimiento del Deber como algo deseable por sí mismo, tal como fue conocido por los antiguos iniciados; es decir, como un *imperativo categórico* o un «lo que debe ser». Se ha dicho que «imponiéndose un imperativo categórico, un masón estaría renunciando a su libertad de pensamiento y a esa fluidez que caracteriza a la Orden». Sin embargo, por «categórico» ha de entenderse filosóficamente lo no sometido a la causalidad aparente, percibida a través de los sentidos. Un acto no vinculado a ese tipo de causa, sino a la experiencia íntima que está en la base de nuestro ser, será un acto libre. El Deber masónico no consiste en la necesidad de hallar la Verdad, sino en el de *buscarla*, y en el camino o forma de avanzar en su búsqueda, ya que la Verdad misma es inaccesible al espíritu humano, que tan solo puede aproximarse a ella.

Por otra parte, se entrelazan en Masonería los conceptos fundamentales de Deber, Justicia y Libertad, imbricados en el concepto superior de la *Ley Universal*, emanada del Gran Arquitecto o Principio Generador del universo:

- La marcha hacia el Deber implica una catarsis que puede liberar al iniciado de las pasiones que oscurecen el Conocimiento, *si*, durante esa marcha, el hombre aprende a hacer uso de su libertad poniéndola al servicio de la Justicia.

Se subraya así la estrecha conexión existente entre el deber y la libertad personales en el proceso iniciático. No basta con que el iniciando sea hombre libre y de buenas costumbres. Tiene que poder opinar por sí mismo y decidir sus propios actos *sin confundir las palabras con las ideas*, esforzándose por descubrir lo que realmente representa cada símbolo verbal, sin aceptar lo que no comprenda y juzgue verdadero, aunque respete todas las opiniones. Igualmente, habrá de aprender que no debe limitarse a admirar el Universo en su inmensidad, como simple espectador sobrecogido, sino buscar la Ley universal que rige el conjunto de cuanto existe y también la interrelación de cada una de sus partes. Tal vez se refería a ello Jean Rostand cuando afirmaba que «la ciencia podrá explicarlo todo, pero con ello no nos aclarará mucho, sino que solo hará de nosotros dioses asombrados».

La obligación final del iniciado será la de amar la Justicia y servirla sin desmayo y sin aspirar a aquello de lo que no sea digno o esté por encima de sus posibilidades, aceptando deberes que no puede cumplir, puesto que el *ideal de la Masonería es el cumplimiento del deber por el deber*, no esperando recompensa y llegando en ello hasta el sacrificio.

Con ello se resume el código ético propuesto al iniciando para que sus actos estén impregnados de una moralidad específica, que no es precisamente la que en cada lugar y en cada tiempo pueda imperar. El deber circunscrito a contingencias temporales y sociales solo expresa una dimensión inmanente, dependiente de la experiencia sensible ambiental, en tanto que el auténtico deber moral será el que se ancle en valores éticos comprendidos y asumidos personalmente. Es cierto que los deberes inmanentes, en una cultura laica, como la del moderno Estado de derecho, suelen tener como fondo valores naturales, asumidos como principios morales por la sociedad. En tales casos, la *ley positiva*, expresión social del Derecho, puede incluso llegar a aparecer como el referente único del deber individual. Pero los masones intentamos ir más allá, asumiendo la obligación de someternos a la *Ley cósmica* del Gran Arquitecto, aceptando como nuestro gran Deber la busca del orden universal, que encierra la clave de la verdadera

Sabiduría. La Ley Universal, a la que también llamamos la Palabra Perdida, contiene lo que los tomistas llamaron la ley divina, la ley natural y la ley moral, así como todas las leyes que rigen la realidad universal.

Para estudiar esa Ley, que enlaza las pautas de estructuración del mundo manifiesto, los masones hemos creado deliberadamente una simbología de la construcción, vitalizando figuras y hechos simbólicos que contienen una pluralidad de significados paradigmáticos. Al tratar de comprender los aspectos trascendentes de la estructura arquitectónica del Gran Templo de Salomón, que es símbolo del templo universal, hemos de poder usar no solo la Escuadra, la Regla, la Plomada y el Compás simple, sino también otros utensilios simbólicos recibidos en distintos momentos del proceso iniciático representando las cuatro actitudes que deben ser activadas simultáneamente en lo que llamamos el «corazón» del hombre, al ser utilizados para su fin específico en el estudio de la Ley: *rectitud, sinceridad, trabajo y emulación.*

- Y es en ese *orden universal*, que solo podemos ir descubriendo gradualmente y cuya síntesis se encerraría en lo que los masones llamamos la *Palabra Perdida*, donde se halla el auténtico parámetro del concepto de Justicia que propone la Francmasonería. Si Justicia, en sentido horizontal o inmanente, es dar a cada uno «lo que le es debido» con arreglo a las leyes positivas, en su sentido vertical o trascendente, es la *virtud* que coordina todas las demás virtudes hacia el bien común de los hombres. Ello pone de relieve que la Justicia se realiza como resultante de la estabilización en nosotros mismos de los arquetipos éticos que inspiren nuestros actos en busca del bien común. La equidad y la rectitud son, en ese proceso, las cualidades o virtudes más directamente vinculadas con este concepto trascendente de Justicia, puesto que la primera exige la *observancia de la ley natural* y la segunda consiste en la aplicación personal y consciente de esa equidad en nuestros *actos.*

Recordaré aquí el consejo que la reina Gandhari diera a su hijo, el príncipe Duryodhana, antes de que este se enfrentara en batalla al pretendiente Arjuna, tal como nos lo transmite el *Bhagavad-Gita* hindú: «Habrá victoria donde estén la justicia y el *dharma*». Pero hablar de *dharma* era más que pedir justicia. Era una demanda de respeto a *la verdad expresada en una conducta adecuada y digna, en armonía con la luz natural y moral.* En aquel contexto equivalía a actuar de acuerdo con la «voluntad» divina.

El sentimiento-conocimiento de lo «justo» y de lo «equitativo» interiorizados y sedimentados en nuestro ánimo como *virtud*, ha de llevar, gradualmente, a su manifestación espontánea en nuestras reflexiones y acciones como «acto reflejo». Viviendo en sociedad con los demás hombres, esa espontaneidad será el resorte que activará permanentemente el sentimiento de *solidaridad* humana sin espera de recompensa alguna. De ahí la importancia que tiene para la Masonería la dimensión fraternal de la iniciación, puesto que es en *fraternidad* con los demás hombres como pueden actualizarse y desarrollarse nuestras capacidades virtuales. La solidaridad dará paso al amor fraternal como concreción del Amor universal, que es la meta del Conocimiento iniciático.

- La libertad se ha definido como la capacidad de autodeterminación de los hombres, dentro de los límites impuestos por la misma condición humana. La dimensión espiritual del Hombre lo hace capaz de ir más allá de sí mismo, partiendo de las determinaciones de orden biológico, psíquico y social, que son las coordenadas dentro de las que desarrolla su existencia. Partir de tales coordenadas requiere un conocimiento de ellas y el alcance de una perspectiva en la que el sujeto llegue a verse a «sí mismo» distanciado de tales factores determinantes.

También la libertad personal habrá de ser considerada en dos aspectos: uno de ellos inmanente, que sería la capacidad de «ele-

gir una opción conocida», y otro trascendente, que sería la capacidad del sujeto de «autoelegirse», ordenando la propia voluntad de acuerdo con sus características personales y con su vocación o «llamada» interior, que ha de poner en marcha ejercitando la voluntad, entendida como fuerza de automotivación inteligente. La libertad, en este sentido trascendente, se manifiesta como una opción moral del Hombre resultante del conocimiento de sí mismo. Por ello, la *Libertad* (con mayúscula) habrá de ser aprendida también progresivamente, como un ideal perseguido.

¿Cuál será, pues, la relación entre *mi* deber y mi libertad personal como Francmasón?

Obligado a sintetizar algo que, partiendo de los conceptos ya resumidos, podría dar lugar a un extenso desarrollo, creo poder afirmar que el Rito o sistema masónico (y en particular el Escocés Antiguo y Aceptado, del que trataremos más adelante) la contiene y expresa de manera ejemplar:

El Maestro masón contrae la obligación de seguir sin desmayo el camino del Deber, teniendo presente que es más fácil, a menudo, cumplir un deber asumido como tal que conocer cuál es el verdadero deber. Para llegar a ese conocimiento indispensable contamos con la colaboración de nuestros mayores, en cuanto transmisores de una Tradición específica, ya que el Conocimiento es un bien hereditario que cada generación recibe, aumenta y transmite. La modernidad de la Iniciación consiste simplemente en que la integremos personalmente en la «actualidad» de cada uno de nosotros.

Nuestro Deber consiste en buscar la Verdad, simbolizada como *Palabra Perdida* o clave del orden universal, teniendo siempre presente que todo se halla sometido a la Ley cósmica. La búsqueda implica, por tanto, el empeño de nuestra voluntad en el conocimiento gradual de esa Ley, es decir: de la relación existente entre todas las manifestaciones del Absoluto, consecuencia de un mismo Principio Generador (o *Gran Arquitecto del Universo*), origen misterioso de cuanto existe.

Como hombre formalmente libre, el masón se compromete

personalmente a usar esa libertad relativa para alcanzar la auténtica Libertad a la que solo se llega a través del conocimiento de sí mismo, como condición previa para comprender *el mundo y a los dioses*, es decir, para la comprensión de lo esencial. Se trata de un nuevo estado de conciencia que es la antesala de la sabiduría iniciática.

Solamente a partir de ese estado de conciencia serán verdaderamente libres nuestros actos, porque se insertarán en el orden sagrado o cósmico y dejarán de ser fruto de simples impulsos emocionales o biológicos, en pos de un ilusorio provecho personal. Cuando nuestra conciencia sabe que puede ir más allá de los límites aparentemente impuestos por sentimientos y pensamientos que corresponden a un orden artificial o relativo, es cuando nos convertimos en hombres libres en esencia, insertos en un orden inteligente superior, al que adaptamos nuestra estructura psíquica.

En esa vía de autorrealización, los actos libres serán el fruto de un grado de evolución personal progresiva que podrá ofrecerse como piedra válida para la construcción del edificio de una Humanidad realmente *tendente* a lo justo y lo perfecto. Así, Deber y Libertad se entrelazan armónicamente, como principios éticos específicos en función de los cuales se desarrollan las restantes virtudes, cuya correcta interacción dará como fruto la justicia de nuestros actos dentro del Orden universal.

TRADICIÓN INICIÁTICA

EXOTÉRICO es todo lo que es *exterior*, lo que aparece ante nosotros objetivado. En las antiguas escuelas iniciáticas se ofrecían a los aspirantes conocimientos elementales, previos a la iniciación, que recibían ese nombre. *Esotérico* es lo interior, lo íntimo, lo que no aparece a primera vista y requiere una profundización hecha personalmente. El conocimiento iniciático es esotérico y secreto en ese sentido.

Existen dos clases de tradiciones: las exotéricas y las esotéricas. La tradición exotérica es el bagaje cultural *transmitido* generacionalmente dentro de una sociedad humana. Ser herederos de conocimientos tradicionales es lo que nos ocurre a todos al nacer en el seno de un colectivo social. La tradición cultural que nos enseñan nuestros padres y nuestros mayores (en casa, en la calle y en las escuelas) hace que no tengamos que redescubrir cómo se puede usar el fuego o dónde está el continente americano. Pero cuando uno usa el fuego por sí mismo una primera vez, al igual que cuando uno mismo atraviesa el océano para llegar a América o a otra parte, se produce una experiencia personal íntima en quienes prestan especial atención a esos hechos. *Muchos* lo harán rutinariamente y pensando solo en lo que van a hacer «cuando lleguen» o en lo que desean hacer «con» el fuego; usan un patrimonio que ha existido siempre y son, en buena medida, inconscientes del proceso vital propio por el que atraviesan. No *descubren*, sino simplemente *usan* o *consumen*.

La Tradición esotérica nos transmite un bagaje de conocimientos *paralelos* o *alternativos*, que toman como punto de partida los conoci-

mientos objetivos (los simplemente culturales, a nivel general), pero considerados con otro ánimo. La importancia de la actitud personal en el estudio de los fenómenos naturales puede ilustrarse analizando la forma alquímica de aproximación a la realidad:

El alquimista clásico se sirve de las alteraciones físicas y químicas que se producen en la transformación de los metales que utiliza, identificando con ellas las transformaciones que en él mismo produce el gradual avance en el conocimiento del fenómeno que provoca. Los experimentos del alquimista constituyen para él una busqueda del *Conocimiento*, a través de los conocimientos puntuales que va adquiriendo con su trabajo. La obtención de un resultado concreto supone un avance espiritual, mediante cambios íntimos paralelos o análogos a los buscados objetiva o «científicamente». El auténtico resultado final perseguido es la obtención del «Oro alquímico», que es el nombre que los alquimistas dan a la Sabiduría que lleva a la comunión con el Uno, origen de todas las cosas.

Es fácil comprender que, si bien toda búsqueda o análisis científico puede hacer a algunos más conocedores de datos sobre la realidad objetiva, los conocimientos parcelados y fragmentarios que esa vía proporciona a los investigadores especializados del mundo actual y que estos *transmiten* para su conversión en tecnologías de consumo o bélicas, no sirven para hacer a los hombres más tolerantes, más generosos ni más fraternales, como se evidencia en las sociedades privilegiadas de nuestro planeta, en las que «se vive mejor» gracias a «ello». Esto no significa que podamos menospreciar el trabajo científico. Debemos apreciar su justo valor como herramienta simbólica para un verdadero trabajo transformador del Hombre, pero no debemos confundir la investigación científica con la búsqueda espiritual, que puede llevar hacia la Sabiduría.

Nadie entre aquí, si no es geómetra, dicen que rezaba la inscripción que figuraba en el frontispicio de la escuela ateniense de Platón. «La geometría del genial filósofo no era la de Euclides, ciencia de la medida y del espacio, con sus teoremas y demostraciones. Se trataba de otra geometría, más sutil en su espirituali-

dad; de un arte, más que de una ciencia, que consistía en unir las ideas a los signos compuestos por líneas, como las figuras de los geómetras. Aplicándose a dar un sentido a los trazados más sencillos es como el espíritu puede remontarse a los conceptos fundamentales de la inteligencia humana» [1].

La experiencia de lo «sagrado» consiste en captar la diferencia entre lo que, liberados de nuestras pasiones, percibimos como real, esencialmente fuerte, bello y bueno, diferenciándolo de lo que pertenece al flujo vertiginoso de las cosas que aparecen y desaparecen, vacías de sentido.

Llamamos conocimientos *sagrados* a aquellos que se refieren a lo esencial. Es decir, a cuanto hace que el hombre sea un animal diferente. El adjetivo podría ser utilizado en función de los arquetipos de lo humano que cada paradigma cultural acaricie. Ya hemos dicho que en la Tradición masónica consideramos sagrados determinados principios o valores como la Belleza, la Fuerza, la Sabiduría, la Justicia, el Amor o la Verdad. La vía iniciática conduce al reconocimiento individual de ese yo esencial como manifestación del Ser universal, contenedor de la plenitud de la Verdad, y a su reinserción final en él. En un paradigma materialista del mundo, son valores esenciales el poder, el dinero, el placer, el ego, etc., siendo estos, para nosotros, tan solo aspectos escamoteadores y suplantadores de lo verdadero.

La Tradición masónica recoge y sintetiza enseñanzas fundamentales de las tradiciones iniciáticas clásicas. Desde las pitagóricas, difundidas por los maestros gnósticos y neoplatónicos, que refundían y renovaban la experiencia iniciática *como método de aprendizaje de lo trascendente* transmitida por los egipcios, ya en las más remotas épocas históricas, hasta las del esoterismo crístico (procedente de la misma fuente y desvirtuada en el dogmatismo cristiano), incluyendo la tradición hermética, la Gaia Ciencia, traducida por los alquimistas y recogida, en la cultura medieval europea, por los constructores de catedrales. Los cultos «masones

---

[1] Oswald Wirth, *El simbolismo hermético en relación con la Francmasonería*, Edit. Dervy.

aceptados» posrenacentistas, creadores de la Masonería simbólica, reactivaron y perfilaron estos aportes de la Tradición inmemorial, que la Orden asumió y plasmó en su metodología ritualiza a lo largo del siglo XVIII.

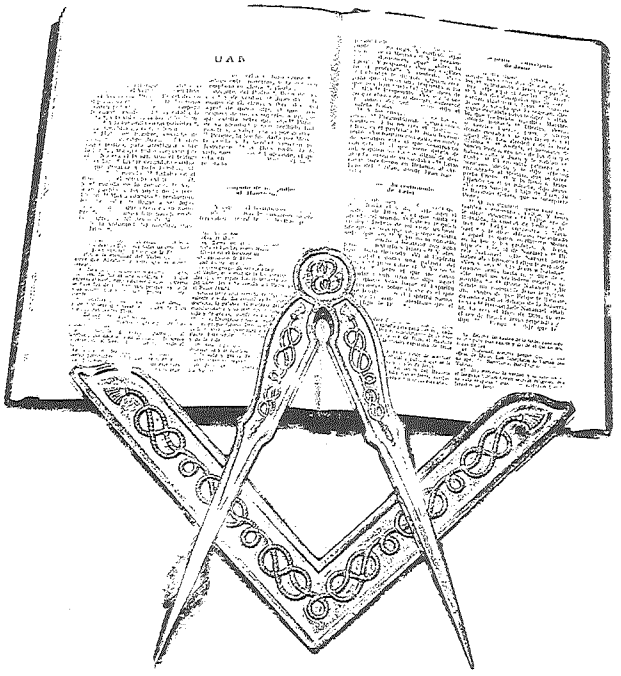
Para los antiguos transmisores de la Tradición «había una identidad entre religión, ciencia y filosofía. Sus instrumentos de conocimiento eran la razón y la fe. Sabían valorar el papel de la intuición, persuadidos de que la razón no puede abarcarlo todo. Si, para su razón y para actuar, reconocían que el hombre es la medida de todas las cosas, también creían que el hombre no es más que una parte de un todo y que esa pertenencia a un gran Todo puede hacerle entrever las verdades superiores» [2].

Pero la Tradición masónica no es un simple «tradicionalismo». No tratamos de estancar y dogmatizar los conocimientos humanos recibidos desde la Antigüedad, sino de utilizar el mismo método para ir más allá, apreciando el valor de la intuición humana, guiada por la razón, como medio para adentrarnos en lo metafísico, en lo que trasciende el mundo de las apariencias. Más allá de las concreciones de la energía, en las diversas formas que designamos como «materia física», está el misterio del *porqué* de ese impulso universal. Los hombres nos sentimos ligados a todo lo demás, y ese es el sentimiento que da lugar al nacimiento de las religiones, que con el trascurso del tiempo se esclerotizan, embalando determinadas sabias experiencias personales de sus Maestros en cajones etiquetados, que «los fieles» se contentan con admirar y venerar, como datos o hechos exotéricos, sin iniciación real. Esto no significa rechazo de la religiosidad por nuestra parte, sino todo lo contrario.

Tras la consolidación del dogmatismo oficial católico en los siglos IV y V, las tradiciones iniciáticas neoplatónica y hermética, que habían tenido a Alejandría como sede floreciente, fueron recogidas por los árabes y pasaron a Europa occidental en tiempos de los templarios (siglos XII y XIII). Hubo alquimistas en Italia, Francia, Alemania y España (nuestro Raimundo Lulio) que con-

[2] P. Naudon, *op. cit.*

tribuyeron notablemente a la progresiva apertura cultural que culminó en el siglo XV con el Renacimiento. Ya hemos recordado que del Renacimiento europeo partió una corriente renovadora que invadió todos los niveles culturales de Europa, creando nuevos cauces al desarrollo de las ciencias y las artes y preparando los importantes cambios que había de experimentar el escenario social y religioso europeo durante los dos siglos siguientes. A partir de entonces comenzará a adquirir consistencia una línea divisoria, incipiente en el mundo intelectual medieval, entre las inquietudes espirituales «laicas» y las de los teólogos cristianos.



EL MÉTODO SIMBÓLICO

RECORDEMOS que *la Masonería es una institución para la iniciación espiritual por medio de símbolos*[1] . El método masónico de iniciación ha conocido numerosos sistemas de articulación, de los que se practican actualmente varios. Esos sistemas reciben también el nombre de «ritos», y cada parte significativa de un rito constituye un ritual, destinado a una enseñanza específica.

Los métodos, ritos o sistemas masónicos se dividen en grados y cada grado tiene una temática propia, dentro de un denominador común: la búsqueda de la Verdad, como meta del Deber de perfeccionamiento en fraternidad. La idea del rito es la de proponer, en cada grado, mediante símbolos, una posible forma de percepción personal de lo *sagrado*, de lo trascendente, como etapa del progreso espiritual hacia el Conocimiento.

La interpretación de los símbolos es subjetiva y plural, puesto que la Verdad tiene infinitos aspectos. No existen criterios dogmáticos que condicionen la búsqueda, pero sí determinadas formas *tradicionales* de trabajo que caracterizan a la Masonería universal. Un hombre puede tocar el *gong* para sentir vibraciones que le producen determinadas sensaciones íntimas (que tal vez no sepa explicar) o para advertir sobre un acontecimiento a los demás. Son dos formas de actuar externamente iguales, pero internamente diferentes. El primero podrá ir avanzando en el análisis (poco preciso al principio, pero cada vez más minucioso) de aquello que siente al producirse las vibraciones sonoras del *gong* e

[1] Definición dada por el Congreso de Grandes Maestros, celebrado en Estrasburgo, en 1952.

irá descubriendo relaciones entre ese fenómeno *exotérico*, externo, y lo que pasa en su interior al sentirlo (lo *esotérico* o encubierto). La tradición cultural les ha legado a ambos la capacidad de fabricar un *gong*, o de comprarlo, pero cada uno de ellos va a poder enriquecerla personalmente, de manera distinta.

Los símbolos son, en esencia, signos con una determinada carga afectiva o emocional, que puede ser consciente o hallarse estibada en el inconsciente del sujeto que los contempla o los reproduce. Representan vivencias almacenadas en algún nivel psíquico de toda persona o bien de personas integradas en un mismo grupo cultural. Los símbolos provocan una *resonancia íntima*, como si se tratara de un eco, aflorando un conocimiento *intuitivo* o *sensible*. A poco que se reflexione sobre ello, se comprenderá que lo que hace el símbolo es revitalizar una vivencia o un *haber* íntimo, y que habrá símbolos con distintos potenciales de «carga» para cada sujeto, en este sentido. Una plomada, por ejemplo, evocará distintos conocimientos-vivencia en un médico y en un albañil, o en este y en un masón.

Conviene distinguir entre símbolo, señal, emblema, alegoría y sintema. No pudiendo extenderme aquí en ello, debo remitir al lector a cualquier buena enciclopedia. No obstante, sí subrayaré que solo el símbolo es pluridimensional anímicamente, no limitándose a ser medio de «comunicación» (como lo son las palabras, en prosa), sino de «comunión» (como pueden serlo las palabras usadas poéticamente, la música, etc.).

Los símbolos que utiliza la Masonería universal son **números**, **palabras**, **figuras**, **mitos**, **objetos**, **gestos**, **colores** y **expresiones corporales**. Heredera de la Masonería medieval de oficio, cuyos remotos antecedentes hemos resumido ya, esos símbolos proceden también de diversas tradiciones iniciáticas que confluyen en ella:

1. Los Arquetipos y el Número

Del neoplatonismo y de los pitagóricos procede la evocación de los arquetipos o principios-idea que, inscritos en el Hombre, trata-

mos de activar y concienciar para su realización mediante la acción constructiva: la Belleza, la Fuerza, la Sabiduría, la Justicia, etc., se conciben como ideas latentes en el universo. Cada uno de nosotros las contiene y puede actualizarlas evocándolas a través del trabajo sobre sí mismo en el que consiste la iniciación. Por otra parte, cuanto existe está estructurado de forma que la mente humana, a partir de la aprehensión del concepto del Número, puede acceder gradualmente a su conocimiento esencial. La primera *manifestación* arquetípica del Absoluto es el Uno, y en él se hallan contenidos todos los números, estructuradores de las medidas y las formas universales.

En la Iniciación masónica, los números son considerados como símbolos de realidades inteligibles de carácter filosófico. Los diez números básicos (del 1 al 10) representan *conceptos vinculados entre sí* por una trama sutil que hace derivar unos de otros, mediante adiciones combinadas. Por supuesto, los criterios de ese desarrollo simbolista pueden ser variados. Generalmente, los numerólogos son estudiosos de la tradición pitagórica, desarrollada luego por los cabalistas. Sin embargo, nuestro primer encuentro con el tema se limita a los números que nuestra Tradición relaciona más específicamente con los restantes símbolos de la Logia.

Las traducciones de los más antiguos papiros que nos transmiten los egiptólogos (como Schwaller) ponen de relieve, al menos a partir de la IV dinastía egipcia (en torno al siglo XXVII, a. de C.), invocaciones sacerdotales al Ser Único, no mitológico ni antropomórfico, principio de todas las cosas:

Lo que no tiene nombre, el Eterno, lo que está oculto y no tiene forma conocida; demasiado misterioso para que su esplendor pueda sernos accesible, demasiado grande para poder ser analizado, demasiado potente para ser conocido. Lo que se ha producido a sí mismo, emergiendo del Caos, creándolo todo con lo que surgió de su boca» (= su «Vibración», su «Verbo» o fuerza generadora).

Las tradiciones orales, transmitidas de maestros a discípulos, han señalado que de esa noción de unidad universal, que todo lo

contiene, es de la que se deriva el concepto de *número* y el de lo *múltiple* al que se referiría después Platón. Por ello, también los fenómenos naturales aparecen regidos por lo que llamamos *leyes*, que podrían ser expresadas mediante ecuaciones numéricas. El número viene a ser así la expresión esencial de la estructura del Universo.

Estas ideas, tan próximas a las de la ciencia moderna exotérica, se hallaban ya en los antiguos escritos sagrados, no solo de Egipto, sino de Caldea, India y China. De allí las recibió y reelaboró Pitágoras, introduciéndolas en la vieja Grecia. Aquel maestro enseñaba que del Caos, que es energía en un espacio-tiempo ilimitado, surgió el Cosmos o manifestación ordenada de la energía, que nosotros contemplamos como un *acto* o *fenómeno* en un espacio-tiempo limitado. *El Cosmos o Universo contiene fuerzas energéticas interrelacionadas y en equilibrio fluctuante, en función de* ***cantidades*** *que se representan mediante números.*

De la relación equilibrada de energías, que se realiza con arreglo a unas pautas o leyes, surge la materia y también la noción de armonía. ***Todo fenómeno es resultado de una relación armónica.*** Así, oír es posible si existe relación adecuada entre la medida o intensidad vibratoria de un sonido y la medida o capacidad de percepción de nuestro oído. La existencia del mundo se basa, para Pitágoras, en la armonía de los números o, lo que es igual, en la armonía de los «contrarios».

El número era, para aquel maestro y para sus discípulos, el principio de la Sabiduría. La Armonía era, a su vez, el principio de la Belleza. Ambos principios inspiran el estudio y desarrollo de todas las ciencias y de todas las artes, definiendo cualquier realidad existente. Por ello, si toda la naturaleza obedece a un cierto orden, pauta o ley, de la que el número es medida ideal, tal pauta o ley necesaria y universal sería causa, principio o esencia de todas las cosas. Puesto que todos los números son múltiplos de la Unidad, el Uno es el supremo Principio universal o expresión del Ser. De ahí, también, que la filosofía sea referible a una matemática, como única ciencia teórica capaz de explicar el método, la forma y todas las demás ciencias. En este sentido, el número viene a representar la Verdad.

La Masonería recoge en su simbolismo esta forma de entender el Universo y de acceder al concepto del Uno esencial. El número Dos, símbolo de lo binario, de la oposición creadora, y el Tres, símbolo de la síntesis del Conocimiento, son fundamento de la temática del primer grado masónico o grado del Aprendiz. El Cinco (Tres más Dos) lo es del segundo grado o grado del Compañero, y el Siete (Cinco más Dos) del tercer grado o grado del Maestro, en su aspecto secuencial o metodológico. En el desarrollo ritual de cada uno de dichos grados se hallan reiterados esos números, cuyo valor simbólico se despliega en múltiples facetas iniciáticas.

2. Las palabras

La palabra es el símbolo masónico por excelencia: **En el «Principio» existía el Verbo**, el Logos, la Palabra. El concepto gnóstico-alejandrino del «Verbo», recogido por el cristianismo en la introducción del Evangelio de San Juan [2], se une al del «Principio». La palabra «principio» no tiene aquí significado meramente temporal, sino de «principio activo», Origen o Causa del universo. El Verbo forma parte del Principio del que surgen todas las cosas y **estaba** en el Principio (porque estaba con «el theos» y «era Theos»). Todo es creado *a través del Verbo o por medio de él.* El Verbo es el **Obrador, lo Operante o Estructurador del universo** (en griego, ὰρχιτέκτων): para unos, el Demiurgo platónico o la *manifestación* activa de la Fuerza generadora absoluta; para otros, el Dios bíblico. Para todos los masones, *cuando trabajan juntos en las logias*, el **Gran Arquitecto del Universo**. Las logias de los tres primeros grados masónicos reciben el nombre de logias simbólicas o «logias de San Juan», porque, como veremos más adelante, San Juan (o el autor del Evangelio llamado de San Juan) recoge de manera especial el concepto del Verbo o

[2] Paul Naudon (en *La Franc-Maçonnerie*) subraya la identidad de los primeros versículos del Evangelio de San Juan con el texto del *Poimandres* hermético, escrito en Alejandría en la misma época.

«Logos» como manifestación activa de la esencia generadora del universo que diversas religiones positivas llaman Dios. El Verbo es la «Luz» que, en este mundo, puede iluminar a quien la busca y la recibe, elevándolo en el plano espiritual.

La *palabra* (en griego, *logos*) representa también «la razón». La razón es la facultad que tenemos todos los humanos de ordenar nuestros conocimientos. De ese ordenamiento decimos que es *lógico* cuando obedece a una lógica común. Pero una lógica no será sino una *manera* de ordenar los conocimientos simbolizados o representados por las palabras a partir de datos recibidos o percibidos. El tipo de cultura que una sociedad comparte es resultante de una tradición cultural y de los factores activadores que en ella se den. Por lo tanto, se pueden concebir distintos tipos de lógica, en función de la cantidad y la calidad de los datos que se ordenen en un espacio-tiempo determinados y dentro de una cultura social también determinada. En definitiva, ese *principio* ordenador y clasificador de nuestras percepciones que es la razón no es la *fuente de estas*, sino en la medida en que puede apreciar sus valores, los admite como *válidos o no válidos* y los conciencia para su utilización conveniente.

La iniciación utiliza la razón educándola y *abriéndola* también a percepciones de datos no comunes. La *lógica* iniciática se basa así en la apertura, como actitud personal, hacia un paradigma más amplio de humanidad. Por otra parte, las palabras pueden tener diversos significados y no siempre representan correctamente las *ideas*. El método simbolista masónico utiliza palabras como símbolos *esotéricos* para poder trascender el simple valor exotérico o de comunicación común. Así, cuando nos referimos a «La Palabra Perdida», estamos simbolizando aquello que constituye el Conocimiento primordial que sabemos que «tenía que estar» en el Principio del que procedemos y que, por tanto, contenía y contiene la clave del universo, de la *Ley universal*.

La vía iniciática conduce al reconocimiento individual del yo esencial como manifestación del Ser y a su reinserción final en el Absoluto, contenedor de la plenitud de la Verdad. Subsiste, pues, el sentimiento de un distanciamiento entre el sujeto y la fuente

de toda la Verdad. El valor simbólico de la Palabra Perdida es mucho más rico y complejo que el de cualquier definición exotérica y es equivalente al de una ecuación matemática que se pudiese formular más allá de la razón.

Los diversos ritos o métodos practicados en Masonería contienen siempre palabras *sagradas* (las que simbolizan el conocimiento de principios esenciales), palabras *de paso* (simbolizadoras de conocimientos puntuales), etc., para expresar sintéticamente las experiencias cognoscitivas asimiladas por el masón. Como «experiencia cognoscitiva» debe entenderse el conocimiento *sentido* como vivencia personal íntima y no la mera aprehensión intelectual. Como si, al pronunciar la palabra «amor», viniera a nuestro ánimo, junto con la imagen de la persona amada, el sentimiento especial que experimentamos hacia ella.

3. Las figuras

Como hemos visto, la Geometría era considerada, en los antiguos estatutos medievales de los masones de oficio, madre de todas las ciencias. Las figuras geométricas son expresión de valores numéricos, y viceversa. Cualquier figura geométrica representa un acotamiento del espacio en función de medidas. El espacio y el tiempo se unen numéricamente.

Veamos, resumidas, algunas de las figuras simbolizantes esenciales del método iniciático masónico:

El Triángulo es la figura geométrica primaria, por ser la más sencilla acotación del espacio formada por tres rectas que se corten entre sí. Es la «forma» del número tres y representa la fuerza estructuradora del universo, ya que se halla en la estructura de todas las restantes figuras geométricas, que pueden ser divididas en triángulos mediante líneas rectas dirigidas desde sus respectivos centros hasta los ángulos de que consten. Espacio, tiempo y energía se unen concretando nuevas entidades. En muchas tradiciones, el triángulo es símbolo del fuego y de la potencia generadora masculina, cuando se representa con un vértice hacia arriba, y de la ma-

triz o poder gestante, cuando lo es con un vértice hacia abajo. Por ello, el Triángulo o **Delta radiante** simboliza, en la tradición iniciática, la potencia creadora o generadora que los masones llamamos **Gran Arquitecto del Universo**, que se conserva, también, en el esoterismo de diversas religiones, representando en ellas a Dios.

En el método masónico de iniciación, el número tres y su forma geométrica son temas fundamentales del aprendizaje del primer grado, subrayándose la validez potencial de dos elementos o conceptos *opuestos* para sintetizar, a partir de ellos, conceptos nuevos que *no* son mera suma de los anteriores. Esa combinación de tríadas sirve al Aprendiz para profundizar en el análisis de analogías no *evidentes* a primera vista y facilitar su avance en el desarrollo de la intuición, basándose en el razonamiento.

El *Delta radiante* suele representarse con un ojo dibujado en su centro [3], simbolizándose así la conciencia cósmica o Inteligencia creadora, manifestada a través de la estructura del universo que nos corresponde escudriñar.

El Cuadrado, expresión geométrica del Cuatro, resulta de la unión de dos triángulos rectángulos o, para los antiguos constructores de templos, de dos «escuadras». Para los francmasones, representa la simetría y el equilibrio estable, productores de la **armonía en el mundo**. Simboliza lo terreno, lo medible, lo «escuadrable». Cuando se representa inscrito en el círculo, transmite la idea de relación entre lo «celeste» o trascendente y lo «terrestre» o inmanente, expresando la *manifestación* de la Fuerza estructuradora del universo. Los masones constructores medievales, que trabajaron bajo los auspicios de los benedictinos cistercienses, dejaron numerosos ejemplos de templos cuadrangulares en toda Europa.

La Cruz constituye el esquema del cuadrado. Estando idealmente formada por cuatro segmentos de recta (o dos escuadras) coincidentes en un punto central de convergencia o *centro*, sim-

---

[3] A veces, se inscriben las cuatro letras hebreas o «tetragrámaton» del nombre impronunciable: JHVH.

boliza el nacimiento de los cuatro lados del cuadrado desde el centro del círculo, señalando así su origen como manifestación dinámica que, al estabilizarse o detenerse, forma el cuadrado.

Por ello, la cruz representa en todas las culturas iniciáticas, igual que el cuadrado, **la unión de lo celeste con lo terreno**[4]. El esoterismo cristiano tiene en ella su principal símbolo, y en la Masonería de Rito Escocés Antiguo y Aceptado preside el simbolismo del grado 18.

La Pentalfa o **Estrella de cinco puntas**, también llamada *Pentagrammon* por los pitagóricos de la Antigüedad, es el símbolo más característico de la Orden Masónica. Se trata de un «mandala» o dibujo-resumen de conocimientos y sentimientos esenciales. El número cinco, del que es el más rico exponente, es el número del Hombre y el de la *vida*, como síntesis de los principios masculino y femenino que conforman todas las especies. El Cinco es unión de lo par (el dos, femenino) y de lo impar (el tres, masculino), en sus respectivas primeras manifestaciones. Por ello simboliza la *androginia* o conjugación esencial de ambos principios.

Siendo la Estrella de cinco puntas una **versión interna del pentágono**, cada uno de los brazos de esta forma un ángulo de 72° con el siguiente ($72 \times 5 = 360°$). Esa es la distancia que, en espiral, guardan los brotes que van surgiendo en torno al joven tallo de muchas plantas. Así están también dispuestas las semillas en el interior de frutos como la manzana, por ejemplo. Hablamos de nuestros cinco sentidos, de los cinco dedos de nuestras extremidades, de los cinco puntos cardinales (Norte, Sur, Este, Oeste y Centro). Señalemos, en este sentido, que el centro es fundamental como referencia orientativa en algunas culturas, como la china, sin que en ello se insista apenas en la cultura occidental de nuestros días. El centro del círculo es la matriz de todas las formas geométricas...

Puesto que el Hombre es la expresión más evolucionada de la Vida, en la tradición hermética se le suele representar inscrito en

---

[4] También, símbolo del fuego divino. Se hallaba representada en los templos egipcios, cretenses, etc.

la Pentalfa, según el conocido diseño del alquimista Agrippa de Nettesheim, que insertó en ella la imagen del Hombre con las piernas y los brazos separados en ángulos de 72°.

En Masonería, la *Estrella de cinco puntas evoca la imagen del espíritu dominando lo elemental* (decía Oswald Wirth). En este sentido, la Estrella masónica es idealmente «flamígera» o irradiadora de Luz, y en ella se inscribe **la letra «G»** [5], cuyo simbolismo es múltiple, evocando fundamentalmente la Geometría, la Gnosis o Conocimiento de lo trascendente y la Génesis o Generación universal. Es a partir del 2.° grado cuando el método ritual masónico propone este símbolo, que será referencia constante para el trabajo iniciático.

4. Los mitos

Dentro de la simbología masónica, ocupa un puesto preferente el «mito». Los mitos son narraciones o cuentos que sintetizan —describiendo hechos y escenas convencionales— experiencias humanas complejas que apuntan a los grandes principios a los que hemos aludido. El mito platónico de la caverna, el de Sísifo, el de Osiris, etc., actualizan valores humanos esenciales, con independencia de la existencia o acontecimiento, en un tiempo real, de los hechos narrados. Los mitos utilizados en el método iniciático masónico no representan verdades únicas, ni dogmas, sino que están deliberadamente destinados a ser temas de reflexión y especulación filosóficas estimuladoras del desarrollo intuitivo, lo mismo que los restantes símbolos.

Así, en la mitología romana, las fiestas saturnales (carnaval) constituían un momento de cambio o trastocamiento del orden establecido. Los siervos mandaban a los señores durante unos días, porque Saturno, según el mito, habría destronado a Urano, su padre, antes de ser él mismo destronado por Júpiter/Zeus,

---

[5] Sustituyó a la original letra «gamma» griega, que tiene forma de escuadra.

La «G» era también inicial de «gallus» (gallo), símbolo solar de «vigía» y «despertar» o nacimiento del astro rey, inscrito en la tradición céltica y recogido por los constructores franceses.

dislocando o rompiendo el orden habitual. Este mito, como todos los mitos, contiene descripciones que, *a través de analogías sucesivas razonadas*, nos conducen hacia ideas afines, tan variadas como la propia riqueza interior personal sea capaz de albergar o recrear. Eso es el simbolismo.

Para los alquimistas, que fueron el brazo activo o constructor, dentro de la escuela de pensamiento hermético, Saturno representaba la materia disuelta, o bien el vitriolo azoico, capaz de separar los metales. Partiendo de esa disolución o separación de elementos, comenzaría la fase de recombinación o reconstrucción. Saturno vendría a simbolizar, en ese contexto, el final de algo y el comienzo de una fase nueva.

En astrología, Saturno representa la serie de experiencias de separación que se producen a lo largo de la vida del hombre, pasando por la concatenación de sacrificios que ello conlleva. Por eso se le considera un signo más bien nefasto. Pero su lado bueno estaría en la capacidad de renuncia liberadora de la animalidad y de las pasiones que su presencia implica para los astrólogos.

El mito viene definido como «una noción o una creencia considerados valiosos por una comunidad y transmitidos por esta». Los mitos simbolizan otras tantas funciones del psiquismo humano. El mito de la «Luz», por ejemplo, tiene su raíz en el temor y el rechazo de la oscuridad, común a la generalidad de los seres humanos. Los «hijos de la Luz» que, con diversos nombres, nos presentan la mayor parte de las leyendas tradicionales, son figuras *míticas* que representan nuestro deseo de victoria en la lucha contra el miedo, la ignorancia y la muerte. La ejemplaridad de los mitos invita a la emulación; pero, sin sometimiento a una disciplina metódica personal, carecen de valor iniciático. En otras palabras: la fe ha de hacernos adquirir la capacidad de obrar «reflejamente».

Veremos, más adelante, que cada grado de la iniciación masónica, a partir del 3° inclusive, y sea cual sea el número de grados o etapas complementarias que caractericen a cada sistema de los diversos existentes, basa la elaboración y desarrollo de sus reflexiones en un mito o leyenda. Quienes no comprenden el simbolismo masónico suelen confundir los títulos de las leyendas iniciáticas con

pretendidos títulos personales, con los que se «adornarían» los maestros masones *fatuamente*. No existe ningún masón real que piense así. Un masón de Rito Escocés Antiguo y Aceptado no se considera a sí mismo «Gran Maestro Arquitecto», «Sublime y Perfecto Masón» o «Príncipe de Jerusalén» fuera del contexto ritual del grado trabajado, en el que tales son los títulos de las ejemplificaciones propuestas, simbolizando otras tantas etapas de su proceso iniciático. Es importante retener este dato.

La construcción del **Templo de Salomón** fue un hecho histórico, narrado en la Biblia y utilizado como referencia por los constructores sagrados medievales, que la Masonería simbólica recogió para situar en torno a él la fábula de **Jiram Abif**, su propio mito fundamental. Esta, tal como la conocemos los masones simbólicos, no aparecía en los *Old Charges* (Antiguos Deberes) medievales, pero sí otras leyendas, como la de Noé y sus hijos, que incluían elementos comunes con la leyenda de Jiram.

Hemos señalado ya que la relación simbólica Hombre-Templo-Universo constituye el soporte de reflexiones a partir de las cuales el obrero masón se forma, «trabajando la piedra y aprendiendo a conocerse a sí mismo» en ese proceso. *El obrador* masón es, él mismo, un templo en construcción, y la sociedad humana es el gran Templo a cuya construcción y perfeccionamiento deben y pueden contribuir los hombres que previamente busquen su propia perfección. Tal es el principio rector del método iniciático masónico y el mito de Jiram lo subraya, poniendo de relieve que la muerte no paraliza el proceso de construcción del Templo.

La fábula, cuya paternidad histórica no está aclarada, aunque su primera versión conocida es la que publicó Samuel Pritchard en 1730[6], toma como protagonista a Jiram Abif (o Maestro Jiram), personaje mencionado en los libros bíblicos de las Crónicas y de los Reyes[7] como artífice extremadamente experto en el trabajo de los metales y en obras de ornamentación. El Maestro Ji-

---

[6] Samuel Pritchard, ex masón, publicó, en 1730, *Masonry dissected*, obra en la que aparece por vez primera una descripción del ritual en el que se representa el mito jiramita.

[7] 2 Crónicas 2, 2, y 1 Reyes 7, 13-14.

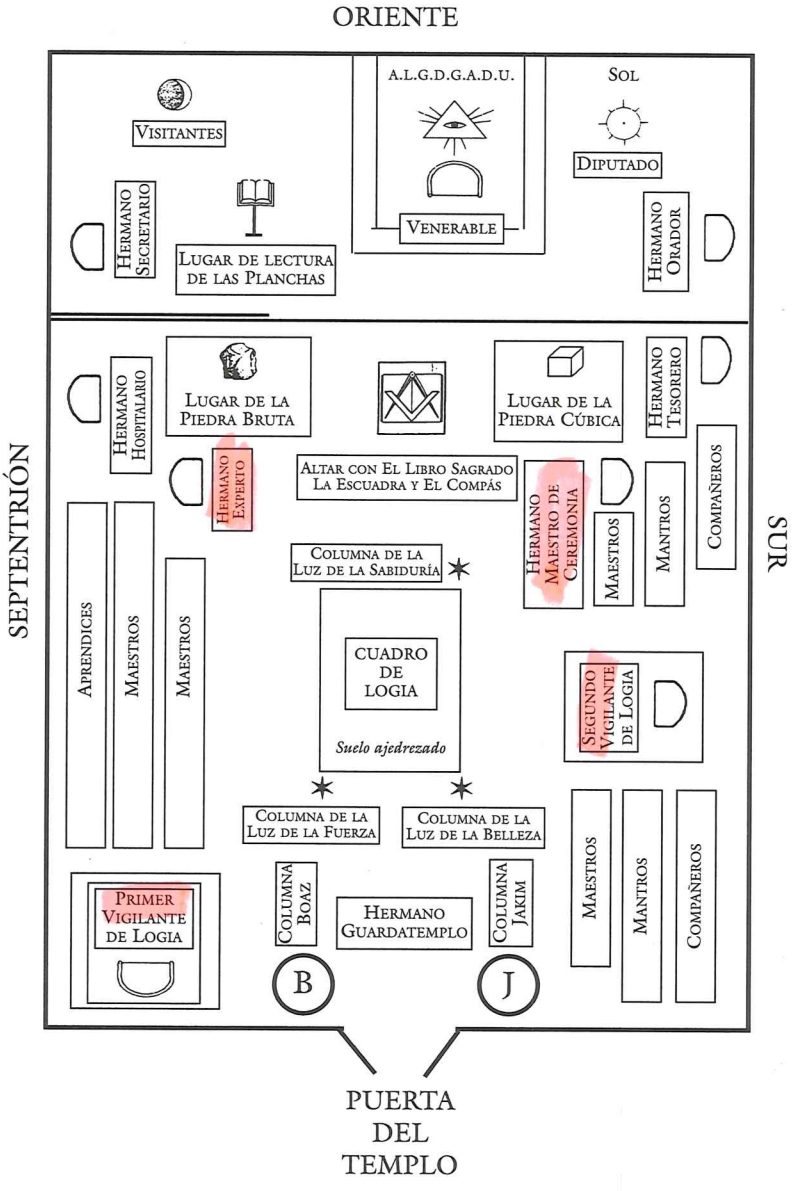
ram histórico, de madre hebrea, había sido enviado a Jerusalén por el rey de Tiro (también llamado Jiram) para que ayudara al rey Salomón en la construcción del primer Templo. A partir de estos escasos datos, surgió en la Masonería de principios del siglo XVIII este mito, creado para ritualizar el proceso simbólico de muerte y resurrección que caracteriza a todas las escuelas iniciáticas y que parte de la muerte del «viejo hombre», que ha de dar vida al «hombre nuevo» o imbuido de nuevo espíritu:

Jiram, el Maestro conocedor de la Palabra magistral o clave de la construcción, muere a manos de unos malos colaboradores antes de ver concluida la obra. La ignorancia, el fanatismo y la codicia de tres compañeros de trabajo, dependientes de él, les hacen desear ser tratados como maestros antes de estar capacitados para ejercer el oficio a ese nivel. Por ello, exigen de Jiram la revelación de la contraseña o palabra del maestro constructor que les permitirá identificarse como tales y recibir su *salario* en el lugar y hora señalados, a tal efecto, para los obreros de ese grado. Al negarse Jiram a actuar en contra de su conciencia, cada uno de los infames le asesta sendos golpes, acabando con la vida del Maestro. Después, entierran su cadáver en un lugar alejado del Templo en construcción. Pero los demás compañeros, al notar la ausencia de Jiram, comunican el hecho a Salomón, rey patrocinador de la construcción. Este dispone la búsqueda del Maestro y el castigo de sus asesinos.

La narración prosigue, detallando cómo fue descubierto el cadáver de Jiram y cuál fue la actitud de los preocupados compañeros que lo hallaron.

La reflexión sobre este mito permite extraer enseñanzas inmediatas que conducen a otras, de carácter iniciático: cada compañero recibido como nuevo maestro ha de ser un obrero que haya «muerto» para el mundo de las *apariencias*, en el que reinan la ignorancia, el fanatismo y la codicia, para «renacer» imbuido del espíritu de trabajo y de las cualidades morales que caracterizaron al mítico Maestro Jiram. Solo en esas condiciones será posible llevar a término la Obra. Ello conduce al planteamiento personal de todo un programa de trabajo, que es la temática del tercer grado masónico o grado de Maestro.

PLANO DE UNA LOGIA



Todo Maestro masón simbólico reencarna la figura de Jiram Abif, esforzándose por recuperar la Palabra *perdida*, necesaria para conocer la estructura universal. Para ello, usa los instrumentos de trabajo del Aprendiz, los del Compañero y, a partir de su nuevo compromiso consigo mismo, el Compás del Maestro, con el que ha de aprender a *ajustar y trasladar* las medidas de acciones y pensamientos al plano metafísico. Los maestros forman una cadena fraternal de transmisión a través del tiempo, para que la Obra prosiga, con el apoyo permanentemente *presente* de cuantos participan y participaron en la Construcción. Ese es el espíritu de la Tradición.

Recordemos, en fin, que la filosofía hermética y la experiencia alquímica, derivada de ella, marcan también sus surcos en la metodología iniciática masónica, resumidos en la sigla V.I.T.R.I.O.L. (*Visita interiora terrae rectificandoque advenies occultum lapidem*). «Visita el interior de la tierra y, rectificando, encontrarás la piedra oculta», transcribe la idea del perfeccionamiento, a partir del autoanálisis y de la rectificación, como vía para el encuentro de lo esencial universal que se halla inscrito en cada hombre, puesto que *lo de arriba es como lo de abajo*, tal como señalara la enseñanza del legendario Hermes Trismegisto.

5. Objetos

Los objetos más característicos utilizados por la Masonería del pensamiento, como referencias simbólicas, son los *utensilios de trabajo* propios de la construcción.

A cada uno de ellos se le identifica con una capacidad virtual humana, derivada, por analogía, de la función física concreta a la que estaba (o está) destinado en las tareas de la construcción artesana:

El mazo (y la maceta de albañilería) representan la voluntad puesta al servicio de la tarea emprendida.

El cincel recuerda el discernimiento inteligente y previo que nos permitirá determinar con lucidez cuándo y cómo hemos de ejercitar nuestra fuerza de voluntad.

La plomada simboliza la rectitud que debemos buscar en nuestros juicios.

El nivel, que mide la horizontalidad de las superficies, representa la igualdad en nuestra apreciación de los demás, huyendo de discriminaciones interesadas e injustas.

La regla nos recuerda que la medida ha de estar también presente en todas las manifestaciones del espíritu, que han de ser ajustadas en su formulación e intensidad.

La llana representa nuestra capacidad de «allanar» asperezas, que ha de ejercitarse siempre en las relaciones humanas.

La escuadra simboliza el correcto ensamblamiento de nuestras ideas, teniendo presente su concordancia con la Ley universal. Ya hemos comentado su relación con el número cuatro y con el cuadrado, que es la forma geométrica de este, correspondiendo al plano de lo terrestre o inmanente.

El compás es el utensilio que permite medir y transportar las medidas de las cosas de uno a otro plano, trazando curvas y circunferencias; es decir, relacionando lo terrestre, lo inmanente, con lo que convencionalmente llamamos celeste, trascendente o esencial. En Masonería, el compás representa la búsqueda de la espiritualidad, trascendiendo el plano de lo inmanente o simplemente *físico*.

La cuerda de nudos, siendo el número de estos variable, según los tratadistas masones clásicos, fue un útil de trabajo importante para efectuar trazados y la utilizaron los constructores desde la Antigüedad (concretamente, los egipcios) para realizar mediciones. En Masonería representa la unión fraternal.

El mandil y los guantes forman parte indispensable del atuendo personal de trabajo en una Logia simbólica. En cada

grado, tiene el mandil utilizado alguna característica propia que lo identifica. Los guantes, en los tres primeros grados simbólicos, han de ser siempre blancos, color de la pureza con la que hemos de abordar toda tarea. Los *pectorales*, portados durante los trabajos de Logia, denotan el oficio concreto que tiene a su cargo cada Hermano dentro del taller.

Las luces o «estrellas» (velas de cera) representan, situadas en lugares concretos del taller, reflejos de la Luz primordial o inteligencia universal de la que procede toda luz. La iniciación se describe como *búsqueda de la Luz*. Recordemos que, también en la tradición bíblica judeocristiana, la Luz primordial (la del «fiat Lux») precede a la aparición de las luminarias celestes o astros, de acuerdo con la narración de la creación descrita en el libro del Génesis.

El Libro o Volumen de la Ley Sagrada, la Escuadra y el Compás constituyen una especial entidad simbólica: son las Tres Grandes Luces de la Masonería, que presiden todos los trabajos de las logias fieles a la Tradición de la Orden. Hemos mencionado los valores simbólicos de la escuadra y del compás de los constructores y la fundamental referencia a la Ley universal o Ley Sagrada que hace el masón simbólico al utilizar espiritualmente ambos instrumentos.

La Biblia es el libro adoptado como Volumen de la Ley por los fundadores de la Orden. Fue así por tratarse del compendio de historias, mitos y leyendas mejor conocido en el medio cultural en el que surgió la Masonería simbólica, heredera de la tradición de los constructores sagrados que, a su vez, asumieron durante el medievo la religión de los países europeos en los que trabajaban, haciendo de ella su referente moral.

Aunque, para los masones que profesen las religiones positivas judía o cristiana, sea la Biblia contenedora de revelaciones divinas (solo Antiguo, o bien Antiguo y Nuevo Testamento, en cada caso),

el valor único que la Biblia detenta para la Masonería universal andersoniana es simbólico y no dogmático. Representa el compendio o volumen del que surgen las narraciones que dan pie a la estructuración de los diferentes grados masónicos, sin que ello signifique la aceptación personal por los masones de la historicidad de todos los hechos que refiere la Biblia, ni de valores religioso-dogmáticos concretos. Son los valores humanos *permanentes*, susceptibles de ser simbolizados y aplicados con carácter universal, los que escoge la Masonería como expresiones de la Ley sagrada o Ley universal. Esos mismos principios se hallan contenidos también en otras obras históricas situadas fuera de lo que se entiende tradicionalmente por «cultura occidental», como son los compendios de la tradiciones hindú, persa, musulmana, etcétera. Puesto que desconocen aún el valor simbólico que la Biblia tiene en el método masónico, quienes ingresan en la Orden pueden elegir cualquiera de esas obras para prestar su juramento de compromiso personal y también abstenerse de jurar, limitándose a «prometer». Por ello, junto a la Biblia, se puede colocar, para tomar juramento, cualquier otro volumen de referencia *moral* conocido y aceptado por el neófito.

Dicho esto, es importante subrayar que solamente las narraciones contenidas en la Biblia tienen valor funcional didáctico en los diversos grados del método masónico, ya que son símbolos extraídos de ella los que sirven de base a las reflexiones iniciáticas propuestas por el método en cada caso. Aunque existan narraciones o fábulas con el mismo contenido simbólico que el del mito de Jiram, por ejemplo, todo el simbolismo del tercer grado masónico refleja circunstancias específicamente relacionadas con la construcción del Templo de Jerusalén según el relato bíblico. Igualmente, las palabras simbólicas clave de cada grado fueron extraídas de esa fuente de datos por los creadores de los rituales que integran el método iniciático masónico. La Biblia constituye un elemento indispensable de la cultura masónica y *no puede ser sustituida por ningún otro texto* para el desarrollo regular tradicional de los trabajos de Logia, pero colocando siempre sobre ella la *escuadra* y el *compás*, que son los otros dos referentes simbólicos con arreglo a los cuales se valoran las narraciones bíblicas.

6. Gestos

Todas las culturas poseen símbolos gestuales característicos. Se trata de expresiones corporales humanas que exteriorizan estados físicos, emociones o pensamientos, que se pueden manifestar de formas diversas: sacar la lengua puede significar burla en España o ser un saludo grato y habitual en algunas regiones asiáticas. Hay gestos que corresponden a emociones comunes a todos los humanos, y los hay que son propios de una cultura determinada, con un valor específico, en su origen, que se ha difuminado o desaparecido posteriormente de la conciencia de quienes siguen reproduciéndolos convencionalmente, como pueden ser un apretón de manos por cortesía (que tampoco pertenece a todas las tradiciones sociales) o el saludo militar rutinario, consistente en llevarse la mano derecha a la sien.

La mímica gestual tiene, en la Masonería, valores simbólicos también diversos. Pero los gestos masónicos representan siempre determinadas disposiciones anímicas resultantes de una reflexión íntima deliberadamente expresada. Un gesto puramente convencional y rutinario no sería un auténtico gesto masónico, puesto que el valor de cualquier símbolo depende de una *vivencia* consciente personal. Socialmente podríamos hablar de la *sinceridad* del gesto, pero una verdadera simbolización iniciática va más allá de eso.

Todo ritual masónico se compone de palabras y gestos simbólicos alusivos a actitudes anímicas y mentales *efectivas* de los participantes. Por ello, determinados gestos simbolizan la actitud que corresponde al masón en cada grado practicado. No es igual el nivel de desarrollo iniciático del Aprendiz que el del Compañero o el del Maestro, y cada una de las respectivas disposiciones anímico-mentales se expresa mediante gestos diferentes. A cada grado simbólico le corresponde un **signo de orden** específico, realizado con las manos y siempre permaneciendo en pie para ello. Se efectúa el gesto, en diferentes momentos rituales, para subrayar el valor iniciático de los mismos o la disposición personal consciente de quienes lo realizan.

Los acontecimientos importantes se subrayan sonoramente, mediante batir de manos o **baterías** (que no son simples palmadas convencionales).

Los estados de dolor, de sorpresa y de alarma se expresan también mediante gestos determinados, utilizando manos y brazos, con los pies en posiciones diferentes. *Cada gesto está vinculado con la enseñanza extraída de una reflexión realizada y asumida personalmente.*

7. Colores

Los colores tienen valor simbólico porque son sensaciones personales que actúan sobre nuestra psique. El tema ha interesado siempre a filósofos, físicos, alquimistas, etc. (como Epicuro, Newton, Descartes, Boyle, Goethe y muchos otros maestros occidentales), estando presente en las tradiciones de las más diversas culturas. La formulación más antigua del valor simbólico de los colores es, tal vez, la que identifica cada uno de los cuatro elementos considerados básicos con un color determinado: a la *Tierra* le corresponde el negro; al *Aire*, el azul; al *Agua*, el verde, y al *Fuego*, el rojo.

En realidad, los objetos carecen de color. La luz solar se compone de diversas radiaciones de intensidades vibratorias diferentes. El color no es sino una *sensación* que transmite la retina de nuestro ojo a nuestro cerebro al recibir reflejada la parte de radiación luminosa que el objeto iluminado no puede absorber. Cuando el objeto iluminado absorbe todas las radiaciones, sin rechazar ninguna, nuestra retina nos transmite una sensación que llamamos, convencionalmente, color negro. *Contrariamente*, cuando todas las radiaciones son rechazadas, la sensación percibida es la del blanco. También la Masonería recoge ese conocimiento tradicional, dando valores simbólicos a ambas percepciones: el **blanco** y el **negro** son los colores del pavimento mosaico que figura en el centro de todas las logias, simbolizando la oposición complementaria de los principios activo y pasivo del univer-

so (anódico y catódico o masculino y femenino), equivalentes al Yang y al Yin, rectores del orden cósmico, en la filosofía oriental. El **rojo** simboliza el fuego y la vida, siendo el color simbólico predominante en muchos de los grados del Rito Escocés Antiguo y Aceptado.

En el conjunto de sus 33 grados, el Rito Escocés Antiguo y Aceptado utiliza simbólicamente toda la gama del arco iris. Lo hace en los ornamentos de los miembros de cada grado (varían los mandiles, pectorales o bandas) y en los paramentos de las logias, según el nivel gradual del trabajo que se realice.

8. Expresiones corporales

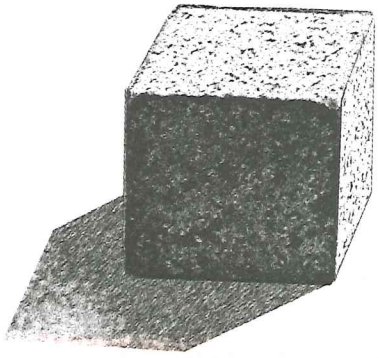
Aunque los gestos simbólicos que hemos considerado anteriormente son también expresiones corporales, parece más idóneo mencionar separadamente los *movimientos* simbólicos en los que participa, en cierto modo, todo el cuerpo. En este apartado se incluyen los desplazamientos personales dentro de la Logia.

El ingreso en el recinto del Taller se realiza avanzando un número determinado de **pasos**, a partir de la puerta de acceso y dirigiéndose hacia el Oriente (lugar en el que se halla situado el Venerable Maestro o Presidente de la Logia). *La forma y el número* de esos pasos simbolizan la temática del grado en el que se hayan de desarrollar los trabajos de la sesión o tenida. Ya hemos señalado que cada grado tiene un número simbólico temático: Tres, Cinco y Siete (1.°, 2.° y 3.°), por lo que el número de pasos será ese, realizados recordando también formas geométricas simbólicas esquematizadas.

En el Rito Escocés A. y A., así como en otros sistemas o métodos, los Hermanos participantes que hayan de desplazarse en el Taller lo hacen siempre *circumambulando* en torno al pavimento mosaico central, en el que se expone el plano simbólico de la obra (o *Cuadro de Logia*) con arreglo al cual se desarrollen los trabajos en ese momento. A fin de mantener el *silencio y el orden* indispensables, solo tres oficiales masones se mueven libremente

por el recinto para cumplir, cada uno en su momento, las funciones de sus respectivos oficios. Dos de ellos (Experto y Maestro de Ceremonias) lo hacen siempre en sentido circumambulatorio, en torno al pavimento mosaico y al plano de trabajo situado en él. El tercero es el Guardatemplo, que, como custodio del acceso a la Logia, permanece junto a la puerta para abrirla y cerrarla, no necesitando realizar otros desplazamientos. El Hermano Experto se desplaza solo en momentos concretos de la sesión. Los demás participantes permanecen sentados o de pie, según lo preceptúe el ritual, y cuando, excepcionalmente, han de desplazarse, lo hacen guiados por el Maestro de Ceremonias y por indicación del Venerable Maestro.

Otras expresiones corporales simbólicas se producen en ocasiones más excepcionales, como la recepción de candidatos en los diferentes grados. En esos casos, cada ritual prescribe actitudes corporales y gestuales concretas, simbolizando las correspondencias anímicas y mentales.



LA LOGIA

Los constuctores de edificios, desde la más remota Antigüedad, se reúnen en algún sencillo habitáculo de dimensiones suficientes para acoger en él a quienes trabajan en la obra. En ese lugar depositan sus herramientas y utensilios de trabajo y discuten aspectos de la labor que llevan a cabo. Los antiguos constructores y los leñadores francos llamaban *loubja* a esos recintos. En francés moderno, la palabra derivada es *loge*, y el término español relacionado etimológicamente con la misma idea es *lonja*, que adoptó luego la forma simplificada de *Logia*, probablemente por influencia italiana (loggia).

En la Edad Media europea, pasó a llamarse también *Logia* al grupo de constructores que tenía a su cargo una obra. Estos solían desplazarse a los diferentes lugares en los que hubieran de trabajar, salvo cuando se tratara de una construcción compleja, que exigiera un largo plazo de realización, como eran las catedrales y grandes templos u otras edificaciones. Por tanto, con la misma palabra se aludía, por una parte, al recinto ocupado por los obreros en su lugar de trabajo y, por otra, al equipo que formaban en cada caso. La Masonería simbólica retuvo el nombre con ese doble significado, aunque también está generalizado el uso de la palabra *taller*, con el mismo doble valor.

La Logia como espacio sagrado

Los masones simbólicos buscan la Verdad, en sus diferentes facetas, mediante una iniciación que se realiza a través de un sis-

tema de símbolos y en fraternidad. Sus reuniones (o *tenidas*) se llevan a cabo en un espacio concreto, en el que simbolizan un ámbito situado fuera de las coordenadas espacio-temporales comunes o habituales. Ya hemos señalado que es *sagrado*, en Masonería, cuanto vincula la conciencia humana con lo trascendente, con el mundo de las ideas, de los arquetipos esenciales del Bien, de la Belleza, etc. Por ello, el recinto del taller o Logia en el que trabajan es también un *templo*[1], o lugar *acotado*, que refleja mediante símbolos ese mundo de las ideas trascendentes.

Todo templo construido por los hombres responde al paradigma en el que ellos sitúen los valores que exaltan y en los que centran su interés. Los templos pueden tratar de reflejar, mediante imágenes o símbolos, tanto una cosmología como una teología, aunque partiendo siempre de una manera de *mirar* o de *sentir* la realidad inmanente. Los masones conciben el Universo como un macrocosmo y consideran al Hombre su reflejo o microcosmos.

Las logias o templos masónicos resumen todo esto utilizando elementos no simplemente decorativos o alegóricos, sino símbolos. Puesto que el Hombre es un microcosmo, cada hombre constituye la mejor réplica del gran templo universal o Gran Obra, cuyo conocimiento constituye el objeto de la búsqueda masónica, partiendo de la propia concienciación personal. Por lo tanto, *solo habrá un auténtico templo masónico allí donde se reúna un número suficiente de masones para trabajar juntos y durante el tiempo que dure la tenida*, ya que el trabajo de cada uno contiene, condensados y a escala, aspectos o factores constructivos que son réplica o reflejo de los que se hallan también en el templo universal. La Logia-recinto-templo es, realmente, un espacio-tiempo psicológico que va desde *abajo* hacia *arriba*, de *este* a *oeste* y de *norte* a *sur*, sin límites, como si esas líneas virtuales fueran el armazón de una infinita esfera universal, en cuyo *centro* estuviera situado el Hombre para observar el cosmos. Por ello, cual-

[1] Los romanos llamaron «templum» al sector del espacio celeste observado por los augures a través de la curva de su cayado.

quier lugar sosegado (incluso a cielo abierto) es apto para ser transformado en templo por los masones, que pueden trabajar juntos «bajo la bóveda celeste».

La planta de las logias

El Templo de Jerusalén, como los templos mesopotámicos y los egipcios, era rectangular. Fue construido por el rey Salomón en el siglo X a. de C. y destruido por Nabucodonosor, rey de Babilonia, en 587 a. de C. Reconstruido por Zorobabel en 515, tras el retorno de los judíos de la cautividad, el nuevo Templo fue saqueado y dañado por Antíoco Epífanes en el siglo II a. de C. y rehabilitado por los reyes Macabeos. Herodes el Grande embelleció y amplió el segundo Templo, siendo definitivamente destruido por Tito en el año 70 d. de C. En el lugar en el que se erguía, se encuentra hoy ubicada la mezquita musulmana de Omar. Las leyendas metodológicas del Rito Escocés Antiguo y Aceptado aluden al primer Templo en los catorce primeros grados y al de Zorobabel en algunos grados posteriores.

El recinto de la Logia consta de tres partes, correspondientes a las del Templo de Salomón, que es el modelo bíblico simbólico: el **Atrio** (o Ulam salomónico), espacio que precede al **Centro** de trabajo propiamente dicho (el Hikal salomónico), en el que se encuentra el pavimento mosaico, con el plano de la obra o «cuadro de Logia» al que han de atenerse los obreros, y el **Oriente** (el Debir salomónico), en el que se halla el Venerable Maestro o Presidente del taller. La puerta de acceso a la Logia está flanqueada por dos **columnas**, colocadas en el interior (las del templo salomónico lo estaban en el Ulam). El acceso y las columnas corresponden simbólicamente al **Occidente** del recinto, no siendo indispensable que el Oriente y el Occidente simbólicos coincidan, en efecto, con esos puntos cardinales.

La luz física procedente del Sol surge, cada día, por el Este u Oriente y desaparece al ponerse el astro por el Oeste u Occidente. De igual modo, la Luz no física, el entendimiento de lo ver-

daderamente trascendente, es evocada simbolizando en la Logia el aparente recorrido solar. Al entrar en la Logia, se camina buscando la Luz procedente del Oriente y, al salir de ella, se camina hacia el descanso solar del Occidente, tras haber concluido el trabajo del día.

Teóricamente, las logias deben tener siempre forma de «cuadrado alargado», según la terminología usada por los constructores medievales. Es decir, forma rectangular. Los Maestros medievales utilizaron diversas proporciones para crear planos rectangulares, destacando la correspondiente al trazado con arreglo al Número Áureo, que es el valor constante 1,618. Los geómetras de la Antigüedad y los del Renacimiento europeo percibieron que existe una proporción privilegiada entre dos dimensiones, cuando ambas están entre sí en la misma proporción que la mayor de ellas y una de las dos. Esa proporción se expresa mediante el llamado Número Áureo. El rectángulo cuyos lados guarden esa relación puede ser fraccionado ilimitadamente en rectángulos semejantes, cada vez menores, conteniendo un desarrollo potencial en fracciones continuas. A su vez, todo rectángulo puede considerarse compuesto por una adición sucesiva de triángulos rectángulos.

En la exposición simbológica que sigue nos atendremos a lo preceptuado en el método iniciático masónico llamado **Rito Escocés Antiguo y Aceptado**, del que trataremos específicamente más adelante, por ser el más extendido a nivel mundial y el característico de la tradición masónica española.

El Cuadro de Logia

Los antiguos masones operativos trazaban sus planos de trabajo diario sobre el suelo de su Logia y discutían allí las características o peculiaridades del trazado. Por lo general, no existían planos gráficos permanentes y los masones iban desarrollando su obra guiados por una idea a la que daban forma gradualmente. Como ya hemos visto, el concepto del universo y la observación

de la naturaleza eran sus fuentes de inspiración. Representaban en los techos y muros de sus construcciones el cielo azul y los astros que lo pueblan. Las logias simbólicas de los tres primeros grados masónicos reciben, también por ello, el nombre genérico de «logias azules» o de la «Masonería Azul».

En ellas, el plano de trabajo ocupa el centro de cada Logia, rodeado por tres pilares simbolizadores de los tres estilos clásicos de construcción: dórico, jónico y corintio, en representación de todas las artes. Se sitúa sobre un espacio rectangular de proporción áurea y se ilumina con sendas luces (llamadas «estrellas») situadas sobre los pilares, simbolizando el deseo de que la Luz del entendimiento espiritual presida el desarrollo del Trabajo en Fraternidad: el entendimiento de los valores ideales o arquetípicos de Belleza, Fuerza y Sabiduría, determinantes del aprendizaje y del compañerazgo masónicos, objeto de los dos primeros grados. En el tercer grado, el de la maestría, será la Luz de la Sabiduría la que deba iluminarlo todo por sí sola.

El plano de obra o Cuadro de Logia se halla sobre el suelo o **Pavimento Mosaico**, formado por baldosas blancas y negras, colocadas en damero. Sobre él se sitúa el Cuadro o programa de cada sesión, en el que se concentra la intención laboral de los masones de manera especial, siendo su referencia inspiradora de ideas adecuadas al tipo de trabajo que cada uno está llamado a realizar durante la tenida. Tradicional y poéticamente, esa inspiración se atribuye a «las musas» («mosaico» o «museico», del latín *museum*). En principio, todo el suelo de la Logia debe estar enlosado de esa forma, siendo imprescindible que lo esté, al menos, un rectángulo central sobre el que descanse el plano.

En el siglo XVIII solía aún ser habitual dibujar con tiza o carbón, sobre el suelo del recinto de las logias simbólicas, el programa de Trabajo de los Cuadros de Logia, que era borrado al finalizar las tenidas. Se mantenía así la vieja tradición de los masones operativos. Aún, hoy día, algunas logias continúan haciéndolo. Sin embargo, por lo general, se utilizan gráficos que son emplazados en el centro de la Logia al comenzar los trabajos y se retiran al cerrarse la sesión.

En el Cuadro del primer grado figuran aquellos símbolos que se consideran esenciales para suscitar la reflexión sobre la identidad personal del Aprendiz en la búsqueda de sí mismo que ha de llevar a cabo dentro de la Logia para proseguirlo fuera de ella, analizando, siempre en silencio, sus propias reacciones y las motivaciones que las originan:

El Delta o Triángulo luminoso, la Luna y el Sol, las Tres Grandes Luces, la Plancha de trazar, la Piedra bruta y la Piedra cúbica, el Mazo y el Cincel, la Regla, la Plomada, el Nivel, las Ventanas simbólicas del discernimiento y la Puerta del Templo, situada sobre tres gradas que arrancan del Pavimento Mosaico, flanqueada por las dos Columnas sobre las que figuran sendas letras simbólicas. Se trata de un utillaje simbólico, que reproduce el que realmente empleaban los antiguos constructores (y aún emplean los actuales) y que representa actitudes y virtudes necesarias para la construcción del pensamiento. Lo binario y lo ternario constituyen la esencia del aprendizaje masónico, y los símbolos (Luna-Sol, Blanco-Negro, etc.) representan oposiciones binarias y también sintetizaciones en las que surge un tercer término resolutorio (Triángulo, Tres Grandes Luces, etc.). Para una mejor comprensión del tema, remito al lector a las páginas dedicadas a las figuras del Aprendiz, del Compañero y del Maestro.

El techo y los muros

El techo natural de una Logia es la bóveda celeste, objeto de observación y estudio por parte de los hombres desde que surgió la conciencia humana. La luz solar y la lunar han determinado la evolución de nuestra especie, iluminando y alimentando la naturaleza y haciendo posible la vida. La aparición y desaparición diaria de ambos cuerpos celestes fue fuente de todos los descubrimientos humanos y centro inexorable de todas las mitologías mistéricas de la Antigüedad. Por ello, tradicionalmente, los ritos de iniciación han sido solares o lunares, según la polaridad que caracterice al aprendizaje. El Rito Escocés Antiguo y Aceptado, y

todos los ritos o métodos masónicos, recogen la polaridad activa, anódica o masculina, llamada tradicionalmente *solar*, sin desatender la presencia de la otra polaridad, la *lunar*, pasiva, catódica o femenina, que está en oposición binaria con la primera y sin la que no podría alcanzarse la síntesis andrógina del pensamiento equilibrado que se busca en Masonería.

Como ha quedado señalado, los masones pueden reunirse y formar su Logia en cualquier lugar sosegado, apartado de ruidos y zozobras, bajo la bóveda celeste. Ellos mismos son las *columnas* del Templo así formado, y en él, provistos de sus simbólicos mandiles, pueden emprender o continuar la construcción del pensamiento. Pero, de hecho, normalmente los recintos que ocupan las logias se hallan en edificaciones «cubiertas», en las que se representan, sobre fondo azul, la bóveda celeste y los astros y estrellas más notorios en cada hemisferio. De la parte central del techo y perpendicular al plano de las obras o Cuadro de Logia, pende a menudo una plomada que, simbólicamente, va desde el Nadir al Cenit, o desde lo más profundo a lo más alto, a modo de *axis mundi*, significando la ilimitación de la búsqueda masónica.

La Bóveda simbolizada en la Logia está circundada por una **Cuerda** de doce nudos de lazo que representan la unión fraternal universal, en el espacio y en el tiempo, en presencia de las doce constelaciones zodiacales. Se trata de uno de los más bellos símbolos de la hermosa utopía masónica.

Los muros interiores reciben los nombres de **Mediodía** y **Septentrión** (a derecha e izquierda de la puerta de acceso, respectivamente) y están simbólicamente sostenidos por los Hermanos masones, que son las columnas espirituales del Templo. Los Aprendices se sientan a lo largo del muro de Septentrión y los Compañeros a lo largo del muro de Mediodía, ocupando los Maestros la primera fila en ambas ubicaciones. El Hospitalario de la Logia se sienta encabezando la columna de Septentrión, detrás del Hermano Experto. El Tesorero toma asiento encabezando la columna de Mediodía, detrás del Maestro de Ceremonias. El Primer Vigilante o ayudante del Venerable Maestro se sienta en Occidente, a la izquierda de la puerta de acceso. Al otro lado de di-

cha puerta se coloca el Hermano Guardatemplo, y en el centro de la columna de Mediodía se halla el sitial del Segundo Vigilante. Los sitiales del Primer y Segundo Vigilantes se elevan, respectivamente, dos y un peldaño sobre el nivel del suelo del Taller.

El Oriente

El Oriente de un templo masónico se sitúa en el extremo opuesto a la puerta de acceso (que representa el Occidente) y simboliza el Debir o Sanctasantórum del Templo de Salomón, en el que se hallaba el Arca de la Alianza conteniendo las Tablas de la Ley. Está simbólicamente separado del cuerpo o nave central de la Logia por tres peldaños y una balaustrada (también por un velo o cortina negra, que solo se extiende en determinadas ocasiones), como lo estaba el Debir salomónico. En el Oriente se encuentran el sitial del Venerable Maestro (elevado tres peldaños) y los del Secretario y el Orador de la Logia (elevados sobre dos peldaños, a derecha e izquierda del V. M., respectivamente). En la mesa del V. M. debe haber un candelabro de tres luces, una espada de lámina ondulada (*espada flamígera*), un pequeño mazo o *maceta* y una luz o llama que ha de estar encendida desde antes de iniciarse la tenida, por representar la Luz Primordial o Luz Creadora, de la que procede el Conocimiento al que aspira todo iniciado masón. El fuego con el que se van encendiendo todas las luces a lo largo de los ceremoniales masónicos procede siempre de esa Luz Primordial simbólica.

La ***Espada Flamígera*** del V. M. simboliza el movimiento ondulatorio de la llama interior que debe iluminar y alentar la vocación iniciática del Venerable Maestro de la Logia, que es quien transmite la Tradición masónica a los iniciandos. La espada no es un arma, sino un instrumento simbólico de transmisión (como lo era en las antiguas órdenes de Caballería), con el que el V. M. realiza los toques en la cabeza y sendos hombros del iniciando al ser este recibido en la Orden. Al abrirse los Trabajos ordinarios de la Logia, el V. M. sostiene la espada flamígera con la mano iz-

quierda, ostentando la maceta, que simboliza el poder de la voluntad, en la derecha.

Al pie del Oriente se halla el Altar de los Juramentos, en el cual se colocan las Tres Grandes Luces (Biblia, Escuadra y Compás) sobre las que se prestan los juramentos en las iniciaciones de cada grado. Junto al altar o sobre el primer peldaño de acceso al Oriente se depositan, respectivamente, una Piedra Bruta (del lado Norte) y una Piedra Cúbica (del lado Sur), pulida y rematada por una pirámide.

En el muro del Oriente figuran el Delta luminoso, el Sol y la Luna (estos a izquierda y derecha del Venerable Maestro, respectivamente), cuyo simbolismo ha sido ya resumido. También se invita a tomar asiento en el Oriente a los visitantes que ostentan alguna representación o desarrollan algún trabajo destacado.

Los miembros de la Logia

Se considera que una Logia es *justa y perfecta* cuando cuenta, al menos, con siete Maestros que ejerzan los oficios de Venerable Maestro, Primer Vigilante, Segundo Vigilante, Orador, Secretario, Experto y Guardatemplo. En todo caso, la participación de siete Maestros es indispensable para abrir los trabajos de Logia. Además de estos oficios, se ejercen en el taller los de Tesorero, Hospitalario, Maestro de Ceremonias, Maestro de Banquetes, Archivero y Portaestandarte (en algunas Obediencias de Rito Escocés Antiguo y Aceptado subsiste el Oficio de Diácono, ejercido por dos Hermanos). Además, las logias deben contar con un Diputado que las represente ante la Asamblea de la federación a la que pertenezcan (Obediencia), si no son logias autónomas o *salvajes*, y con dos Delegados Judiciales para atender la administración de justicia interna, asistiendo en ello al Venerable Maestro y al Orador de la Logia. Todos los oficiales son elegidos anualmente por los Maestros del Taller.

El Venerable Maestro, los dos Vigilantes, el Orador y el Secretario representan las luces de la Logia. Son los Maestros que

ostentan la mayor responsabilidad respecto a la organización y funcionamiento del Taller, aunque este es dirigido solamente por los tres primeros y la plena soberanía corresponde a la Cámara de Maestros o Cámara del Medio que los elige. El Primer Vigilante tiene a su cargo la estructuración del trabajo de los Compañeros y Maestros de la Logia y es el ayudante más directo del Venerable Maestro. El Orador es el *guardián* de la ley y de la tradición masónicas (recogidas en los Reglamentos Generales y Particulares) y es el único que puede oponerse, eventualmente, a cualquier decisión antirreglamentaria del Venerable Maestro, debiendo dar o negar su aprobación a los trabajos realizados en la Logia. El Secretario es la *memoria* del Taller, debiendo recoger y conservar en actas todo aquello relevante que sea dicho o hecho en él durante las sesiones.

No existe límite respecto al número de Hermanos que pueden integrar una Logia, pero su dimensión estará siempre en función de la organización del trabajo que se adopte. Todos los Maestros y Compañeros deben poder participar regularmente en los trabajos, aportando sus *planchas de arquitectura* a petición del Primer Vigilante o del Venerable Maestro. Los Aprendices deben guardar silencio durante el tiempo que permanezcan en el primer grado de su iniciación. No hablan ni leen trabajos en Logia, salvo que, excepcionalmente, se lo solicite el Venerable Maestro. El Segundo Vigilante tiene a su cargo la formación de los Aprendices y puede solicitarles que compongan planchas para comprobar su avance, pero se tratará siempre de una tutoría previa a la presentación final por el Aprendiz de la plancha-examen que habrá de realizar para que los Maestros le *aumenten su salario*, pudiendo así ser iniciado en el segundo grado por el Venerable Maestro del Taller.

Las Logias de San Juan

Los hombres han visto siempre en la transformación de la materia prima, mediante el trabajo aplicado a ella, algo mágico que los acerca a la fuerza o poder creador de la naturaleza. El perfec-

cionamiento de su trabajo parece aproximarlos progresivamente a ese poder numénico que los modernos seguimos atribuyendo simbólicamente a las musas inspiradoras.

Hemos visto anteriormente que los Collegia Fabrorum, o hermandades laborales romanas, constituían ya auténticas cofradías religioso-profesionales que rendían culto a determinadas divinidades como patrocinadoras y protectoras de las capacidades laborales de quienes ejercían sus oficios. Para algunos investigadores, habría sido el divino *Jano* del panteón romano, el dios de doble rostro, contemplador del pasado y del futuro y protector de la antigua Tradición sagrada, quien patrocinara a los artífices de la construcción en el seno de los Collegia. De su nombre habría derivado posteriormente, por afinidad fonética, la adopción de *San Juan*, con el mismo papel protector, por las cofradías cristianas medievales surgidas de los conventos benedictinos que acogieron a los Maestros del arte de la construcción romana, tras la destrucción del Imperio.

Pero parece más realista atenerse a la documentación medieval conservada, vinculando el patronazgo atribuido por los constructores a San Juan (Evangelista o Bautista) con los auspicios ejercidos en favor de los masones por la Orden del Templo, de la que era también patrono San Juan Evangelista. Ambos sanjuanes aparecen tradicionalmente muy relacionados, simbolizando dos aspectos del fuego: el destructor y el renovador o inspirador. Las hogueras de San Juan, en junio, extendidas por toda la cuenca mediterránea, eran especial y ritualmente organizadas también por los templarios y a ellas acudían regularmente, sobre todo en París, los artesanos y artífices de la construcción o masones libres (francmasones) que trabajaban en los censos de la encomienda templaria. Tras la destrucción de la Orden, en el siglo XIV, los masones operativos siguieron celebrando las fiestas de San Juan.

Los datos aportados por la documentación inglesa conservada señalan que en 1427, en York, y según *era costumbre*, se reunió una importante asamblea de masones el día de San Juan Bautista. En 1561 se reunió la asamblea anual de los francmasones de York el día 27 de diciembre, fiesta de San Juan Evangelista. En Alemania

aparece designada como «Fraternidad de San Juan», hacia 1430, la guilda de los carpinteros y masones de Colonia, según señala P. Naudon, citando al eminente historiador masón R. F. Gould. Igualmente se mencionaba el patronazgo atribuido a San Juan Bautista en la Carta de Colonia, de 1535, destruida o extraviada desde 1819, que resumía lo tratado en la asamblea de masones (ya entonces había masones *aceptados* en Alemania) convocada por el obispo de aquella ciudad. El contenido del texto era una circular dirigida por los «Maestros Elegidos de la Orden de San Juan» a todas las logias asociadas, como sigue indicando Naudon, citando esta vez a Clavel y a Findel[2].

Lo indudable es que los masones (y no solo ellos) prestaban juramento sobre los Evangelios (en Francia) o sobre la Biblia completa (en Inglaterra), al ingresar en las cofradías del oficio, según acreditan el Libro de los Oficios de París (en 1268) y las Ordenanzas de York (en 1352). La tradición juanista perduró hasta el siglo XVIII, en que los masones fundadores de la Gran Logia de Londres se reunieron también el día 24 de junio de 1717 (fiesta de San Juan Bautista) para fundar la primera corporación u Obediencia de la neo-Masonería o Masonería Simbólica.

Las logias simbólicas de todo el mundo celebran dos reuniones o tenidas solemnes, señalando la posición solar de los solsticios renovadores de verano e invierno, y lo hacen coincidiendo con las festividades cristianas conmemorativas de San Juan Bautista (el 24 de junio) y de San Juan Evangelista (el 27 de diciembre) en cada caso. Por otra parte, las fiestas solsticiales han sido celebradas por todas las culturas, desde la más remota Antigüedad.

Evidentemente, para el simbolismo masónico, el bautismo de fuego que impartía Juan el Bautista, según los Evangelios cristianos, se relaciona con la luz solar. Como pone de relieve Oswald Wirth, en hebreo, la palabra Jeho designa al Sol (Jeho-annan o

---

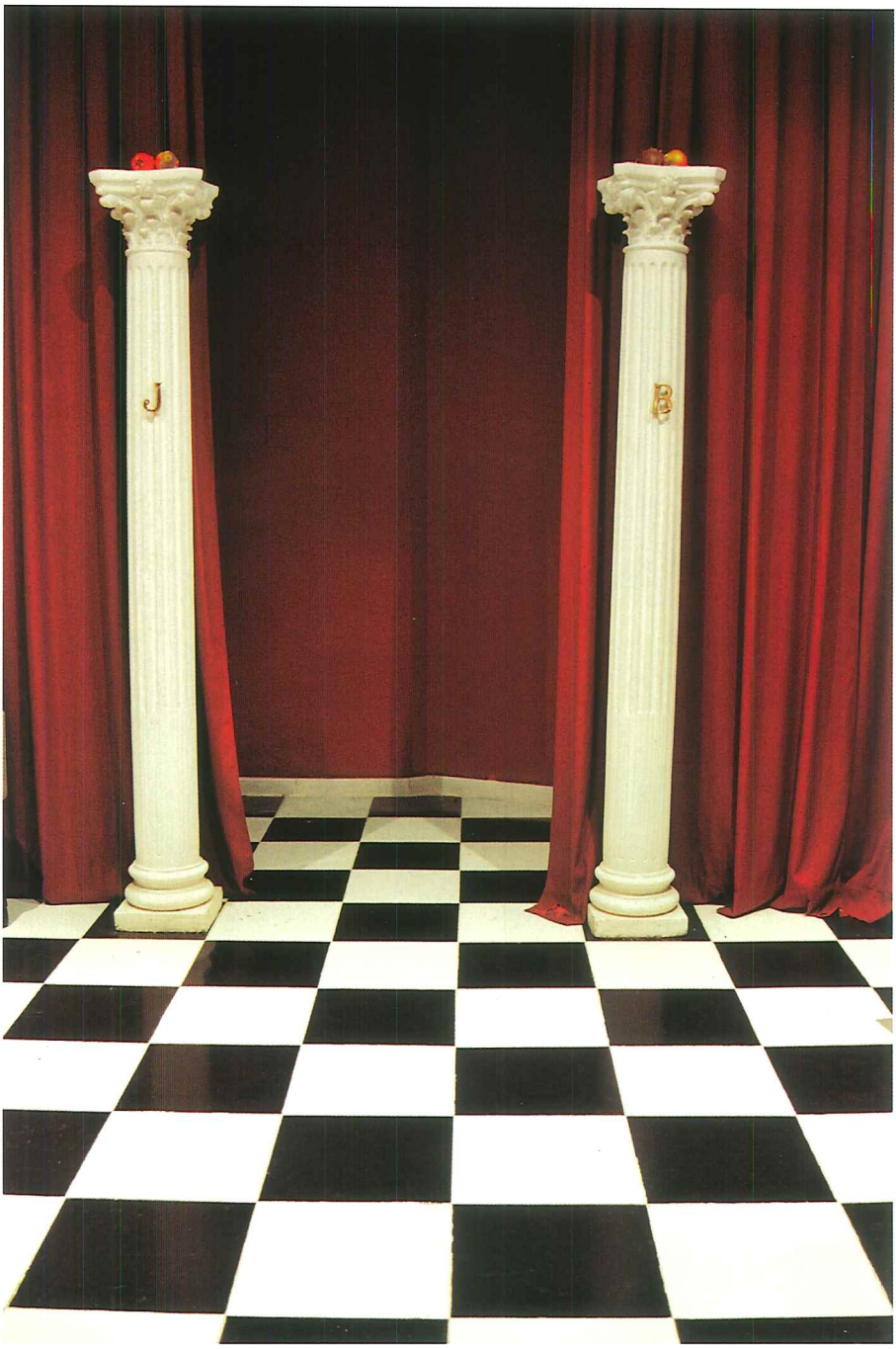
[2] Según el historidor masón español Nicolás Díaz y Pérez, en el acta de la reunión de Colonia aparecía la firma de un representante español, llamado Ignacio de la Torre. La autenticidad del acta habría sido reconocida en la Asamblea masónica celebrada en Basilea en 1563.



Imagen de la Logia desde las columnas de entrada.



Vista del Oriente en Logia.



A la entrada de la Logia siempre se encuentran dos columnas con las letras J y B, iniciales de los nombres dados a las dos columnas de bronce que se hallaban en el Ulam del Templo de Salomón.



Candelabro en la mesa del Venerable Maestro. Las velas siempre están presentes en toda Logia masónica.



Imagen del suelo de la Logia, siempre ajedrezado.



La plomada pende desde el cenit, simbolizando el imprescindible equilibrio.

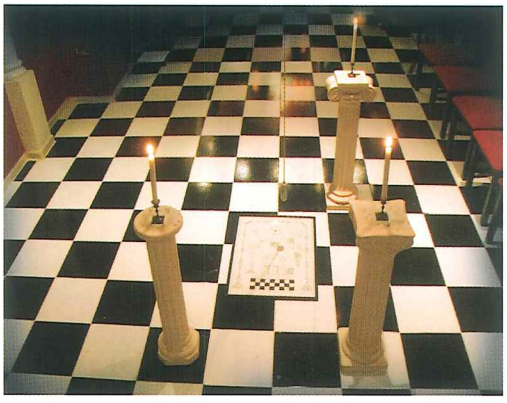
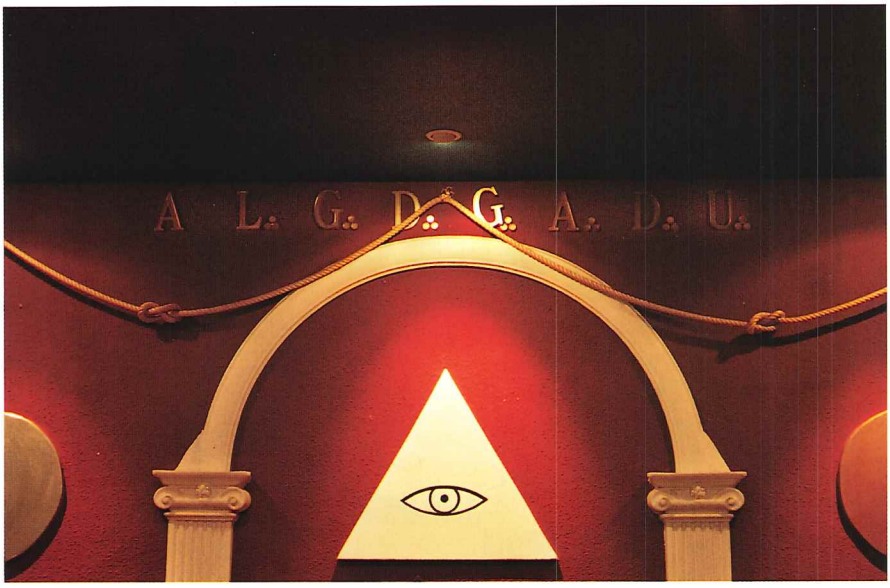
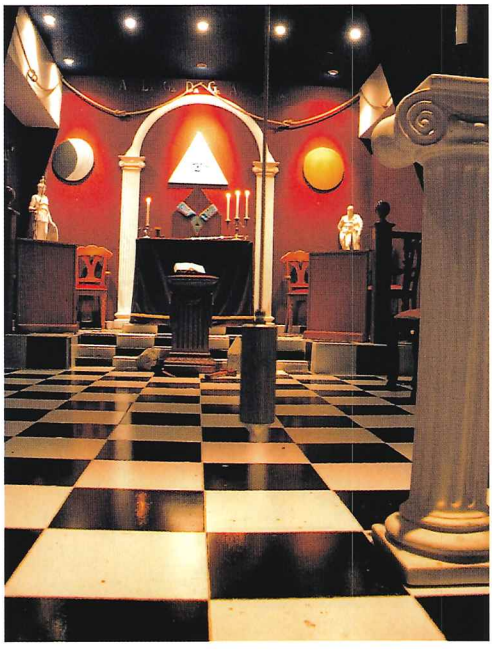


Imagen de los tres pilares que representan la sabiduría, la fuerza y la belleza y que, en forma de escuadra, enmarcan el cuadro o plano de trabajo de la Logia en cada grado.



En el Oriente pueden verse el arco, el triángulo con el ojo simbolizando la Suprema Inteligencia y las iniciales de la frase «A La Gloria Del Gran Arquitecto Del Universo».



En el Oriente, situados a la derecha y la izquierda, respectivamente, se reproducen las imágenes del Sol y la Luna simbolizando los principios activo y pasivo del universo.



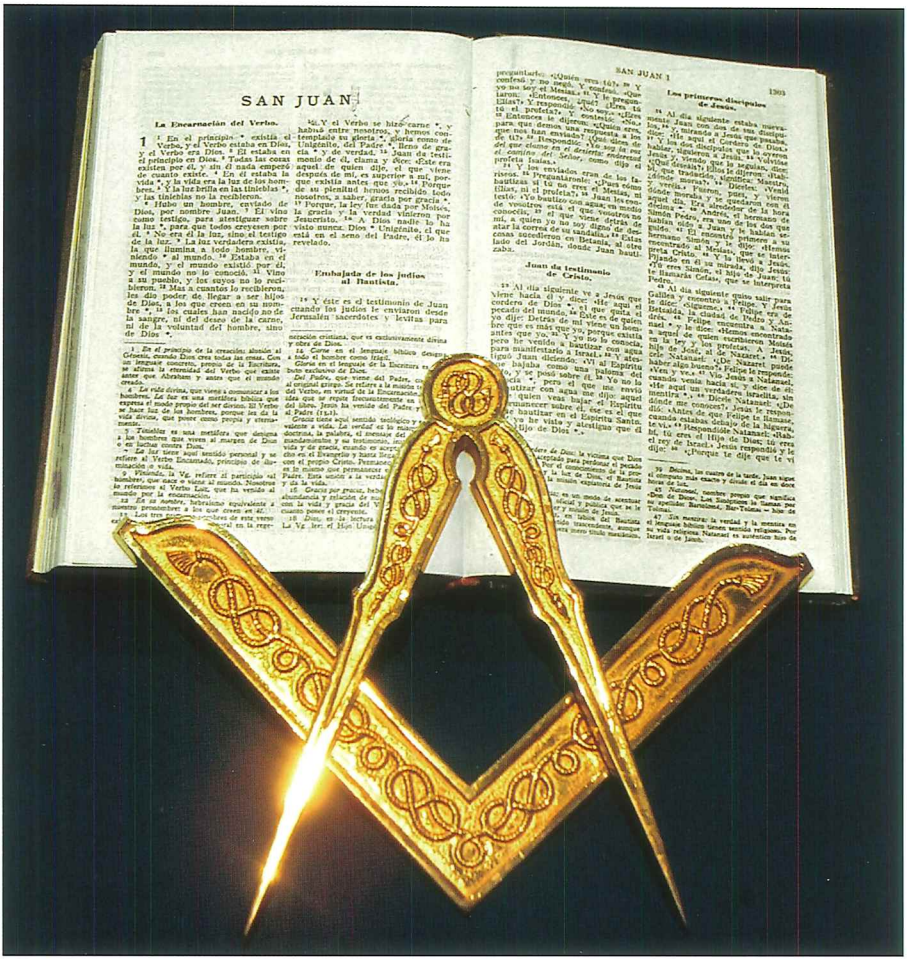
La piedra cúbica y la piedra tallada, así como el martillo y el cincel, y también los tres escalones que separan el Oriente del resto de la Logia.



La cuerda de nudos que rodea el cielo de la Logia.



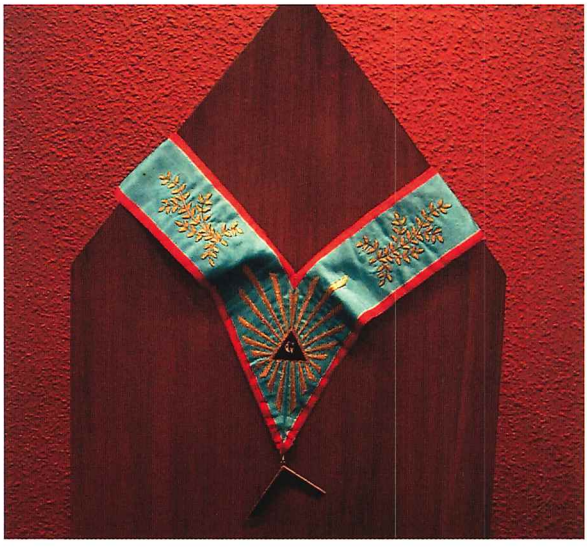
La estrella de cinco puntas, con la G inscrita.



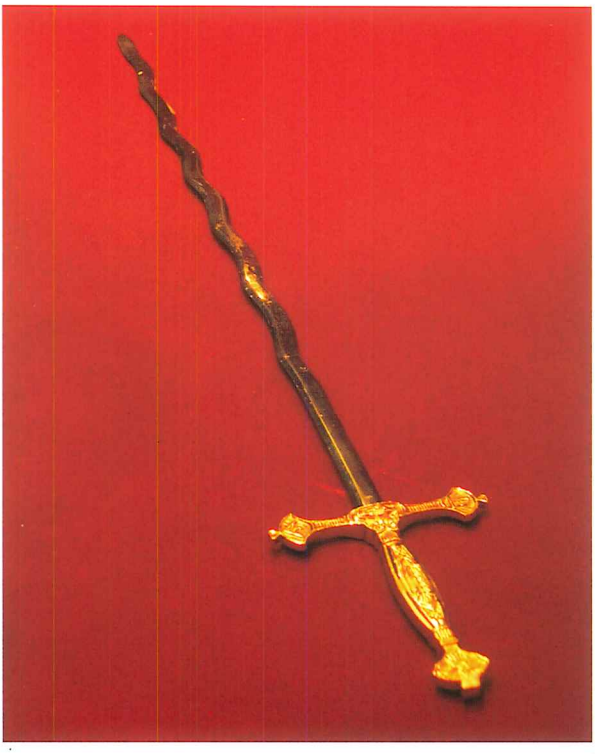
En toda Logia tradicional, encima del altar se colocan la escuadra y el compás sobre la Biblia, abierta por el Evangelio de San Juan.



En el Oriente, la mesa del Venerable Maestro con las maceta o mallete, la espada flamígera, el candelabro y el collar correspondiente a su dignidad.



El sillón del Venerable Maestro y su collar, de donde pende la joya identificativa en forma de escuadra.



La espada flamígera se sitúa siempre sobre la mesa del Venerable.



Usan la maceta, en Logia, el Venerable Maestro y los dos Vigilantes.



La mesa en forma de delta de uno de los Vigilantes de la Logia, con el mallete o maceta. La mesa del Primer Vigilante está colocada en Occidente, y la del Segundo Vigilante en el Sur



Mandil de un Maestro Masón.



Un iniciado en la Masonería recibe el mandil blanco de Aprendiz y los guantes, igualmente blancos.



El mandil del grado de Compañero es el mismo que el de Aprendiz, pero mientras este lo lleva con la lengüeta levantada, el Compañero la lleva bajada.



Pectoral y espada del Oficial Guardatemplo.



Pectoral del Oficial Hospitalario, con el Tronco de la Viuda.



Pectoral y bastón del Oficial Maestro de Ceremonias.



Mandil de un Maestro del grado 4.



Pectoral y mandil de un Maestro del grado 14.



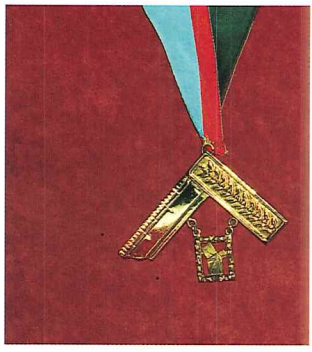
Pectoral y mandil de un Caballero Rosacruz.



Pectoral de un Maestro Masón del grado 33.



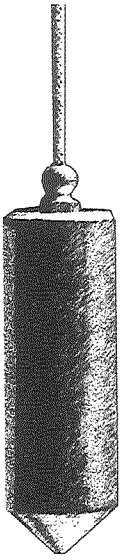
Joya del grado 33.



Joya identificativa de un ex Venerable Maestro.

Johann significaría *hombre iluminado*). Se toma el sentido espiritual del Fuego como Principio Generador (el del «fiat Lux» del Génesis, anterior a la luz física). San Juan Bautista representa, tanto en el simbolismo cristiano como en el masónico, el anunciador del Fuego como Luz Creadora o Verbo de los gnósticos, de los que procede el primer capítulo del Evangelio de San Juan. San Juan Evangelista, el semimítico autor del Evangelio de este nombre, simboliza la culminación en el Amor de todo el proceso evolutivo universal. Para la Masonería, el viejo hombre, el sometido a la ley del Antiguo Testamento bíblico, debe morir para renovarse por el fuego espiritual o iniciático que le llevará a regirse por la nueva ley del Amor. Esa muerte y esa resurrección espirituales están prefiguradas en el ciclo de la naturaleza inmanente y, muy en concreto, por el ciclo solar anual.

Por todo ello, las logias simbólicas masónicas reciben el nombre genérico de *Logias de San Juan*.



LOS GRADOS MASÓNICOS BÁSICOS

El método masónico de iniciación es una de las *vías iniciáticas*, entre otras existentes. Hemos ido bosquejando, en las páginas anteriores, algunos de sus rasgos, poniendo de relieve qué es lo que se busca en el proceso iniciático que propone la Masonería simbólica.

Subrayamos ahora que la ceremonia llamada *de iniciación*, por la que ha de pasar el aspirante, no es la meta en sí, sino tan solo un condicionante de la recepción en el seno de una sociedad en la que se persigue la iniciación mediante el trabajo personal en fraternidad. Así como en determinadas culturas se daba paso a los jóvenes al disfrute del estado de adultos, tras haber comprobado su capacidad durante y mediante un ritual de iniciación que ponía de relieve su previa madurez, la ceremonia de iniciación masónica es la puerta de entrada a la Fraternidad, pero no implica previa madurez iniciática. La iniciación se alcanzará *gradualmente*, dentro de la Orden, en la medida en que el recipiendario sea capaz de transformarse a sí mismo recibiendo la enseñanza transmitida a través del método o sistema iniciático practicado por la Fraternidad.

La ceremonia de iniciación expone ante el candidato, de forma sintetizada, qué es lo que se espera que haga, pidiéndole que declare, mediante juramento, si está dispuesto a unirse a quienes están siguiendo el mismo camino que él desea emprender (*in itio*). Previamente, el taller se habrá informado sobre la personalidad y costumbres del candidato, mediante conversaciones perso-

nales mantenidas con él por tres Maestros y habiéndose realizado las verificaciones pertinentes para su presentación a la Logia. La ceremonia de iniciación representa la iniciación *virtual* y en modo alguno la real, aunque el neófito haya sido así *hecho masón*. Todos los masones que lo reciben en su Logia son también buscadores de la Verdad por la misma vía iniciática gradual.

Siguiendo el modelo de la Masonería de oficio escocesa, que era la única que en el siglo XVII contaba con tres categorías profesionales, la Gran Logia de Londres, primera institución masónica simbólica, adoptó la adición de un tercer grado iniciático en torno a 1725. Todas las logias creadas bajo sus auspicios, y las que lo fueron bajo auspicios de las Obediencias que surgieron a continuación en otros países, respetaron ese esquema, aunque tanto la Gran Logia de Londres como otras comprendieron pronto que la potencialidad simbolizante del contenido del trecer grado masónico podía desdoblarse en una más extensa escala gradual. Y eso es lo que ocurrió a lo largo del siglo XVIII, como veremos.

Así pues, la Masonería simbólica (*o azul*) cuenta únicamente con tres grados iniciáticos: el de Aprendiz (1.°), el de Compañero (2.°) y el de Maestro (3.°).

El Aprendiz

El candidato a la iniciación masónica pasa, simbólicamente, por cuatro etapas o pruebas semejantes a las que se practicaban (menos simbólicamente) en las iniciaciones mistéricas de la Antigüedad. La asociación de las *pruebas* con los *viajes* pone de relieve la importancia del movimiento evolutivo de búsqueda en el avance personal y la necesidad de *actuar*, venciendo obstáculos que se hallan *dentro* del orden universal que va apareciendo ante el iniciando gradualmente. Ese mismo orden universal contiene los parámetros orientadores que, después, el Aprendiz deberá aprender a identificar y a utilizar en su ruta.

El primer grado representa una vía purgativa iniciática que persigue limpiar de adherencias ilusorias la piedra bruta que aún

CAMARA de REFLEXION

es el iniciando. Solo eliminando lo ilusorio, lo que oculta lo esencial, podrá el Apendiz aprestrarse a ser receptivo. «Discernir lo que es erróneo precede, moral e intelectualmente, a la recepción de lo que es verdadero», decía nuestro Oswald Wirth.

La prueba de la Tierra se lleva a cabo mediante la permanencia, a solas, en el Gabinete o Cámara de Reflexión, que es un reducido recinto en penumbra, en el que se hallan objetos e inscripciones que invitan a la meditación [1]. Con ello se simboliza el descenso al interior de la Tierra (muerte virtual) para resurgir consciente de la necesidad de despojarse de cuanto impide o estorba nuestro ascenso hacia lo *esencial* (resurrección virtual). En el interior de la Tierra se halla la semilla del verdadero yo, que deja de ser tal semilla para germinar y convertirse en planta. Se trata, también, de la experiencia platónica de la caverna, en la que cuantas formas se perciben son meras sombras o deformaciones de la relidad. Solo saliendo a la luz del día podremos percibir con nitidez las *imágenes* de lo real.

Muerte y resurrección se presentan así ante el candidato como temas de reflexión que le impelen a hacer balance de su vida hasta ese momento y a consignar en un simbólico testamento aquello que le parezca esencial.

Tras esta experiencia previa, que es un viaje introspectivo, el candidato deberá emprender otros tres viajes, también simbólicos, desplazándose con los ojos vendados y sometiéndose, al finalizar cada uno de ellos, a otras tantas pruebas de voluntad purificadora. La privación de visión simboliza el estado del hombre carente de conocimiento, que no distingue los valores reales, cegado por su ignorancia, su intolerancia, su egoísmo y demás pasiones.

1. Llegado ante la puerta del Templo, el Experto, que acompaña al recién llegado, pedirá acceso en su nombre, garantizando que el candidato es *hombre libre y de buenas costumbres*, buscador de la *Luz* (del conocimiento). Para entrar, el candidato encontrará dificultades que habrá de poder superar con humildad, a fin de

---

[1] Para una descripción detallada del Gabinete de Reflexión, me remito a lo ya expuesto en mi libro *Por qué soy masón* (Ed. Edaf).

reconstruir sobre ella su auténtica dignidad. En este primer recorrido por el interior de la Logia, sus pasiones lo asaltarán como si de estruendosos ruidos de desorden y confusión se tratara. Finalmente, con ayuda de quienes van a ser sus Hermanos, logrará experimentar una primera purificación simbólica causada por el elemento Aire, «medio sensible de transmisión de lo invisible», que simboliza un primer contacto con la fuerza espiritualizadora que habrá de llevar al candidato hacia la Luz buscada.

2. Tras ello, proseguirá con mayor firmeza su recorrido purificador hacia el Agua, símbolo de la limpieza purificadora por excelencia, con la que se desprenderá de residuos no aventados aún por el Aire. Decía René Guénon que «el agua simboliza asimismo la *sustancia universal generadora*», que limpia, dejando al descubierto la piedra íntima del candidato para que pueda recibir sin impedimentos la vibración de la Luz espiritual. La corriente de agua que los antiguos hacían cruzar físicamente a los iniciandos implicaba asimismo que el Aprendiz debía adiestrarse para atravesarla, determinando correctamente la orientación de su esfuerzo para lograrlo con éxito y alcanzar la meta deseada. Simbólicamente, el candidato habrá de aprender a orientarse interiormente, tratando de no confundir los conocimientos meramente intelectuales, rentables socialmente a corto plazo, con la auténtica Sabiduría.

3. Por último, ya notablemente aligerado su ánimo y fortalecida su voluntad, proseguirá la marcha hacia el fuego, definitivo elemento purificador simbólico. Pasando a través del fuego, el candidato mostraba en las antiguas iniciaciones su fortaleza de ánimo y su seguridad en sí mismo. En la iniciación masónica, se simboliza el «paso por el fuego» con esta idea espiritualizada, significando que las purificaciones previas, por el Aire y el Agua simbólicos, han dado al iniciando la serernidad y la capacidad de discernimiento que le permitirán conocerse a sí mismo para avanzar hacia el Conocimiento esencial. Entre las equivalencias simbólicas del fuego figura el Sol, como fuerza fundamentalmente activa o anódica masculina, que ilustrará al masón en el segundo grado, pasando de la fase puramente receptiva o lunar del Aprendiz a la activa del Compañero.

Solo después de superar estas pruebas iniciales podrá el nuevo masón ver realmente, empezando a identificar lo que la Luz revela. Simbólicamente, el Venerable Maestro de la Logia hará que la Luz contenida en la Tradición masónica le sea dada.

Naturalmente, tan bella simbolización representa todo un proceso vital. El Aprendiz deberá evocar el valor de las pruebas simbólicas *a lo largo de su vida*, actualizando su decisión de avanzar hacia la Luz del Conocimiento, como masón y venciendo puntualmente las pasiones cegadoras que puedan asaltarle. Nadie se purifica y se inicia *realmente* en una o dos horas. El francmasón es alguien que tiene la cabeza en las estrellas y los pies en la Tierra, porque el despertar de la conciencia a lo trascendente no implica solamente «soñar», sino SER cada día. Iniciarse es emprender el camino. La autotransformación que el masón desea alcanzar no le viene dada por una ceremonia ritual de iniciación. Lo que recibe en ella es un método de busca. Si lo aplica, estará avanzando por tal camino, pero si solamente lo escucha o lo lee, no llegará a ninguna parte, aunque se llame a sí mismo «iniciado». El camino iniciático masónico por el que opta el Aprendiz no ha de ser un fin, sino un medio.

Esta exposición simplificada pone de relieve los dos aspectos de la ceremonia de iniciación a los que se ha aludido anteriormente: el neófito es *aceptado* por la comunidad de este modo solemne y presta ante ella juramento de sinceridad, lealtad y honestidad, comprometiéndose a trabajar en la búsqueda y exaltación de los valores humanos esenciales o espirituales, para su propio bien, el de sus Hermanos y el de la Humanidad, a la Gloria del Gran Arquitecto del Universo. Por otra parte, es el Venerable Maestro de la Logia quien lo *recibe* como nuevo masón, transmitiéndole, desde ese momento inicial, un *quantum* de la Tradición contenida en el Rito, a través de sus explicaciones y de sus actos.

El Aprendiz jura que se propone ser un buscador de la Verdad (de sus parcelas de la Verdad) unido a sus Hermanos, apoyándose en ellos y apoyándolos con el mismo fin. El hecho exalta la sociabilidad del hombre como virtud que puede y debe ser elaborada desde la autenticidad del individuo. Esa es la diferencia

respecto a la simple adhesión a una causa justa (partido político, ONG, etc.). La Humanidad no se reduce a los «Hermanos», pero estos la simbolizan. Son iconos del resto de la Humanidad, a la que nos debemos como piedras del Gran Edificio, talladas lo mejor posible. La Masonería es una fraternidad iniciática que simboliza, en miniatura, la Fraternidad universal a la que se aspira. La comunidad íntima en la que pasa a integrarse el Aprendiz será la más sensible a la naturaleza y calidad de sus hechos, porque es en el seno de esa comunidad donde el masón puede «explicarse» abiertamente, recibiendo en ella el análisis que hagan sus Hermanos. Por tanto, cuando se le pregunte si es masón, su respuesta debería ser: «Como tal me reconocen mis Hermanos»; porque es de ellos de quien recibe el primer reflejo de su propia evolución.

El Aprendiz masón debe guardar silencio durante su permanencia en el recinto de la Logia. El silencio ritual invita y acostumbra al Aprendiz a analizarse a sí mismo antes de emitir un juicio sobre lo que oye o ve, asegurándose de que su entendimiento no está mediatizado por sus propias pasiones. Por otra parte, recogiendo la tradición de los antiguos masones o constructores de oficio, no debe revelar los ***secretos del Taller*** a nadie, ni siquiera a los Hermanos ausentes, cuando se reencuentre con ellos. Esta regla se extiende a todos los miembros del Taller. Se trata de otro símbolo iniciático y no de la práctica de un absurdo y mal entendido *secretismo* masónico:

Los secretos a los que aluden los rituales masónicos son aquellos símbolos que representan lo *esencial*, encubierto o velado para el razonamiento materialista en general, pero hallado en un proceso personal íntimo de búsqueda desarrollado metódicamente. Como referencias metodológicas sintetizadoras se utilizan *palabras*, *toques* y *signos*, que en Masonería reciben el nombre de «secretos del grado». Guardar los secretos *del grado* para debatirlos en la Logia, entre iniciados que siguen un mismo curso, no significa que las conclusiones personales a las que en esas circunstancias llegue el masón, y que son suyas, no puedan ser *expuestas y razonadas* por este continuamente, dentro y fuera de la Logia. La ínti-

ma comprensión y vivencia de «lo secreto» (su realización interior personal), tiene como meta la gradual transformación del individuo, su mejora. Y esa mejora ha de ser *perceptible externamente.*

Con la expresión *secreto* se hace referencia a una verdad velada o encubierta que va a ser abordada siguiendo un método ritualizado. El método se basa en el desarrollo de principios o valores arquetípicos, expresados mediante símbolos. La divulgación del método es inútil, ya que está concebido para ser trabajado en fraternidad. Un hombre que no esté dispuesto a iniciarse y que no haya emprendido libremente el camino de la Iniciación (de la forma de iniciación que propone la Masonería) no aprende a «moverse» mental y anímicamente dentro de las líneas o sendas trazadas por el método ritual masónico. Cuanto ocurre en el interior de una Logia pertenece al secreto de la intimidad iniciática que cada Hermano prosigue a nivel personal. El secreto de confesión tiene el mismo sentido y merece el mismo respeto.

Por otra parte, hay que subrayar algo más: en la transmisión de palabras e intenciones de terceros, debemos imperativamente evitar transferir nuestras propias debilidades, errores o pasiones. El proceso iniciático es íntimo e inexpresable mediante palabras. El Aprendiz debe asimilar y reflejar en sus hábitos este principio de convivencia fraternal.

La formación del Aprendiz consiste en la recepción de la parte preliminar de la Tradición masónica secular, a fin de que sea él mismo quien estructure su pensamiento, aprendiendo a pensar por sí y a desarrollar su capacidad de discernimiento, liberando su ánimo de *pre-juicios.* En el primer grado, deberá disponerse a buscar y captar la dualidad de la que todo se compone y a no ver icompatibilidades en las *oposiciones*, sino aspectos *complementarios* e interactivos que, fundidos o sintetizados, forman aquello que sea objeto de su análisis. De lo binario, fuente del movimiento dialéctico, emerge la tríada, cuyo símbolo es el número Tres y cuya forma es el Triángulo. El Aprendiz debe concentrar su atención en esto. Para ello, habrá de ejercitarse en la formación de silogismos compuestos por una tesis, una antítesis y una síntesis, como enseña la dialéctica académica, pero haciendo que la sínte-

sis vaya más allá de lo simplemente evidente y habituando su raciocinio a la aceptación real de tales síntesis en su *vida diaria*, viendo, por ejemplo, «la estabilidad» como síntesis de la oposición representada por la atracción y la repulsa, de igual forma que lo activo y lo pasivo producen «lo neutro» o que en el instante que llamamos «el presente» está contenido todo el pasado y todo el futuro de una vida.

Decía Oswald Wirth que la inteligencia y el conocimiento brotan tanto de la razón como de la imaginación. Así es la dialéctica *poética* del simbolismo masónico.

El Compañero

El segundo grado de la Masonería simbólica es el de Compañero. Cuando el Aprendiz ha madurado en su primer grado simbólico, por apreciarlo así su tutor (el Segundo Vigilante de la Logia) y sentirse él mismo afirmado en su propósito, el Venerable Maestro lo propone para *aumento de salario* a los otros Maestros del Taller. Será así como el Aprendiz podrá pasar a formar parte de la Cámara de Compañeros de la Logia, mediante una ceremonia de iniciación en el segundo grado.

Hemos comentado, en páginas anteriores, la importancia que este grado tuvo entre los antiguos masones de oficio y conviene insistir en el hecho de que la Masonería simbólica es simétrica a la Masonería de oficio, utilizando su terminología, sus procedimientos, utensilios y costumbres como referentes simbólicos con los que cada masón emprende su autoconstrucción moral e intelectual. La Tradición de los constructores invita al perfeccionamiento a partir de las pautas que rigen la naturaleza. La Masonería huye de todo condicionamiento dogmático y sus hombres no son *adoctrinados*, sino estimulados a observar y a amar la Obra universal, la Arquitectura universal, de la que ellos mismos forman parte. Esa tarea es la que ha de emprender resueltamente el Compañero masón.

La Masonería moderna se llama especulativa o filosófica porque, partiendo de la experiencia personal e intransferible de cada

hombre en una actividad u oficio, propone un autoanálisis que permita al masón «sentirse» a sí mismo identificado con la obra que realiza. La especulación es filosófica, ya que son los grandes principios que el Hombre parece llevar grabados dentro de sí los que él mismo va descubriendo también en la naturaleza, accediendo, con ello, a la Ley universal. Aunque haya en las diversas latitudes de nuestro mundo variados factores condicionantes o matizadores de ese impulso, existe en todos los humanos un denominador común al enfocar temas como la Justicia, el Amor, la Libertad, etc.

La palabra griega *mystos* significa «lo que está encubierto, u oculto». De ella deriva nuestra palabra *misterio*. Los misterios son el objeto de toda investigación y, por supuesto, de la investigación que llamamos científica. El estudioso los aborda porque cree que tras la apariencia del objeto de su interés hay *algo más*. El acceso a los «misterios» del universo puede abordarse de diferentes formas y desde diferentes ángulos, que serán siempre complementarios entre sí. La Masonería considera que nada humano es ajeno a ningún hombre y respeta todas las formas reales de acceso al Conocimiento.

El compromiso del Aprendiz, consigo mismo y con sus Hermanos, de participar en ese empeño común, desde la búsqueda del mejor conocimiento de sí mismo, lo convierte virtualmente en Compañero del oficio de constructor, pronto a proseguir el proceso iniciático a través de **cinco nuevos viajes simbólicos**, en cada uno de los cuales se producirá un hallazgo enriquecedor y entrará en posesión de una nueva herramienta, específicamente útil para poder integrar los conocimientos adquiridos en la construcción proyectada. Tales utensilios simbolizan cualidades morales que han de ser puestas en acción. Recordemos, al mismo tiempo, que los cinco viajes se corresponden con los cinco brazos de la **Estrella Flamígera** de cinco puntas, cuyo simbolismo es motivo central de reflexión en el segundo grado.

El número Cinco es el que caracteriza a este grado y a su simbología fundamental: a los cuatro elementos básicos de la naturaleza se une una energía nueva que los une para dar sentido a la

acción del iniciado. Simbólicamente, las fuerzas elementales de la Tierra, el Aire, el Agua y el Fuego conducen hacia la Quintaesencia del Espíritu de Vida que da coherencia y sentido a la Obra universal (como señalaba Oswald Wirth).

Primer viaje

El conocimiento intelectual no basta en Masonería. Es necesario que los posibles *valores* descubiertos sean analizados, estimados y aprehendidos; es decir, integrados personalmente para que formen parte del *animus operandi* que, como hábito, guía al masón en su contrucción. La simple adquisición de conocimientos, por sí misma, no exigiría la realización de ninguna obra. Por ello, en su primer viaje, el Compañero ha de empeñarse en **afinar sus sentidos**, que simbolizan su capacidad de percepción y de penetración en el mundo del Conocimiento, representadas mediante el afilado **cincel** que recibe. Los datos percibidos a través de la vista, el oído, el tacto, el gusto y el olfato facilitan nuestra información y nuestra formación intelectual al ser correctamente clasificados y racionalizados. Cada uno de los sentidos comparte algo de la naturaleza de los demás.

Luego, tras considerar y estimar las posibles correspondencias de lo percibido con los arquetipos de Belleza, Fuerza y Sabiduría, el Compañero habrá de decidir actuar sobre su piedra, tratando de asegurar la inserción de su propio descubrimiento dentro de la forma cúbica buscada y utilizarla en el simbólico edificio común de la Humanidad. Esta *voluntad* de utilización armónica está simbolizada por el **martillo** o maceta que también ahora se le entrega.

Segundo viaje

Inteligencia y voluntad son dos facultades humanas que han de combinarse para lograr cualquier fin. Sin embargo, el perfeccionamiento masónico, que pasa por el *autoconocimiento y recons-*

trucción personales, tiene un objetivo específico: el Compañero se construye a sí mismo para formar parte de un Templo ideal.

Por ello, el segundo viaje se centrará en el arte de la construcción. El ritual iniciático selecciona simbólicamente los estilos dórico, jónico, corintio, toscano y compuesto como las formas en que el arte tradicional fijó las más conocidas realizaciones arquitectónicas clásicas. El Compañero masón emprenderá *distintas posibilidades de construir*, valorando todas aquellas que permitan la armonización de los dos grandes principios de la polaridad universal, representados por los arquetipos de Fuerza y Belleza, cuya conjugación produce la verdadera Sabiduría. Para ello recibe dos utensilios: una **palanca** y una **regla**, simbolizadoras de otras tantas facultades humanas positivas, o virtudes, indispensables para la obtención del fin perseguido, por cuanto la palanca pone de relieve la importancia del *punto de apoyo* o motivo que justifique nuestra fuerza de voluntad en la acción emprendida, la consistencia del *punto en el que se centra la fuerza* (o valor moral del empeño) y la determinación del *punto de aplicación u objetivo* de la acción. Por su parte, la regla simboliza la mesura y la idoneidad de la voluntad aplicada, tanto en el espacio como en el tiempo. Así simboliza el ritual la naturaleza de las aspiraciones que han de determinar la acción constructiva masónica.

Tercer viaje

Mas la construcción emprendida ha de contar con planos verticales y horizontales correctamente trazados para que el edificio resultante sea estable. El nuevo Compañero recibe en su tercer viaje dos utensilios más: en su mano izquierda, una **plomada**, y en su mano derecha, un **nivel**. El conocimiento *horizontal* es el del mundo inmanente, determinado por las aparentes relaciones de causa y efecto y las analogías establecidas en cadena a partir de datos observables. Pero la Iniciación ha de llevar a lo que llamamos conocimiento *vertical*, que es el que busca la manifestación de lo trascendente, sin detenerse más de lo necesario en las meras

apariencias y reconociéndolas como tales. La edificación masónica conjuga ambos planos, reuniendo lo disperso y teniendo en cuenta que lo que hay arriba es como lo que está abajo, siguiendo en ello el principio hermético.

En el microcosmo constituido por cada hombre está contenido, en clave, el método de construcción universal. Para poder alcanzar esa capacidad de discernimiento, el masón ha de interesarse por conocer cuantos datos puedan contribuir a iluminar su camino. Sin embargo, el Conocimiento no es igual a la suma de «conocimientos», sino la síntesis que, como experiencia personal, nos ha de conducir hacia la Sabiduría, que se sitúa en el plano moral y está más allá de la mera erudición.

La Gramática, la Retórica, la Lógica, la Aritmética, la Geometría, La Música y la Astronomía representan los compartimentos en los que la cultura tradicional vino almacenando los datos que han ido estructurando las ciencias y las artes. Las tres primeras disciplinas, Trivium de los estudios generales universitarios del medievo, resumen el andamiaje mediante el cual construimos nuestro pensamiento. El resto, el Quadrivium, reunía y reúne los campos de extracción de datos propuestos para conocer el mundo, aplicando nuestra capacidad de elaborar ideas y estableciendo las relaciones universales existentes entre todas las cosas. Arte y Ciencia permanecen unidos en el fondo de cada hombre.

En el Arte es la subjetividad, la intimidad de cada uno, la que determina los actos creativos y el *modus operandi*, a partir de unos conocimientos. Todo arte conlleva una «técnica» de realización de la obra de que se trate en cada caso, pero será de la intimidad individual de donde emanen la impronta o talante del modo en que la aplica el artista. El Arte auténtico es fruto de una reflexión y una recreación personal de lo que es común a todos los hombres y no puede producir simples exabruptos inaccesibles para los demás, quedando dentro del amplio marco de la Ley universal que rige y une todas las cosas. Hemos dicho ya que el **Arte Real** es el otro nombre con el que alquimistas y masones designan su empeño: el Arte Supremo, o de lo Absoluto, que *rige* el universo.

Para los masones operativos medievales, la Geometría universal representaba el compendio de todas las ciencias y de todas las artes, por cuanto estudia el reino de las formas y de las modulaciones o medidas que las producen. La expresión matemática, el número, era para ellos otra cara de la Geometría. De ahí el valor simbólico que en Masonería contiene la inicial «G» que es el otro gran símbolo del segundo grado.

Cuarto viaje

El Compañero recibe en su mano izquierda la **Escuadra**, como nuevo utensilio con el que llevar a término su obra. Ha de aprender a unir adecuadamente su propia Piedra a las demás y ha de hacerlo utilizando la Escuadra ritualmente. Es decir: exaltando y modelando siempre, como parámetros personales, los valores arquetípicos que la disciplina masónica propone a sus miembros. Pero decía Oswald Wirth que el masón no debe pretender que su Piedra cúbica sea un cubo geométrico perfecto, ya que un bloque rigurosamente idéntico en todas sus partes sería más bien la imagen de un hombre perfecto, tan bien equilibrado en todo, que se prestaría mal a la construcción del edificio social humano, ya que no tendría necesidad de nadie y podría sentir el deseo de quedarse aislado.

En este sentido, se mencionan como ejemplares las figuras de algunos *Iniciados bien conocidos por sus obras*, aunque sus biografías nos sean escasamente conocidas. En definitiva, son sus piedras talladas lo que nos queda. Con tal legado, qué trasciende lo anecdótico del día a día, contribuyeron a la construcción del Gran Edificio humano.

Quinto viaje

Finalmente, durante su **quinto** periplo, el iniciando viaja sin portar utensilio alguno en sus manos. Habiendo usado bien las he-

rramientas, habiendo trabajado honradamente lo mejor que ha podido, ha preparado su Piedra. Esta podría no ser una piedra perfectamente cúbica, pero habrá adquirido una forma geométrica que la hará mejor utilizable para su ensamblamiento constructivo.

En este quinto viaje se exalta el valor del Trabajo masónico. No se trata de la exaltación del trabajo profano como tal, que en sí mismo es encomiable, si es honrado, sino del Trabajo que conduce a la Iniciación. Cualquier trabajo se puede encauzar y llevar a cabo masónicamente, es decir, con el propósito de que sea un medio de aprendizaje y perfeccionamiento en el proceso de talla de nuestra personalidad. En este sentido es en el que el ritual del segundo grado glorifica el Trabajo en el quinto y último viaje simbólico del Compañero.

Recordemos que todo este proceso, representado ritualmente, no hace sino mostrar el camino a través del cual el iniciando puede alcanzar la iniciación real a lo largo de su vida. Los símbolos de ese proceso son determinadas *palabras* que, a manera de claves, se comunican al nuevo Compañero para que las retenga y le sirvan de referencia en su reflexión. Esas palabras constituyen los *secretos simbólicos del grado*, paralelos, como ya se ha expuesto, a los secretos profesionales de los antiguos constructores de oficio, de los que los masones modernos son continuadores. No hay ningún *secretismo* en ello, ya que la vía iniciática masónica está abierta a todos los hombres que se hallen psicológicamente preparados y libres para emprenderla.

El Maestro masón

El tercer grado iniciático fue configurado a principios del siglo XVIII, en el seno de la naciente Masonería simbólica, apareciendo en las logias inglesas hacia 1725. Sin embargo, la Gran Logia de Inglaterra solo lo recogió en la segunda edición de las Constituciones de Anderson, de 1738. El ritual de iniciación gira en torno a la leyenda de la muerte del Maestro Jiram, que hemos resumido anteriormente. Recordemos que se trata de una fabula-

ción creada para sintetizar y simbolizar en ella la enseñanza del grado. Es, por tanto, una narración simbolizadora que sirve de base a la reflexión sobre valores esenciales. Veamos cuáles son estos:

Los cinco viajes que el Compañero masón debe aprender a realizar por la vida representan la base de sustentación sobre la que el Maestro ha de poder edificar el verdadero Conocimiento. El conocimiento de las ciencias y las artes mencionadas en aquellos cinco viajes alude a la experiencia de lo terrestre, de la evolución y transformación de lo físico en la Obra del Gran Arquitecto del Universo, regida por la Ley universal, que es la síntesis y la fuente de cuanto existe. La maestría constituye una nueva etapa, cuyo fin es la ascesis hacia lo que constituye el Conocimiento sagrado. Ya se ha señalado que, en la Masonería, lo sagrado es lo *esencial*, lo que nos relaciona íntimamente con el Ser universal.

El tercer grado representa la culminación del proceso iniciático masónico. El Maestro masón es, simbólicamente, un hombre que murió al mundo de las apariencias para renacer portador de valores universales, con la firme voluntad de ponerlos al servicio de la construcción del Templo de la Humanidad, asociándose así a la Obra del Gran Arquitecto. Ello no significa que sea un hombre perfecto, sino que el nivel de perfeccionamiento alcanzado lo capacita y obliga ya a *construir* de una manera especial. A los símbolos propios del Compañero masón se añade el **Compás**, que, como ya se ha señalado, es el instrumento que permite transportar medidas de uno a otro plano y trazar círculos. Es decir: erguirse sobre lo inmanente, transfiriendo al plano espiritual las referencias insertas en el mundo de la naturaleza, percibidas y estudiadas a través de los sentidos corporales y seleccionadas racionalmente.

La muerte simbólica del Compañero que ha de pasar a ser Maestro representa el desprendimiento de todo aquello que esclaviza al hombre, liberando su capacidad creativa en sintonía con la Ley universal. Cada Maestro es una nueva hipóstasis del genio que inspirara al legendario Maestro Jiram. El autoanálisis que realizó el Aprendiz para descubrir su propia identidad exigió una primera penetración en las profundidades de la *tierra* para encontrar simbólicamente su «piedra bruta», su yo. El trabajo de

pulimentación de la piedra, mediante sus tres viajes simbólicos, lo llevará a descubrir que lo que hay en su interior es, realmente, una chispa esencial de la Vida universal. Ello lo impulsará a viajar como Compañero, buscando, a través de los cinco viajes de observación y sublimación, las analogías manifiestas en el universo, exponentes del modo en que se estructura la Gran Obra. Comprenderá que, como hombre, representa un eslabón de gran significado en el contexto de la dinámica de la Creación y que su voluntad y sus actos no terminan en él y con él, sino que influyen en los demás hombres y en las cosas, convirtiéndolo en colaborador consciente del desarrollo de esa Obra universal. Esto tiene un significado metafísico que conduce hacia una tercera etapa en la búsqueda masónica: la maestría.

Oswald Wirth, analizando la temática de los tres grados, pone de relieve un paralelismo entre estos y las tres fases del proceso místico: purgación, iluminación y unión. La mística, común a todas las grandes religiones, concibe la unión con Dios (o con lo Absoluto) como resultado de una *ascesis* o preparación personal de *renuncia* que lleva al Conocimiento como experiencia inefable. En la mística cristiana, la unión es un don sobrenatural, basado en el Amor de Dios hacia sus criaturas y la ascesis exige un vacío interior, puesto a disposición de la iniciativa divina. Es la penetración de Dios en el alma del místico (*la iluminación*) la que produce el conocimiento *unitivo*, como experiencia, pero sin fusión o disolución en Dios, como propone la mística oriental.

Se podría hablar de una mística masónica, aunque la Masonería no sea una religión, reconociendo la analogía que se produce respecto a la gradación en tres fases del acceso al Conocimiento, como puede deducirse de lo expuesto. El Aprendiz debe desprenderse, como el místico, de conocimientos adquiridos como sedimentos culturales no valorados y asumidos conscientemente, pero con objeto de volver a llenar el vacío con conceptos y sentimientos reelaborados para la construcción moral humana. Ello implica, en el segundo grado, la necesidad de observar la naturaleza y de *actuar* de conformidad con las leyes que la rigen, a través de las cuales se manifiesta o revela la Luz del Gran Arquitecto del Universo,

para acceder finalmente a la experiencia íntima de la relación interactiva (expresión del Amor universal) que guardan todos los elementos de su Obra, apuntando con ello a su origen común y a la Unidad universal. Siguiendo la vía simbólica masónica es posible alcanzar el conocimiento/sentimiento del Ser como experiencia personal e intransferible, a partir de la Obra universal, ya que es equivalente a la Verdad total y esta es racionalmente inaccesible. En este sentido sí se puede hablar de una mística masónica con diferente ascesis, de igual forma que existió una mística filosófica platónica y existe una mística brahmánica de ascesis también diferente, con disolución final de la individualidad en el Todo universal.

El lugar de trabajo del Maestro está en el Centro de la Logia, símbolo de la intimidad del hombre, donde se funden el conocimiento y la sensibilidad para personalizarse. El Centro es también el *punto*, carente de dimensiones, del que parten todas las vibraciones y todos los trazados del universo, simbolizador de la unión esencial de todo lo existente. Recordemos que, por ello, la Logia quiere ser el Centro de la Unión de todos los hombres de buena voluntad buscadores de la Verdad en fraternidad.

Pero la labor de los Maestros consiste en buscar la Palabra Perdida, símbolo de la Verdad y del Conocimiento. Para ello, partiendo del Centro, recorren simbólicamente la Tierra «de Oriente a Occidente y de Occidente a Oriente». La Palabra clave de la Construcción del Templo se perdió al morir el Maestro Jiram, y sus sucesores tratan de suplirla mediante palabras sustitutorias que sirvan puntualmente para cada tramo por construir. El término «Palabra» simboliza la idea de comienzo o principio creativo, y «Perdida» evoca la ignorancia, fuente del fanatismo y de la codicia que causan la muerte del alma (como causaron la del Maestro Jiram, en su leyenda). Buscar la Palabra Perdida significa abordar la construcción del Templo tratando de vencer la Ignorancia, pero el Maestro masón no puede sino hallar palabras sustitutorias, cuyo distanciamiento de la Palabra buscada es semejante al que tenga él mismo respecto al Conocimiento total.

En el Rito Escocés Antiguo y Aceptado, la Tradición representa el vínculo con ese Centro primordial sagrado del que pro-

cedemos y al que tratamos de reintegrarnos, como señala Pierre Bayard. Y la misma palabra «símbolo» contiene, etimológicamente, la idea de separación y de reunión. La vía simbolista del método ritual es una vía espiritual de elevación hacia el reencuentro con la Verdad absoluta, a través de lo sagrado o esencial.

Añadamos que el número simbólico de la maestría es el **Siete**. Tomando como referencia los valores simbólicos del Tres (lo trascendente) y del Cuatro (lo inmanente, lo terrestre, como hemos visto anteriormente), el Siete simboliza la unión de ambos niveles del conocimiento. El número siete fue igualmente, en todas las antiguas especulaciones cosmogónicas, símbolo de la armonía en el mundo sensible o manifiesto. A partir de esa realización personal, el Maestro habrá de seguir avanzando *más allá* del estricto valor simbólico del Siete.

Sin embargo, el Maestro masón no ejerce docencia doctrinal alguna. Solamente recibe la Tradición iniciática masónica, se sumerge en su contenido y lo transmite. Es Maestro por estar capacitado y obligado a usar diestramente el Compás espiritual, cuyo valor simbólico hemos descrito ya. Su ejercicio de la maestría ha de ser observado, imitado y superado por Aprendices y Compañeros, y es en ese sentido ejemplificador en el que «enseña», como ocurría y ocurre en todos los *oficios*. En la Masonería no hay gurús, sino Hermanos capaces de materializar y transmitir el sentido de la Tradición, siendo siempre imitables y siempre perfectibles. Sus aportaciones pasan al acervo común y perviven en la Cadena de Unión espiritual que une a los masones del pasado, del presente y del futuro.

La maestría confiere al masón la plenitud de los derechos, y son los Maestros quienes, reunidos en número mínimo de siete, pueden formar el espacio psicológico sagrado que constituye el templo masónico perfecto. Esto es así, al menos en determinados sistemas o métodos de trabajo, como el Escocés Antiguo y Aceptado, aunque en otros basten siete masones, incluidos tres Maestros, para poder desarrollar los trabajos eficazmente.

Las logias están regidas por sus Maestros respectivos, que, en cada taller, forman su asamblea particular, llamada Cámara del

Medio (o de En Medio). Los Maestros son masones soberanos, con absoluta independencia iniciática, sometidos a la disciplina reglamentaria que ellos mismos se imponen, asumiendo la tradición masónica. La *administración* de cada Logia depende directamente de, al menos, los siete Maestros (que en el Rito Escocés Antiguo y Aceptado la hacen *justa y perfecta*), presididos por quien haya sido elegido como Venerable Maestro durante el periodo correspondiente, que suele ser de un año, con posibilidad de reelección en otros dos periodos anuales consecutivos.

Ya vimos las funciones metodológicas del Venerable Maestro, del Primer Vigilante, Segundo Vigilante, Orador y Secretario, que tienen correspondientes tareas administrativas como Oficiales de Logia. A ellos se unen también el Tesorero, responsable de la custodia y administración de las cuotas personales de los miembros, con las que se mantiene cada Logia, y el Hospitalario, responsable del ejercicio de la beneficencia, a la que están destinadas aportaciones específicas de los afiliados. El Venerable Maestro debe planificar, convocar y presidir todas las sesiones del Taller, salvo eventual impedimento físico. En esa eventualidad, deberá sustituirlo el Primer Vigilante de la Logia o, en su defecto, el Segundo Vigilante, etc., según señalan los reglamentos tradicionales.

Veremos, más adelante, que las logias se agrupan o federan, normalmente, formando una macroestructura administrativa denominada Gran Logia (o Gran Oriente, en otros casos) y que eligen, para presidirla y gestionarla, a un Gran Maestre (o Gran Maestro) y a los respectivos Grandes Oficiales, reproduciendo la estructura de una Logia particular. Todo Maestro, debidamente cualificado para ello, puede ser elegido «Gran Maestre» o «Gran Oficial» por la Asamblea o Convento de las logias federadas. Se trata de cargos administrativos y no de grados masónicos iniciáticos. No es *preciso* acreditar grados o experiencias iniciáticas personales superiores para presidir una Gran Logia.

LOS GRADOS SUPERIORES Y LOS SISTEMAS RITUALES

HEMOS expuesto que la Masonería simbólica universal tiene en común los tres grados cuyo contenido hemos sintetizado en páginas anteriores. Los dos primeros constituyen una sublimación simbólica de los dos grados profesionales en los que se encuadraron los constructores medievales. En una primera etapa, los antiguos masones de las cofradías del oficio, tanto escoceses como ingleses, conocieron, en opinión de la mayor parte de los historiadores especializados en el tema, solamente un ritual de iniciación común para compañeros y maestros. Los primeros rituales específicos para los Aprendices aparecieron, más tarde, en Escocia. Sin embargo, en este país, y no en Inglaterra, los masones de oficio estaban organizados profesionalmente en los tres niveles de aprendiz, compañero y maestro, ya que en Inglaterra los maestros no eran sino compañeros en posición de conseguir trabajo y de presidir las tareas de los restantes profesionales de su equipo o Logia, para realizar los proyectos de quienes encargaban o patrocinaban las obras. *Los maestros escoceses contaban, en el siglo XVII, con un ritual para la transmisión «de la Palabra del Masón», que estuvo en el origen de lo que después fueron los métodos rituales de la Masonería simbólica.*

La creación del tercer grado *simbólico* fue consecuencia de la necesidad de proyectar simbólicamente la figura del maestro constructor *escocés*, tal como existía en el siglo XVII, cuando eran numerosos los masones *aceptados* en los diversos talleres escoceses. Recordemos que el Maestro masón *simbólico* ha de poder armoni-

zar lo inmanente con lo trascendente, como premisa de su construcción espiritual. A partir de ahí, su búsqueda constructiva debe ir más allá y, por ello, su edad simbólica es de *siete años y más...*

Pronto, el mismo proceso evolutivo hacia la simbolización filosófica, que dio origen al tercer grado, movió a algunos a reunirse para reflexionar juntos sobre temas implícitos en la densa síntesis que constituye ese grado y que no parecía oportuno tratar en reuniones o tenidas ordinarias, dada la necesidad de desarrollar en ellas la temática de interés general. El tercer grado es, realmente, el primero de los grados superiores del método iniciático masónico en general. Sin embargo, el despliegue de su contenido potencial ha dado lugar a una variedad de lo que en términos filosóficos docentes se suele llamar «escuelas», diferenciables por su sistemática. Puesto que el método masónico de ascesis es gradual y ritualizado, surgieron, durante los últimos tres siglos, sistemas rituales condensados en lo que llamamos *Ritos*, con distinto número de *grados* complementarios del tercer grado fundamental, aunque manteniendo todos ellos la unidad básica en los tres primeros.

Los niveles del Rito Emulación

El Rito o método masónico de la primera Gran Logia de Inglaterra (recordemos que no era la actual Gran Logia Unida de Inglaterra) solo trabajaba en los tres grados básicos. El método seguido por aquella primera Gran Logia andersoniana se publicó a través de una divulgación indiscreta, realizada en 1730 por Samuel Pritchard (*Masonry Dissected*), habiendo sobrevivido casi inalterado en los grados básicos del Rito Francés. Estaba basado en el método especulativo primitivo de las logias de masones operativos y aceptados, elaborado en Escocia entre 1628 y 1637 por masones calvinistas. El primer método ritual escrito de la Masonería simbólica, cuya fecha se conoce, es el del manuscrito de Edimburgo, de 1696, y, en su misma línea, algunos textos posteriores, como el de 1760 (*Three distinct Knocks*). La nueva

Gran Logia Unida de Inglaterra adoptaría luego muchos elementos rituales de la Gran Logia de los *Antiguos* Masones, más impregnados por el viejo Rito de York.

La Masonería simbólica inglesa, y de modo especial la de los andersonianos o *modernos*, siempre se manifestó reacia a atribuir el carácter de grado a cualquier desarrollo filosófico ritualizado ulterior.

La Gran Logia Unida de Inglaterra, consolidada en 1813 con la unión de los *antiguos y los modernos masones*, a los que nos hemos referido en páginas anteriores, incluyó en su sistema la leyenda del «Arco Real», como aportación específica de los primeros, si bien subrayando que se trataba de un enriquecimiento complementario del tercer grado, para mejorar el *estilo o modo de trabajo especializado de los maestros simbólicos*. La leyenda trata de la búsqueda de la Palabra Perdida tras la muerte del Maestro Jiram Abif, encontrada bajo una bóveda o arco por tres maestros que ayudaban a preparar el terreno para reconstruir el Templo de Jerusalén, tras su destrucción por los babilonios. Esa Palabra contendría el Principio trinitario que la Masonería anglosajona atribuye al Gran Arquitecto del Universo, identificando a este con el Dios-trino cristiano, que simbolizan con la triple *tau*.

En 1823 se creó una Logia de investigación, llamada «The Emulation Lodge of Improvement», cuya labor vino a fijar los elementos rituales esenciales del método simbólico practicado por la Masonería inglesa resultante de la fusión de sus dos Grandes Logias; método o rito que recibe por ello el nombre de *Emulación* y que consta de tres grados, pudiendo integrarse los Maestros, finalmente, en un «Capítulo del Arco Real». Los masones de la Gran Logia Unida no practican el nivel del Royal Arch en las logias básicas o *azules*, que solo trabajan en los tres grados simbólicos universales, sino en capítulos separados, cuya administración controla un «Gran Capítulo de Masones del Arco Real», con independencia de la Gran Logia, constituyendo un cuerpo u organismo masónico aparte.

La escuela americana, por su parte, desarrolló, a partir del antiguo Rito de York, diversas variantes rituales que implican una importante y sofisticada gama de clasificaciones graduales o para-

graduales. En los Estados Unidos, a diferencia de Inglaterra, además de los tres primeros grados del Rito de York administrados por las logias básicas, existen los grados de *Maestro de la Marca*, *Pasado Maestro*, *Muy Excelente Maestro* y *Arco Real*, que dependen de Capítulos, y, además, los grados de *Maestro Real* y *Maestro Selecto*, que dependen administrativamente de organismos llamados «Grandes Consejos». El de Maestro de la Marca fue también entronizado oficialmente en la Masonería inglesa a mediados del siglo XIX, recogiendo así elementos simbólicos de la antigua tradición masónica escocesa, cuya existencia anterior a 1717 se refleja en manuscritos como el llamado *Dumfries* número 4 (fechado en 1710 y procedente de la Logia de este nombre).

Los grados superiores del Rito Escocés Antiguo y Aceptado (*del 4 al 33*), que resumiremos a continuación, son asimismo practicados por los masones encuadrados en las Grandes Logias anglosajonas, pero en sus logias básicas no trabajan los *tres primeros grados* de este importante sistema, cuya administración depende exclusivamente de un Supremo Consejo establecido en cada país, como veremos.

Los sistemas escocistas

La aparición de los sistemas llamados escoceses en el continente europeo, a lo largo del siglo XVIII, tuvo una importancia decisiva en el desarrollo de la Masonería simbólica. La existencia de tres niveles profesionales en la Masonería escocesa del oficio y la precoz presencia en sus logias de estudiosos no profesionales, *aceptados* como constructores simbólicos, dio al Maestro masón escocés un carácter especial durante el siglo XVII. Los maestros escoceses residentes en Inglaterra y Francia se distinguían, según textos conservados del siglo XVII y principios del XVIII, como practicantes de una Masonería «a la antigua», más compleja en sus rituales que la «ordinaria», practicada por los maestros ingleses, sin que tales diferencias llegasen a configurar un sistema o método diferenciado, como pone de relieve Paul Naudon.

En Masonería, se llama escocistas a los sistemas graduales de trabajo-estudio que desarrollan el contenido potencial del tercer grado, común para toda la Orden, incluyendo en la simbología de sus grados posteriores (llamados *grados superiores*) elementos procedentes de la tradición bíblica relacionados con la construcción del Templo de Salomón, de la tradición crístico-gnóstica y de la tradición caballeresca.

Es importante destacar que los sistemas escocistas no proceden de Escocia, aunque tomen como base el prestigiado nivel masónico atribuido al *maestro escocés*, cuyo crédito se vio aún más subrayado en Francia, donde la presencia de masones estuardistas escoceses, ingleses e irlandeses refugiados fue notoria durante la segunda parte del siglo XVII, viéndose incrementada al tomar asilo allí la dinastía, exiliada con Jacobo II Estuardo. Se señala el famoso «Discurso» del caballero Ramsay, en 1736 y ante una asamblea de la Gran Logia de Francia, como punto de partida del subsiguiente desarrollo sistemático del escocismo.

Andrew Michael Ramsay, caballero escocés, de padres protestantes, licenciado en Teología, doctor *honoris causa* por la Universidad de Oxford y miembro de la Real Academia de Ciencias de Londres, se convirtió al catolicismo, influido por su maestro, el piadoso obispo Fénelon, y estuvo al servicio de Carlos Eduardo Estuardo, de cuyos hijos fue preceptor durante algún tiempo. Fue iniciado como masón en Francia en 1730. Su famoso Discurso contenía dos partes: en la primera invitaba a los masones más ilustrados a colaborar en la composición de una Enciclopedia Universal, ya iniciada en Inglaterra, en la que se resumirían los conocimientos de todo tipo poseídos en aquel tiempo; en la segunda parte realizaba un análisis histórico vinculando el desarrollo de la Francmasonería medieval con la actividad de las órdenes de Caballería, tomando como modelo la de los Hospitalarios de San Juan (y no la templaria, con peor cartel entre los católicos). Ramsay murió en Saint Germain en Laye en 1743.

Aunque ni los sistemas escocistas surgidos y *practicados* a lo largo del siglo XVIII tuvieran vinculación directa con Ramsay, ni la Masonería hubiera tenido nunca una relación específica con los

Hospitalarios de San Juan, lo importante del Discurso fue destacar la riqueza simbólica iniciática de las gestas y mitos caballerescos, en los que se ensalzaban las virtudes personales, puestas al servicio de causas nobles, como forma de perfeccionamiento personal combinada con la acción ejercida en bien de los demás hombres, abriendo aún más el horizonte simbológico que se ofrecía a la reflexión masónica.

La Masonería desarrollada en un sistema de grados superiores no rompe con la más antigua tradición de los masones, como han pretendido argumentar algunos, sino que da pleno sentido a la andadura emprendida por la Masonería simbólica, como especial campo abierto a la especulación filosófica, a partir del contacto diario con la naturaleza y con la actividad que a cada uno va planteando la vida misma. En la simbología de los grados superiores va encontrando el Maestro masón las palabras que sustituyen a la Palabra Perdida en su búsqueda de la Verdad. La muerte del Maestro Jiram y el estancamiento de la Obra de construcción del Templo necesitan de una secuencia que lleve más *allá*. Los altos grados no son sino hitos de ese avance hacia lo esencial, en los que se refleja toda la Tradición *sagrada* de la Humanidad.

Fueron numerosos los sistemas rituales escocistas, con desarrollo de grados superiores, que se configuraron entre 1742 y 1801 (y aun después), pero reseñaremos solamente algunos de ellos, por ser los que han perdurado y siguen practicándose:

Rito Escocés Antiguo y Aceptado

Es el método o sistema de trabajo-estudio masónico más extendido por el mundo. Sus antecedentes *remotos* se encuentran en la ya mencionada *calidad* del *Maestro escocés*, que dio origen, en las ciudades inglesas de Londres y Bath, hacia 1730, a sendas logias especiales de «Maestros Escoceses». Sin embargo, su lenta configuración y estructuración como sistema de trabajo masónico, a lo largo del siglo XVIII, tuvo lugar en Francia y se completó en América.

Los maestros escoceses establecidos en Francia, bajo la protección que Luis XIV dispensara a su pariente, Jacobo II de Inglaterra y VII de Escocia, son mencionados por primera vez en las Ordenanzas de la Gran Logia de Francia de 1743, negándoles la distinción que ellos reivindicaban como masones de mayor grado. Lo innegable es que representaban una corriente decididamente espiritualista frente al racionalismo ascendente de la cultura francesa de las «luces», proponiendo, como lo harían otros movimientos a lo largo de aquel siglo, la búsqueda de una experiencia personalizada del conocimiento capaz de transformar al individuo, por encima de la mera ilustración. El escocismo no hacía sino poner de relieve que la tradición de los constructores medievales tenía sus raíces profundas en la Tradición iniciática de las *antiguas* culturas.

Desde 1744 se mencionan en Francia frecuentemente «los grados escoceses» en publicaciones divulgatorias, por lo que la existencia de los mismos viene a ser simultánea a la del tercer grado, establecido en la década anterior y aún no generalizado ni estabilizado en todas las logias. Por ello, y porque el grado iniciático de Maestro masón contiene el germen de todo el desarrollo gradual escocista, señalábamos anteriormente que constituye el primero de los grados superiores.

Por otra parte, la Gran Logia de Francia había visto aumentar su número de miembros a costa de un descenso cualitativo que, hacia mediados del XVIII, alarmaba a los masones más responsables. Ello decidió al conde de Clermont, Gran Maestre de la Gran Logia de Francia desde 1743, poco después de su elección y en su calidad de «Gran Maestre de todas las logias de Francia» (no como *Gran Maestre de la Gran Logia*), a aprobar la creación de un taller modelo en París: el de *San Juan de Jerusalén*, en cuyos estatutos (publicados en 1755) se atribuía a los *Maestros Escoceses* cierta responsabilidad en la custodia del legado de la Tradición masónica en las logias simbólicas [1].

La multiplicidad de temas propuestos a la reflexión masónica en las logias, en forma de *grado*, hizo necesaria la creación de or-

---

[1] Paul Naudon, *Historia, rituales y guía de los altos grados masónicos*, Edit. Dervy, París.

ganismos coordinadores que facilitaran una estructuración coherente de los mismos. Estos solían adoptar el nombre de *capítulo* o *consejo*. Así surgieron el *Capítulo de Clermont* (en 1754) y el *Consejo de Emperadores de Oriente y Occidente* (en 1758), cuyo referente escocista inmediato se hallaba en la Logia de San Juan de Jerusalén, antes mencionada.

Observemos que ya la creación de la Logia de San Juan de Jerusalén, primer hito institucional del escocismo en Francia, fue realizada por el Gran Maestre, conde de Clermont, al margen de la Gran Logia de Francia, aunque en estrecha vinculación con ella. Esta dicotomía formal inspirará, después, el desarrollo de los Supremos Consejos del Rito Escocés, como veremos.

El Capítulo de Clermont, establecido en París, tuvo corta vida. Sin embargo, extendió su sistema de grados a Alemania, donde los temas basados en la leyenda templaria darían lugar a la aparición de importantes estructuras escocistas. El Consejo de Emperadores[2] fue creado en París, en torno a 1758, con el subtítulo de *Sublime Logia Madre Escocesa*, emulando al Consejo Soberano de Caballeros de Oriente, surgido poco antes de la Logia de San Juan de Jerusalén. Lo importante del Consejo de Emperadores fue su labor de estructuración y armonización del escocismo en un sistema de veinticinco grados, llamado *Rito de Perfección*, reuniendo los temas estudiados y trabajados en los diversos capítulos y consejos escoceses de Francia, que, tras su desaparición en torno a 1782, serviría de base al Rito Escocés Antiguo Aceptado (o «*y Aceptado*»). Señalemos que el Consejo de Emperadores habría creado un Consistorio en Burdeos, del que emanarían los Reglamentos y Constituciones de la Masonería de Perfección, en 1762, aunque no quedan pruebas documentales irrefutables al respecto.

Lo que sí es irrefutable es la emisión de una patente, otorgada en 1761 por la Logia de San Juan de Jerusalén, autorizando a Etienne Morin, *caballero y príncipe de todas las órdenes de la Ma-*

---

[2] El de «Emperador» era el más alto grado de la escala temática del simbolismo caballeresco, precedido de los de «Caballero», «Comendador» y «Príncipe», basados todos en la historia de la Caballería medieval.

sonería de Perfección, a establecer logias del Rito de Perfección *en América y allí donde fuere*. En 1762, el Gran Maestre de la Gran Logia de Inglaterra, conde de Ferrest, extendió aquella autorización a las logias británicas del Nuevo Mundo. Y así lo hizo Morin, creando la Logia de la Perfecta Armonía en Haití y pasando luego a Jamaica, donde nombró Inspector Adjunto a Henry A. Francken, siendo este quien, de hecho, introdujo el Rito de Perfección en Estados Unidos.

El primer texto completo del sistema llamado Rito Escocés Antiguo y Aceptado, conteniendo los 25 grados del de Perfección *más otros ocho*, se dio a conocer en 1802 por circular emitida por el *Supremo Consejo de Grandes Inspectores Generales del Grado 33 y último del Rito Escocés Antiguo y Aceptado*. Este primer Supremo Consejo del Rito había sido creado en 1801, en Charleston (Carolina del Norte), por masones franceses, procedentes de Haití y refugiados en los Estados Unidos a causa de la guerra colonial haitiana, junto a masones americanos, todos ellos Inspectores Generales del Rito de Perfección. Su primer presidente o Gran Comendador fue John Mitchel, figurando como cofundadores el conde de Grasse-Tilly (que fundó, poco después, el Supremo Consejo de Francia) y Noël Delahogue, entre otros.

El sistema de 33 grados de este Rito había sido estudiado y aprobado por Federico II de Prusia, protector de la Masonería, que lo sancionó en las llamadas Constituciones de Berlín, de 1786. Su origen ha sido puesto en duda por algunos críticos, como R. S. Lindsay, Albert Lantoine y Paul Naudon. Sin embargo, Claude Gagne, investigador especializado en el tema y miembro del Supremo Consejo de Francia, nos señalaba recientemente a este respecto:

> En las páginas 202 a 208 de *L'isle des Sages*, obra publicada por François Nogaret en 1786, aparece la siguiente mención: «Hace poco se han recibido noticias fidedignas de Berlín, informándonos de que Su Majestad prusiana acaba de concluir nuevos reglamentos para la sociedad de los Francmasones». En este caso, la noticia corresponde al año 1785, es decir, el año anterior al de la publicación de las Constituciones de Berlín.

Los 33 grados del Rito Escocés Antiguo y Aceptado se dividen en cuatro grupos o bloques:

- Los tres primeros grados son los comunes a todos los sistemas masónicos, cuya temática hemos resumido en páginas anteriores. Se trabajan en las logias *Simbólicas* y contienen en sí potencialmente la iniciación masónica, por lo que los grados superiores representan diversos aspectos de su contenido, siguiendo enseñanzas de la Tradición iniciática universal. Las logias simbólicas suelen federarse formando una Gran Logia o un Gran Oriente y, generalmente, practican el rito o método que ellas mismas adoptan de entre los varios existentes. Por esta razón, quedan fuera de la jurisdicción de los Supremos Consejos del Rito Escocés Antiguo y Aceptado aquellas logias que practican otros sistemas rituales.

- Los diez siguientes (del 4 al 14) se trabajan en logias llamadas de *Perfección* y su temática sigue siendo la construcción del Templo y sus vicisitudes. Cada grado contiene una leyenda característica y unos símbolos que se utilizan como utensilios de trabajo. Tanto las leyendas como los demás símbolos son síntesis cuya riqueza espiritual y filosófica va siendo desglosada mediante el estudio-trabajo de los masones simbólicos. El descubrimiento del Deber personal, a través del concepto de Ley universal, es parte fundamental de la búsqueda de la Palabra Perdida y del «sentido» de la vida. En ese camino, la realización de la Justicia y la práctica de la Equidad que la equilibra nos van acercando al Conocimiento. En el grado 13 (Arco Real), la leyenda alude al descubrimiento, en una cripta, de una transcripción de la Palabra Perdida, aunque ilegible aún para sus descubridores, que deben proseguir esforzándose en la práctica de la Justicia y del Bien. Estos principios deben ser difundidos por toda la Tierra y este es el tema de la leyenda del grado 14.

- En el bloque integrado por los grados 15 a 18, que se trabajan en *Capítulo*, se accede desde el concepto de Justicia al del Amor universal. Partiendo del esfuerzo en el trabajo constructivo, a pesar de que el primer Templo pueda ser atacado y destruido (como lo fue el de Salomón), el hombre logrará avanzar ayudado por y ayudando a sus semejantes (Caballero de Oriente). La nobleza del esfuerzo colaborador caballeresco y su apertura espiritual se destacan en el grado 17 (Caballero de Oriente y de Occidente), para pasar a un *nuevo* concepto de la Ley: es el Amor lo que conduce hasta la Palabra Perdida, su clave. El grado 18 (Caballero Rosa Cruz) representa una síntesis del fin y de los medios de la Masonería universal (Fe, Caridad y Esperanza son las virtudes que dan sentido a la vida). El Templo por construir no es material, sino espiritual y los trabajos del grado 18 no se cierran nunca. Tan solo se interrumpen.

- Los grados que van del 19 al 30 se trabajan en logias llamadas *Areópagos*. El proceso de búsqueda del Conocimiento a través de la construcción, que se persigue en los grados de Perfección, continúa con el descubrimiento del Amor universal (grados 15 a 18) para llevarnos a la acción espiritual. Acción que ha de emanar del Conocimiento, consciente de ese Amor que todo lo vincula. Es esta la filosofía de la acción masónica y, por ello, estos grados reciben el nombre de *filosóficos*. En el grado 19 el masón busca el camino de la nueva Masonería, que no ha de construir ya templos materiales, sino un mundo más virtuoso y fraternal, una «Jerusalén celeste». Se subliman las virtudes caballerescas en defensa de esa nueva Jerusalén del Amor, tan distinta de aquella por la que lucharon los templarios medievales, aunque estos grados aludan a ellos como mito. El espíritu de la acción templaria, así entendida, es el que convierte simbólicamente al masón (en el grado 30) en nuevo caballero de un nuevo Templo al que se asciende por la escala mística de la virtud: el Caballero Kadosh.

- El último bloque gradual está integrado por los llamados grados *administrativos* (31, 32 y 33). Las logias en las que se trabajan estos grados son denominadas, respectivamente: *Soberano Tribunal*, *Consistorio* y *Supremo Consejo*. El grado 31 carece de carácter iniciático, siendo su finalidad la de velar por la conservación de las características del Rito y la recta conducta de los masones de todos los grados superiores. El grado 32 exalta el valor de la Tradición iniciática como tesoro heredado de los sabios antepasados de la Orden. El grado 33, y último, está formado por los Soberanos Grandes Inspectores Generales. De entre los miembros de la Orden que alcanzan este grado[3], se elige, por cooptación, un número limitado para ejercer la autoridad suprema del Rito en cada país, formándose un *Supremo Consejo* con potestad jurisdiccional sobre las logias de Perfección, los Capítulos y los Areópagos.

A través de esta descripción sucinta del contenido de los diversos grados del sistema Escocés Antiguo y Aceptado, podemos constatar que recogen aspectos importantes de la tradición universal, implícitos en temáticas características de la historia europea y mediterránea, de forma que permite, a quienes se hallan familiarizados con ellos, acceder a un fondo iniciático común a la cultura judeocristiana y a las culturas más antiguas, de las que esta surgió. Su dimensión esotérica (*o de búsqueda de lo trascendente a través de lo inmanente*) hace que este amplio sistema ritual permita asimismo comunicar con las otras culturas, puesto que, partiendo de la idiosincrasia de un oficio que engloba otros muchos y es común a todas ellas, como el de *constructor*, se extiende incluyendo profesiones ideales universales, que abarcan desde la noble *caballería simbólica* hasta el sacerdocio, pero de forma igualmente accesible a quienes no están especializados o no profesan ningún credo religioso.

---

[3] Los Soberanos Grandes Inspectores Generales forman un CONSEJO SUPREMO, que no debe ser confundido con el SUPREMO CONSEJO que preside el Gran Comendador del Rito.

Cada Supremo Consejo está integrado por un mínimo de nueve y un máximo de 33 masones del grado 33 y presidido por un Soberano Gran Comendador con jurisdicción sobre logias del 4 al 33 grados del Rito Escocés Antiguo y Aceptado. La jurisdicción sobre las logias simbólicas de los tres primeros grados corresponde exclusivamente a las Grandes Logias, presididas por sus respectivos Grandes Maestres.

No obstante, y puesto que este sistema escocés de trabajo masónico constituye una unidad dividida en 33 grados, que han de conservar su homogeneidad metodológica, los Supremos Consejos deben ser siempre referentes autorizados, sobre temas rituales, para todas las logias que practiquen este Rito, a modo de especiales Academias conservadoras de su idiosincrasia tradicional. Por ello, estos organismos solo establecen tratados de trabajo con las Grandes Logias u Obediencias comprometidas de la misma forma, en las que se practican los tres primeros grados básicos y a las que pertenecen los Maestros. Un Supremo Consejo solo puede estar formado por masones tradicionales (respetuosos de las reglas de la Tradición masónica), que pueden acceder a los grados superiores para pasar, eventualmente, a formar parte de cada Supremo Consejo.

El primero de los Supremos Consejos de Europa, fundado en 1804 por Grasse-Tilly, tras haberse fundado el de Charleston, fue el de Francia. El primer Supremo Consejo de España fue fundado en Madrid, también por Grasse-Tilly, en 1811.

El Rito o Régimen[4] *Escocés Rectificado*

El movimiento masónico escocista se extendió también a Alemania, produciendo allí la sintetización del esoterismo cristiano y de los ideales caballerescos templarios en el sistema simbólico gradual que caracterizó a la *Orden de la Estricta Observancia Templaria*. Su promotor fue el barón Karl Gotthelf von Hund,

[4] Se designa como «régimen» al sistema dividido en bloques temáticos jerarquizados, en el que cada bloque ha de ser presidido por un miembro que ostente el grado superior del bloque siguiente.

quien, iniciado muy joven como masón en Fráncfort (1742), recibió luego los grados superiores impartidos por el Capítulo de Clermont, afirmando él mismo, en sus memorias, haber sido admitido, poco después, en un capítulo templario londinense. La biografía de Von Hund no ha sido aún abordada plenamente, a pesar de encarnar a uno de aquellos hombres del siglo XVIII que impregnaron la sociedad de su tiempo, dejando huella como precursores del Romanticismo. Su gran sueño fue, nada menos, la restauración de la Orden del Templo, tarea a la que dedicó gran parte de su vida, mezclando los ideales masónicos de su juventud con las apasionantes leyendas templarias.

Hacia 1752, y tras su conversión al catolicismo, fundó la Orden de la Estricta Observancia, contando pronto con el apoyo de un importante sector de la alta burguesía y de la nobleza cultas de Alemania. La nueva Orden de Von Hund desencadenó fuertes oposiciones y fervorosas adhesiones en la sociedad prerromántica alemana, en la que personalidades como Goethe, Fichte, Lessing, Herder y otros muchos pensadores o artistas masones pertenecieron a ella o mantuvieron con sus miembros asidua relación.

Tras treinta años de muy agitadas controversias internas, puestas de relieve en sucesivas asambleas o «conventos» de la Orden, se produjo su definitiva transformación, en el Convento de Wilhelmsbad (1782), con la aceptación de algunas de las reformas llevadas a cabo en Francia por Jean Baptiste Willermoz, quien, renunciando a una quimérica restauración de la Orden del Templo, había espiritualizado el empeño y retomado una más ortodoxa vía masónica: la del que habría de llamarse sistema o *Régimen Escocés Rectificado*. La Estricta Observancia, reformada, se extinguió durante la primera parte del siglo XIX (en Dinamarca supervivió hasta 1855).

El sistema Escocés Rectificado, puesto a punto por Jean Baptiste Willermoz en torno a 1784, comprende los siguientes grupos graduales:

El de las Logias de San Juan abarca los tres grados básicos de la Masonería universal: Aprendiz, Compañero y Maestro masón.

El de las Logias de San Andrés incluye solamente a los Maestros escoceses o de San Andrés de Escocia (grado equivalente al 18 del Rito Escocés Antiguo y Aceptado).

La Orden Interior, formada por los grados de: Escudero Novicio y Caballero Bienhechor de la Ciudad Santa [5].

Las logias de cada uno de estos tres grupos graduales son presididas por un Hermano del grado superior inmediato. Así, una Logia de San Juan estará presidida por un Maestro escocés (o de San Andrés) y una Logia de San Andrés lo estará por un Caballero Bienhechor.

La administración de la *Orden Interior* está organizada en *encomiendas* (grupos de al menos tres Caballeros Bienhechores pertenecientes a una Logia de San Andrés), presididas por un Comendador; *prefecturas* (grupos de tres a nueve encomiendas), presididas por un Prefecto; *capítulos* y *Grandes Capítulos* o *Priorratos provinciales.*

El gobierno de la Orden lo ejerce un *Gran Directorio Escocés*, compuesto por diez Caballeros Bienhechores. Las funciones de conservación del Rito y de los Reglamentos de la Orden está a cargo de un organismo denominado la *Regencia Escocesa* (equivalente al Supremo Consejo del Rito Escocés Antiguo y Aceptado), integrado por el Gran Maestre nacional, el ex Gran Maestre precedente, el Gran Prior, el Gran Canciller y el Visitador General, todos ellos Caballeros Bienhechores y miembros, a su vez, del Gran Directorio Escocés.

La «Orden del Rito Escocés Rectificado» mantiene relaciones fraternales con otras Obediencias masónicas. En 1911, el Gran Priorato de Helvecia (único superviviente, en aquel momento) firmó un tratado de alianza y de amistad con el Gran Oriente de Francia fijando las equivalencias graduales: el Maestro Escocés o de San Andrés corresponde al grado 18 del R. E. A. A., como ya hemos indicado. El de Escudero Novicio corresponde al grado 30 y el de Caballero Bienhechor, al grado 33 del R. E. A. A.

---

[5] Los grados o niveles de Profeso y Gran Profeso no se han practicado desde hace tiempo.

En 1935 se creó el Gran Priorato de las Galias, con sede en París, para administrar los grados superiores de este Régimen en Francia.

El Régimen Escocés Rectificado, heredero de la Orden de la Estricta Observancia Templaria, es un sistema masónico cristiano o *crístico*, en el sentido de que las leyendas simbólicas, que sirven de base al método iniciático masónico en los diversos grados, son sustituidas por conceptos procedentes de la dogmática cristiana (católica), aunque buscando la concienciación *personal* del conocimiento contenido en ellos. Es el esoterismo cristiano lo que se abre al iniciado que trabaja dentro de este sistema. La leyenda de la muerte y resurrección de Jiram Abif, tema central del tercer grado simbólico de la Masonería, es sustituido por la narración de la muerte y resurrección de Jesucristo con idéntico fin: acceder al significado cósmico de ambos conceptos.

Tampoco esta forma de ascesis al Conocimiento merece los parabienes oficiales de la Iglesia católica, por supuesto, aunque existe constancia de la simpatía personal de algunos prelados católicos.

Otros sistemas graduales

Muchos fueron los otros sistemas graduales que el escocismo produjo, en el siglo XVIII, hoy desparecidos y cuya mención solo tiene interés erudito, como el Rito llamado de *Ramsey* (con seis grados), el *Rito Primitivo* (o de los Filaletas de Narbona), creado en 1779 y basado en el ideal *reintegracionista* del hombre, que busca su esencia original para retornar a la Causa divina de la que emanó (siguiendo a Martínez de Pasqually), el *Rito de Lyon* (con 25 grados), el *Rito Escocés Filosófico* (que aún practica alguna Logia en Bélgica) y que fue el de *la Logia Madre Escocesa de Francia*, luego absorbida por el Gran Oriente, el *Rito de Namours*, el *Rito Español* (que se practicó a finales del siglo XIX de forma muy restringida y del que, asombrosamente, se perdieron todos los datos), más un etcétera que compondría una larguísima lista.

Resumiremos el Rito Sueco, por ser el practicado actualmente en los países escandinavos; el Rito Francés, practicado por el Gran Oriente de Francia como método oficial de esa Obediencia masónica (aunque sus logias pueden elegir cualquiera de los ritos reconocidos por su Gran Colegio de Ritos), y el sistema de Memfis-Mizraím, practicado aún principalmente en logias francesas.

Rito Sueco

Los masones suecos nunca siguieron el método ritual practicado en Inglaterra, desarrollando un sistema propio que se inspiró en el escocismo francés. Los grados superiores habían sido introducidos en Suecia por el barón Scheffer, que los recibió y trabajó en París, durante su permanencia en aquella capital como embajador, desde 1743. Pero fue Karl Friedrich Eckleff quien creó, a partir de 1759, y con la colaboración de masones franceses y alemanes, un sistema de grados superiores cristiano-luterano, en el que se fundamenta el que conocemos como *Rito Sueco.*

El sistema sueco de Eckleff es, como el Escocés Rectificado y como el alemán de Zinnendorf, de fuerte inspiración cristiano-templaria. Su simbología recoge la variedad de elementos simbólicos crísticos y templarios que caracterizó a la de otros movimientos masónicos del siglo XVIII. La Constitución fundamental de 1780 señala que la *Orden de los Caballeros Francmasones* es una fraternidad gremial o guilda, creada «a la mayor gloria de Dios», para mejorar a la Humanidad exaltando la Virtud. El acceso al Conocimiento debe realizarse por etapas o grados, a través del trabajo y el estudio, partiendo de principios éticos idénticos a los propuestos por el cristianismo, interiorizados progresiva y personalmente.

Como señalábamos al resumir la extensión de la Masonería a Suecia durante el siglo XVIII, la intervención asidua del príncipe Carlos de Sundermania, después rey Carlos XIII, tuvo una importancia decisiva en la configuración del movimiento masónico en aquel país, vinculándolo estrechamente a la corona.

El sistema gradual sueco quedó definitivamente fijado en 1811, comprendiendo los tres grados básicos de la Masonería universal (Aprendiz, Compañero y Maestro de San Juan) más los de *Maestro Elegido*, *Maestro Escocés o de San Andrés* y *Caballero de Oriente*. Los dos bloques graduales siguientes son de neta inspiración templaria: *Verdadero Templario o Caballero de Occidente*, *Caballero del Sur o Mestro del Templo*, *Hermano Favorito de San Andrés y Hermano de la Cruz Roja* (con tres clases). Finalmente, son tres los grados de gobierno o administración que integran el llamado «Capítulo Iluminado» de la Obediencia: *Miembro del Capítulo*, *Gran Dignatario del Capítulo* y *Gran Maestre o Vicario de Salomón* (el rey de Suecia, siempre).

Rito Francés

Ya hemos señalado que en la Masonería francesa se produjo una importante inflexión en 1773, cuando la Gran Logia de Francia llegó a escindirse, dando nacimiento al Gran Oriente de Francia y a la breve Gran Logia Nacional. Aunque posteriormente fueron adhiriéndose al Gran Oriente casi todas las logias que habían rechazado hacerlo, la escisión marcó una bipolaridad que se mantuvo durante el siglo siguiente, en el que la institucionalización del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, con la creación del Supremo Consejo de este Rito en 1804, había de conducir, finalmente, a la reconstitución de la Gran Logia de Francia, en 1894.

En 1786 la Asamblea del Gran Oriente *fijó* o determinó un sistema gradual de trabajo, de siete grados, basado en el practicado en las logias francesas hasta entonces, pero muy expurgado, que pasó a denominarse *Rito Francés Moderno* o *Rito Moderno*. Este método ha sido luego modificado en sucesivas ocasiones, la última en 1960, retomando elementos simbólicos eliminados en la versión de 1786. Se conoce como *Rito Francés Tradicional* o *Moderno Restaurado*.

Además de los tres grados básicos de *Aprendiz*, *Compañero* y *Maestro masón*, cuenta con los superiores de *Maestro Elegido* y *Maestro Escocés* (que se trabajan en talleres «de Perfección»), más

los de *Caballero de Oriente* y *Soberano Príncipe Rosa-Cruz* (que se trabajan en «capítulos»).

Hay que destacar, como peculiaridad, la ausencia de dedicación de los trabajos al Gran Arquitecto del Universo en el seno de los talleres del Gran Oriente de Francia que trabajan siguiendo este método ritual. No en todos los talleres y, especialmente, no en las logias que siguen el sistema Escocés Antiguo y Aceptado. En su Convento de 1877, el Gran Oriente se apartó de manera oficial de lo que entendía como «deísmo» (cuando no «teísmo»), originando una grave escisión de la Masonería universal, que subsiste.

La decisión obedecía a la influencia del positivismo científico de aquella época (Littré, Taine, Comte, etc.) sobre una importante parte de las logias de los tres primeros grados del Rito, ya que las logias de grados superiores votaron mayoritariamente en contra. Sin embargo, con semejante decisión no se prentendía discriminar a los masones deístas o teístas, según explicó el relator[6] de la comisión modificadora de la Constitución anterior, de 1849, sino afirmar una absoluta *desvinculación* de la Obediencia respecto a cualquier formulación religiosa positiva, oficializando el agnosticismo de la institución, en cuyo seno se pretendía acoger a hombres de todas las tendencias.

Pero es evidente que esa postura rompía con la auténtica tradición masónica respecto al simbolismo del Gran Arquitecto del Universo. La Masonería, *per se*, no reconoce como fuente real del Conocimiento las formas *exotéricas* de la espiritualidad ni las definiciones *dogmáticas*. Las estructuras teológicas de cualquier forma de religión, fijadas y estereotipadas en alegorías y ritos, sin finalidad iniciática, son meras cáscaras. Otra cosa es negar que el simbolismo de fondo que conservan todas ellas en común, procedente de la misma Tradición esotérica universal, carezca de valor para quienes buscan más allá de las apariencias. Lo contrario es más cierto.

---

[6] El Relator de la Comisión modificadora fue el pastor protestante y senador Frédéric Desmonds, luego varias veces elegido Gran Maestre del Gran Oriente de Francia.

Parece oportuno explicar que la *dedicación* de los trabajos masónicos «a la gloria del Gran Arquitecto del Universo», con la que tradicionalmente dan comienzo todas las reuniones de trabajo ritual, no constituye una *invocación* de ninguna entidad personalizada, sino la afirmación de que la Logia dedica su esfuerzo a profundizar en todo aquello que *puede dar a conocer o se reputa atribuible* (eso quiere decir «gloria») al Principio Generador del Universo (que el masón puede identificar con el Dios personal de las religiones, o no, yendo más allá de las definiciones dogmáticas) y que, como origen de todas las cosas, contiene en esencia la clave del Conocimiento pleno que conduce a la Sabiduría, hacia lo que se entiende en Masonería por la *Luz*.

Por otra parte, no existe ninguna necesidad de dogmatizar sobre cómo se protege mejor la auténtica libertad del pensamiento *masónico*. Identificar esa Libertad espiritual con la de los «librepensadores» racionalistas-positivistas, de aquel o de cualquier otro periodo histórico, venía a circunscribir el verdadero pensamiento libre dentro de unas muy estrechas coordenadas. En definitiva, la decisión del Convento del Gran Oriente de Francia de 1877 fue consecuencia del mimetismo establecido con la candente problemática sociopolítica del Estado francés, sin valorar en profundidad el *sentido* de la Tradición iniciática masónica. Ello tuvo repercusiones muy importantes en el desarrollo de las relaciones intermasónicas a nivel mundial.

Rito de Memfis-Mizraím

Se trata, excepcionalmente, de un sistema de trabajo masónico simbólico no eleborado directamente a partir de la tradición transmitida por la Masonería europea (escocesa, inglesa o francesa).

En Siria y Líbano habían perdurado cofradías de masones constructores, descendientes de las que formaron los obreros que acompañaron a los templarios durante las Cruzadas. Durante la expedición de Napoleón a Egipto y Oriente Medio, los masones franceses que partieron con él, muchos de ellos miembros de logias que practicaban métodos de trabajo inspirados en la antigua fi-

losofía hermético-gnóstica (como los de *Rito Primitivo* o los *Filaletas de Marsella*), además de los insertos en el Gran Oriente de Francia, entraron en contacto con los masones drusos, según señala Robert Ambelain[7]. Entre ellos se encontraban Gabriel Marconis de Nègre y Samuel Honis, quienes, algunos años después, impulsaron la elaboración de un método ritual inspirado en la tradición esotérica druso-egipcia, enlazándola con elementos fundamentales del llamado Rito Primitivo y fundando la Logia denominda «Los Discípulos de Memfis» en Montauban (1815). Lo cierto es que este *Rito de Memfis*, que comprendía 92 grados, tuvo un éxito muy notable entre los antiguos bonapartistas franceses.

Anteriormente, en 1788, había surgido en Venecia otro sistema ritual inspirado en la clásica tradición de los constructores, por cuanto concernía a los tres primeros grados, y en la Masonería alemana de simbolismo templario (Estricta Observancia Templaria) respecto a los grados superiores. Adoptó el nombre de *Rito de Mizraím* (Egipto, en hebreo), solamente en recuerdo de que había sido Giuseppe Balsamo (conocido como conde Cagliostro, residente entonces en Trento) quien había conferido a los creadores venecianos la patente para fundar una nueva Logia, dentro de la seudo-Obediencia masónica de Rito Egipcio que aquel original y sofisticado aventurero se había propuesto consolidar.

Los venecianos abandonaron el proyecto del autodenominado «Gran Copto» y decidieron la composición de un sistema propio que nada tenía que ver con el del conde, quien ciertamente había sido iniciado como masón en Londres, hacia 1777, y cuyas aficiones favoritas fueron la alquimia y la egiptología, muy de moda en aquella época.

El Rito de Mizraím fue desarrollado en Francia por Michel Bedarride y sus dos hermanos, entre 1810 y 1813. La fuerte vocación bonapartista de los afiliados a logias practicantes de este sistema hizo que fueran disueltas durante la Restauración borbónica. Tras una breve autorización, al advenimiento de Luis Felipe, y una nueva prohibición, las logias de Mizraím fueron defini-

---

[7] Robert Ambelain, en *La Francmaçonnerie d'autrefois.*

tivamente autorizadas por el Estado francés en 1848. El sistema incluía 90 grados.

El Rito de Memfis y el de Mizraím se *unificaron* en 1899. Ambos métodos rituales se distinguían de los practicados en las logias del Gran Oriente de Francia y en las dependientes del Supremo Consejo del Rito Escocés Antiguo y Aceptado por su especial profundización en el aspecto esotérico de la simbología, incluyendo estudios sobre la Cábala y las filosofías gnóstica y hermética. Como se ha indicado, el Rito de Memfis pretendía subrayar, en sus grados superiores, aspectos de la tradición iniciática egipcia, en tanto que el Rito de Misraím ponía de relieve valores de la tradición caballeresca europea. Tras la elección de Garibaldi como Gran Maestre Universal del Rito de Memfis, en 1881, se reestructuró este sistema, perfilándose una gradación jerárquica de los temas objeto de estudio-trabajo del mismo.

La unión de 1899 dio como resultado un sistema de 95 grados temáticos, divididos en bloques o clases, de los que se trabajan obligatoriamente los tres primeros, comunes a toda la Masonería, y algunos otros, como:

9 Maestro Elegido de los 9 (igual al 9 del R. E. A. y A.).
18 Caballero Rosa-Cruz (igual al 18 del R. E. A. y A.).
30 Caballero Kadosh (igual al 30 del R. E. A. y A.).
32 Príncipe del Real Secreto (igual al 32 del R. E. A. y A.).
33 Soberano Gran Inspector General (igual al 33 del R. E. A. y A.).

El trabajo de los demás grados es facultativo para las logias de este sistema, y algunos de ellos (como el 66, el 90 y el 95) se conceden a sus miembros en premio a cualidades humanas y servicios prestados a la Orden. Unas logias trabajan en el estilo ritual de Memfis y otras en el de Mizraím, aunque en todas se añade la Regla como utensilio masónico, junto al Compás y la Escuadra.

Este sistema tiene su sede oficial en París, aunque está extendido por otros países europeos e iberoamericanos. En España se

estableció en 1889 una Gran Logia con el nombre de Gran Logia Simbólica del Rito Oriental Primitivo de Memfis, de la que fueron miembros algunas personalidades notables de la época, como el inventor Isaac Peral.

Rito Operativo de Salomón

Es este el sistema de trabajo masónico de más reciente formación. Fue creado en Francia, en 1974, por los miembros de la Orden Iniciática y Tradicional del Arte Real (O.I.T.A.R.), que forman una pequeña asociación de masones independientes, integrados en logias autónomas, sin formar una Obediencia o Federación con reglamentación común. Su principal característica es la de integrar, en parte, el trabajo manual en las reuniones rituales, como ejercicio iniciático. El plano de obras de la tenida (o *Cuadro de Logia*, presente en todas las reuniones masónicas) es construido con elementos naturales, en cada ocasión, en lugar de ser expuesto gráficamente.

El método Operativo de Salomón reúne temas graduales de varios sistemas masónicos, haciendo constante referencia a la construcción del Templo de Salomón y recogiendo elementos litúrgicos hebraicos. La Biblia o Volumen de la Ley Sagrada permanece abierta por el Libro I de los Reyes (donde aparecen datos relativos a la construcción de aquel Templo), en lugar del Evangelio de San Juan, como ocurre en el primer grado de los otros métodos masónicos.

Integra nueve grados, divididos en tres clases:

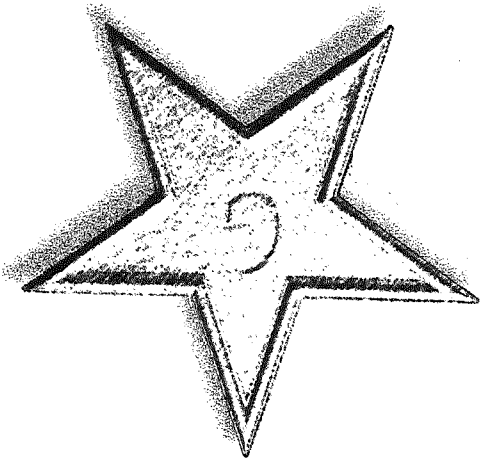
El candidato recibe el nombre de *peón escogido.*

Primera clase: 1 Aprendiz, 2 Compañero, 3 Maestro (a su vez, con tres etapas graduales cada uno de estos).

Segunda clase: 4 Maestro Secreto, 5 Maestro de la Marca.

Tercera clase: 6 Caballero del Arco Real, 7 Caballero Rosa-Cruz.

Cuarta clase: 8 Guardián del Templo, 9 Maestro del Nombre Inefable.



ROSA-CRUZ Y MASONERÍA

HEMOS consignado en este libro los principales métodos o sistemas de trabajo practicados en las logias o talleres masónicos. Entre los grados superiores de todos los sistemas escocistas figura siempre el de Caballero Rosa-Cruz. Se recoge así el mensaje esencial de una vieja tradición europea que, a su vez, contenía y contiene los elementos fundamentales del esoterismo cristiano y del hermetismo, conservados y transmitidos durante la Edad Media por los alquimistas.

La existencia de capítulos rosacrucistas, formados por los antiguos caballeros templarios o auspiciados por ellos, no puede ser probada por el momento, ni parece probable a los autores especializados en el tema. Por otra parte, es aún más improbable que el teólogo alemán Juan Valentin Andreae elaborase solo, de pronto y esforzando su propia fantasía, el contenido de las tres obras clásicas que se le atribuyen y que constituyen la primera manifestación pública del rosacrucismo, a principios del siglo XVII: *Ecos de la Cofradía de la Rosa-Cruz, Confesión de la Cofradía de la Rosa-Cruz* y *Las bodas alquímicas de Christian Rosenkreuz*[1]. Parece más cierto que él y sus discretos compañeros alquimistas trata-

[1] La *Fama Fraternitatis* (aparecida en 1614) narra la vida del personaje mítico llamado Cristián Rosacruz, quien, tras una infancia y una adolescencia dedicadas al estudio, viajó a Oriente, permaneciendo algún tiempo en Arabia y Egipto, desde donde pasó a Marruecos y a España, buscando siempre los rastros de las viejas tradiciones iniciáticas. Regresó luego a Alemania y murió tras una dilatada vida dedicada al estudio y a la meditación, siendo enterrado en un lugar secreto que fue, mucho después, descubierto por sus discípulos.

ran de dejar constancia de la tradición y de la terminología hermética conservada hasta su tiempo, estrechamente vinculada con el esoterismo cristiano, construyendo para ello la hermosa leyenda de la vida de Christián Rosenkreuz y de su mensaje póstumo.

Los alquimistas formaron parte de grupos iniciáticos que se mantuvieron secretos durante los siglos en que imperaban la intolerancia y la hoguera. Los iniciados en la vieja filosofía hermética, que, estudiando la naturaleza bajo un prisma espiritual, experimentaban en la práctica los principios universales, colocándose así a la cabeza del desarrollo posterior de las llamadas ciencias experimentales, negaban toda pertenencia a grupos de tal índole.

Sin embargo, durante la Edad Media y el Renacimiento los alquimistas dejaron muy evidentes marcas de su presencia en la literatura y en las principales obras de arte (como las catedrales).

La *Divina Comedia* de Dante, por su estructura y por el simbolismo que recoge y utiliza en la dialéctica que plantea, es un exponente claro de la condición de iniciado de aquel maestro italiano, miembro reconocido de la sociedad secreta «Fieles del Amor». Las poesías amorosas que sus adeptos dedicaban «a una mujer», mediante la cual se simbolizaba a la cofradía y su doctrina secreta, expresaban una interpretación esotérica de la enseñanza cristiana que se centraba en la «cena» o ágape místico. El plural viaje que describe Dante, al Infierno, al Purgatorio y al Paraíso, es una fiel reproducción de los viajes iniciáticos, a través de los cuales el adepto «descubre» la *enseñanza*. También el arte gótico, desarrollado entre los siglos XII y XV, rebosa de símbolos alquímicos, puesto que los alquimistas eran, casi siempre, muy sinceros cristianos especulativos, que buscaban los significados más profundos del exoterismo religioso imperante.

La Confesio Fraternitatis (de 1615), dirigida a los hombres de ciencia de Europa, expone, a lo largo de catorce capítulos, un programa para alcanzar la paz universal entre los hombres, mediante reformas sociales y políticas, pero, sobre todo, mediante una transformación intelectual.

Las bodas alquímicas de Christian Rosa-Cruz en el año 1549 (de 1616) narra los significativos acontecimientos ocurridos durante la celebración de una boda a la que asistió el héroe mítico en aquel año.

Parece más que dudosa la existencia real de una institución formal de la Rosa-Cruz en aquel tiempo.

Así pues, parece lo más cierto que el rosacrucismo, como escuela claramente diferenciada, no existió realmente en la Edad Media. Su concreción debió producirse durante los siglos XV y XVI, representando una corriente interpretativa del cristianismo, receptora de la herencia de aportaciones de diversos movimientos esotéricos medievales que cristalizaron en la forma de teosofía alquímica que es, en esencia, la Rosa-Cruz. Partiendo de Alemania, la nueva escuela secreta extendió su actividad a Francia, Holanda e Inglaterra de manera especial.

Hans Faulhaber fue el probable iniciador en la Rosa-Cruz del francés Descartes (de la que se excluyó más tarde). El obispo y teósofo checo Comenius exponía, a mediados del siglo XVI, su visión de la construcción del *Templo de la Sabiduría*. En Inglaterra, tanto Elías Ashmole, a quien William Backhouse inició en los secretos de la *piedra filosofal*, como Robert Fludd y varios miembros pioneros de la Royal Society británica, bebieron también, muy probablemente, en las fuentes del teósofo iniciado alemán Jakob Boehme.

Es sabido que Elías Ashmole, uno de los más notables inspiradores de la futura Orden Francmasónica, fue iniciado en la Masonería operativa (en 1646), como miembro «aceptado», en una Logia (muy probablemente de *estilo escocés*) existente en Warrington, Inglaterra. La motivación de la inclusión de un grado de Rosa-Cruz entre los grados superiores de la Masonería simbólica, en el siglo siguiente, hay que buscarla en estos antecedentes tan próximos y tan evidentes. La Masonería fue concebida por sus creadores no solo como depósito de los viejos tesoros del Conocimiento, sobre todo por reunir las claves metodológicas usadas por *los sabios de lo esencial*, sino como importante cauce para su prudente administración y expansión en los nuevos tiempos...

El grado Rosa-Cruz es un grado autónomo, dentro de los sistemas masónicos practicados. Se relaciona con la *construcción* del Templo espiritual y representa el paso de la *antigua Ley*, preceptiva, a la *nueva Ley del Amor universal*, que tiene como parámetros las tres virtudes fundamentales: Fe, Caridad y Esperanza. El Amor fraternal se simboliza con el ágape característico de las grandes tradiciones iniciáticas de la Antigüedad, recibido por el cristianis-

mo y retomado por los herméticos alquimistas, maestros del Arte Real, como máxima expresión simbólica del misticismo transformador de la *materia prima*, que lleva hasta la Piedra Filosofal. Desde el punto de vista cristiano de los alquimistas, se trataría de una exaltación del contenido esotérico de las enseñanzas de Cristo, sin que esta interpretación sea la única que pueda darse a este grado dentro del sistema simbológico de la Masonería y sin que la valoración crística haya de ser masónicamente rechazada.

El pensamiento rosacrucista esencial, sin leyenda, fue recibido en los sistemas graduales masónicos del siglo XVIII como importante elemento del *masonismo*, que, como diría Oswald Wirth, es una actitud vital, resultante de la práctica del Arte Real simbólico, que conduce a la transformación de la materia prima humana, representada en la Masonería simbólica por la Piedra Bruta personal de cada hombre, para convertirla en Piedra Cúbica, bien tallada y apta para la construcción de una sociedad humana mejor y más fraternal.

No existe ningún tipo de vinculación institucional u orgánica entre la Orden Francmasónica y las diversas asociaciones y fraternidades rosacrucistas existentes hoy día en el mundo [2].

---

[2] Los sistemas o métodos de trabajo ritual masónicos no buscan una vía mística de acceso al Conocimiento, aunque también pueda hablarse de la existencia de una mística masónica. Por ello, retomaron el mensaje rosacruciano una diversidad de escuelas surgidas a partir del mismo siglo XVIII y, sobre todo, durante el siglo XIX, aunque sin relación directa con el primer movimiento Rosa-Cruz al que nos estamos refiriendo.

En 1889, el ocultista francés Estanislao de Guaita fundó una «Orden Cabalística de la Rosa Cruz», de corta vida. En 1912, la inglesa Annie Besant fundó una «Orden del Templo y de la Rosa-Cruz», y en 1916, H. Spencer Lewis fundó, en Nueva York, la «Antigua y Mística Orden Rosa-Cruz» (A.M.O.R.C.), establecida en California e igualmente sin relación alguna con la corriente inicial.

LAS OBEDIENCIAS MASÓNICAS

UNA Obediencia es una corporación integrada por logias que acuerdan asociarse o federarse, dándose una Constitución y unos Reglamentos Generales a fin de coordinar sus esfuerzos y sus medios. Es necesario un mínimo de tres logias para formar una Gran Logia simbólica. Como en cualquier sistema democrático, las logias particulares renuncian a algunos aspectos de su soberanía para «obedecer» una normativa común, basada en la Constitución fundacional de 1723 (llamada «de Anderson») o en desarrollos posteriores, de conformidad con la Tradición.

Cada una de estas macroestructuras se denomina tradicionalmente «Gran Logia», en unos casos, y «Gran Oriente», en otros. La palabra *oriente* alude al lugar en que se ubica una Logia (simbólicamente, nos referimos así al punto cardinal por el que vemos surgir el sol cada día) y, por trasposición, al territorio que abarque la federación de que se trate: Gran Oriente de Francia, de España, de Italia, etc.

Las Obediencias masónicas son asociaciones legalmente reconocidas en todos los países democráticos del mundo y cuentan con organismos administrativos semejantes a los de cualquier asociación:

La Asamblea General o Convento de la Obediencia se reúne una vez al año, al menos. Están representadas en el Convento todas las logias de la Obediencia, a través de sus diputados o portavoces, disponiendo de voz y voto.

El Gran Maestre preside la Obediencia y es elegido por los representantes de las logias en la Asamblea o Convento. Suele serlo por el plazo de un año, aunque en algunas Obediencias lo es por plazos superiores, nunca excesivos, salvo en Escandinavia y en Gran Bretaña [1], donde el Rey es presidente nato y vitalicio de las respectivas Grandes Logias nacionales o *históricas*. Salvo en estos casos puntuales, todo Maestro masón que reúna las condiciones idóneas, establecidas reglamentariamente, es elegible para el cargo. Ningún Gran Maestre puede transgredir las normas constitucionales o reglamentarias de cada Obediencia, ni es inamovible.

El Consejo de la Obediencia (que puede recibir diversos nombres, como Gran Consejo, Consejo Federal, Gran Capítulo, etcétera) gobierna la corporación, bajo la presidencia del Gran Maestre. Está compuesto por los Consejeros y los Grandes Oficiales, estos con los mismos oficios, en líneas generales, que los de los oficiales de Logia. Para distinguirlos, van precedidos del adjetivo «Gran»: Gran Orador, Gran Primer Vigilante, Gran Secretario, etcétera. Las relaciones exteriores son gestionadas por un Gran Canciller. Todos ellos son elegidos por el Convento o Asamblea, aunque en algunas Obediencias puedan quedar a discreción del Gran Maestre determinados cargos.

La creación de nuevas logias o la integración de logias procedentes de otras Obediencias, así como el buen funcionamiento de todas ellas, con arreglo a las normas constitucionales y reglamentarias, es competencia del Consejo de la Obediencia. Igualmente lo es la administración de Justicia masónica para dirimir las diferencias que pudieran producirse internamente y para decidir sobre las expulsiones («radiaciones» o «irradiaciones») de miembros, cuando procediere.

Se suelen considerar causas de expulsión las más graves contravenciones de la normativa reglamentaria masónica y todas las que hayan sido objeto de sentencia condenatoria firme por parte

---

[1] En las Grandes Logias de Inglaterra y de Suecia, cuando la corona no es ceñida por un varón, la presidencia pasa a un miembro varón de la familia real.

de los tribunales penales del Estado, aunque en algunas Obediencias es también obligatorio que dimita quien haya dado lugar a la iniciación de un proceso penal, acusado de hechos o actividades delictivas, pudiendo reintegrarse si el fallo judicial final le es favorable. Normalmente, los Consejos crean **comisiones** para el estudio de diversos temas de interés para las logias de la Obediencia o para la Orden, en general.

Las logias se mantienen con las cuotas anuales de sus miembros y con las posibles donaciones recibidas. Cada Logia contribuye a la tesorería de la Federación u Obediencia con una parte de las cuotas personales de sus miembros (capitaciones), responsabilizándose de su recepción en tiempo debido. El Gran Tesorero rinde cuentas anualmente ante la Asamblea. Tanto las logias particulares como la Obediencia están obligadas a dedicar parte de sus fondos a fines de beneficencia.

* * *

La Masonería universal (la Orden Francmasónica) está compuesta por la suma de las Obediencias mundiales que integran a las llamadas logias *simbólicas o azules* (las de los tres grados básicos), más los Capítulos, Supremos Consejos, etc., que integran a los talleres de grados superiores al tercero en cada país, administrados separadamente. Cualquiera que sea su grado superior, un masón *tradicional* ha de estar encuadrado siempre, además, en una Logia simbólica o Logia de base, en la que debe trabajar siguiendo el método o sistema común, como cualquiera de sus otros miembros.

Como hemos visto en páginas anteriores, la Gran Logia de Inglaterra, fundada en 1717, convivió con la Gran Logia de los Antiguos Masones, fundada en 1753, hasta la unión de ambas corporaciones masónicas, con la creación, en 1813, de la Gran Logia Unida de Inglaterra. El Acta de Unión reconoció la validez de las gestiones y trabajos de aquellas dos Grandes Logias durante sus años de existencia separada. Ambas formaciones patrocinaron la

creación de otras Grandes Logias en el mundo, pero a partir de la unión la Gran Logia de Inglaterra trató de imponer la idea de que en cada país solamente puede existir una Gran Logia tradicional (o «regular») y que esa condición de tradicionalidad o regularidad solamente puede reconocerla ella, por considerarse la Gran Logia Madre de la Masonería universal. Naturalmente, este criterio se presta a un análisis *in extenso* que no es propósito de este libro desarrollar. Señalemos solamente que tal forma de tutela pudo ser eficaz dentro del antiguo Imperio británico, pero poco tiene que ver con la fraternidad masónica real.

Por otra parte, el criterio de *territorialidad* (solo una Gran Logia por Estado) es un producto más del siglo XIX, superado por el sentido común. La unidad de la Masonería universal ha de ser concebida con arreglo a otros parámetros. Históricamente, las Grandes Logias han promocionado siempre la fundación de logias particulares allí donde no las había o, simplemente, donde alguna de ellas no contaba con logias particulares federadas. Para corroborarlo, basta contemplar lo acontecido en cualquier país durante los tres siglos de existencia de la Masonería simbólica.

Veamos, por ejemplo, cómo resumía Alexander Lawrie, archivero de la Gran Logia de Escocia, en su *Historia de la Francmasonería* (publicada en 1805), los motivos por los que habían surgido, en la Inglaterra del siglo XVIII, las primeras tensiones territorialistas:

> A comienzos del siglo XVIII, durante el reinado de la reina Ana, la Masonería[2] parecía haber experimventado una súbita decadencia en el sur de Inglaterra. No existían [allí] por aquel entonces más que cuatro logias, y los verdaderos amigos de la Orden desesperaban de poder devolverle su esplendor mientras la sede se encontrase en una ciudad tan alejada de la capital [Londres] como lo estaba la ciudad de York. Por ello, se reunieron aquellas cuatro logias en 1717 y se constituyeron en Gran Logia de Londres, con el deseo de reanimar la Masonería, próxima a extinguirse.
>
> Eligieron a Antonio Sayer como primer Gran Maestre y así fundaron la Gran Logia de Inglaterra, hoy elevada a tan alto grado de

[2] Se refería Lawrie a la Masonería de los constructores de oficio.

> esplendor. El motivo de aquella fundación fue loable y útil, pero las cuatro logias cometieron un gran error: prescindieron de solicitar el consentimiento de la Gran Logia de York que las había constituido. Sin embargo, todo marchó bien hasta 1734 y, bajo sus auspicios, la Orden floreció en las dos partes del país. Especialmente en el sur...

Prosigue Lawrie relatando que, a patir del momento en que la nueva Gran Logia comenzó a crear logias dependientes de ella, la Gran Logia de York rompió las relaciones existentes y surgió entre ambas formaciones una rivalidad...

La regularidad de las Logias y de las Obediencias viene dada por su correcta configuración, de conformidad con los principios definitorios de la Masonería simbólica *tradicional*. Los principios o «marcas» (que los masones anglosajones llaman «landmarks»), sobre cuya tradicionalidad no cabe discusión, son pocos:

- La dedicación de los trabajos masónicos al Gran Arquitecto del Universo, en el sentido ya expuesto;
- el desarrollo del trabajo iniciático de acuerdo con un orden gradual sucesivo que incluya los grados de Aprendiz, Compañero y Maestro, con arreglo a los antiguos Deberes de la Tradición masónica;
- la creación de una Logia masónica legítima con esta finalidad debe ser realizada por un número de Maestros masones que hayan recibido su iniciación de la manera tradicional, con el apoyo de una Gran Logia tradicional o de tres logias ya existentes y también correctamente constituidas;
- la realización de los trabajos teniendo presente el Volumen de la Ley Sagrada (la Biblia, puesto que sus leyendas y narraciones contienen los símbolos que utiliza la Masonería para trabajar) y colocando sobre ella la Escuadra y el Compás, cuyos valores simbólicos mencionamos en páginas anteriores. Los masones tradicionales prestan juramento sobre estas Tres Grandes Luces de la Masonería universal;
- la armonía fraternal de los trabajos, desterrando todo tema específicamente político o específicamente religioso;

- la exclusiva presencia de varones, en las tenidas tradicionales;
- el cumplimiento de las leyes estatales legítimamente promulgadas.

Las Grandes Logias anglosajonas han elaborado diversas listas de «marcas», o «límites» definitorios de la tradición masónica, que incluyen en sus normativas. Los autores norteamericanos e ingleses mencionaban, desde el siglo XIX, veinticinco, que recogió Albert Mackey en su *Enciclopedia de la Francmasonería*. Pero algunas Grandes Logias de Estados Unidos catalogan varias decenas. En 1929, la Gran Logia Unida de Inglaterra resumió ocho principios, señalándose en el octavo que *los principios de los antiguos landmarks serán estrictamente observados*, con lo que no es posible determinar con claridad si bastan los ocho de 1929. En todo caso, estos vienen a coincidir con los anteriormente expuestos, con la salvedad de que, en su tercer principio, se indica que la Biblia es el libro que contiene la «revelación» divina, a la que el iniciado queda *irrevocablemente sujeto* por su juramento. Ello constituye una toma de posición teológico-dogmática que contrasta fuertemente con el contenido del artículo 1.° de los Deberes del masón que figuran en la Constitución fundacional de la Masonería simbólica, de 1723, al que nos hemos referido extensamente en su momento.

Por otra parte, nadie niega hoy la validez de la *metodología* masónica para crear logias femeninas en las que las mujeres puedan encontrarse a sí mismas, sin determinaciones impuestas por el esquema psicológico masculino. De hecho, existen logias femeninas en todos los países, incluidos los de tradición anglosajona. Lo que se opone realmente a la *tradición* masónica es la mixticidad dentro de las logias, utilizando en ellas los mismos símbolos simultánea y conjuntamente para las dos diferentes configuraciones psicológicas determinadas por la distinta constitución psicosomática de hombres y mujeres. La iniciación masónica tradicional, a través de una simbología específica de la «acción» y de la «actitud» masculinas, no se produce solamente en función de la capacidad de razonar, que poseen *todos* los seres humanos.

De igual modo, tampoco es posible iniciar masónicamente a *cualquier* hombre solo por serlo. Existen diversas vías y tradiciones iniciáticas en el mundo y la masónica es una de ellas, con características propias.

Subrayemos también que, sobre este tema, coexisten diversos criterios entre los masones.

Principales macroestructuras masónicas mundiales

Las **Grandes Logias de Inglaterra** (1717), **Irlanda** (1725), **Francia** (1728) y **Escocia** (1736) fueron las primeras grandes corporaciones masónicas de Europa. La inglesa y la francesa se disolvieron en uniones posteriores: la primera, al fundirse con la Gran Logia de los Antiguos Masones, en 1813, para dar nacimiento a la *Gran Logia Unida de Inglaterra*; la segunda, al producirse su escisión en 1773, surgiendo de ella el *Gran Oriente de Francia* y manteniéndose la *Gran Logia* bajo mínimos durante el breve periodo llamado *de Clermont*. Posteriormente esta se refundió con el Gran Oriente, para producirse una nueva escisión, al independizarse el *Supremo Consejo de Francia*, que quedó consumada al apoyar este cuerpo masónico el resurgimiento de la *Gran Logia de Francia*, en 1894.

Señalábamos, al resumir el proceso de expansión de la Masonería en el siglo XVIII, que tratábamos de sintetizar un proceso histórico complejo, durante el cual la idea y la voluntad masónicas esenciales afloraban y se transmitían por Europa casi abruptamente, dando nacimiento a corporaciones diversamente matizadas y de diferente temporalidad, puesto que nunca ha existido una cúpula suprema universal, detentando un «poder masónico», como tantas veces han intentado hacer creer las dictaduras y los adversarios de la Masonería, en general. Semejantes afirmaciones solo revelan un total desconocimiento de la naturaleza de la Orden, en el mejor de los casos.

Veamos *algunas* de las principales corporaciones masónicas existentes en la actualidad, habiendo de renunciar, en esta resumida ex-

posición de lo que es la Masonería simbólica, a la descripción de estructuras existentes en todos los países democráticos del mundo:

Inglaterra

Al referirnos al siglo XVIII, expusimos ya los acontecimientos que llevaron a la creación, en el siglo siguiente (1813), de la actual Gran Logia Unida de Inglaterra, con la integración en esta macroestructura de la que había sido Gran Logia Madre mundial o primera Gran Logia de la Masonería simbólica.

A partir de la controvertida reforma constitucional llevada a efecto por el Gran Oriente de Francia, en 1877, la *United Grand Lodge of England* (U.G.L.O.E.) rompió sus relaciones con la Obediencia francesa y con aquellas otras que compartían el criterio de esta. En el siglo XX su veto abarca también a todas las Obediencias masónicas que mantengan alguna forma de contacto con el Gran Oriente de Francia, aunque solo sea a través de actividades solidarias no vinculadas con la metodología ritual, como en el caso de la Gran Logia de Francia, cuya fidelidad a la tradición fundacional de la Orden no parece poner en duda.

La expansión de la U.G.L.O.E. durante el siglo XIX y gran parte del XX fue paralela a la del Imperio británico, creando Grandes Logias provinciales en los cinco continentes que, tras convertirse en Grandes Logias nacionales, continúan manteniendo con ella estrechas relaciones fraterno-filiales.

El *Masonic Yearbook* señalaba, en 1931, que la U.G.L.O.E. contaba con 5.228 logias, de las que solo 1.102 se hallaban ubicadas en Londres y 2.739 en el territorio insular británico. A finales de la década de los años ochenta eran 8.000 las logias afiliadas y contaba con cerca de 750.000 miembros. Durante los últimos años, sin embargo, esta cifra ha descendido fuertemente, estimándose que son aproximadamente 350.000 los masones británicos actuales y Londres su punto de mayor densidad. El neointegrismo de algunos sectores eclesiásticos frente a la Masonería, así como la repentina intransigencia política de los laboristas,

plasmada en serias amenazas dirigidas contra la intimidad personal de los masones que ocupen cargos públicos, han podido tener mucho que ver con esta nueva situación. La Masonería británica ha desarrollado siempre una ejemplar labor social, dedicando especial atención a la beneficencia pública.

Ya hemos indicado los sistemas graduales que se trabajan en las logias de la U.G.L.O.E., al tratar el tema de los grados superiores, en general. El Supremo Consejo para Inglaterra administra los grados 4 a 33 del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, trabajados también por los masones ingleses.

Gales no cuenta con una Gran Logia independiente y sus talleres trabajan bajo los auspicios de la Gran Logia Unida de Inglaterra.

Fuera del ámbito de la U.G.L.O.E. y a partir de 1902, a iniciativa de la «Orden Masónica Mixta Internacional *El Derecho Humano*», nacida en Francia poco antes, surgieron en Gran Bretaña varias estructuras masónicas femeninas y mixtas, resultantes de sucesivos fraccionamientos. Una de ellas fue la *Honorable Fraternidad de la Antigua Masonería*, fundada en 1908, como reacción contra el excesivo orientalismo y teosofismo de *El Derecho Humano británico*. Esta corporación tomó, en 1964, el nuevo nombre de *Orden de Mujeres Francmasonas*. En 1913 se escindieron también los que habían de crear, aquel mismo año, *La Honorable Fraternidad de Antiguos Masones*. Una nueva escisión del Derecho Humano se produjo en 1925, surgiendo la *Orden de la Masonería Antigua, Libre y Aceptada*, de cuya división, en 1982, nació la *Orden de la Antigua Masonería para Hombres y Mujeres*.

La Logia *Quatuor Coronati 2076* de la Gran Logia Unida realiza una magnífica labor de investigación histórica y metodológica, con publicaciones diversas, incluidos los anuarios que llevan su nombre.

Irlanda

Consta documentalmente que en 1508 los masones de oficio dublineses tenían ya una ordenanza que reglamentaba su trabajo

y que se admitía en la cofradía a personas ajenas al oficio, como «masones aceptados». Una primera Logia constituida solamente por francmasones aceptados tuvo su sede en el Trinity College de Dublin, en 1688.

La primera Gran Logia de Irlanda data de 1725, conservándose sus actas desde 1726. Las logias que se unieron trabajaban de acuerdo con las Constituciones fundacionales londinenses de 1723, y su primer Gran Maestre fue el conde de Rosse. En 1730 se publicó la primera Constitución masónica redactada por los irlandeses. En 1777, la Gran Logia de Irlanda reconoció oficialmente a la segunda Gran Logia inglesa (la de los *Antiguos*), aunque continuó manteniendo relaciones fraternales con la Gran Logia de Inglaterra (la de los «*Modernos*» *o fundacionales*). Los irlandeses crearon numerosas logias militares, a través de las cuales también se extendió la Masonería simbólica a otros países de Europa y del mundo.

La Orden conoció una gran expansión durante el siglo XVIII y hasta mediados del XIX, ya que los católicos no tomaron en consideración las bulas papales de excomunión, emitidas en 1738 y 1751. Pero a raíz de las guerras napoleónicas y, sobre todo, de los movimientos revolucionarios europeos de 1848, el clero católico irlandés adoptó una actitud abiertamente beligerante contra la Orden.

La Masonería irlandesa no se dividió estructuralmente, siendo de la Gran Logia de Irlanda, con sede en Dublín, de la que depende la administración de los tres grados básicos universales en toda la isla y ejerciendo siempre un papel moderador en el conflicto entre la República de Irlanda y el Ulster norteño. La «Asociación Orangista» es una entidad paramasónica no reconocida por los francmasones tradicionales de ningún país.

Las logias irlandesas de los tres primeros grados universales trabajan siguiendo el método estándar fijado por su «Gran Logia de Instrucción», que fue creada por la Gran Logia de Irlanda con este fin en 1860. Se practican gran número de grados superiores: Arco Real, Masón de la Marca, Caballero Templario y también los correspondientes al Rito Escocés Antiguo y Aceptado, si bien

el Supremo Consejo (fundado en 1824) de este último sistema de grados solo administra directamente los tres últimos del mismo (31, 32 y 33), siéndolo los demás por un Gran Capítulo o por Consejos especiales.

La Gran Logia de Irlanda cuenta actualmente con más de 800 logias y en torno a 50.000 miembros. Las mujeres masonas se encuadran en logias femeninas o mixtas, bajo los auspicios de otras Obediencias también presentes en Irlanda, semejantes a las señaladas al hablar de Inglaterra.

Francia

A la Masonería francesa la caracteriza una vocación universalista con matices propios. Si bien la Orden Francmasónica es, por sí misma, un proyecto de fraternidad universal, propuesto a los hombres de todas las razas, lenguas, religiones o idearios políticos democráticos, es indudable que su expresión o concreción corporativa se lleva a cabo en función de condicionantes culturales y sociales que varían de acuerdo con la idiosincrasia de cada una de esas culturas. Francia ha sido, a lo largo de su historia, el crisol europeo más patente de lo romano y lo germánico. Tal vez por ello, ha solido saber proyectar una cultura de síntesis como ningún otro país de la vieja Europa. En lo *hispánico*, en lo *germánico* o en *lo británico* se han dado valores concretos, a menudo muy marcados y, por ello mismo, también a menudo, intransferibles.

Cuando la Masonería simbólica fue recibida en Francia, a principios del que iba a ser el siglo de la Ilustración francesa, comenzó un proceso de identificación-asimilación-proyección que se prolongó hasta nuestros días. Como no podía ser menos, en el proceso se han corrido riesgos y se han producido desequilibrios de realización, por exceso y por defecto. El resultado ha sido, durante los últimos doscientos años, la existencia de una Masonería francesa *plural* y fuertemente *arraigada*, con *presencia social patentizada*.

Por la fuerte influencia que tradicionalmente ha tenido la Masonería francesa en España y por la repercusión que sus movimientos suelen tener en la Masonería europea, resumimos aquí la composición obediencial del actual organigrama masónico francés.

En otro capítulo hemos aludido a los acontecimientos históricos que llevaron a la transformación de la *Gran Logia de Francia* inicial (1728) en *Gran Oriente de Francia* (1773). También aludimos al resurgimiento de aquella, a finales del siglo XIX (1894), y a la presencia, desde 1804, del *Supremo Consejo de Francia* como Obediencia jurisdiccional, administradora de los grados superiores del sistema gradual «Escocés Antiguo y Aceptado».

Con estos tres gruesos pilares clásicos de la estructura masónica francesa coexisten actualmente: la *Gran Logia Nacional Francesa*, la *Orden masónica mixta internacional El Derecho Humano*, la *Gran Logia Femenina de Francia*, la *Gran Logia Tradicional y Simbólica (Opera)*, la *Logia Nacional Francesa*, la *Gran Logia Mixta de Francia*, la *Gran Logia Mixta Universal* y alguna corporación más, con pequeño número de adherentes, amén del *Gran Priorato de las Galias* para la administración en Francia de los grados superiores del Régimen Escocés Rectificado de talleres de la Gran Logia Nacional Francesa y el *Gran Priorato de Francia*, administrador del Régimen Escocés Rectificado para las logias de La Gran Logia Tradicional y Simbólica (Opera). Un Supremo Consejo «*para Francia*», creado en 1965, administra los grados superiores del sistema gradual Escocés Antiguo y Aceptado practicado en el seno de la Gran Logia Nacional Francesa. Un Gran *Colegio de Ritos* administra los grados superiores de las logias del Gran Oriente.

El Gran Oriente de Francia (G.O.F.), con cerca de 45.000 afiliados y en torno a 850 talleres, es la Obediencia más fuerte del país galo. Sus logias practican los tres grados básicos del Rito Francés (que es su método oficial), del Escocés Antiguo y Aceptado y también del Escocés Rectificado. Por otra parte, sus miembros pueden trabajar grados superiores en talleres dependientes del Gran Colegio de Ritos o de otro cuerpo administrador, si son admitidos en él.

Cuenta con una amplia gama de comisiones de trabajo y participa activamente en el estudio de la problemática social de su país.

El Gran Oriente mantiene relaciones fraternales con las restantes Obediencias galas (siendo todas ellas absolutamente independientes), excepto con la Gran Logia Nacional Francesa.

El Convento o Asamblea General del G.O.F. de 1877 suprimió, como ya se ha explicado, la dedicación del trabajo de los talleres al Gran Arquitecto del Universo y la prestación de juramento sobre la Biblia. Ello movió a la Gran Logia Unida de Inglaterra a romper sus relaciones con la Obediencia francesa, influyendo en todas las Obediencias del ámbito anglosajón, con las que los ingleses mantienen estrechas relaciones oficiales, para que hicieran lo mismo. El G.O.F. se considera una Obediencia liberal adogmática, renovadora de la Masonería, y algunos de sus talleres relativizan frecuentemente al máximo el valor de la metodología ritualizada tradicional. De hecho, y en mi opinión, ciertos conceptos sociopolíticos, como el de «la República», han pasado a integrarse en su panteón simbológico en sustitución del más tradicional y significativo referente simbólico de la Masonería universal: el Gran Arquitecto del Universo. En sus talleres se simboliza habitualmente la presencia del ideal republicano mediante el conocido y popular busto alegórico. Sin embargo, mantiene su carácter de Obediencia masculina, por el momento, no iniciando a mujeres en sus logias, aunque se relacione fraternalmente con todas las Obediencias mixtas y femeninas existentes en Francia y fuera de ella.

El G.O.F. cuenta, en el mundo masónico, con una importante área de influencia, manteniendo relaciones estrechas con Obediencias de numerosos países (en Europa, Iberoamérica y África). Históricamente, fue el aliado principal de la Masonería española durante el siglo XIX y gran parte del XX y cuenta ahora con dos talleres que trabajan en España bajo sus auspicios. El órgano oficial de la Obediencia es la revista mensual *Humanisme.*

La Gran Logia de Francia (G.L.D.F.) cuenta con cerca de 26.000 miembros, distribuidos en más de 650 logias, en las que se

trabaja siguiendo exclusivamente el sistema del Rito Escocés Antiguo y Aceptado (a excepción de tres de sus logias, que siguen el Régimen Escocés Rectificado, por razones históricas). Cuatro talleres trabajan en España bajo sus auspicios, por el momento, en espera de constituir, lo antes posible, una federación española. Varios más se hallan en la misma situación en distintos países de Europa.

La G.L.D.F. es una federación de logias herederas de la antigua Gran Logia de Francia, fundada en 1728, que se habían mantenido integradas en el Supremo Consejo de Francia del Rito Escocés Antiguo y Aceptado desde 1804. A aquellas fueron uniéndose, a lo largo del siglo, otras que aún no lo estaban, así como logias de nueva creación, animadas del mismo espíritu tradicional escocista. A raíz del Convento del Gran Oriente de 1877, abandonó esa Obediencia un número de talleres tradicionales disconformes, formando una *Gran Logia Simbólica Escocesa*. En 1894, el Supremo Consejo de Francia concedió la administración independiente de los tres grados simbólicos básicos del sistema a sus logias azules, que, unidas a las de la *Gran Logia Simbólica Escocesa*, reconstituyeron la Gran Logia de Francia. Por tratado de 1904, el Supremo Consejo de Francia y la Gran Logia de Francia se comprometieron a colaborar estrechamente, manteniendo cada uno de ambos cuerpos masónicos completa soberanía e independencia administrativa. Todos los miembros del Supremo Consejo del Rito E. A. y A. proceden, sin excepción, de la Gran Logia de Francia.

Esta Obediencia francesa practica una Masonería tradicional (o *regular*, en la terminología anglosajona), sin eliminar de su método de trabajo ninguno de los símbolos y manteniendo la mayor escrupulosidad en la realización ritualizada del mismo. Mantiene excelentes relaciones oficiales con más de sesenta potencias masónicas mundiales, así como con todas las restantes Obediencias galas, menos con la Gran Logia Nacional Francesa, dado que esta es la única que mantiene en Francia relaciones *filiales* con la Gran Logia Unida de Inglaterra, que, como ya hemos comentado, se considera a sí misma Gran Logia Madre, reservándose el derecho de reconocimiento de todas las Obediencias del mundo. A juicio de la U.G.L.O.E., la Gran Logia de Francia comete el error de

mantener relaciones amistosas, o de buena vecindad fraternal, con el Gran Oriente de Francia, a pesar de no identificarse con la modalidad masónica que este representa.

La Gran Logia de Francia mantiene una esfera de influencia importante, a nivel mundial, al representar la regularidad masónica fraternalmente entendida, a la manera en que solió hacerlo la auténtica *Gran Logia Madre* de 1717, desaparecida como tal en 1813. De ello da fe la reciente creación de la Confederación **Grandes Logias Unidas de Europa**, a iniciativa suya. Durante los dos primeros años de existencia de esta Confederación de Logias tradicionales se han unido a ella seis Grandes Logias y lo harán otras, a plazo corto y medio. Lo importante es que el cauce hacia una integración corporativa continental ha sido ya abierto por: la *Gran Logia de Francia*, la *Gran Logia Tradicional y Simbólica (Opera)*, la *Gran Logia Nacional de Yugoslavia*, la *Gran Logia de Grecia*, la *Gran Logia Nacional Portuguesa* y la *Gran Logia de Canarias* (representando a España y en espera de que se concrete la Federación española del mismo talante, que está en vías de formación).

Otro paso importante en el avance hacia la meta fraternal a nivel mundial ha sido el restablecimiento de relaciones bilaterales entre la Gran Logia de Francia y las Grandes Logias de EE. UU., iniciado por la Gran Logia de Minnesota, a la que, muy probablemente, irán imitando otras Grandes Logias de aquella federación.

Como consecuencia de la aplicación del principio decimonónico de *exclusividad territorial* (un Estado = una Gran Logia), las Grandes Logias estatales norteamericanas solamente mantenían relación con la Gran Logia Nacional Francesa.

La Gran Logia de Francia organiza regularmente conferencias y actos públicos de difusión masónica y participa en iniciativas de interés social, pero mantiene una gran discreción y no se compromete o implica, como Institución, en temas ideológicos paralelos, dejando tales iniciativas al libre albedrío personal de sus afiliados. Muy importante es la labor de investigación masónica de la Logia Juan Scotto Eríugena, que publica sus trabajos semestralmente. La Obediencia cuenta también con la revista trimestral *Points de vue initiatiques*, distribuida en librerías.

La Gran Logia Nacional Francesa se llamó, al ser fundada, en 1913, *Gran Logia Nacional Independiente y Regular para Francia y sus Colonias*, adoptando su actual denominación en 1948.

Su fundación se debió a la iniciativa de dos miembros del Gran Oriente de Francia, disconformes con el talante agnóstico y positivista-militante que imperaba en esa Obediencia en los albores del siglo XX, como secuela de la decisión adoptada por el Convento de 1877, al que hemos aludido ya. Remito al lector a mi libro *Respuesta masónica* (Edit. Kompás, Madrid) para una más amplia exposición del proceso de formación de esta nueva Obediencia francesa y a la participación determinante que, en todo ello, tuvo la Gran Logia Unida de Inglaterra. Recordaré solamente que la Gran Logia Unida «reconoció» sin demora a esta nueva formación, incluso creada con solo dos logias (contra la tradición, que exige que sean tres las logias que se unan para crear un nuevo cuerpo masónico). En 1939 esta Obediencia contaba con 34 talleres, de los que 21 estaban aún íntegramente compuestos por ingleses y norteamericanos, tres eran anglo-franceses y solamente 10 de ellos estaban integrados por masones franceses.

En la actualidad cuenta con cerca de 20.000 miembros, mayoritariamente franceses, y más de seiscientas logias, agrupadas en Grandes Logias Provinciales y Grandes Logias de Distrito, a la manera inglesa. En ellas se trabaja siguiendo los métodos rituales de Emulación, del Régimen Escocés Rectificado, del Rito Escocés Antiguo y Aceptado y del Rito Francés. Para administrar los grados superiores del Rito Escocés Antiguo y Aceptado a los miembros de esta Gran Logia, con independencia del Supremo Consejo de Francia, fue creado, en 1965, un «Supremo Consejo *para* Francia» con el apoyo de los Supremos Consejos de EE. UU., Canadá y Países Bajos. Los grados superiores del Régimen Escocés Rectificado de sus afiliados son administrados por el Gran Priorato de las Galias. Es la única Gran Logia francesa que mantiene relaciones oficiales con la Gran Logia Unida de Inglaterra, no manteniéndolas con las demás Obediencias del país.

Debe ser destacada la labor de investigación masónica que lleva a cabo brillantemente la Logia Villard de Honnecourt 81, cuyos trabajos se publican anualmente.

Conviene aclarar que el tema de las relaciones oficiales no suele afectar demasiado a los masones privadamente. Son muchos los miembros de la Gran Logia Nacional que visitan oficiosamente los talleres de la Gran Logia de Francia, y viceversa, dándose intercambios frecuentes a ese nivel. Lo mismo ocurre entre miembros del Gran Oriente y los de otras denominaciones. La fraternidad suele imponerse, cuando está arraigada en el corazón, por encima de otras consideraciones.

La Gran Logia Tradicional y Simbólica (Opera) fue fundada en 1958, al escindirse de la Gran Logia Nacional Francesa un número de Hermanos disconformes con la tajante restricción impuesta en ella a las relaciones con las restantes Obediencias de Francia. Así lo proclamaron en su Manifiesto fundacional, subrayando su fidelidad a los principios y marcas de la Francmasonería tradicional. Su primer nombre fue *Gran Logia Nacional «Opera»*, para distinguirse de la anterior, aludiendo al emplazamiento de su sede parisina (Plaza de la Ópera).

La Obediencia cuenta con cerca de 150 talleres y aproximadamente 3.000 miembros. En 2000, la Gran Logia Tradicional Simbólica se ha unido a la Confederación de Grandes Logias Unidas de Europa, junto a la Gran Logia de Francia y a las otras Obediencias europeas mencionadas anteriormente.

Sus talleres practican, sobre todo, el método del Régimen Escocés Rectificado, aunque también se siguen el Rito Escocés Antiguo y Aceptado y el Emulación.

La Orden Masónica Mixta Internacional «El Derecho Humano», fundada en 1893, con el título de Gran Logia Simbólica Escocesa Mixta de Francia «El Derecho Humano», tomó su actual denominación en 1899.

Como su nombre indica, es una Orden en la que estudian y trabajan juntos hombres y mujeres, siguiendo una metodología masónica. Su origen estuvo vinculado con el movimiento sufragista europeo de finales del siglo XIX. María Deraismes, junto a Georges Martin, de la Logia *Los Librepensadores del Pecq* (Gran Lógica Simbólica Escocesa), fueron sus promotores, aunque aquella Logia se retractara posteriormente de la iniciación conferida a la señora Deraismes.

En 1898 esta formación se dotó de un Supremo Consejo para administrar los grados superiores a los tres básicos, que entró en funciones en 1901, ejerciendo su jurisdicción con plenos poderes sobre todos los grados del Rito Escocés A. y A. que se trabajaban en la Obediencia y suscitando, por ello, un importante movimiento interno de repulsa que concluyó con una escisión, en 1914. El Convento o Asamblea, reunido en 1920, votó una nueva Constitución que permitía a los talleres de todos los grados, en cada país, crear una Federación o Jurisdicción, administrada por un organismo nacional que estaría representado en el Supremo Consejo. En cada federación nacional existiría un Delegado nombrado por dicho Supremo Consejo. En aquel momento se formaron ya 17 Federaciones nacionales, puesto que la Orden se había extendido considerablemente.

Actualmente, la Federación francesa cuenta con cerca de 400 logias y en torno a 12.000 miembros. En España existen, por el momento, seis talleres de esta Orden mixta.

La Gran Logia Femenina de Francia surgió de las llamadas *logias de adopción* de la Gran Logia de Francia. Desde 1901, la G.L.D.F. quiso contribuir a la promoción intelectual de la mujer creando logias paralelas a las masculinas (con igual nombre que estas) que dependían del Consejo Federal de la Obediencia y en las que se realizaban los mismos trabajos que en dichas logias masculinas, aunque el método ritual difiriese. En 1935 la Gran Logia concedió completa autonomía a todas sus logias de adopción a fin de que creasen una Masonería femenina no tutelada.

En 1936 se reunió el Congreso de las logias de adopción, eligiendo un Secretariado del que saldría, terminada la Segunda Guerra Mundial, el primer Consejo Federal de la *Unión Masónica Femenina de Francia* (1945). En su Convento o Asamblea de 1952 fue adoptado el nombre de *Gran Logia Femenina de Francia*, decidiendo seguir el método del Rito Escocés Antiguo y Aceptado en sus trabajos.

Esta federación es únicamente femenina, aunque recibe visitas de miembros de todas las Obediencias, tanto femeninos como masculinos (salvo decisión privada en contrario de cada Logia). En 1971 crearon un Supremo Consejo Femenino para la administración de los grados superiores del Rito. El Gran Oriente de Francia concedió patente a esta Obediencia para que aquellas de sus logias que lo deseen puedan trabajar según el Rito Francés.

La Gran Logia Femenina de Francia cuenta con más de 200 talleres y cerca de 12.000 miembros.

Escocia

Aunque la Gran Logia de Escocia fuera fundada en 1736, tras haberlo sido las de Inglaterra, Irlanda y Francia, la Masonería operativa era aún muy fuerte en aquel país cuando apenas quedaban ya logias de constructores en el resto de Gran Bretaña, a finales del siglo XVII. Este hecho y la existencia del cargo de maestro de obras escocés habían de influir en el desarrollo de la nueva Masonería simbólica, como hemos comentado ya.

Sin embargo, carecen de base histórica las leyendas que relacionan a los caballeros templarios con la Masonería de oficio escocesa. La documentación histórica masónica que se conserva, relacionada con Escocia, es importante y pone de relieve la existencia de la Logia de la abadía benedictina de Kilwinning desde 1140, sin vinculación templaria alguna. Los Estatutos escoceses de William Schaw (1598-99) eran más que centenarios cuando surgió la primera Gran Logia simbólica inglesa, y algunos de los masones «aceptados» más notables de entonces son bien conocidos (el ge-

neral Alexander Hamilton o el conde de Marchmount, entre otros). No obstante, aquellas normas estatutarias, que recogían la vieja tradición de los constructores, tenían el carácter de ordenanzas gremiales, cuyo objeto era organizar el ejercicio del oficio.

Fue mediante la asociación de 33 de aquellas logias, en 1736, como se fundó la Gran Logia de Escocia, eligiendo como primer Gran Maestre a William Clair de Roslin, último descendiente de la familia Saint Clair de Roslin, que había sido patrocinadora oficial de la Masonería de oficio desde tiempo inmemorial.

La actual Gran Logia de Escocia contaba, en la década de 1990, con cerca de 60.000 miembros y 644 logias situadas en territorio escocés, amén de las existentes en otros territorios británicos bajo sus auspicios, según los datos de que disponemos en este momento.

El método ritual y gradual practicado en Escocia es semejante al inglés, con pequeñas variantes. La Gran Logia tiene pactos de amistad e intercambio con cuerpos masónicos que administran grados superiores a los tres básicos:

- Supremo Consejo para Escocia del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, creado en 1848 con la ayuda del Supremo Consejo de Francia.
- Supremo Gran Capítulo del Arco Real de Escocia.
- La Orden Real de Escocia.
- El Gran Priorato del Templo y de Malta para Escocia.
- Gran Consejo de la Orden de Constantino.

Cada uno de estos organismos administra una pluralidad de grados, cuya prolija exposición evitamos aquí. Recordemos que el Rito Escocés Antiguo y Aceptado no nació en Escocia, sino en Francia y EE. UU., y que fue importado allí en el siglo XIX.

Estados Unidos de Norteamérica

En los Estados Unidos de Norteamérica existe una Gran Logia en cada Estado. Las de la costa Este son, naturalmente, las

más antiguas y fueron creadas mediante la unión de logias fundadas allí por masones dependientes de las Grandes Logias de Inglaterra, Irlanda, Escocia y Francia.

No se conserva documentación anterior a 1730, fecha a partir de la cual se comienza a conocer la existencia de logias norteamericanas, muy abundantes ya a mediados del siglo XVIII. En 1733 se creó, en Boston, una primera Gran Logia Provincial (dependiente de la Gran Logia de Inglaterra). Pero fue tras la Guerra de la Independencia cuando cada una de las trece antiguas colonias británicas se consideró a sí misma nación soberana y durante las últimas décadas de aquel siglo contaron ya con sendas Grandes Logias independientes los trece nuevos Estados.

Obtenida la independencia, las Grandes Logias estatales adoptaron el «principio de exclusividad territorial», que impedía que cada Gran Logia creara talleres fuera de su propio Estado. Como las logias norteamericanas, siguiendo a las británicas, habían practicado básicamente el Rito de York con matices diferentes a lo largo y ancho de aquellos territorios, decidieron, ya entrado el siglo XIX, que cada Gran Logia fijaría su método en lo que llamaron un «Uniform Standard Work», o método homologado para los tres primeros grados masónicos, a fin de que rigiera en todas las logias pertenecientes a un mismo territorio estatal. Los miembros de las logias de cada Estado tienen derecho de visita en todas las logias de los otros Estados y las respectivas Grandes Logias se intercambian anualmente las actas de sus trabajos, manteniendo así estrecho contacto fraternal.

En su conjunto, la Masonería tradicional norteamericana trabaja cinco métodos rituales, organizados separadamente, pero a los que tienen acceso todos los masones miembros de una Logia simbólica básica. Cuatro componen lo que generalmente se conoce como «Rito de York»:

- El básico, para Aprendices, Compañeros y Maestros, homologado por la Gran Logia de cada Estado y administrado por esta.
- El método Críptico, regido por un Gran Consejo General.

- El método del Arco Real, administrado por un Gran Capítulo General.
- El método Templario, administrado por un Gran Campamento General.

Los tres últimos integran los grados superiores del sistema americano.

A ellos hay que añadir el Rito Escocés Antiguo y Aceptado, método del que se trabajan allí solamente los grados superiores (del 4 al 33) y para cuya administración son competentes dos Supremos Consejos con ámbitos territoriales diferenciados: el de la Jurisdicción Sur, con sede en Washington, y el de la Jurisdicción Norte, con sede en Boston.

En 1847, la Gran Logia Africana de Boston adoptó el nombre de su fundador, Prince Hall. En 1784 este había solicitado el reconocimiento de la Gran Logia de Massachusetts, que le fue denegada, dirigiéndose luego a la Gran Logia de Inglaterra (la de los *modernos*, fundada en 1717), de la que recibió el reconocimiento. Posteriormente, la actual Gran Logia Unida de Inglaterra les retiró su confianza, alegando falta de información sobre sus trabajos y procediendo en ello de la misma forma que con otras logias norteamericanas que habían sido aceptadas por la anterior y más liberal Gran Logia andersoniana. Los masones afroamericanos se integran en las respectivas Grandes Logias Prince Hall, existentes hoy en los cincuenta Estados y practican una Masonería tradicional, con pequeñas variantes rituales.

No existe Masonería femenina autóctona en EE. UU., a diferencia de lo que ocurre en otras partes del mundo. Las mujeres simpatizantes con la Orden, o emparentadas con masones, cuentan con asociaciones paramasónicas como la *Eastern Star*, donde no se inicia masónicamente a las mujeres, aunque estas participan activamente en los proyectos asistenciales de las Grandes Logias. No obstante, algunas Obediencias mixtas internacionales (*El Derecho Humano*) y femeninas europeas ofrecen allí sus cauces iniciáticos a las norteamericanas.

La Masonería norteamericana ha experimentado un importante descenso en el número de sus afiliados durante el último tercio del siglo XX, pasando de más de cuatro millones y medio de miembros, tras la Segunda Guerra Mundial, a menos de tres en la actualidad. Hemos comentado en páginas anteriores que la Masonería anglosajona es religiosamente dogmática (creencia obligatoria en un Dios personalizado) y bíblicamente revelacionista (la Biblia como libro o conjunto de libros que contienen la revelación divina), diferenciándose en estos dos aspectos de las más fuertes corporaciones masónicas de Europa continental, que interpretan de otra forma ambos símbolos.

La dedicación a la beneficencia, realizando con ello una notable labor pública, es la característica más destacable de la Masonería norteamericana, a la que han pertenecido, a lo largo de su historia, muy eminentes y conocidos miembros civiles y militares de la sociedad estadounidense. No es posible poner de relieve, en nuestros días, ningún otro tipo de participación activa de los masones norteamericanos *en la vida social y cultural* del país a nivel nacional.

España e Iberoamérica

De los albores masónicos en **España** hemos hablado al referirnos a la expansión de la Masonería simbólica durante el siglo XVIII. Expuse el tema con mayor amplitud en la sinopsis histórica ofrecida en mi libro *Respuesta masónica*, al que me remito.

En el último siglo dominó todos los ámbitos de la vida española, durante cuarenta años, la esperpéntica dictadura nacional-católica que se conoce como «franquista». En realidad, solo a partir de 1975 podría hablarse de un pleno ingreso de España en el siglo XX, tras el malogrado paréntesis republicano de 1931-1939, amenazado de muerte y atacado por generales golpistas desde su mismo comienzo. No es necesario decir que la pequeña historia de la Masonería española entre 1936 y 1975 es solamente el reportaje de una destrucción.

En 1903 promulgó su nueva Constitución el ***Grande Oriente Español***, fundado en 1889 con logias del *Grande Oriente Nacional* y del *Gran Oriente de España.*

Con arreglo a aquella nueva ley fundamental, la administración de los grados superiores del Rito Escocés Antiguo y Aceptado pasaba al Supremo Consejo de España, reservándose el Consejo Federal del Grande Oriente la de los tres grados básicos. Ello contribuyó positivamente a la reducción de tensiones internas, tan nefastas durante el siglo XIX para el desarrollo armónico de la Masonería española.

En 1923, atendiendo a la realidad sociopolítica y geográfica de España en aquel momento, el Grande Oriente descentralizó la Obediencia, creando Grandes Logias regionales. Por su parte, la *Gran Logia Catalano-Balear*, Obediencia soberana, constituida también en el siglo anterior, había pasado a titularse ***Gran Logia Española***, extendiendo su ámbito territorial a toda España y asimismo aceptando la jurisdicción del Supremo Consejo sobre los grados superiores, como lo había hecho el Grande Oriente.

Durante el periodo dictatorial del general Primo de Rivera (1923-1929) creció la Masonería española. Y no porque las inquietudes humanistas, filosóficas o espiritualistas hubieran invadido repentinamente el ánimo de los españoles, sino porque muchos vieron de nuevo en las logias recintos seguros para el debate sociopolítico, dificultado por las medidas antidemocráticas impuestas por la dictadura (que no adoptó medidas claramente prohibitorias de la Masonería). Lamentablemente, si la iniciación masónica no era la meta real buscada, no cabía esperar el auténtico bien de la Orden, ni a corto ni a largo plazo, de la simple buena voluntad, la valía y la caballerosidad indudable de muchos de los nuevos adeptos. Por otra parte, el primer presidente republicano, Niceto Alcalá Zamora, reconocería, desde el exilio, que la Masonería no había ejercido ninguna influencia decisiva en el advenimiento de la República en 1931.

Los más de 130 diputados masones de las Cortes republicanas (de un total de 470) apoyaron, por lo general, la nueva legislación progresista y contribuyeron inteligentemente a la redacción

de la Constitución de 1931, adelantándose casi medio siglo a muchos de los postulados de la Constitución española de 1978. Muy escasos fueron los que, de entre ellos, militaron en partidos extremistas. Sin embargo, fue la Masonería uno de los primeros objetivos de la represión franquista a partir de 1936. Ya antes, la prensa nacional-católica había ido preparando el terreno a través de sus periódicos y de sus actos públicos. No fue solo el general Franco el responsable de los asesinatos de ciudadanos españoles por sus ideas de distinto signo o por actividades legalmente ejercidas con anterioridad.

Más de 1.500 masones fueron fusilados sin juicio previo o válido y otros tantos fueron encarcelados. Cerca de 2.000 hubieron de partir al exilio y sus bienes fueron confiscados. Se abrió causa a cerca de 80.000 personas bajo acusación de Masonería, con arreglo a la ley de *Represión de la Masonería y el Comunismo*, dictada en 1940, cuando jamás habían excedido de seis o siete mil los masones afiliados a los diversos talleres españoles (cuya documentación fue asimismo confiscada o destruida, en parte, por los propios interesados, resultando imposible reunir datos exactos). Del hambre, la miseria y el aislamiento internacional que sufrió España entre 1939 y 1953, bajo el general Franco, este acusó siempre a los masones, a los que emparejaba absurdamente con el comunismo mundial y con el sionismo internacional.

El Consejo Federal del Grande Oriente Español y el de la Gran Logia Española, así como el Supremo Consejo del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, fueron acogidos fraternalmente en México. Solo en 1976 pudo trasladarse a España el Gran Maestre del Grande Oriente Español para intentar repatriar la sede de la Obediencia, pudiendo inscribir el nombre de esta en el Registro de Asociaciones, con arreglo a una ley obsoleta, como «asociación cultural». Hicieron falta varios procesos reivindicatorios de su derecho a existir, para que el Tribunal Supremo de España se lo reconociera al Grande Oriente, en 1979.

A partir de entonces, la Masonería española reemprendió su camino, sin medios materiales, internamente dividida y con el lastre de una propaganda adversa y calumniosa, que había mancha-

do y distorsionado su imagen y sus fines reales ante la ciudadanía a lo largo de cuarenta años. El Grande Oriente no supo remontar tanta adversidad, dividiéndose primero y extinguiéndose después, en silencio, durante la década de los años 1980, pasando a formar parte del panteón histórico-mítico de la Masonería española y motivando reivindicaciones «sucesorias» tan inauténticas y rocambolescas como interesadas en certificar su desaparición.

Actualmente trabajan en España las siguientes entidades masónicas:

La Gran Logia de España, que se sitúa en la línea de la escuela dogmática anglosajona, surgió en 1982, al unirse cuatro logias que trabajaban bajo los auspicios de la *Gran Logia Nacional Francesa*. A mediados de los años 1990 contaba con cerca de setenta logias y en torno a 2.000 afiliados, en gran parte masones no españoles, residentes en el país. Tras la muerte de su Gran Maestre, Luis Salat, se escindió de ella un grupo importante de talleres que formaron la ***Gran Logia Federal Española***, interesante proyecto que pudo haber dado un nuevo sesgo a la Masonería hispana, pero que se resquebrajó, hallándose casi extinto en la actualidad. Los talleres de ambas Obediencias trabajan siguiendo principalmente el Rito inglés Emulación y el Rito Escocés Antiguo y Aceptado.

La Gran Logia Simbólica Española, también surgida en la década de 1980, coincidiendo con la descomposición del Grande Oriente Español, dio sus primeros pasos como Obediencia tradicional para pasar a convertirse en mixta bajo el maestrazgo de Roger Levedère. Actualmente cuenta con dieciocho talleres y en torno a 450 afiliados. Trabajan siguiendo el Rito Francés y el Escocés Antiguo y Aceptado.

La Gran Logia de Canarias, integrada en la Confederación de *Grandes Logias Unidas de Europa*, es una prometedora realidad, dirigida a la estructuración de una federación española de Grandes Logias regionales tradicionales, de la que constituye un

primer eslabón. Está formada por una docena de talleres sitos en las Islas Canarias, con cerca de 250 afiliados, que trabajan siguiendo el Rito Escocés Antiguo y Aceptado. Mantiene relaciones fraternales con La Gran Logia de Francia y con todas las Obediencias de la Confederación europea, de escuela tradicional.

La Gran Logia de Francia auspicia, en 2001, a cuatro logias tradicionales españolas que proyectan la creación de una macroestructura hispana, en línea con la Confederación de Grandes Logias Unidas de Europa, junto con la Gran Logia de Canarias. Estas logias trabajan siguiendo el sistema del Rito Escocés Antiguo y Aceptado.

La Gran Logia Femenina de Francia auspicia a cuatro talleres femeninos españoles que proyectan constituir, en breve, una Gran Logia Femenina de España. Trabajan siguiendo el método Escocés Antiguo y Aceptado.

Existen además, en este momento, varias logias españolas de la *Federación «El Derecho Humano»*, mixtas, que siguen el Rito Escocés Antiguo y Aceptado, una Logia del *Rito de Memfis-Misraím* y dos talleres auspiciados por el *Gran Oriente de Francia*.

* * *

La primera *Gran Logia de Portugal*, creada en 1804, tuvo por Gran Maestre a José de Sampaio e Mello Castro y como Gran Orador a José Liberato, fraile agustino del convento lisboeta de San Vicente. Se crearon a continuación otras Logias en Setúbal, Oporto y Santarem, en un ambiente de moderada libertad que perduró hasta 1809, cuando, ante la invasión napoleónica, se desencadenó una fuerte persecución que amainó tras la derrota francesa para resurgir a partir del Congreso de Viena (1815), en el que las potencias conservadoras europeas convinieron a la represión de cualquier movimiento liberalizador que pudiera evocar al bonapartismo.

Por ello, en 1817, fue ahorcado el Gran Maestre Gomes Freire de Andrade y en aquel mismo año fue prohibida la Masonería en Portugal. Al igual que en España, se produjo un movimiento liberal, en 1820, que hizo posible el regreso de los masones exiliados, siendo elegido Gran Maestre Cunha Soto-Maior, en aquel mismo año, y Silva Carvalho, en 1823, bajo la corona de Juan VI, retornado del Brasil e instalado en el trono por los liberales. La situación permitió reunirse de nuevo a los masones, que dieron a la Gran Logia el nuevo nombre de ***Gran Oriente Lusitano***, adoptando como método de trabajo el Rito Francés.

Sin embargo, duró poco la buena voluntad de don Juan y aún fueron peor las cosas con su rebelde hijo, el regente don Miguel, que se había proclamado rey con el apoyo de la Iglesia y de los absolutistas, durante cuyo breve reinado debieron exiliarse de nuevo numerosos masones portugueses, hasta que la revolución liberal de 1833, con don Pedro I de Brasil y IV de Portugal al frente del ejército, devolvió el trono a la hija de este, María II de Braganza. Don Pedro, retornado del Brasil, donde había buscado refugio la familia real durante la ocupación napoleónica, había recibido la iniciación masónica en Río de Janeiro, también por conveniencia política. Durante los años sucesivos no sufrió persecución la Masonería en Portugal, aunque el regreso de los nuevos exiliados creó una situación confusa y difícil, ya que los del interior y los del exilio no siempre habían actuado coordinadamente. El Supremo Consejo del Rito Escocés Antiguo y Aceptado fue fundado en 1841.

No obstante, los desacuerdos fragmentadores duraron hasta 1869, en que, como había ocurrido en España, se llegó a una situación política más favorecedora de las libertades. Las varias formaciones masónicas que habían surgido entre 1834 y 1869 se fusionaron, formándose el ***Gran Oriente Lusitano Unido*** con las dieciocho Logias activas existentes entonces. Algo después, el Gran Oriente Lusitano extendió su jurisdicción territorial a España, donde un número importante de logias (sobre todo andaluzas) trabajaron bajo sus auspicios hasta que, unidas, formaron la primera Gran Logia Simbólica Española, que se fusionó más tarde con el Gran Oriente de España.

Miembros del Gran Oriente Lusitano desempeñaron importantes papeles en pro de la democratización y laicización de la sociedad portuguesa (Liga Nacional de Instrucción, Academia de Ciencias Libres, etc.), así como en el advenimiento de la República, en 1910, cuando la Obediencia contaba ya con más de 100 logias.

La dictadura de Oliveira Salazar prohibió la Masonería en Portugal mediante su ley de 1935, a semejanza de lo que habían hecho las dictaduras italiana y alemana y haría la española, en 1940 (las dictaduras comunistas harían lo mismo, sucesivamente). Afortunadamente, la persecución de los masones no alcanzó nunca en Portugal las dimensiones que tuvo en España. El Gran Oriente Lusitano fue recreado en 1974, a la caída de Salazar, recuperando su sede tradicional de la rua do Grémio, en Lisboa.

A partir de 1984, varias Logias iniciaron un movimiento de aproximación a la Masonería anglosajona y a sus criterios de «regularidad», surgiendo en 1986 una *Gran Logia de Portugal*, seguida, en 1990, de una *Gran Logia Regular de Portugal* «reconocida» por las Obediencias masónicas de escuela anglosajona y que había de tener azarosa vida. En efecto, durante esa década se escindió la nueva entidad, dando paso a una ***Gran Logia Nacional Portuguesa***, que entró a formar parte de la Confederación de Grandes Logias Unidas de Europa y sumándose así a la fuerte corriente de fraternidad interobediencial paneuropea que la inspira.

Varias logias femeninas, que trabajaron bajo los auspicios de la Gran Logia Femenina de Francia hasta 1997, constituyeron, en ese año, la ***Gran Logia Femenina de Portugal***. También ***El Derecho Humano*** cuenta con algunas logias portuguesas.

* * *

La Masonería padeció en **Italia**, desde sus albores dieciochescos, la oposición más virulenta de la Iglesia católica.

Napoleón Bonaparte, que, como ya hemos comentado, siempre favoreció e instrumentalizó la Francmasonería, creó un ***Gran***

Oriente de Italia en 1805. La caída del emperador dejó la política europea (y de manera especial en Italia y España) a merced de las potencias conservadoras, signatarias del Tratado de Viena, durante varios lustros. Habría que esperar hasta 1859 para ver despuntar nuevamente con fuerza el movimiento masónico italiano, con Garibaldi y Mazzini, aunque doliente de una notable falta de unidad. Fue en 1862 cuando 20 logias italianas crearon el *nuevo* Gran Oriente de Italia. En 1872 se produjo la unificación de este con el Supremo Consejo del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, consagrando así la unidad administrativa de este método o sistema ritual, desde el grado 1 al 33.

En 1898, presidiendo el *Gran Oriente de Italia* Ernesto Nathan, surgió, por escisión, un *Gran Oriente Italiano*. Héctor Ferrari, sucesor de Nathan como Gran Maestre, impulsó la inmersión del Gran Oriente de Italia en el debate social candente que, como en otros países, dominaba la escena italiana de principios de siglo XX. Aumentó entonces enormemente el número de logias y de miembros de la Obediencia, pero en 1908 se produjo un nuevo cisma, alentado entonces por el Vaticano, del que nació la ***Serenísima Gran Logia de Italia***, menos favorable a una abierta participación masónica en la problemática social. Tras la primera Guerra Mundial, el fascismo proscribió la Masonería mediante su ley de 1925 (precursora de la española de 1940), torturando y forzando al Gran Maestre Domizio Torrigiani a suspender los trabajos de todas las logias. La Masonería italiana hubo de pasar a la clandestinidad, aunque se mantuvieron plenamente activos sus talleres situados fuera de las fronteras estatales.

Tras la victoria aliada sobre el fascismo mussoliniano, a partir de 1943 se reconstituyó la Orden, recuperando el Gran Oriente su sede del Palazzo Giustiniani al año siguiente. Sin embargo, fuertes tensiones, basadas en disparidades de criterios que, a menudo, encubrían intereses personales, debilitaron gravemente el resurgimiento masónico en Italia. Una escisión de la Serenísima Gran Logia de Italia dio nacimiento a la ***Gran Logia de los Antiguos Masones Libres y Aceptados***. El Gran Oriente de Italia sostuvo su postura radical laicista, en línea con el Gran Oriente de Francia,

vinculación que se mantuvo hasta 1961, en que el Gran Maestre Giordano Gamberini, estimulado por Ilustres Hermanos norteamericanos, inició gestiones que llevaron a la Obediencia a romper sus lazos con el Gran Oriente galo, siendo reconocida por las Obediencias masónicas de escuela anglosajona a partir de 1972.

En 1992, aprovechando el desafortunado asunto de la seudo-Logia P-2, acaecido en 1981, la diplomacia vaticana consiguió, a través del juez Cordova, que se decidiera una indagación oficial sobre la Masonería italiana. Indagación que finalizó con el *desistimiento por falta de elementos delictivos*, tras varios años de laboriosas investigaciones y confiscaciones de documentos. Pero ello condujo al profesor Giuliano di Bernardo y a un importante número de masones del Gran Oriente de Italia a fundar, en 1993, la *Gran Logia Regular de Italia*, a la que traspasaron su reconocimiento los ingleses, mas no los norteamericanos.

La panoplia obediencial existente puede resumirse así:

El ***Gran Oriente de Italia*** está integrado actualmente por cerca de 560 logias y en torno a 14.000 afiliados, que trabajan siguiendo el método del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, así como el del Rito de York y el de Memfis-Misraím, a elección de los talleres.

La ***Gran Logia de Italia de los Antiguos Masones Libres y Aceptados*** es la segunda potencia masónica italiana, con aproximadamente 7.000 miembros y cerca de 350 logias. Descendiente directa de la Serenísima Gran Logia, creada en 1908, con sede en la romana Piazza del Gesú, sus talleres trabajan exclusivamente según el sistema del Rito Escocés Antiguo y Aceptado y su Gran Maestre es, simultáneamente, Gran Comendador del Supremo Consejo, elegido conjuntamente por los Venerables Maestros de las logias básicas o azules y los presidentes de las cámaras de grados superiores. Es una Obediencia *mixta*, en la que trabajan hombres y mujeres conjuntamente.

La titulada ***Gran Logia de Italia***, que también se proclama descendiente de la Serenísima Gran Logia y ha solido ser la me-

nos ingrata en los medios eclesiásticos italianos, a pesar de su heteróclita composición. Cuenta con cerca de tres mil miembros que trabajan siguiendo el Rito Escocés Antiguo y Aceptado y el Emulación.

La ***Gran Logia del Rito Simbólico*** solamente imparte los tres primeros grados masónicos. Está federada con el Gran Oriente de Italia y cuenta con cerca de 30 logias en el Norte del país.

Existen otras minúsculas formaciones (***Gran Logia de San Marino***, ***Gran Logia Unida de Italia***, etc.) que totalizan unos mil miembros.

* * *

En **Iberoamérica** fue más tardío el establecimiento de la Masonería simbólica, dado que durante el siglo XVIII dependían aquellos territorios de España y Portugal, países en los que la Orden no logró establecerse sólidamente hasta el siglo XIX, como ya hemos comentado. Por otra parte, las circunstancias sociales y políticas de la Península Ibérica durante ese siglo favorecieron la recepción en ambos de una Masonería posnapoleónica, altamente politizada y anticlerical, semejante a la imperante en Francia y en Italia, en la que la mayor parte de los nuevos iniciados que pasaban a los talleres lo hacían atraídos por el brillo del aura intelectual y democrática que los mismos adversarios de la Masonería subrayaban como atributo *maléfico* de la Orden. Las inquietudes de los hombres verdaderamente ilustrados de aquel periodo histórico, de libertades y derechos sojuzgados por los conservadores de un *status* europeo caduco, triunfadores en el Congreso de Viena sobre el bonapartismo, no eran precisamente metafísicas. Por las mismas razones, tampoco lo eran las de la burguesía criolla ilustrada iberoamericana, que recibió mayoritariamente de los países latinos su Masonería y que solo en las logias creía poder debatir libremente los temas candentes de aquellos momentos.

Lo importante es comprender que la Masonería contiene un método de análisis filosófico, que puede aplicarse de formas y con fines diversos, y que cada época tiene sus imperativos en el proceso de construcción de una sociedad humana más justa y más favorecedora del desarrollo de aquellos valores que ponen de manifiesto la espiritualidad del *Hombre*. Pero, como ya hemos señalado, la correcta práctica de los métodos ritualizados, que son la *expresión* de nuestra filosofía, y el respeto de una *determinada Tradición*, que recoge enseñanzas iniciáticas ancestrales, son los dos pilares indispensables sobre los que se asienta la auténtica *Fraternidad* masónica, cuya primera meta es mejorar al hombre. El hombre que mata o difama a otro, no es mejor. El hombre que se impone por la fuerza, no es mejor. El hombre que engaña, no es mejor. El hombre que busca prioritariamente su lucro, no es mejor. El hombre que no trabaja, no razona, no ama, no es mejor. Y solamente a partir de esa premisa de mejora del individuo será posible alcanzar el ideal de una sociedad humana mejorada. La Masonería latina europea y la iberoamericana deberían poder abrir diálogos y aunar esfuerzos para proyectarse en el siglo XXI desde esta perspectiva.

Las primeras logias se fundaron en las Antillas, ya que fueron aquellas islas las más frecuentadas por comerciantes y marinos de potencias en las que la Masonería estaba firmemente asentada, como EE. UU., Inglaterra, Francia y Holanda.

A *Cuba* llegó la Orden a través de la Gran Logia de Pensilvania, que creó una Logia en La Habana en 1804. Inmediatamente después, aquella Obediencia fundó varias logias más, compuestas por masones refugiados de Haití. Sin embargo, estas fundaciones fueron efímeras y se extinguieron hacia 1826. También la Gran Logia de Carolina del Sur y el Gran Oriente de Francia crearon logias en la capital y en Santiago de Cuba.

En 1822 era ya el Gran Oriente Nacional de España el que había creado varias logias de Rito Escocés Antiguo y Aceptado que luego se independizaron, fusionándose en una *Gran Logia del Rito de York*. Todo desapareció por decreto de Fernando VII,

en 1823, aunque se mantuvieron en la clandestinidad algunos talleres de La Habana y de Santiago. Finalmente, en 1859, dos logias supervivientes, más una creada por la Gran Logia de Carolina del Sur, lograron fundar la primera Gran Logia cubana, denominada *Gran Logia Soberana de Colón.* A continuación, se creó el Supremo Consejo del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, presidido por Andrés Cassard, bajo los auspicios del S. C. de la Jurisdicción Sur de EE. UU., planteándose así un serio conflicto jurisdiccional con el Supremo Consejo de España, que habría de durar largo tiempo. Aquel nuevo Supremo Consejo y la Gran Logia Soberana de Colón se fusionaron, formando el *Gran Oriente de Colón.*

En 1868, el gobernador de Cuba, en nombre del Gobierno de Isabel II, fusiló, sin juicio previo, al Gran Maestre y a buen número de sus colaboradores, produciéndose una seria crisis en la Masonería cubana. Sin embargo, en 1876 se constituyó la Gran Logia de la Isla de Cuba con lo que quedaba del anterior periodo. Los masones españoles, bajo los auspicios del Gran Oriente de España, crearon, a su vez, la Gran Logia Soberana de la Isla de Cuba.

El periodo siguiente fue de gran confusión, hasta la obtención de la independencia, en 1898. Lucharon por ella patriotas que, además, eran masones como José Martí, Máximo Gómez o Maceo, junto a otros que no lo eran.

En la Cuba actual no sufre la Masonería persecución alguna por parte del Gobierno nacional, aunque tampoco cuenta con apoyos de ningún género (del que sí gozan otras organizaciones). La Gran Logia de Cuba de los Masones Antiguos y Aceptados (del Rito Escocés A. y A.) cuenta con cerca de 20.000 afiliados y unas 320 logias.

En ***México***, la primera Logia masónica fue fundada en 1806, con el nombre de *Arquitectura Moral,* y a ella pertenecieron el cura Miguel Hidalgo y el licenciado Verdad, ambos muertos en defensa de los derechos humanos. Tras la independencia, se formó una primera *Gran Logia del Rito de York*, en 1825, con la

ayuda de la Gran Logia de Nueva York. La situación político-social de México hizo que los masones mexicanos estuvieran determinados por fuertes sentimientos reivindicatorios y que las luchas internas impidieran un progreso real generalizado de la Masonería simbólica iniciática. La politización y el atomismo obediencial fueron las características predominantes en la Masonería mexicana. Ilustres masones hicieron esfuerzos notables por mejorar las condiciones sociales de los mexicanos, sin que ello contribuyera a una estructuración armónica de la Orden en aquel país.

Actualmente existen tantas Grandes Logias como Estados federados, siendo la del *Valle de México* la más importante por el número de sus miembros y talleres. Esta Obediencia se comportó ejemplarmente con los masones españoles refugiados en México, a raíz de la Guerra Civil española de 1936-39, acogiendo a los supervivientes del Grande Oriente Español y de la Gran Logia Española y permitiendo la gestión administrativa, desde allí, de las logias integradas por españoles y ubicadas en Iberoamérica y África del Norte.

Se practican en México diversos métodos rituales (sobre todo, el Rito Escocés Antiguo y Aceptado) y también auspician talleres allí varias Obediencias francesas y norteamericanas. Los datos estadísticos son inseguros. Únicamente podemos hacernos eco de los facilitados por *Masonic World Guide* para la década de los años 1980, en que el conjunto de los Estados mexicanos contaría con unos 600 talleres y con un total de más de 30.000 miembros.

Cuando ***Venezuela*** y ***Colombia*** aún era parte del virreinato español de Nueva Granada, fundó el independentista caraqueño Francisco de Miranda una sociedad denominada *La Gran Reunión americana*. Pero fue en su exilio londinense donde Miranda y sus amigos crearon una *Gran Logia Regional americana*, en la que trabajaron junto a él Simón Bolívar, O'Higgins, San Martín y Alvear, todos ellos futuros abanderados de la independencia su-

damericana. Francisco de Miranda había sido iniciado en Estados Unidos y había participado brillantemente en la conquista de Amberes, con el ejército revolucionario francés, durante la campaña de 1793. Bolívar había pertenecido, dede 1805, a la *Logia San Alejandro de Escocia*, Logia madre parisina del Rito Escocés Antiguo y Aceptado. Tras la invasión napoleónica de España, fueron ellos, junto a otros miembros de la titulada *Sociedad Patriótica*, quienes proclamaron, tras sucesivas victorias militares, la independencia de Venezuela, en 1811, la de Colombia, en 1821, y, junto con el general Sucre, la de Ecuador, en 1822.

Entre 1821 y 1822 se fundaron en Venezuela y Colombia numerosos talleres masónicos, radicalmente inspirados por un ideario patriótico-burgués que me atrevo a considerar bastante alejado del espíritu iniciático esencial, que todos aquellos militares parecieron marginar. El mismo Bolívar llegó a prohibir la Masonería en Colombia, en 1828, por razones políticas que le afectaban personalmente.

La primera Logia de la aún Nueva Granada fue la de las *Tres virtudes teologales*, creada en Cartagena de Indias, en 1811, con patente de la Gran Logia Provincial de Jamaica (dependiente de la Gran Logia de Inglaterra). También las Grandes Logias norteamericanas crearon talleres entre 1821 y 1823. Joseph Cerneau fundó en Bogotá el primer *Gran Oriente Nacional colombiano* y el primer *Supremo Consejo*. La primera *Gran Logia de Colombia* se instaló en Caracas, también en 1824 (la división territorial de Nueva Granada no quedó definida hasta 1830, con la proclamación de la Constitución nacional venezolana). Fue en 1838 cuando se fundó la *Gran Logia de Venezuela* y en 1847 cuando surgió el *Gran Oriente de Venezuela*, unificándose ambas corporaciones masónicas en 1865. Todo aquel siglo fue «constituyente» en una pluralidad de sentidos y las Masonerías locales fueron referentes constantes del proceso.

En 1916 se disolvió el Gran Oriente de Venezuela y se constituyó la *Gran Logia de los Estados Unidos de Venezuela*, fecha a partir de la cual se produjeron varias escisiones y reagrupaciones. Desde 1957 existen dos Grandes Logias venezolanas: la mencio-

nada y la *Gran Logia de la República de Venezuela*, que parece ser hoy la más fuerte. Contaba esta, en la década de 1990, con más de cien talleres y cerca de seis mil afiliados, de Rito Escocés A. y A. También subsiste la *Gran Logia de Puerto Cabello*, constituida en 1919, y han auspiciado logias venezolanas, durante los últimos años, varias Obediencias extranjeras.

Las cinco Grandes Logias colombianas existentes en 1936 firmaron una Convención. La más fuerte de ellas es hoy la Gran Logia de Colombia (con sede en Bogotá), que contaba, en la década de los años 1990, en torno a 2.200 afiliados. Junto a ella subsisten las Grandes Logias con sedes respectivas en Barranquilla y en Cartagena de Indias, con muy inferior número de afiliados. Los talleres practican el Rito Escocés A. y A., el Rito americano y el Emulación. En 1988 se fundó, bajo los auspicios del Gran Oriente de Francia, un *Gran Oriente de Colombia*.

La primera Logia conocida de ***Ecuador*** fue la titulada *Ley Natural*, fundada en 1808, en la ciudad de Quito. Ecuador formó parte de la Colombia bolivariana hasta 1830, en que obtuvo su total independencia. Entre ambas fechas surgieron en Guayaquil algunas «logias patrióticas», pero fue en 1857 cuando el Gran Oriente peruano fundó en aquella ciudad una Logia simbólica y un Capítulo Rosa-Cruz. Todo quedó en suspenso bajo la dictadura nacional-católica de Gabriel García Moreno, cuyo ingreso en Masonería había sido rechazado en 1861.

Tras la muerte de García Moreno, fue, de nuevo, una Logia creada bajo los auspicios del Gran Oriente del Perú (titulada *Redención*) la que reemprendió la marcha, aunque por corto tiempo, ya que los gobiernos conservadores ecuatorianos continuaron obstaculizando el desarrollo de las libertades en el país. La normalidad no volvió hasta 1895/1897, en que, con la ayuda del Gran Oriente Peruano, se crearon nuevamente talleres simbólicos, así como talleres superiores dependientes del Supremo Consejo de Lima. En 1916 fue creada una *Gran Logia del Ecuador*

que no logró consolidarse, siendo en 1921 cuando surgió la actual Gran Logia de este nombre, auspiciada por la Masonería norteamericana. En 1979 se constituyó la *Gran Logia Equinoccial del Ecuador*, que es hoy la más pujante, con más de 30 logias (buen número de ellas en Quito) y unos 600 miembros, que mantiene excelentes relaciones con otras Obediencias mundiales, fuera de la órbita de influencia anglosajona. También trabajan en Ecuador otras formaciones masónicas menores.

Aparte de la presencia esporádica de masones franceses, detectados por la Inquisición española en el ***Perú*** durante el siglo XVIII, la primera Logia peruana habría sido fundada en 1819 por Antonio Miranda, con el título de *Paz y Perfecta Unión*. En 1822 fundaron los sanmartinistas la Logia *Orden y Libertad*, como entidad independentista. Tras la independencia, y entre 1825 y 1829, fundó el general Valero nuevas logias peruanas, bajo los auspicios del Gran Oriente de Nueva Granada. Entre 1826 y 1829 se crearon Capítulos Rosa-Cruz, del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, en Lima y otras ciudades del país. El canónigo de la catedral de Trujillo, José María Monsón, fundó en Lima, en 1830, el primer *Supremo Consejo* de Perú, cuyo primer Gran Comendador fue el general Pío Tristán. Y en 1831 fue fundada la primera *Gran Logia del Perú*, cuyo primer Gran Maestre fue Thomas Ripley Eldredge.

A partir de 1833 ostentaron el poder en Perú militares conservadores que prohibieron la existencia de logias masónicas, hasta que la situación cambió, en 1845, reconstituyéndose el Gran Oriente en 1848 y pasando a llamarse *Gran Oriente Nacional del Perú*, en 1852. En 1858, por escisión de esta Obediencia, se creó la *Gran Logia Nacional del Perú*, con sede en Callao.

En 1882, tras varias constituciones y disoluciones de Grandes Orientes y Grandes Logias, se fundó la *Gran Logia de los Antiguos Masones Libres y Aceptados*, que adoptaron el Rito de York. Esta Obediencia contaba, en la década pasada, con cerca de 5.500 afiliados y aproximadamente 150 talleres. Con ella se con-

federaron la *Gran Logia de Rito Escocés Antiguo y Aceptado del Perú* y la *Gran Logia Oriental del Perú*, formando la *Confederación de Grandes Logias Masónicas del Perú.*

Las dos primeras logias de **Brasil** fueron fundadas, con ayuda del Gran Oriente de Francia, en Río de Janeiro (*Virtude* en 1801) y Bahía (*Reuniao e Razao* en 1802). En 1804, y bajo auspicios portugueses, fueron fundadas en Río las logias *Constancia* y *Filantropía.* A estas siguieron otras, hasta que, en 1806, el virrey portugués ordenó cerrarlas todas. La persecución se extendió, con altibajos, hasta 1821, en que don Pedro I de Brasil fue iniciado en una de las logias creadas en la clandestinidad: *Comercio y Artes.* Esta Logia fue la primera del primer *Gran Oriente del Brasil*, que, fundado en 1822 con ayuda del Gran Oriente de Francia, adoptó el Rito Francés. Esta bonanza duró muy poco, puesto que Pedro I prohibió los trabajos en aquel mismo año. Fue otro ejemplo del peligro de identificar una ceremonia de iniciación masónica con un acto social o político.

En 1831, tras la abdicación y partida de Pedro I, se reactivó el Gran Oriente del Brasil y se formó otra macroestructura, aún más politizada, con el título de *Gran Oriente Brasileño.* En 1832, con ayuda del Supremo Consejo de Bélgica, se creó el *Supremo Consejo del Brasil del Rito Escocés Antiguo y Aceptado*, como corporación independiente. Los dos Grandes Orientes existentes decidieron entonces dotarse también de sendos Supremos Consejos, con lo que las divisiones internas se vieron favorecidas.

Tras la disolución del Gran Oriente Brasileño, en 1860, funcionaban otros dos Grandes Orientes en Brasil: el llamado de «Lavradio» y el de «Beneditinos» (por el nombre de las calles en que se hallaban sus respectivas sedes, en Río). Ambas Obediencias se fusionaron en 1883, bajo el maestrazgo del mariscal Cardoso Junior. Esta nueva Obediencia separó la administración de los tres grados básicos universales de la de los grados superiores, creando una Gran Logia central, en Río, naciendo, a continuación, sendas Grandes Logias u Orientes estatales en

cada uno de los diferentes Estados brasileños, en las que se practicaron (o practican), además del Rito Escocés A. y A., el Rito Francés, el de Memfis, el Rito Brasileño (creado en 1914), el de York (introducido en 1915) y Emulación. Las logias proliferaron durante todo el último tercio del siglo XIX y primera parte del XX.

Desde 1927 se crearon diversas nuevas Grandes Logias y Orientes, formando un complicado mosaiço. Durante la década de 1990 se consolidaron tres grupos obedienciales: *Gran Oriente Federal* (relacionado con la Masonería anglosajona), *Gran Oriente del Brasil* (que cuenta con una Gran Logia en cada Estado brasileño) y el llamado Colegio de los Grandes Maestres Brasileños (con un Gran Oriente en cada Estado y relacionado con la Masonería francesa). En total, durante la década indicada, había en Brasil cerca de 145.000 afiliados a las logias.

La primera Logia de la que queda constancia en *Argentina* fue la *Independencia*, semiclandestina y formada por nativos y franceses, en 1795. En 1804 había ya varias logias en Buenos Aires, y en 1807 los invasores ingleses fundaron otras tantas, en contacto con masones nativos. En 1812 el general José de San Martín, que había sido iniciado en España, fundó la Logia *Lautaro* junto con Matías Zapiola y Carlos María de Alvear.

Fue a partir de 1853, durante los mandatos de Mitre y Sarmiento, miembros de la histórica *Logia Unión del Plata*, cuando avanzó en Argentina notablemente la Masonería nacional. En 1858 se crearon un *Gran Oriente de la República Argentina* y un *Supremo Consejo*, con dieciséis logias, a las que se añadían varias extrajeras. Todas ellas, menos la llamada *Luz del Sur*, radicaban en Buenos Aires. Los masones argentinos llevaron a cabo una importante labor humanitaria durante el último tercio del siglo XIX.

En 1926 existían en Argentina: la *Gran Logia de la Francmasonería Argentina* y la *Gran Logia Nacional* (fusionadas en ese mismo año como Gran Logia de los Masones Libres y Acepta-

dos), la *Gran Logia Hispano-Argentina* (creada por el Grande Oriente Español), *La Gran Logia Simbólica de Santa Fe* (del Rito de Memfis-Misraím) y varias logias inglesas, encuadradas en una *Gran Logia de Distrito*, dependientes de la Gran Logia Unida de Inglaterra, además de varias logias dependientes de Italia, Francia y Alemania (creadas por emigrados de esas nacionalidades).

En 1935 se unían varias logias para formar el *Gran Oriente Federal Argentino*, que en 1954 se fusionó con la *Gran Logia de los Masones Libres y Aceptados de Argentina* (que mantiene relaciones fraternales con la Masonería anglosajona y con la Gran Logia de Francia), subsistiendo la Gran Logia Simbólica de Santa Fe y la de Distrito inglesa. En total, existen en Argentina cerca de cien talleres que incluyen a unos 4.000 masones practicantes, mayoritariamente, de los métodos Emulación y Rito Escocés Antiguo y Aceptado.

La Francmasonería fue introducida en *Uruguay* con la creación, en 1827, de la Logia *Hijos del Nuevo Mundo* (bajo los auspicios del Gran Oriente de Francia), sobre la que quedan escasos datos. En 1832 existía la Logia *Asilo de la Virtud*, creada bajo auspicios de la Gran Logia de Pensilvania, que abandonó el Rito americano de York para seguir el método del Rito Escocés Antiguo y Aceptado. Los emigrados franceses y brasileños formaron logias durante las dos décadas siguientes. El Supremo Consejo del Brasil ayudó a formar un Consejo Supremo uruguayo del Rito Escocés A. y A. en 1855, y el año siguiente fue creado, con doce logias, el Gran Oriente del Uruguay.

En 1930 se produjo una escisión, de la que nació la Gran Logia Simbólica. Diversos talleres continuaron trabajando bajo auspicios de Obediencias europeas. En 1940 volvieron a unirse el Gran Oriente y la Gran Logia Simbólica del Uruguay, bajo el nombre de *Gran Logia de la Masonería del Uruguay*, que ha venido manteniendo relaciones oficiales con las Grandes Logias de EE. UU., pero no con la Gran Logia Unida de Inglaterra, que cuenta allí con dos logias dependientes de su Gran Logia de Distrito, con

sede en Buenos Aires. En la década de los años 1990 existían en Uruguay cerca de 50 logias y en torno a 2.200 afiliados.

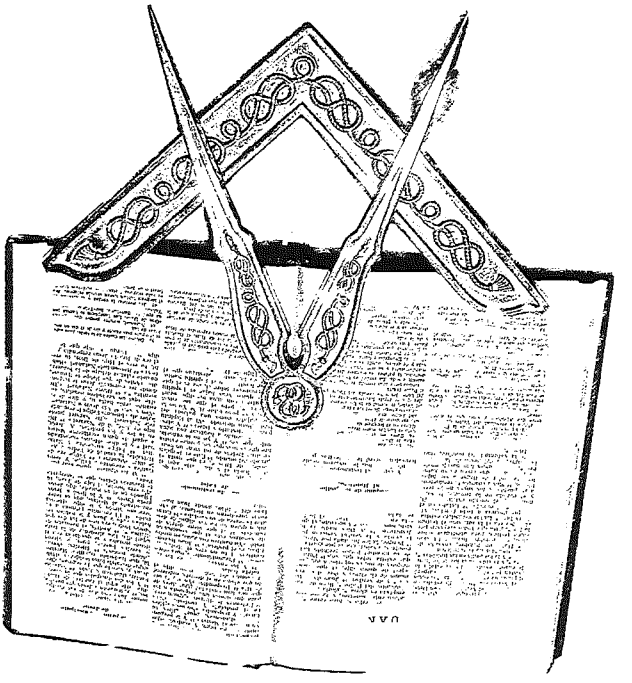
En ***Chile*** fundó el general San Martín, en 1817, una de sus logias *lautarinas*, filial de las *Lautaro* de Buenos Aires y de Mendoza. Se trataba, por supuesto, de una de las entidades patrióticas que abundaban en aquellos tiempos turbulentos de luchas independentistas. En aquella *Lautaro* estuvieron O'Higgins y De la Barra, los dos principales gestores de la independencia chilena.

Pero fue en 1827 cuando surgió la primera Logia nacional: *Filantropía chilena*, creada por Blanco Encalada por encargo del Capítulo Rosa-Cruz de Perú, dependiente, a su vez, del Gran Oriente de Nueva Colombia. En 1853 se fundó en Valparaíso la Logia *Unión Fraternal*, con ayuda de franceses del Gran Oriente de Francia allí residentes. La Masonería chilena se desarrolló a partir de esas fechas, con la apertura de logias patrocinadas por los masones franceses y norteamericanos y el establecimiento de un Capítulo Rosa-Cruz y un Consistorio del grado 30, del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, en 1862. En aquel mismo año, tres logias de Valparaíso, que trabajaban bajo los auspicios del Gran Oriente de Francia, decidieron abandonarlo para crear la *Gran Logia de Chile*. En 1870 se constituyó el Supremo Consejo del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, que fue reestructurado en 1899 para la administración de los grados superiores.

La Gran Logia de Chile trasladó su sede a Santiago y vio crecer el número de sus afiliados rápidamente. Por su parte, las logias que continuaban trabajando bajo auspicios norteamericanos, ingleses, franceses y alemanes también progresaron notablemente durante la última parte del siglo XIX y primera del XX.

La Gran Logia de Chile contaba, en la década de los años 1990, con más de cinco mil afiliados y 160 talleres, aproximadamente. La Masonería chilena se ha distinguido siempre por su laboriosidad y su participación activa en la mejora de las condiciones sociales del país, contribuyendo al estudio de textos legales

(legislación sobre la enseñanza, leyes laborales, legislación crediticia para las zonas rurales, etc.). Un grupo de masones formó, durante la dictadura del general Pinochet, un Gran Oriente de Chile que pasó a denominarse Gran Oriente Latinoamericano a partir de 1990, que cuenta con logias mixtas en diversos países sudamericanos (y también en París, de donde partió el movimiento, entre los refugiados chilenos), especialmente preocupadas por la defensa de los derechos humanos en Iberoamérica. Existe, asimismo, una Gran Logia Femenina de Chile, con algunas logias auspiciadas por ella en Bolivia y Argentina.



EL TRABAJO MASÓNICO EN LAS LOGIAS SIMBÓLICAS

HEMOS resumido las características y el sentido de cada uno de los tres grados fundamentales del sistema iniciático masónico.

El denominador común del avance progresivo es el *trabajo*, especialmente subrayado como indispensable desde el momento en que el Aprendiz pasa a iniciarse como Compañero masón. El trabajo que se realiza en los talleres simbólicos tiene, o debe tener, dos vertientes confluyentes: la ritual y la especulativa, siendo esta última la que viene a sustituir a la actividad manual de los antiguos masones de oficio, al menos en las logias de las Obediencias continentales europeas.

El trabajo ritualizado se realiza siguiendo uno de los métodos tradicionales ya expuestos (*Rito Escocés Antiguo y Aceptado*, *Rito Francés*, *Rito Escocés Rectificado*, *Rito Emulación*, etc.). Las frases del ritual, leídas o memorizadas, así como determinadas palabras específicas, encierran enseñanzas que han de ser conscientemente identificadas e interiorizadas por los obreros del Taller, a través de los símbolos propios del grado.

Al concepto de dualidad universal (Principio binario), que mediante una variedad de símbolos se subraya en el primer grado (Luna y Sol, blanco y negro, etc.), así como al de la fuerza estructuradora de la tríada (Triángulo, Delta luminoso, Fuerza, Belleza y Sabiduría, etc.), se añaden en el segundo grado los símbolos que subrayan la conjunción de lo dual y lo trino en el Pentagrammon o «Estrella Flamígera» y en las múltiples manifes-

taciones de lo quíntuple. Los cinco pasos simbólicos del Compañero o los cinco sonidos de la batería de ese grado son otros tantos recordatorios de la importancia que la presencia de las pentacombinaciones tiene en la naturaleza y en nuestras estructuras mentales.

El trabajo ritual del Compañero masón lo prepara y lo invita a contemplar aspectos del mundo, a través de las ciencias y de las artes, desde la múltiple perspectiva propuesta por los símbolos de su grado. A partir de ahí habrá de ordenar sus pensamientos y proyectar su trabajo ritual en la composición o «construcción» de lo que en términos masónicos se llama una «plancha de arquitectura», algo que aún no podía acometer durante el primer grado, por estar este dedicado exclusivamente a la observación y a la introspección, guardando silencio.

Cada plancha presentada en el taller simboliza una «piedra» semielaborada que ha de ser acabada de tallar y pulimentar entre todos los Hermanos reunidos. Se entabla, en torno a ella, un debate de trabajo en el que todos deben participar para que la obra sea común y pase al acta de la sesión con la impronta de cada uno de sus miembros.

Los talleres se reúnen mensualmente en «cámaras» de primer grado, segundo grado o tercer grado, según al nivel del trabajo iniciático que hayan de llevar a cabo. Los Maestros están presentes en los tres niveles y los Compañeros lo están en los dos primeros. Los Aprendices asisten únicamente a sesiones de su grado durante el año que usualmente dura su primera formación (en las logias continentales europeas).

Como ejemplo de una de las posibles propuestas de trabajo que un Compañero masón (segundo grado de todos los métodos masónicos) puede presentar a su taller, veamos la siguiente «plancha», que trata de los cinco sentidos corporales como facultades humanas que facilitan el primer acceso al conocimiento:

LOS SENTIDOS CORPORALES EN LA INICIACIÓN

«Queridos Hermanos: Con enérgica voluntad, representada por el *mazo*, aplicado sobre el *cincel*, que simbólicamente representa los conocimientos adquiridos a lo largo del aprendizaje masónico, hemos de separar de nuestra piedra bruta las adherencias que encubren la forma interior del «yo» al que queremos acceder, obedientes al precepto grabado en el frontispicio del Templo de Delfos: CONÓCETE A TI MISMO. Conocer nuestra propia estructura impedirá que nos mintamos al analizar nuestras actitudes y facultades ante situaciones concretas.

En esa búsqueda de nosotros «mismos» podemos plantearnos qué papel juegan nuestros sentidos. Cabe preguntarse si el conocimiento sensible es síntoma y símbolo de un conocimiento más profundo y, al mismo tiempo, un punto de partida forzoso para el aprendizaje. Estaríamos abordando así el viejo tema filosófico que hacía decir al viejo Plotino que los hombres deberíamos aprender a mirar, *educando* nuestra mirada.

El cristal que matiza, e incluso determina, el *color* de nuestra mirada es el paradigma concreto que tenemos del mundo en el que gestamos y alimentamos nuestros pensamientos. Los cinco sentidos a los que se refieren nuestros rituales, y en especial el ritual del segundo grado del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, son puertas de acceso sensibles, cuyos datos hemos de ser capaces de transformar gradualmente, superando el relativismo intelectual que nos proponen. En ello estriba el proceso iniciático. Sin esa imprescindible reelaboración íntima no habrá auténtica Iniciación personal. El paradigma iniciático del mundo va más allá del que las ciencias convencionales proponen, puesto que incluye lo metafísico. Los cinco sentidos rituales no son sino instrumentos que, debidamente utilizados, permi-

ten avanzar hacia síntesis que, como la Estrella Flamígera de cinco puntas, representan la estructura del arquetipo iniciático humano.

En cada grado masónico se señala que los masones se reconocen mediante «signos, palabras y toques». Es evidente que los signos son símbolos que se dirigen a la vista, las palabras al oído y los toques al tacto. En esta enumeración se sitúa en primer lugar la vista. La prioridad dada a la vista en Masonería se explica por simbolizarse en la Luz el Conocimiento buscado. No obstante, es del Verbo creador, del «fiat Lux» del Génesis, del que parte la Luz del Conocimiento, como nos recuerdan también los primeros versículos gnósticos del Evangelio de San Juan.

Por otra parte, la trayectoria fisiológica de los sentidos merece ser estudiada desde el punto de vista simbólico. Las primeras sensaciones van desde el *exterior al interior*, produciéndose allí órdenes que recorren el cuerpo humano en sentido contrario: *del interior hacia el exterior*, generando acciones y reacciones. En ello vemos una interiorización del conocimiento, previa a la exteriorización mediante la acción, simbolizando el movimiento cíclico en el que toda acción retorna al centro generador que la desencadena.

Cada uno de los sentidos comparte algo de la naturaleza de los demás. En definitiva, todos ellos son formas de contacto o de «tacto» que nos hacen llegar impresiones del mundo exterior. Según esto, en cada sentido están presentes los restantes, en cierto modo. Interiormente, los sentidos se sintetizan igualmente produciendo sensaciones como la del equilibrio o sentido estático, la álgida, que nos hace percibir dolor y placer, o la cenestésica, reveladora del hambre o la sed. Todos ellos nos advierten sobre «estados» interiores y a ellos se refería Aristóteles cuando decía que «las sensibilidades comunes son el movimiento, el reposo, el número, la figura y el tamaño, pues las sensibilidades de este orden no son propias de ningún sentido en particular, sino que son comunes a todos».

Tal vez por ello, los escolásticos trataron de manera especial de otro sentido: el sentido común, a cuyo cargo estaría la sintetización de los datos facilitados por los demás sentidos. Sin él, los hombres percibiríamos, tal vez, cinco mundos diferentes en nuestro entorno, viviendo sumergidos en una permanente disociación. El sentido común sería el que nos permite unir lo disperso, creando estructuras concretas a partir de las sensaciones visuales, auditivas, táctiles, etc. El sentido común carece, sin embargo, de órgano físico manifiesto. Por un lado, es el sentido que coordina los datos aportados por los demás sentidos, realizando su síntesis, pero por otro representa un principio común con el que todos ellos están conectados. De este modo, los diferentes sentidos no serían sino especificidades de ese único principio común a todos.

En definitiva y simbólicamente, es todo nuestro cuerpo el que «ve» la luz o tiene cierta capacidad de percibirla, aun contando con un órgano especializado para la percepción visual. Eso mismo, y no simbólicamente, parece atestiguar la ciencia médica actual referido al feto humano. Pero precisamente esto nos lleva a preguntarnos sobre una posible jerarquía de los sentidos, a partir del principio común del que emanan y en el que confluyen.

Del orden de precesión de los elementos que señala la filosofía hermética se podría deducir, por analogía, el orden de importancia de los sentidos. Siendo el «éter» alquímico un primer elemento o quintaesencia universal de cuanto existe, en el que se expande el Verbo como primera manifestación del Ser, sería al oído (al que correspondería la captación del Verbo) el primero en la escala gradual de los sentidos. Pero en la simbología masónica, aun siendo el Verbo la raíz de cuanto existe, es la Luz la que, disipando las tinieblas y manifestando las formas, viene a ser el principio de la individuación. Y es esa individuación el punto de partida del trabajo masónico, al que se refiere de manera precisa el trabajo de la piedra bruta. Por ello, el simbolismo solar es el que preside los ritos masónicos.

Los ojos se nutren de luz y transmiten más nítidamente la sensación espacial, situando las cosas en un espacio-tiempo que nos permite aprender a esbozar el concepto de eternidad, *que es el estado de realización a partir del cual todo ocurre simultáneamente.* Nada extraño es, por ello, que en Masonería representemos mediante un ojo aquello que simboliza lo Eterno y que se describa inserto en el Triángulo, formado por la síntesis energía-espacio-tiempo.

Otras tradiciones sitúan al oído como el primero de los sentidos:

Lao Tse recibe el nombre de «Orejas Largas» en la tradición china, asociando el sentido de la audición a la Sabiduría.

En el Concilio de Nicea se denunció como heterodoxa la opinión según la cual el Espíritu Santo habría penetrado en María *por la oreja*, y el misal de Estrasburgo continuó afirmando, en el medievo: «Gaude, Virgo, mater Christi quae *per aurem* concepisti».

Plinio recogió la leyenda de Minerva, nacida del cerebro de Júpiter y viniendo al mundo a través de una oreja del padre de los dioses.

Por otra parte, decía Aristóteles que cada sentido participa de la naturaleza de lo sentido y que la luz es percibida por el ojo porque «hay luz en él», recordando que Platón, en su *Timeo*, señalaba que «lo semejante es reconocido por lo semejante».

En nuestros sentidos se halla la capacidad de percibir el mundo y, por ello, las manifestaciones de lo divino que contiene. Pero si los sentidos son aberturas hacia el mundo, también es cierto que velan todo lo que no es de «este» mundo, es decir, todo aquello que no sea evidente o no sepamos detectar en nuestro universo circundante. Nuestros sentidos están parcialmente condicionados por el uso que de ellos hacemos y por el paradigma al que nos atenemos del mundo en el que nos movemos. Si es la luz de nuestros ojos la que nos permite «ver», habremos de aprender a mirar para ver, como indicaba Plinio.

El gusto y el olfato son sentidos destacadamente activos en la simbolización plasmada en las libaciones que se ofrecen

al iniciando e, igualmente, durante los ágapes rituales, ya que, en ellos, los masones no solo viven de manera especial la fraternidad con quienes comparten los alimentos, sino que, para cada comensal, la ingesta debe ser, en sí misma, motivo de meditación respecto a la función transformadora que comienza con la masticación, como fase previa a la asimilación, concretando el principio hermético de correspondencia entre «lo de arriba» y «lo de abajo» o «lo de dentro» y «lo de fuera». Olores y sabores son manifestaciones sensibles de «estados» materiales que el Iniciado ha de saber distinguir y valorar, estableciendo correspondencias espirituales.

Para tallar la piedra bruta no bastarán, pues, la firme voluntad de hacerlo y el buen bagaje de conocimientos adquiridos (mazo y puntero o cincel), sino que será preciso aprender a depurar la calidad de esa síntesis que se ha llamado «sentido común», mediante el afinamiento de cada uno de los sentidos que concurren en ella. «Hay otros mundos, pero están en este», velados, a menudo, por prejuicios individuales o culturales que tenemos que aprender a discernir.»

En una Tenida, o reunión de Maestros (tercer grado fundamental), la temática se expande, aunque los temas propuestos al Taller por cada Maestro ponente han de ser igualmente completados, mediante las aportaciones posteriores de sus Hermanos. A diferencia de los Compañeros, los Maestros deben utilizar el Compás simbólico que reciben al iniciarse en su grado, como nuevo utensilio destinado al trabajo espiritual y filosófico, para *trasladar* los valores iniciáticos al campo de la *acción constructiva* en su entorno social personal. Veamos un ejemplo de este tipo de «planchas de arquitectura»:

LA SAL DE LA TIERRA

«Queridos Hermanos: En Masonería no podemos confundir las palabras con las ideas. Eso sería caer en la trampa de las apariencias y no "ir más allá".

Nuestra sociedad está siendo, desde hace tiempo, condicionada para el rechazo sistemático del mundo espiritual como algo incoherente con lo que muchos se siguen empeñando en llamar "progreso". La Masonería, basada en una tradición iniciática, representa uno de los más rotundos testimonios de verdadera coherencia, armonizadora de lo inmanente con lo *trascendente.* Es evidente que el universo es mucho más complejo y profundo de lo que la simplista dicotomía materia-espíritu (puesta de moda en el siglo XVIII por el obispo Berkeley) se empeña en enfrentar antagónicamente. Más real es, a la luz de la Tradición iniciática, que lo que llamamos "materia" no sea otra cosa que una manifestación de lo que llamamos "espíritu". También la Física actual parece estar apuntando en ese sentido.

Los francmasones tratamos de conocer e imitar la estructura del universo, queriendo aproximarnos a sus leyes organizadoras en nuestras propias obras. Partiendo de las formas materiales, tratamos de ver lo que hay más allá de ellas. A través de esa estructura se nos revela, en la medida de nuestra capacidad y de nuestro esfuerzo, la Fuente o Fuerza generadora que designamos como Gran Arquitecto del Universo, inaccesible para nosotros directamente, pero manifiesta en la Obra universal. Queremos ser respetuosos imitadores de una normativa universal a cuyo estudio nos dedicamos para adecuar a ella nuestra Acción.

No es la Vía Láctea o la constelación de Orión lo que nos maravilla, sino la Ley misteriosa que rige su presencia en nuestro universo, cuyo conocimiento nos hará capaces de conocer nuestra propia estructura humana. Por lo tanto, los francmasones, en nuestras logias, dejamos fuera de nuestro campo de reflexión la temática de las religiones positivas existentes, que se empeñan en centrarse en una "persona" divina, en un "dios" ontológico, diseñado con rígidos trazados dogmáticos. El Gran Arquitecto del Universo, Inteligencia y Amor supremos, es nuestro referente racional y la coherencia de la Obra universal, que es su manifestación es-

plendorosa, es el objeto de nuestro estudio y de nuestros Trabajos.

La Iniciación a través de un oficio, que en nuestro caso es el de la construcción, consiste, a mi juicio, en aprender a verlo todo relacionado entre sí, uniendo lo disperso con un nuevo sentido de la armonía que habremos de tratar de reproducir en nuestros actos. Esto, que es el gran parámetro de lo que ha de ser la conducta masónica, debemos transferirlo al mundo de nuestra vida diaria, en lo personal y en lo social. No podemos dejar pasar ninguna oportunidad de subrayar que el ser humano histórico es portador de valores que lo trascienden, en la medida en que se halla en un proceso de evolución del que tiene que ser consciente para coadyubar a él comenzando por sí mismo. Serán las individualidades que lleguen a ESA convicción iniciática, uniendo sus voluntades fraternalmente, las que harán posible la mejor construcción de la sociedad humana.

La incertidumbre existente sobre el papel de la Masonería de nuestro tiempo radica, a mi juicio, en que el tema de la Iniciación no está claro para muchos Hermanos: que accedieron a la Orden con otras ideas, permaneciendo aferrados a ellas. Porque lo anormal no es llamar a las puertas del Taller con conceptos profanos arraigados, sino no trasmutarlos progresivamente, en un proceso alquímico que nos va abriendo los ojos a la Luz que hemos venido a buscar en las logias.

Querer arreglar el mundo desde el paradigma materialista vigente es una quimera. Ciertamente somos muchos los que estamos convencidos de ello en todas las latitudes y en los diversos estratos sociales. Pero nadie parece saber qué hacer para que sea el respeto de la dignidad humana lo que llegue a convertirse realmente en la meta sagrada de nuestro devenir histórico. Recordemos que lo que pasa a ser historia no es otra cosa que aquello que ocurre cada día. Serán, pues, los actos diarios de gran parte de la humanidad los que determinarán el sesgo que tome nuestra Historia.

Si en nuestros Talleres se promueve verdaderamente la *Fraternidad* como versión concreta del Amor universal, estableciendo diálogos de "corazón a corazón" o "de hombre a hombre", sinceramente y buscando la verdad, nuestras logias serán centros revitalizadores que nos permitirán "terminar fuera la obra comenzada dentro". La Fraternidad masónica no parte de ninguna homologación previa de carácter religioso, político o profesional, sino del juramento libremente prestado de asentar en nuestro corazón, y de practicar en adelante nuestra voluntad de considerar como iguales y como hermanos a todos los hombres por el hecho de serlo, sin más condicionamientos.

Nuestro pensamiento y nuestra voluntad se forman a través de nuestra relación con los demás miembros de la Logia y también con los de la sociedad general. Solo siendo conscientes de que "tu" eres otro "yo" podemos desarrollar la vivencia iniciática de la Fraternidad, y ese proceso implica necesariamente el reconocimiento íntimo de que la Humanidad se realiza en la suma de posibilidades representada por cada individualidad concreta, pasada, presente y futura. De esa concienciación real emerge de forma natural la vivencia del principio iniciático de *Igualdad*, también explícitamente considerado en el artículo 1.° de las Constituciones de 1723, al subrayar que todos los hombres honrados y de buenas costumbres son igualmente dignos de emprender juntos la construcción de la Fraternidad universal, por encima de las diferencias convencionales que pudieran separarlos.

Tanto la Fraternidad como la Igualdad de nuestra triple divisa son fruto natural de la *Libertad* iniciáticamente entendida y no de la simple "libertad" a la manera en que es interpretada políticamente. Recordemos que la Masonería representa un sublime proyecto de realización humana y que *nuestra filosofía no es la académica*. El hombre solo es libre a partir del conocimiento de sí mismo y de su capacidad de autocontrol ante las diversas opciones que su "ilustración" o

aprendizaje del mundo le va mostrando. Para ser realmente libres hemos de liberarnos interiormente. De nuevo, conviene poner de relieve la diferencia entre el mero discernimiento racional y crítico elaborado en uno de nuestros hemisferios cerebrales y la "respuesta" iniciática masónica, que debe ser una conjugación dimanante de los dos hemisferios.

La Libertad está representada en nuestras logias mediante el método de expresión simbólica, que iguala al muy erudito con el menos erudito de sus miembros, por cuanto no es un bagaje de datos académicos (ciertamente favorable) lo que condiciona el acceso a la libertad espiritual, sino la consolidación de un sentimiento al que cada uno puede llegar a partir de ricas vivencias propias, seleccionadas e interiorizadas a través de su relación con los demás hombres y con la naturaleza.

Propongámonos modestamente ser, en nuestros entornos personales y día a día, ejemplos concretos de esta manera masónica de vivir la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad espirituales, que son fundamento de las libertades ciudadanas, de las igualdades legales y de la solidaridad global que los Estados de Derecho del mundo, tan lentamente y con tantos fracasos, dicen querer imponer. Solo eso nos llevará a ser la "sal de la Tierra" a la que se refería nuestro querido Hermano Oswald Wirth.»

* * *

En los Talleres respetuosos de las normas tradicionales de la Masonería simbólica universal no son tratados nunca temas políticos partidistas o puntuales, ni temas expresamente religiosos *u otros ajenos al espíritu humanista y fraternal de la construcción masónica* que, por su naturaleza, causarían, sin duda, divisiones anímicas y no meras divergencias de opinión. Las excepciones comprobadas que pudieran producirse (y que se han producido,

en algunos casos, a lo largo de la Historia) darían motivo a examen por las comisiones de Justicia de las propias logias o de la correspondiente Gran Logia y, eventualmente, a la expulsión o «demolición» del Taller implicado. Conviene recordar que no son pocas las asociaciones y sectas que adoptan la nomenclatura masónica, su simbología (u otra, solo aparentemente análoga) y su estructuración en «logias», persiguiendo fines que nada tienen que ver con la Orden Francmasónica.

Esto fue lo ocurrido en el tan manipulado asunto de la Logia P-2 italiana, expulsada del Gran Oriente de Italia mucho tiempo antes de que se produjeran los acontecimientos plenamente irregulares denunciados en 1981. Aquella Logia había sido deliberadamente utilizada por personas infiltradas, que continuaron utilizando el nombre de la Logia tras la expulsión, causando gran daño a la Orden en todos los sentidos. Desgraciadamente, este tipo de excepciones se han producido en todas las instituciones históricas conocidas (gobiernos, partidos políticos, órdenes religiosas o iglesias, organizaciones de beneficencia, etc.). Lo fundamental es detectarlo, corregirlo y reforzar las medidas cautelares para evitarlo.



APÉNDICES

EL DERECHO MASÓNICO

OBLIGACIONES DEL FRANCOMASÓN

EXTRACTO DE LOS ANTIGUOS ARCHIVOS DE LAS LOGIAS DE ULTRAMAR, DE INGLATERRA, ESCOCIA E IRLANDA PARA USO DE LAS LOGIAS EN LONDRES

PARA SER LEÍDO EN LA RECEPCIÓN DE NUEVOS HERMANOS O CUANDO LO ORDENE EL MAESTRO

LONDRES

Anno Domini 1723
Año masónico 5723

Los talleres o logias de francmasones medievales tenían como denominador común las «reglas» del Arte Real, que venían obligados a aplicar escrupulosamente en los trabajos de construcción a los que se dedicaban. En este sentido prestaban sus miembros juramento de fidelidad, mediante el cual se establecía el vínculo de fraternidad que unía a los componentes de los diversos talleres, sin que existiera una dependencia jerárquica respecto de la Logia Madre, que ejercía tan solo una función arbitral entre profesionales, con el reconocimiento de la autoridad profana. Ya hemos indicado que las logias «madre» eran aquellas que habían dado origen a otras, para efectuar trabajos puntuales de construcción en localidades diferentes a las de su radicación.

La situación cambia con la aparición de la Gran Logia de Londres, en 1717, consolidándose un nuevo tipo de Masonería, que llamamos especulativa, por haber transferido los valores alentados y venerados por las cofradías de constructores operativos al campo abstracto o mental, dando fuerza simbólica independiente a los elementos materiales que aquellas habían considerado solo en función del mejor ejercicio de una profesión practicada en armonía fraterna, con objeto de dar carácter universal a tales valores, ampliando a todos los hombres «libres» la posibilidad de acceder al Conocimiento, siguiendo una metodología simbolista, y eliminando del concepto de «fraternidad» fronteras profesionales o de cualquier otra naturaleza.

La Gran Logia de Londres tenía necesariamente que poder perfilar las líneas de la nueva estructura a la que daba vida emitiendo una normativa indispensable. Con ello aparece en Masonería el concepto de Obediencia como agrupación de logias que aceptan un plan de trabajo especulativo determinado, delegando parte de su soberanía en un organismo supraestructural, presidido por un Gran Maestro elegido.

Tanto la creación de nuevas logias como la admisión de nuevos miembros pasaron a ser materia reservada al dictamen y discreción de un Gobierno masónico, con lo que aparecía un nuevo Derecho que poco tenía que ver con las reglamentaciones de las cofradías laborales del medievo, emanadas formalmente de la autoridad profana, mandante de los constructores (como habían sido los capítulos catedralicios o los municipios).

Bajo el maestrazgo de Jorge Payne se encargó a Jaime Anderson (quien, como hemos señalado ya, presidió muy probablemente una comisión al efecto) el estudio y selección de la documentación histórica correspondiente a las logias operativas y a las viejas costumbres masónicas para coordinarlas y adecuar la posibilidad de su utilización por las nuevas logias especulativas inglesas. De aquel trabajo surgió la que podemos considerar Carta Magna masónica, aprobada por los delegados de los talleres de la Gran Logia de Inglaterra, el 17 de enero de 1723, como «Constituciones de los Francmasones» y divulgada a partir de entonces, universalmente, como «Constituciones de Anderson».

Estas «Constituciones» representan, para todos los masones, el monumento jurídico fundamental de la Orden, y su enseñanza y conocimiento son «la única garantía de la perennidad de nuestra Institución», en palabras del Maestro Plantagenet.

La sucesiva formación de otras Obediencias y la promulgación de sus respectivas constituciones y reglamentos, inspirados siempre en el texto modélico de las de 1723 (y sus reediciones posteriores), hace que cada Oriente o territorio masónico, constituido en lo que llamamos «Gran Oriente» o «Gran Logia», según los casos, se rija por una normativa propia, matizada según la idiosincrasia territorial, conservando las Constituciones de Anderson

un auténtico carácter «canónico» de referencia indispensable. Los valores fundamentales vertidos en ellas, expresados en términos lingüísticos históricamente circunstanciados, tienen permanencia universal en el estadio evolutivo actual de nuestra Humanidad. La indiferencia o el desconocimiento de la Ley masónica que se recoge en las Constituciones no ha sido sino fuente de división y de desviaciones con vanas pretensiones universalistas que, en definitiva, no son más que concesiones indulgentes hechas en función de un concepto profano transitorio de «progreso» que para nada tiene en cuenta el basamento iniciático de la Masonería.

Recogemos a continuación las «Obligaciones» generales propiamente dichas, dejando para un futuro estudio monográfico el resto del texto de las Constituciones, cuya introducción es una exposición fabulosa, de valor simbólico, sobre los orígenes de la Masonería operativa, según hemos indicado anteriormente. En lo que podríamos considerar tercera sección de las Constituciones, recogieron Anderson y sus colaboradores, parcialmente, las ordenanzas más usuales de las antiguas cofradías operativas para formar unos nuevos «Reglamentos» con el carácter propio exigido por la organización de la nueva Obediencia. Descartaron, para ello, textos antiguos que podrían haberse prestado peor al proceso de mutación perseguido.

Los Reglamentos contenidos en las Constituciones tienen solo valor paradigmático, ya que cada obediencia masónica redacta los suyos en desarrollo de su propia Constitución. El texto íntegro de las Constituciones de Anderson ha sido frecuentemente traducido al castellano, aunque poco difundido en medios profanos (véanse en el *Diccionario enciclopédico masónico*, de venta en algunas librerías españolas). Sin embargo, he preferido realizar, para esta ocasión, un esfuerzo propio de traducción «libremente fiel», tratando de conservar en lo posible el «modus» de la antigua redacción.

I

DE DIOS Y DE LA RELIGIÓN

Un Masón está obligado, por el compromiso adquirido, a obedecer la Ley moral; y si entiende correctamente el Arte (Real), jamás será un estúpido ateo ni un libertino irreligioso. Pero, si bien antiguamente los masones venían obligados, en todos los países, a seguir la religión del respectivo país o nación, fuese cual fuere, se considera hoy día más expeditivo no obligarlos sino respecto a la religión sobre la que todos los hombres están de acuerdo, dejando para cada uno sus opiniones personales. Esa religión consiste en ser hombres buenos y sinceros, hombres de honor y probidad, cualesquiera que fueren las denominaciones o creencias que pudieren distinguirlos. Con ello la Masonería se convertirá en el Centro de unión y medio conciliador, mediante una amistad sincera, de quienes (de otra manera) habrían tenido que permanecer perpetuamente separados.

II

DE LA AUTORIDAD CIVIL SUPERIOR E INFERIOR

Un Masón es siempre un súbdito apacible, respetuoso con el poder civil, dondequiera que resida o trabaje. Nunca se implica

en conspiraciones o complots contra la paz y la dicha de la nación, ni se rebela contra la autoridad institucional, porque la guerra, la efusión de sangre y las perturbaciones fueron siempre funestas para la Masonería. Así, los antiguos reyes y príncipes estuvieron siempre dispuestos a proteger a los miembros de la corporación, pues su tranquilidad y su fidelidad, que desmentían en la práctica las calumnias de sus adversarios, elevaban el Honor de la Fraternidad, que siempre prosperó en tiempos de paz. De suerte que, si un Hermano se rebelase contra el Estado, no debería ser apoyado en su acción. Sin embargo, podría ser compadecido como desdichado y, si no es convicto de ningún otro crimen, aunque la fiel Cofradía deba desaprobar su rebeldía para no dar al Gobierno motivo de descontento y evitar que quede resentido, no se le podrá excluir de la Logia, puesto que su relación con ella es indisoluble.

III

DE LAS LOGIAS

Una Logia es un lugar en el que los masones se reúnen y trabajan: de ello procede el que a esa reunión o grupo, debidamente constituido, se le denomine Logia. Todo Hermano debe pertenecer a una Logia y someterse, no solo a su reglamento particular, sino también a los reglamentos generales. Una Logia puede ser particular o general. La diferencia se percibirá por su relación respectiva o por el estudio de los reglamentos de la Logia general o Gran Logia, anexos al presente texto. Antiguamente, ni los Maestros ni los Compañeros podían abstenerse de acudir (a la Logia), sobre todo cuando habían sido convocados, sin incurrir en severa censura, a menos que justificasen ante el Maestro y los Vigilantes la existencia de un impedimento serio.

Las personas admitidas a formar parte de una Logia deben ser hombres buenos y sinceros, nacidos libres, de edad madura y

prudente, ni esclavos*, ni mujeres, ni hombres inmorales que causen escándalo, sino sólo hombres de buena reputación.

IV

DE LOS MAESTROS, VIGILANTES, COMPAÑEROS Y APRENDICES

Cualquier ascenso, entre masones, deberá basarse en el valor y mérito personal, de tal forma que sirva adecuadamente al Maestro (Venerable), que los Hermanos no tengan que avergonzarse de ello y que la Masonería no sufra menoscabo. Por eso ningún Maestro o Vigilante será elegido en razón de su antigüedad, sino tan solo en función de su mérito. Resulta imposible precisar todo por escrito. Cada Hermano deberá estar presente en su lugar y aprender según los métodos característicos de la Masonería.

Que los candidatos sepan tan solo que ningún Maestro puede admitir a un Aprendiz si no tiene suficiente trabajo para dárselo, y no siendo un joven perfecto, exento de malformaciones o defectos físicos susceptibles de incapacitarlo para instruirse en el Arte (Real), servir al mandante** de su Maestro, llegar a ser un Hermano y después —a su debido tiempo— un Compañero, tras haber cubierto su periodo de aprendizaje en las condiciones fijadas por las costumbres del país. Deberá asimismo ser hijo de padres honorables, a fin de que, si resulta digno de ello, pueda tener el honor de ser llamado a ocupar el puesto de Vigilante y después el de Maestro de Logia (Venerable), Gran Vigilante y, finalmente, Gran Maestro de todas las logias, en la medida de sus méritos.

Ningún Hermano puede ser nombrado Vigilante antes de haber sido Compañero, ni Maestro (Venerable) antes de haber sido Vigilante, ni Gran Vigilante antes de haber sido Maestro (Venerable), ni Gran Maestro sin haber sido Compañero con anterioridad

---

* La esclavitud, como condición civil, impedía la libertad de acción y de participación en Logia.

** Entre los masones operativos era el «Jefe del taller» quien recibía los encargos de obras.

a su elección, aun teniendo que ser de noble cuna u hombre eminentemente distinguido, sabio reputado, arquitecto hábil o señalado en cualquier otro arte, nacido de padres honrados y gozar, por mérito propio, de la estima de las logias. Y para facilitar al Gran Maestro el cumplimiento honorable de los deberes de su cargo, le es dado poder elegir por sí mismo a su Adjunto (Diputado Gran Maestro), que debe ser, o haber sido, Maestro (Venerable) de una Logia particular y tiene el privilegio de actuar como actuaría su superior, el Gran Maestro, de no hallarse este presente y no haber dejado manifestada su voluntad por escrito.

Estos Maestros y gobernantes supremos, y subordinados de la antigua Logia, tienen que ser obedecidos en sus funciones respectivas por todos los Hermanos, conforme a los Antiguos Deberes y Reglamentos, con humildad, respeto, afecto y diligencia.

V

DE LA CONDUCTA DE LOS MASONES EN EL TRABAJO

Todo Masón trabajará honradamente durante los días laborables a fin de poder vivir honorablemente los días festivos, respetando el tiempo prescrito o consagrado por el uso en cada país.

El más experto entre los Compañeros será elegido o nombrado Maestro o también Inspector de Trabajos, y quienes trabajen a sus órdenes le llamarán Maestro. Los obreros deberán evitar toda conversación deshonesta, no interpelarse usando nombres descorteses, sino los de Hermano o Compañero, y comportarse correctamente (cívicamente), tanto en el interior como en el exterior de la Logia.

El Maestro, consciente de su capacidad, se encargará del trabajo en las condiciones más razonables y hará uso de los materiales como si fueran de su propiedad. No asignará a ningún Compañero o Aprendiz salario superior a aquel que realmente merezcan.

El Maestro y los masones recibirán sus salarios equitativamente, serán fieles a quien los emplea, ejecutarán lealmente su trabajo, por obra realizada o por jornada, pero no deberán emprender como obra aquello que suele hacerse por jornadas.

Ninguno deberá sentirse celoso de la prosperidad de otro Hermano y no intentará suplantarlo o que sea apartado de su trabajo si es capaz de ejecutarlo, ya que nadie puede terminar el trabajo iniciado por otro, con las mismas ventajas que para aquel a quien esté destinado, si no se está perfectamente enterado de los proyectos y planes de quien lo haya empezado. Cuando un Compañero es elegido Vigilante de Obra, subordinado al Maestro, deberá ser franco tanto respecto a este como a los Compañeros, vigilar atentamente el trabajo en ausencia del Maestro y será obedecido por sus Hermanos.

Todos los masones aceptarán prudentemente su salario, sin murmuraciones ni protestas, y no abandonarán al Maestro hasta haber terminado el trabajo.

Los Hermanos jóvenes deben recibir instrucción en la labor, a fin de evitar que, por inexperiencia, malgasten los materiales, y para acrecentar y consolidar en ellos el amor fraternal.

Todos los útiles empleados en el trabajo deben haber sido aprobados por la Gran Logia.

No debe emplearse a ningún bracero en lo que es el trabajo masónico propiamente dicho, ni tampoco deberán los Francmasones, sin haber urgente necesidad de ello, trabajar con quienes no son «libres»; no enseñarán a los braceros y masones «no aceptados» aquello que solo deben enseñarse entre sí.

VI

DEL COMPORTAMIENTO

1.° *En la Logia, cuando se reúne*

No se debe: formar grupos privados o mantener conversaciones separadas sin permiso del Maestro (Venerable); hablar de temas inoportunos o hacer afirmaciones impertinentes; interrumpir

---

NOTA: El lector percibirá, sin duda, que en el texto se utilizan expresiones del lenguaje laboral de la época con un valor críptico que solo en la vivencia masónica alcanza todo su sentido. Existe una extensa jurisprudencia interpretativa y una abundante bibliografía a disposición de quienes se interesen.

al Maestro, a los Vigilantes o a un Hermano que dialogue con el Maestro; adoptar una actitud jocosa cuando la Logia debate algo serio y solemne; emplear, bajo ningún pretexto, un lenguaje soez, sino testimoniar siempre al Maestro, a los Vigilantes y a los Hermanos el respeto debido, manifestándolo significativamente.

Si se formula una queja, el Hermano reconocido como culpable se someterá al juicio y decisión de la Logia, que tiene la jurisdicción adecuada y competente en tales diferendos (a menos que se recurra en apelación a la Gran Logia) y ante la que deben ser dilucidados, de no ser que ello implique una interrupción del trabajo, en cuyo caso se podrá ordenar un procedimiento específico. En ningún caso se puede acudir a los tribunales en relación con temas que conciernan a la Masonería sin que la Logia haya reconocido la absoluta necesidad de ello.

2.° *Terminados los trabajos de Logia, sin haberse retirado aún los Hermanos*

Se puede departir con festiva y sana alegría y darse el tratamiento recíproco del que se guste, pero evitando los excesos. No se fuerce a un Hermano a beber o comer más de lo que desee, no se le impida retirarse si alguna circunstancia se lo exige, ni se haga o diga nada que pueda ser hiriente o que contravenga una conversación apacible y libre, pues ello rompería la buena armonía y destruiría nuestros loables fines. Por eso, las animosidades personales y las querellas privadas no deben franquear la puerta de la Logia, ni tampoco deben hacerlo —con mayor motivo— las discusiones sobre religión, nacionalidad o política. Tenemos, como masones, la religión universal antedicha y somos también de todas las nacionalidades, tenemos todos los idiomas, somos de todas las razas, usamos todos los lenguajes y somos decididamente adversos a toda política, ya que esta jamás ha sido y jamás podrá ser sino funesta para el bien de las logias*. Esta obligación

* La «política» de la sociedad civil desconoce los principios iniciáticos sagrados de la Masonería.

fue estrictamente impuesta y observada en todas las épocas, pero sobre todo desde que se implantó la Reforma en Gran Bretaña o desde que las naciones británicas se retiraron y separaron de la comunión romana.

3.° *Cuando los Hermanos se encuentran, sin presencia de profanos, pero fuera de una Logia*

Se saludarán cortésmente, de la forma en que se les ha enseñado, llamándose mutuamente Hermano, comunicándose francamente la información que les parezca útil, siempre que no estén siendo observados y no puedan ser oídos, sin intromisión o falta al respeto a que tendría derecho un Hermano, incluso si no fuera masón: aunque todos los masones son Hermanos y estén a un mismo nivel, la Masonería no sustrae a un hombre los honores de que gozara antes de hacerse miembro de ella, sino que, por el contrario, le incrementa esos honores, especialmente si ha servido correctamente a la Cofradía, que viene obligada a honrar a quienes se deben honores y a evitar los malos modos.

4.° *En presencia de profanos*

Se observará circunspección en las palabras y en la compostura, de forma que el extraño más avisado no pueda descubrir o adivinar lo que no es bueno que sepa; y algunas veces habrá que desviar la conversación y encauzarla prudentemente en bien de nuestra respetable Fraternidad.

5.° *En casa y en el entorno*

Hay que comportarse como conviene a un hombre ilustrado y moral, y concretamente: no comentar con familiares, amigos ni vecinos temas de Logia, etc., sin perder de vista, prudentemente,

el propio honor y el de nuestra vieja Cofradía. Y ello por razones que no tienen que ser mencionadas aquí. No se debe ser negligente con los propios intereses permaneciendo demasiado tiempo ausente de casa después de las horas de Logia y hay que guardarse de la embriaguez o de la gula. Que la familia no se sienta herida ni descuidada, ni uno mismo incapaz de trabajar.

6.° *Respecto a un Hermano extranjero*

Habrá que interrogarlo discretamente, en la forma que dicte la prudencia, para no ser engañado por un ignorante con falsas intenciones, a quien habría que rechazar con desprecio y burla. Guardémonos de darle luz.

Pero si se llega a la certidumbre de que se trata de un Hermano verdadero y regular, habrá de ser tratado consecuentemente; y, si se halla en aprietos, habrá de ser ayudado, de ser posible, o habrá que indicarle el medio para que obtenga ayuda. Se le empleará durante algunos días o se le procurará algún trabajo. En todo caso no existe obligación de hacer más de aquello que se pueda, sino tan solo la de dar preferencia a un Hermano pobre, bueno y sincero sobre cualquier otra persona que se halle en idéntica situación.

En resumen, hay que ajustarse a todas estas obligaciones, así como a aquellas que sean comunicadas por otros medios. Se cultivará el amor fraternal, que es la base, la piedra angular, el cimiento y la gloria de nuestra vieja Cofradía. Hay que evitar cualquier tipo de disputa o querella, rechazar toda maledicencia o calumnia. No debemos permitir que en nuestra presencia se hable mal de un Hermano estimable, sino que hemos de defenderlo, ayudándole en la medida en que lo permitan el propio honor y seguridad, sin tener que ir más allá de esto. Si un Hermano nos perjudica, llevaremos el asunto a nuestra Logia o a la suya, y de estas podremos apelar a la Gran Logia, durante la Asamblea trimestral, y finalmente a la Gran Logia anual, como permite la loable costumbre observada desde siempre y en todos los países por

nuestros antepasados. No se iniciará un proceso más que si el diferendo no puede realmente ser solventado de otro modo y escuchando con paciencia las opiniones fraternales de nuestros Maestros y Compañeros cuando intenten disuadirnos de la comparecencia ante los tribunales profanos o, cuando no haya otra solución, nos aconsejen acelerar el proceso para que podamos dedicarnos a los asuntos masónicos con mayor diligencia y éxito.

Si se produjera una diferencia entre Hermanos, el Maestro (Venerable) y los Compañeros, con la ayuda de aquellos más versados en Derecho, ofrecerán su mediación, que las partes encausadas aceptarán con gratitud. Si de ello no surgiese una solución realizable y no se pudiera evitar el proceso, los Hermanos lo seguirán sin odio ni rencor (contra lo que es habitual), no haciendo ni diciendo nada que sea incompatible con el amor fraterno y susceptible de romper las buenas relaciones que deben unir a dos Hermanos, para que todo el mundo pueda juzgar la benéfica influencia de la Masonería y ver cómo todos los verdaderos masones han procedido desde el comienzo del mundo y procederán hasta la consumación de los tiempos.

AMÉN, ASÍ SEA

NOTA: Aparecen añadidos los términos (Venerable) y (Real) junto a «Maestro» y «Arte» a fin de aclarar el sentido que en las Constituciones tienen ambos. En 1723 solo se llamaba Maestro al Compañero elegido por sus Hermanos para presidir la Logia puesto que aún no existía la maestría como grado iniciático. Posteriormente, al existir diversos Maestros en cada Logia, recibe el título de Venerable Maestro aquel que la preside asistido por el 1.° y 2.° Vigilantes de Logia, que son también Maestros.

ALGUNOS FRANCMASONES CÉLEBRES

La Masonería ha atraído habitualmente a individuos caracterizables por sus inquietudes científico-filosóficas que han actuado en medios sociales diversos, a lo largo de los casi tres siglos de existencia de la Orden, subrayando la dimensión humanista de la actividad a la que vocacionalmente hayan dedicado su empeño. Solo algunos, naturalmente, han alcanzado cotas de celebridad en sus respectivos países y algunos otros a nivel mundial. Con todo, una lista exhaustiva de ellos bastaría para componer un abultado volumen. He aquí tan solo los nombres de aquellos que pueden resultar más familiares por su conexión con nuestra historia o nuestra cultura:

EN ESPAÑA

Abarca de Bolea, P. (conde de Aranda)
Alcalá Galiano, Antonio
Álvarez Mendizábal, Juan
Araquistáin, Luis
Argüelles, Agustín
Azaña, Manuel
Becerra, Manuel
Benlliure, Mariano
Blasco Ibáñez, Vicente
Bretón, Tomás

Borbón, Francisco de Paula
Campomanes, Pedro Rodríguez de
Casado del Alisal, José
Cea Bermúdez, Francisco
Companys, Luis
Daoíz, Luis
De la Cierva, Juan
Echegaray, José (premio Nobel)
Espronceda, José
Fernández de los Ríos, Ángel
Floridablanca, Conde de
Gómez de la Serna, Ramón
Gris, Juan
Iriarte, Tomás
Istúriz, F. Javier
Jiménez de Asúa, Luis
Jovellanos, Gaspar Melchor de
Lacy, L. (General)
Larra, Mariano José de
Largo Caballero, Francisco
León, Diego (de)
Lista, Alberto
Martínez Barrios, Diego
Martínez de la Rosa, Francisco
Méndez Núñez, Casto
Milans del Bosch, Francisco
Monturiol, Narciso
Moyano, Claudio
Núñez de Arce, Gaspar
Olavide, Pablo de
Ortega y Gasset, Eduardo
Peral, Isaac
Porlier, J. Díaz
Prim y Prats, Juan
Ramón y Cajal, Santiago (premio Nobel)
Riego, Rafael (del)

Ríos, Fernando (de los)
Rodríguez, Ventura
Romea, Julián
Ruiz Zorrilla, Manuel
Sagasta, Práxedes Mateo
Samaniego, Félix M.ª
Torrijos, José M.ª
Velarde, Pedro
Vega, Ventura de la

EN HISPANOAMÉRICA

Alemán, Miguel
Belgrano, Manuel
Blanco Encalada, Manuel
Bolívar, Simón
Bravo, Nicolás
Carrera, José Miguel
Cárdenas, Lázaro
Darío, Rubén
Figueredo Socarrás, Fernando
Juárez, Benito
Martí, José
Martínez Torres
Miranda, Francisco A.
Mitre, Bartolomé
O'Higgins, Bernardo
Portes Gil, Emilio
Puyrredón, Juan Martín
San Martín, José
Sarmiento, D. Faustino
Urquiza, Justo José

EN OTROS PAÍSES OCCIDENTALES

Aldrin, Edwin (primer hombre en la Luna. Grado 33)
Amstrong, Luis
Beethoven, Ludwig van
Bonaparte, José
Bonaparte, Luis
Bonaparte, Napoleón
Berzelius (descubre el electromagnetismo)
Belzoni, G. B.
Buffalo Bill
Cagliostro, Alessandro, conde de
Carnot, Marie-François-Sodi
Carvalho e Melo (marqués de Pombal)
Casanova, Juan Jacobo
Citroën, André
Crudeli, Tommaso (poeta italiano, primer mártir de la Orden)
Cherubini
Churchill, Winston
Doyle, Arthur Conan
De Mille, Cecil B.
Duke Ellington
Dunant, Henri (fundador de la Cruz Roja)
Federico II de Prusia
Fleming, Alexander
Franklin, Benjamin
Fermi, Enrico
Fichte, Johann
Ford, Henry
Garibaldi, G.
Gibbon, Edward
Goethe, J. W.
Gillette, K. G.
Hahnemann, Samuel (Homeopatía)

Hardy, Oliver
Helvecio, Claude
Heine, Heinrich
Haydn, Franz Joseph
Houdini, Harry
Jefferson, Thomas
Lafayette
Lafontaine, H.
Laplace, Pierre Simon
Lavoisier, Antoine-Laurent de
Lindberg, Charles
Liszt, Franz
Litré, Emile
Locke, John
Man, Thomas
Marat, Jean Paul
Messmer, Anton
Monroe, James
Montesquieu, Charles-Louis de Secondant, barón de
Mozart, W. A.
Murat, Joaquín
Newton, Isaac (rosacrucista, íntimo de Th. Desaguliers)
Oersted, Hans Christian
Parravano, Nicola
Poniatowski, Augusto (Estanislao II de Polonia)
Pouchkine, Alexander
Roosevelt, Theodore
Rudyard Kipling
Sivelius, Jan
Sousa, J. Philip
Sullivan, Arthur
Schweitzer, Albert
Scott, Walter
Trauman, H. S.
Voltaire
Washington, George

Wellington (duque de)
Watson, Thomas (fundador de IBM)
Wilde, Oscar
Zamenhof, L. (Esperanto)

Los nombres consignados, a modo de simple muestreo de algunas fuertes personalidades masónicas que, con aciertos y errores, dejaron entre nosotros algo valioso de lo que habían encontrado en sí mismos, corresponden a Hermanos pasados al Oriente Eterno. Que la Paz sea con todos ellos.

BREVE GLOSARIO DE TÉRMINOS MASÓNICOS MÁS USUALES EN EL R. E. A. A.

Abrazo fraternal (triple abrazo): Abrazo realizado tres veces, simultaneado con sendos ósculos de paz. Expresa fraternidad.

Acacia: Árbol que simboliza la Vida perdurable. No se trata de una acacia cualquiera, de las muchas variedades existentes, sino de la «acacia real», originaria de Oriente Próximo, con cuya madera, considerada imputrescible, se construyeron el Arca de la Alianza y otros objetos de la simbología masónica.

Aceptado: Alguien ajeno a la construcción que, por sus conocimientos, era aceptado para colaborar en los trabajos de talleres operativos, antes de 1717. Fueron, en su mayoría, masones aceptados quienes crearon la masonería simbólica del siglo XVIII.

Aclamación: Palabra o palabras exaltatorias que se pronuncian para expresar alegría o duelo y que se acompañan con el signo y la batería simbólica de determinados grados.

Ágape: palabra griega, que significa «amor», con la que se designan los banquetes que siguen a cada tenida o reunión de masones, según un ceremonial simbólico determinado.

La Masonería anglosajona suele aludir a lo mismo como «festive board».

Existen dos ágapes especiales obligatorios, llamados «solsticiales»: el del solsticio de verano (en junio) y el del solsticio de invierno (en diciembre).

Altar: Mesa o soporte sobre el que se sitúan las Tres Grandes Luces (en el R. E. A. A.) y sobre el que se prestan los juramentos o promesas de fraternidad, lealtad, etc., en cada grado u Oficio.

Altos grados: Los grados superiores al tercero, en cada método, rito o sistema masónico. Los más citados suelen ser los del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, que cuenta con 33.

Aplomar: En general, comprobar si alguien es «recto» (como la Plomada). Se «aploma» a los candidatos que deseen ingresar en la Orden y a cuantas personas desconocidas afirman haber sido iniciadas en algún grado del método o rito masónico.

Al solicitar el ingreso en la Orden, a través de alguna Logia, el profano debe dirigirse al Presidente de la misma, facilitando su *currículum vitae* e indicando cuantas referencias pueda aportar. El Presidente o Venerable Maestro designará a tres Maestros masones para entrevistarse con el solicitante e informar a la Logia del resultado de su encuesta. Ese proceso recibe el nombre de «aplomación».

Año masónico: Comienza tradicionalmente el día 1 de marzo. La palabra año suele ir seguida de las siglas «e. v.» o «v. l.» (era vulgar o era de la «vera luz»). En el siglo XVII se pensaba, en general, que el mundo fue creado 4.000 años antes del nacimiento de Cristo. La «vera luz» surgió, para los masones, en el momento de la creación o «manifestación» universal. Así, el año 2005 e. v. equivaldría simbólicamente al 6005 v. l. Es una práctica antigua, cada vez más restringida.

Arco Real: Nombre del tema tratado en el grado 13 del método o Rito Escocés Antiguo y Aceptado y en otros grados de diversos sistemas o ritos.

Arte Real: Se designa así al trabajo masónico en su conjunto, aunque originariamente se refería al «arte» o método de trabajo de los alquimistas.

Balotaje: *Galicismo* con el que muchas logias españolas designan el escrutinio de votos emitidos en las votaciones. Se utilizan a ese efecto bolitas («balottes», en francés) blancas y negras, aunque también pueden usarse papeletas. No se admiten las abstenciones.

Batería: Serie de palmadas que se dan golpeando con la mano derecha sobre la izquierda, un número de veces determinado y a ritmos diferentes, según el grado en el que se esté trabajando. Van seguidas de aclamaciones. Las baterías de alegría y de duelo van acompañadas de palabras concretas que expresan esas circunstancias. Tambien se producen golpeando con la maceta (o «mallete»), cuando son el Venerable Maestro y los Vigilantes del Taller quienes las ejecutan, simbolizando el trabajo de la comunidad.

Biblia: Conjunto de los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento que contiene las narraciones de las que el método o Rito Escocés Antiguo y Aceptado (y otros sistemas masónicos) toma los ejemplos con los que elabora los símbolos y mitos que, interpretados libremente, sirven de base como parábolas a las reflexiones filosóficas en los diversos grados. Algunas Odediencias opinan tambien que la Biblia constituye un libro «revelado», aunque no el único.

Bóveda de acero: Se llama así a la forma triangular que resulta al colocarse los miembros de la Logia en dos filas, unos frente a otros, apuntando con espadas hacia arriba, en ángulo aproximado de 45 grados, para que pase bajo ellas el Gran Maestre de la Obediencia, sus delegados o algún visitante muy ilustre (lo que ocurre en ocasiones poco frecuentes).

Caballero: En muchos de los grados superiores del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, nombre que reciben quienes ostentan dichos grados. Lo mismo ocurre en otros ritos.

Cadena de Unión: Se llama así al círculo formado por los Hermanos de una Logia, unidos por las manos para simbolizar la

fraternidad que los une. Se realiza antes de finalizar las reuniones o «tenidas» o en cuantas ocasiones se desee oportuno expresar ese sentimiento. En los Talleres, se simboliza mediante una cuerda con doce nudos (el número puede variar según el Rito).

Cámara: Espacio, sala o habitáculo en el que se realizan trabajos específicos de la Logia. En los tres primeros grados, la Cámara puede ser «**de primer grado**», «**de segundo grado**» o de «**tercer grado**», según se aluda a una reunión o «tenida» de Aprendices, de Compañeros o de Maestros. La «**cámara de reflexión**» es el espacio en el que debe meditar el candidato a Aprendiz, en solitario, antes de ser recibido en la Logia.

Capitación: Contribución que cada miembro de un Taller viene obligado a aportar para el mantenimiento del mismo.

Capítulo: Nombre que recibe una Logia o Taller en el que se trabajan los grados 15 a 18 del R. E. A. A. (logias capitulares).

Ceremonia: Conjunto de actos, movimientos y palabras que se coordinan para transmitir un mensaje o enseñanza, o bien para preparar esa transmisión.

La enseñanza masónica (como otras) se transmite a través de ceremonias que se repiten idénticamente siempre que se desea transmitir el mensaje o enseñanza de que se trate, por lo que reciben el nombre de «rituales» (lo que equivale a «reglas»). Por ello, existen rituales correspondientes a cada grado del método o rito de que se trate.

Colegio de Oficiales: Está compuesto por los Oficiales de la Logia y presidido por el Venerable Maestro. Los Oficiales son Maestros masones que desempeñan labores específicas en el trabajo comunitario del Taller. Ha de haber un mínimo de siete en cada Logia de cualquier rito. Dos de dichos Oficiales son los ayudantes más directos del Presidente: el Primer Vigilante y el Segundo Vigilante (estos y los demás nombres de los Oficiales

proceden de la antigua masonería de los constructores de edificios).

Columnas: Este término designa masónicamente a los miembros de una Logia, puesto que ellos la constituyen, sostienen o «levantan». Además, en su acepción material, se refiere a las dos columnas que se hallan bordeando la puerta de acceso a toda Logia, en el interior de la misma, simbolizando las dos de bronce que estaban situadas en el exterior del templo de Salomón.

Compañero: Es un masón que ha sido iniciado en el segundo grado, tras haber superado las pruebas del primer grado (Aprendiz). Los constructores escoceses del siglo XVI se organizaron en tres grados o niveles profesionales: aprendiz, compañero y maestro, y esas categorías gremiales fueron recogidas por la neomasonería o masonería filosófica (especulativa) hacia 1725, cuando los masones ingleses aceptaron el grado de Maestro como tercer grado simbólico.

Compás: Este instrumento de medida y comparación, que simboliza la sabiduría, es, junto a la Escuadra y el Libro de la Ley Sagrada, uno de los tres símbolos fundamentales o Tres Grandes Luces de la Masonería tradicional. Debe estar visiblemente colocado en todas las reuniones de trabajo masónico: por cima de la Escuadra, entrelazado con ella o bajo ella, según el grado en que se desarrollen los trabajos. Asimismo, es graduada su apertura, según el grado masónico en el que se realice el trabajo de la Logia.

Constitución: Conjunto de normas con arreglo a las cuales se rigen las logias que componen una Obediencia. La Constitución es redactada, aprobada y acatada por las logias o por sus representantes y puede ser modificada solamente por mayoría cualificada de votos.

James Anderson, Théophile Désaguliers y otros fueron los compiladores y redactores de los primeros textos constitucionales de la masonería inglesa, en 1723, recogiendo gran parte de las viejas normas por las que se regían los masones constructores o

edificadores medievales. Aquel primer texto es conocido como «Book of Constitutions» o «Constituciones de Anderson», puesto que fue este quien actuó de relator ante la Asamblea londinense que aprobó el texto.

Convento (Del latín «convenire» = reunir): Es la reunión o asamblea de los masones de una Obediencia o federación, que tiene lugar al menos una vez al año.

Cruz: La cruz es un símbolo universal, con diversos significados esotéricos, que forma parte de todas las tradiciones culturales. Simboliza, fundamentalmente, la unión de la verticalidad y la horizontalidad, de lo físico y lo metafísico, del círculo cósmico cuyo centro se halla en la conjunción de ambos aspectos del Universo. Aparece representada en los altos grados, en forma de cruz latina, potenzada o templaria, según el grado y tema sobre el que verse el trabajo.

Cuadro de Logia: Es el plano en el que figuran los símbolos correspondientes al grado en el que hayan de realizarse los tabajos de reflexión durante la reunión o Tenida de que se trate. Existe un cuadro de primer grado, uno de segundo grado y uno de tercero, que se despliegan o muestran en el centro del recinto al abrirse los trabajos en los respectivos grados y permanecen allí hasta finalizar la reunión.

Delta: Nombre de la cuarta letra del alfabeto griego que tiene forma de triángulo equilátero y que los masones tradicionales utilizan como símbolo del Gran Arquitecto del Universo (Delta luminoso). Como símbolo, pueden dársele diversos contenidos filosóficos, siempre metafísicos, y ha existido como tal en diversas religiones y escuelas filosóficas.

Escuadra (Del latín «quadrare» = hacer que algo «cuadre»): Utensilio compuesto por dos piezas de metal, u otro material, formando ángulo recto. Es utilizado por los constructores y los dibujantes para comprobar correccción o ajuste. En Masonería,

representa el plano terrestre, así como el compás representa el plano metafísico. Debe estar presente en todas las reuniones de trabajo masónico (ver «Compás»). Es una de las Tres Grandes Luces de la Masonería tradicional.

Esotérico: Palabra griega que alude a «lo que está dentro», lo que hay de esencial tras la apariencia de una cosa o de una idea. Todo tiene un aspecto exterior (exotérico) y otro interior (esotérico). Lo esotérico escapa al simple conocimiento que se adquiere a través de los sentidos corporales, que solo nos facilitan signos o datos que deben ser interpretados e interiorizados para captar qué tipo de realidad representan. Toda cultura avanza hacia lo esotérico, ya sea a través de la Matemática y de las ciencias o a través de la dimensión interior humana que llamamos espíritu.

Los símbolos son expresiones esotéricas por resumir una pluralidad de conceptos relacionables entre sí a través de la meditación, como en el caso de los mandalas hindúes y de la cruz mística cristiana. Son utensilios que estimulan el pensamiento y es en ese sentido como se utilizan en Masonería. Nada tienen que ver con el ocultismo.

Espada Flamígera: La que usa el presidente o Venerable Maestro de una Logia como símbolo de autoridad espiritual. Tiene la hoja ondulada, imitando la forma de una llama, de donde procede el nombre que se le da. La utiliza solamente al abrir y cerrar los trabajos de la Logia y en las iniciciones de los diversos grados. Para formar «bóveda de cero» se utilizan espadas protocolarias no flamígeras.

Estandarte: Cada Logia simbólica tiene su propio emblema, tradicionalmente plasmado en un estandarte, que figura en el Oriente del Taller, donde tambien puede figurar el estandarte de la Obediencia o federación a la que pertenezca este.

Estrella Flamígera: Tambien llamada «Pentalfa». Es una estrella de cinco puntas, una de las cuales apunta hacia arriba. Simbólicamente, representa al Hombre, con los brazos extendidos y

las piernas separadas. Geométricamente, se trata de un pentágono abierto o estrellado. Por ello es considerada símbolo de la Humanidad. En las logias aparece iluminada durante las ceremonias de iniciación en el segundo grado.

G: Séptima letra del alfabeto latino que transcribe la letra «gamma», trecera del alfabeto griego. En Masonería, simboliza la Geometría, una de las cuatro ciencias o artes del antiguo «Quadrivium» universitario, tenida por los antiguos masones operativos por madre de toda las ciencias y las artes, puesto que todo lo existente está formado por energía vibrante que, según su cantidad y frecuencia, produce la materia, los colores, los sonidos y las formas de las cosas; todo ello mensurable directa o indirectamente. Esta letra, y la Estrella Flamígera, son los símbolos principales del segundo grado masónico.

Gloria (Fama): Antiguamente, una gloria era una aureola luminosa que rodeaba a una figura famosa. Representa el resplandor o luz que desprende algo. Los masones trabajan «a la gloria del Gran Arquitecto del Universo», es decir, procurando que sus trabajos en busca de la Verdad apunten siempre hacia la Causa primera, de la que procede el Universo.

Gran Arquitecto del Universo: Principio creador o Causa primera de la creación universal. La Masonería anglosajona, en general, se refiere al Dios de las religiones a través de este símbolo. No así otra parte importante de la Masonería tradicional o de la moderna, que no se propone *definir* religiosamente el Principio creador, por trascender este la capacidad humana, prefiriendo una interpretación filosófica libre del concepto de Causa primera, pero conservándolo en su método iniciático como referente fundamental.

Gran Logia: Conjunto de logias particulares que respetan (u «obedecen») una misma Constitución y unos mismos reglamentos generales. La Gran Logia reproduce, en su organización, el esquema de una Logia particular: la preside un Gran Maestre,

ayudado por un Gran Secretario, un Gran Orador, un Gran Vigilante, etc. Todos los cargos («oficios») son electivos y los ocupan temporalmente miembros de las diversas logias que componen la Federación u Obediencia de que se trate. Las Grandes Logias son soberanas e independientes entre sí. La soberanía reside en el Convento o Asamblea, a la que acuden anualmente (en general) los representantes elegidos por las logias.

Hijos de la Viuda: Los masones consideran al legendario Jiram Abif su Hermano mayor simbólico (ver «Jiram»). Puesto que la Biblia indica que Jiram era hijo de «una viuda» residente en Tiro, tambien se designan a sí mismos, simbólicamente, como «Hijos de la Viuda».

Iniciación: Palabra con la que se alude a la ceremonia de ingreso de un profano en una Logia, como Aprendiz masón, o bien a las que tienen lugar para su acceso posterior a los sucesivos grados. Esa es la iniciación virtual, siendo el conocimiento interiorizado y vivido de las enseñanzas de los diversos grados masónicos la Iniciación real.

Joyas: Se llama así a los emblemas masónicos alusivos al Oficio que desempeñan, respectivamente, los Oficiales del Taller o los dignatarios de la Orden. No tienen por qué ser materialmente valiosos, ya que se trata de símbolos de dedicación al trabajo.

Jiram (o Hiram): Artífice broncista que participó activamente en la construcción del templo de Salomón, según recoge la Biblia (2 Reyes 21, 19-23). Se desconoce el origen de la leyenda masónica, creada posiblemente en el siglo XVII, que imagina y dscribe la muerte de Jiram a manos de tres de sus colaboradores. Las reflexiones y analogías que sugiere esa leyenda constituyen el soporte de la filosofía del tercer grado masónico.

Libro de Arquitectura: Equivale a «Libro de Actas», ya que en él se recogen las actas de las reuniones celebrada por cada Lo-

gia. Es el Secretario de cada Taller quien redacta las actas y las conserva, por mandato de la Logia.

Límites o «Landmarks»: Es un término introducido por la Msonería de escuela anglosajona para aludir al conjunto de criterios que definen la Masonería «ortodoxa», que tambien llaman «regular». El número de esos Landmarks varía según las épocas, los países y las Obediencias.

Lobatón (Deformación del inglés «lowton»): Se designa así al hijo mayor de catorce años de un masón, siempre que goce del pleno uso de sus facultades mentales.

Logia: Palabra de origen sánscrito (= lugar). Este término designa el recinto en el que se reunían los masones operativos medievales para discutir sus trabajos, comer e incluso dormir, ya que solía estar a pie de obra. Por extensión, designa tambien al grupo de masones que integran un Taller.

Logias de San Juan: Las Logias o Talleres regularmente constituidos, en los que se trabajan los tres primeros grados masónicos, reciben el nombre de «Logias de San Juan», por haber sido San Juan Bautista y San Juan Evangelista los patronos de las antiguas agrupaciones gremiales de constructores, dentro de la tradición cultural europea. Ambas figuras (ya se consideren legendarias o históricas) tienen un valor simbólico notable, relacionándoselas, respectivamente, con el fuego o energía creadora y con el Verbo o Palabra «manifestadora» o creativa.

Logias simbólicas: Las de los tres primeros grados, aludiendo a su carácter de «especulativas» o no «operativas», como lo eran las de las antiguas cofradías de constructores de edificios. Tambien reciben el nombre de «logias azules», por el color con que originalmente ornaban sus ornamentos o «regalia» los masones de esos grados. El color propio del Rito Escocés Antiguo y Aceptado es el rojo.

Luz, luces: Esta palabra se usa para designar la Iniciación o el Conocimiento que puede alcanzarse a través de ella. Tambien suele usarse en plural para designar a los cinco Oficiales que dirigen una Logia, incluido el Venerable Maestro o Presidente.

Maceta (o «mallete»): Pequeño mazo o martillo de cabeza doble que usan los canteros y albañiles en sus trabajos. Su traducción como «mallete» es una corrupción del término francés «maillet». La palabra castellana «mallete» es un término usado en la marina, que nada tiene que ver con la construcción. Es atributo del Venerable Maestro y de los dos Vigilantes de Logia, que lo utilizan como símbolo de trabajo y de autoridad moral.

Maestro: Se llama así al masón que ha sido iniciado en el tercer grado simbólico. Procede de la designación gremial antigua.

Maestro Instalado: En la Masonería de escuela anglosajona y en algunas Obediencias no anglosajonas, se llama así al Maestro masón que ha sido instalado como Presidente o Venerable Maestro de una Logia según un ceremonial o ritual específico que recibió su actual formulación hacia 1827, en Londres. Procedede la llamada «Masonería de la Marca».

Mandil: Consiste en una pieza, antes de cuero y hoy día de tela, que usaban los practicantes de ciertos oficios en el trabajo. Es un ornamento indispensable para todo masón simbólico, junto con los guantes blancos. Los mandiles son diferentes según el grado: blanco, con peto triangular levantado, para el Aprendiz; blanco, con peto bajado, para el Compañero; blanco, bordeado de rojo y las letras M-B, para el Maestro de Rito Escocés Antiguo y Aceptado (o bordeado de azul, en otros ritos).

Metales: Se llaman así masónicamente todos los *objetos* metálicos. Puesto que el dinero ha sido tradicionalmente metálico y, en su aspecto más negativo, se le asocia con todas las formas de prejuicio, frivolidad y corrupción, se requiere simbólicamente al

masón que deje siempre sus «metales» a la puerta del templo (sus prejuicios y argumentos profanos).

Nivel: Utensilio utilizado en albañilería para comprobar la correcta horizontalidad de un plano. Es el símbolo que ostenta, en la Logia, el Primer Vigilante.

Número áureo: O «número de oro» (llamado número «fi» por los geómetras), que representaba la «divina proporción» para los arquitectos renacentistas y cuyo valor es 1,618. Se llama rectángulo áureo a aquel cuyo lado mayor es igual al menor, multiplicado por 1,618. Esa proporción se hallaba en el altar de los holocaustos del templo de Salomón, según figura en la Biblia, y debería ser (cuando ello sea posible) la proporción del rectángulo en el que se ubica la Logia.

Obrero: Reciben este nombre todos los masones que trabajan en las reuniones de Logia, sea cual sea su grado.

Oriente: Es la parte de la Logia opuesta a la puerta de acceso (Occidente). En el Oriente se halla el sitial del Venerable Maestro, a cuya derecha e izquierda se sitúan los del Secretario y el Orador, respectivamente. Puesto que la luz del día surge por oriente, es allí donde se sitúa el Venerable Maestro, cuya misión es dirigir la Logia con acierto.

Oriente Eterno: Se dice que un Hermano pasa al «Oriente Eterno» cuando fallece. Es la memoria colectiva o acervo histórico de la Masonería. Es posible interpretarlo también como una alusión a alguna forma de inmortalidad del alma.

Órdenes arquitectónicos: En las logias simbólicas de los tres primeros grados masónicos se hallan siempre representados los órdenes de arquitectura clásicos: dórico, jónico y corintio (griegos); tambien se mencionan los romanos: compuesto y toscano.

Tres pilares de los órdenes griegos se sitúan en el centro de la Logia (en el R.E.A.A.), simbolizando la Fuerza, la Sabiduría y la

Pasos Perdidos

Belleza, repectivamente, como arquetipos que orientan la busca del Conocimiento.

Palabra Perdida: Simboliza la clave de la constucción del Templo de Salomón, que, según la leyenda masónica, se perdió a la muerte de Jiram y que los masones deben buscar a lo largo de su vida. La Palabra Perdida representa la clave del Universo, cuyo conocimiento puede conducir hacia la sabiduría que emana del Gran Arquitecto o Principio creador. Los gnóstico-pitagóricos de la Antigüedad pensaban que cuanto existe fue hecho a través del «Verbo, Logos o Palabra divina» (tesis recogida posteriormente en el Evangelio de San Juan).

Pasos perdidos: En España se alude así al *atrio* de un Taller o parte no destinada al trabajo masónico propiamente dicho, en el que los aistentes a una tenida suelen saludarse y departir, antes o después de las tenidas.

Pavimento mosaico: Es el pavimento rectangular de la Logia, enlosado con baldosas blancas y negras (ajedrezado), en cuyo centro se sitúa el plano de trabajo del grado correspondiente a cada reunión. Sus medidas deben responder a la proporción áurea (ver anteriormente). En torno al rectángulo áureo se sitúan los tres pilares de los órdenes de arquitectura dórico, corintio y jónico, que evocan Fuerza, Belleza y Sabiduría (en el R.E.A.A.). El nombre deriva de la palabra latina «musae» = las musas (la inspiración).

Pedir trabajo: En algunos Talleres, significa solicitar el uso de la palabra.

Piedra y Piedra cúbica: El simbolismo masónico procede, en los tres primeros grados de todos los métodos o ritos, del oficio de los antiguos constructores de edificios. Por ello, la piedra es uno de los símbolos principales. El masón debe aprender primeramente a tallar su piedra personal o piedra bruta, desvastándola y convirtiéndola en «piedra cúbica», apta para la construcción del templo de la Humanidad.

Plancha: Todo escrito realizado por masones y dirigido a masones recibe el nombre de «plancha», recordando la «plancha de trazado» de los antiguos constructores.

Plomada: Instrumento utilizado en albañilería para comprobar la perfecta verticalidad. Simboliza la rectitud moral. Se utiliza en las iniciaciones y es el símbolo que caracteriza al Segundo Vigilante de una Logia.

Profano: Quien no entiende de Masonería especulativa, por no haber sido iniciado y no haber vivido la enseñanza impartida en la Fraternidad.

R.E.A.A.: Sigla del Rito Escocés Antiguo y Aceptado. Ver exposición del tema en el presente volumen.

Regla: Instrumento de medición utilizado en la construcción. Es uno de los utensilios que reciben simbólicamente los Aprendices y los Compañeros. La regla masónica es de doce pulgadas, como las que usaban los masones operativos medievales. Simboliza el buen uso del tiempo y la mesura que debe presidir todos los actos humanos.

Por otra parte, tambien puede considerarse «regla» el método o sistema de trabajo que aplique el masón en su labor (Rito).

Regularidad: Es un tema muy discutido y existen básicamente dos criterios al respecto:

Por haberse creado la primera Gran Logia (reunión de Logias) en Londres (1717), la Gran Logia Unida de Inglaterra, heredera de aquella Gran Logia de Londres a partir de 1813, ha venido sosteniendo que solamente son «regulares» aquellas Logias y Grandes Logias que cuenten con una patente emitida por ella como «Gran Logia Madre». De no ser así, considera «irregular» toda otra corporación masónica.

Puesto que existían masones y Logias con anterioridad a 1717 y otras surgieron poco después sin patente inglesa (como en Escocia, Irlanda y Francia), se considera que el criterio de regulari-

dad debe situarse a nivel superior, no dependiendo del reconocimiento inglés, sino del respeto de los principios tradicionales masónicos, expresado en las Constituciones y Reglamentos, así como en el método o rito practicado.

Retejar: Comprobar el grado masónico que ostente quien se presente como masón, siendo desconocido.

Rito: Es el método de trabajo que se sigue para alcanzar la Iniciación gradual. Por ello, el rito es el conjunto ordenado de ceremonias que contienen una enseñanza simbolizada.

Cada Logia puede adoptar un rito para su trabajo, si así lo permite la Constitución de la Gran Logia, Federación u Obediencia a la que se adhiera. Ocurría así en el desaparecido Grande Oriente Español y así es en el Gran Oriente de Francia. En general, dentro de cada Obediencia suele practicarse el mismo rito. El más extendido a nivel mundial es el Rito Escocés Antiguo y Aceptado (que consta de 33 grados). El número de grados es variable, según el método o rito de que se trate.

Secreto (Del latín «secretus», participio p. de «secerno» = discernir): Es lo que se pone «aparte». La palabra «secreto» se utiliza en Masonería, como en otras escuelas iniciáticas, para aludir a aquello que tiene un valor personal o íntimo, de difícil explicación verbal. El secreto masónico no es una información «secreta» que se retiene para que «nadie se entere», como puede ocurrir en un cóclave o reunión secreta, sino algo que solamente puede tener significado para el iniciado, algo «discernido» como resultado de una interpretación íntima. Todo el simbolismo, ya sea masónico o no, responde a este criterio.

Signo: Símbolo gestual de saludo, lealtad y disposición para el trabajo a desarrollar en el Taller. Cada grado masónico tiene uno que le es propio.

Silencio: Todo Aprendiz masón debe guardar silencio, ritualmente, aprendiendo a escuchar e interpretar luego el eco interior

de lo que oye. El concepto es común a todas las escuelas iniciáticas.

Simbolismo: Es un sistema de símbolos coordinados. El método o rito masónico se expresa mediante símbolos y parábolas que forman sintemas, cuyo valor formativo depende de las cualidades de quien lo sigue. Todo símbolo encierra un haz de posibilidades «discernibles» a nivel personal, ya que la Masonería no es dogmática.

«**Sociedad secreta**»: La Masonería, como toda asociación legalmente constituida en un país democrático, conforme a Derecho, se halla registrada en el Registro de Asociaciones del Estado, que es público. Allí puede averiguarse quiénes son las personas que componen la Junta Directiva de una asociación y su dirección. Afirmar que la Masonería es una «sociedad secreta» sigue apasionando a sus adversarios tradicionales y a quienes gustan de tratar este tema sensacionalistamente con fines seudoinformativos. *La Masonería no es una sociedad secreta*, ni por sus fines, ni por sus actividades sociales. Salvo en tiempos de persecución, con peligro de la vida o de prisión, como ha sido tantas veces el caso bajo dictaduras de todo tipo, los masones no se reúnen «en secreto», sino en la intimidad necesaria para poder llevar a cabo metódicamente sus estudios y reflexiones. Lo hacen legalmente, como las restantes asociaciones legales existentes.

Templo: (Del latín «templum» = espacio acotado o separado), es el espacio en el que se reunen los masones para desarrollar sus trabajos. Puesto que gran parte de los símbolos utilizados en Masonería proceden de la Biblia, el templo consagrado al trabajo masónico evoca aspectos de la simbología del Templo de Salomón, del que se detallan innumerables datos en los dos «libros de los Reyes». Los masones son obreros del Templo moral de la Humanidad, que tratan de construir con el mismo celo y meticulosidad que se atribuye a los obreros del Templo de Salomón.

Tenida: Galicismo que designa una sesión de trabajo (ordinaria, extraordinaria o selemne) realizada por masones, con arreglo al

método o rito que practiquen y en un grado tambien determinado (1.°, 2.° o 3.°, en las Logias simbólicas). Los masones de grado inferior al de la Tenida no pueden asistir a ella por no conocer la temática y las características del grado. Por la misma razón, tampoco pueden asistir «profanos» (personas no iniciadas en el trabajo masónico y que, por ello, no pueden colaborar armónicamente).

Tenida blanca: Es una Tenida a la que tiene acceso algún profano para ilustrar a los masones sobre un tema o temas de interés específico (generalmente científico o cultural). En estos casos se reduce el acto a una conferencia privada, con ceremonial mínimo.

Tenida fúnebre: Es una Tenida dedicada a recordar y honrar la memoria de un Hermano de Logia pasado al Oriente Eterno (fallecido). Tambien puede celebrarse una «ceremonia fúnebre», a la que asisten los familiares y amigos del Hermano fallecido.

Triángulo: Palabra que designa la conocida figura geométrica (de importancia relevante en Masonería) y tambien un Taller compuesto por tres Maestros masones que se reúnen para trabajar juntos, cuando no existe una Logia próxima. Para formar Logia son necesarios al menos siete Maestros.

Tronco de la Viuda o de beneficencia: Pequeño saco que al final de la Tenida el Hermano Hospitalario pasa a los asistentes para que depositen su óbolo, que suele ser utilizado para las necesidades de la Logia o para obras de beneficencia.

Viajes: Se llaman así los recorridos simbólicos que debe realizar el candidato a un grado masónico, en el transcurso de los cuales va enriqueciéndose con conocimientos nuevos para él. Cada grado tiene su propio número de viajes simbólicos esquemáticos. Los viajes han simbolizado siempre el progreso iniciático del viajero o peregrino en las tradiciones filosóficas o religiosas (recordemos el Camino de Santiago).

Visitante: Se llama así al masón de cualquier grado que acude a visitar y participar en el trabajo de una Logia que no es aquella a la que está afiliado. Si no es conocido, debe ser retejado siempre, ya que quien no ha sido iniciado en el grado concreto en el que se desarrolle el trabajo, no sabe y no puede colaborar en el mismo.

LOS OFICIALES DE LA LOGIA O TALLER (COLEGIO DE OFICIALES DEL R. E. A. A.)

Un Oficial de Taller o de Logia es un Maestro que desempeña las funciones específicas del Oficio que le haya sido encomendado por sus Hermanos mediante votación. Tales funciones se hallan descritas en el Reglamento General de cada Obediencia.

Toda Logia Simbólica debe constituirse y puede trabajar regularmente contando con un mínimo de siete Maestros masones respetuosos de las normas, usos y costumbres de la Tradición masónica. Sin embargo, los métodos, sistemas o ritos existentes suelen prever mayor número de miembros y mencionan más de siete Oficios de Logia, que deberán cubrirse cuando ello sea posible:

El Venerable Maestro (V. M.): Preside el Taller, lo dirige y organiza el trabajo de sus miembros, orientando a los demás Oficiales en ese sentido. Está obligado a cumplir y a hacer que se cumplan los Reglamentos del Taller y de la Obediencia. Él es quien debe convocar las reuniones o Tenidas y quien imparte la iniciación en cada grado. Preside los trabajos desde el Oriente del Taller. Es el masón que preside una Logia, elegido para ello por los miembros de la misma. Por lo general, desempeña su Oficio durante un máximo de tres años seguidos, aunque puede ser sustituido antes, por razones diversas. La importancia de su oficio en la Logia es grande, ya que es el único que puede conferir el

grado de que se trate en cada iniciación, durante su mandato. Su emblema es la Escuadra.

El Primer Vigilante: Es el primer ayudante del V. M. y lo sustituye en su ausencia. Tiene la misión de instruir a los Compañeros (segundo grado) del Taller, orientando sus trabajos escritos («planchas») e informando al V. M. sobre su progreso. Él propone a la Logia el paso de cada Compañero al tercer grado, cuando proceda. Ocupa un sitial en el Occidente (lado Oeste) del Taller.

El Segundo Vigilante: Su Oficio consiste en instruir a los Aprendices del Taller, orientándolos en sus trabajos escritos, hasta el momento en que el Aprendiz deba redactar su plancha de paso a segundo grado para ser leída por sí mismo ante los miembros de la Logia y éstos decidan sobre su posible ascenso. El Aprendiz debe aprender a guardar silencio hasta entonces, por lo que, salvo dispensa del V. M., no puede leer ni hablar durante las Tenidas. El Segundo Vigilante sustituye al V. M. en ausencia de este y del Primer Vigilante. Se sienta en el centro del lado de Mediodía (Sur) del Taller. En el Rito Francés, entre otros, se sienta en el lado de Occidente.

El Orador: Es el Oficial de la Logia cuyo oficio consiste en velar por el cumplimiento de las normas constitucionales y reglamentarias, así como del respeto de los principios tradicionales de la Masonería. Tiene prioridad en el uso de la palabra y es el único obrero que puede interrumpir incluso al Venerable Maestro. Su criterio es, sin embargo, sometido a la aprobación de la Logia, reservándose el Orador el derecho de apelación ante la Gran Logia cuando la decisión de la Logia particular sea contraria a su opinión. Interviene obligatoriamente en los actos de Logia más solemnes.

El Secretario: Levanta acta de cuanto sea tratado durante cada Tenida, la firma y da a firmar al V. M., archivándola en el Libro de Actas del Taller. Lleva el registro de altas y de bajas, etc., y realiza las funciones administrativas de su competencia, en nombre de la Logia. Se sienta a la derecha del V. M., en el Oriente.

El Experto: Es el Hermano del Taller que tiene a su cargo el correcto desarrollo del método ritual de trabajo. Cuida de que todo se realice en su momento y de la manera prescrita. Aploma a los visitantes y acompaña a los candidatos en todas las iniciaciones graduales. Se sienta en el lado de Septentrión (Norte) del Taller, junto al Maestro de Ceremonias.

El Tesorero: Tiene a su cargo la custodia de lo que se llama «la tesorería» del Taller; es decir, lo recaudado en concepto de capitaciones o contribuciones y donaciones aportadas por los miembros de la Logia para su sostenimiento. Realiza los pagos procedentes, etcétera, todo ello debidamente autorizado por el V. M., rindiendo cuentas a la Logia anualmente. Se sienta en el lado de Mediodía (Sur), próximo al Oriente.

El Guardatemplo: Es un Hermano que, por ser excelente conocedor del método y merecer toda la confianza del Taller en ese sentido, tiene a su cargo la custodia del mismo durante el desarrollo de los trabajos. Él es quien indica al V. M. si los trabajos pueden comenzar sin verse perturbados. Solo abrirá la puerta por orden del V. M o si oye ruidos inusuales en el exterior. Si llaman a la puerta visitantes o Hermanos retrasados, anunciará sus nombres al V. M., etc. Tradicionalmente, el Guardatemplo suele ser el V. M. saliente, al renovarse el Colegio de Oficiales. Se sienta en el lado de Occidente, junto al primer Vigilante, si el espacio lo permite.

El Hospitalario: Tiene a su cargo las recaudaciones destinadas a la beneficencia, que administra con independencia del Tesorero y siempre con conocimiento del V. M. Da cuenta periódicamente a la Logia de su actividad. Se ocupa de visitar y ayudar en lo posible a los Hermanos enfermos o ausentes por causas desconocidas. Se sienta en el lado de Septentrión (Norte), detrás del Maestro de Ceremonias.

El Maestro de Ceremonias: Tiene a su cargo la correcta disposición del Taller para que puedan celebrarse la reuniones de

trabajo (Tenidas) con arreglo al simbolismo del grado correspondiente. Acompaña en sus movimientos a los miembros del Taller que hayan de desplazarse dentro del recinto y a los visitantes a los que el V. M. dé acceso. Se sienta en el lado de Septentrión (Norte), delante del Hermano Hospitalario.

En los Talleres con suficiente número de Maestros se nombran además otros Oficiales:

Bibliotecario, Maestro de Banquetes y Portaestandarte, cuyos títulos denotan sus respectivas misiones.

Además, otros Hermanos tienen a su cargo misiones internas en el Taller, relacionadas con la resolución de posibles malentendidos entre miembros del mismo, si existiese ocasión para ello (Comisión de Justicia).